MARTÍN CAPARRÓS

UN DÍA EN LA VIDA DE DIOS





LITERATURA RANDOM HOUSE

Un día en la vida de Dios

MARTÍN CAPARRÓS

Biblioteca Martín Caparrós



LITERATURA RANDOM HOUSE

Para Juan Caparrós,
el que más quiero

… porque decimos que esa causa que algunos llaman Dios no es ni alma ni inteligencia; que no posee imaginación ni opinión ni razón; que no puede expresar ni concebir; que no tiene número ni orden ni grandeza. Ni pequeñez ni igualdad ni desigualdad ni semejanza; que no ve, que no permanece quieta ni se mueve; que no es ni potencia ni luz; que no vive ni es vida; que no es esencia ni perpetuidad ni tiempo; que no se la puede captar inteligiblemente; que no es ciencia ni verdad ni realeza ni sabiduría ni uno ni unidad ni deidad ni bien ni espíritu en el sentido en que podemos entenderlo; ni filiación ni paternidad ni nada de lo que es accesible a nuestro conocimiento ni al conocimiento de ser alguno; que no es nada de lo que pertenece al no-ser, ni nada de lo que pertenece al ser; que nadie la conoce tal como es pero ella tampoco conoce a nadie en tanto que ser; que escapa a todo razonamiento, a todo saber; que no es tiniebla ni luz ni error ni verdad; que de ella no podemos afirmar ni negar nada…

PSEUDO-DIONISIO AREOPAGITA,
Siria, 500 d. C.

No es la duda lo que enloquece: es

la certeza.

FRIEDRICH NIETZSCHE,

Prusia, 1880 d. C.

Dios no podía dormir, esa mañana, y ni siquiera lo sabía. No era que estuviese nerviosa: era que no sabía. Si hubiese conocido esa manera moderada de no ser que los bichitos, unos siglos, unas horas después, empezarían a llamar sueño, otra habría sido la historia de su día. La ignorancia de Dios siempre tuvo terribles consecuencias.

Dios no podía dormir porque nunca había dormido. Unos siglos, unas horas después, cuando ya había hecho hombres, verlos dormir –y, sobre todo, despertarse– le daría la suficiente curiosidad para intentar un sueño. Pero entonces no lo conocía, y no pudo apetecerlo. Es más: no es seguro que la palabra apetito tuviera algún sentido para ella. O incluso: visto lo que había hecho hasta entonces, es dudoso que ninguna palabra tuviera sentido para ella.

Dios solía quejarse de que le había tocado un universo de segunda, pero no era verdad: tuvo los mismos recursos que todas las demás. Nunca nadie pretendió relegarla: la Corporación respeta la igualdad de oportunidades y, además, no le conviene maltratar a los suyos. Cada vez que decide empezar un universo nuevo, la Corporación produce una oficial y le entrega las mismas herramientas: una parva de materia primaria, la dosis necesaria de energía y toda la información disponible sobre los universos ya creados. La Corporación es la primera interesada en que cada nuevo universo sea mejor, más eficiente que los anteriores.

Se espera que cada oficial, cuando encara la producción de un universo, muestre en él sus matices, sus intereses y sus innovaciones: hay tantos universos como oficiales los producen

–y son, en este momento, 1.311. Pero los caminos principales, los modelos, siempre han sido dos. Están las que deciden invertir sus recursos de masa y energía en la creación de un sistema complejo, compuesto por muchas formas muy diversas: es la solución más conservadora –más cobarde–, la que apuesta a que tal diversidad permitirá la existencia de cuerpos y espacios buenos, regulares y malos, es decir: que, entre una cantidad regular de fracasos, casi seguro aparecerán algunos éxitos, y todo se compensará. Y están las arrojadas: las que invierten todo su potencial en una forma única. Es riesgoso: se la están jugando a un solo tiro, pero si lo aciertan pueden producir universos al borde del milagro.

Dios no era de estas. Dios –llamémosla Dios, como empezaríamos a nombrarla más tarde, aunque su verdadero nombre siempre fue (vËf))– era, al principio, una oficial ñoña, timorata: una de tantas. Así que se decidió, sin mucha reflexión, por el modelo más común, el más probado: usar la energía provista para hacer explotar su masa de materia.

Una explosión de esas es muy linda de ver. Hay que estar muy atento: todo sucede en un tiempo tan breve. De pronto, un espacio que antes no existía se conforma: un espacio nuevo, vacío, lleno de sí, donde todo es posible todavía.

Aunque no tanto: el vacío suele llenarse parecido. En rigor, sabemos que ese espacio está vacío durante una fracción de tiempo, pero no llegamos a verlo. Lo vemos porque sabemos que lo está, pero no lo vemos porque al verlo ya se está llenando de toda esa materia en expansión: polvito y gases que se van convirtiendo en estrellas, asteroides, planetas, galaxias, nebulosas, cometas, quásares, agujeros negros: un universo más. Es grandioso: el momento en que en verdad vale la pena ser oficial de la Corporación.

Dios, al principio, era casi tan nueva como su universo: recién hecha. La producción de una oficial es un procedimiento largo, mucho más difícil y riesgoso que generar un universo.

El proceso es preciso: la cantidad de materia necesaria, las fuentes de energía, la información que hay que integrarle se han estudiado tanto. Está claro, por ejemplo, que las oficiales deben ser todas bolas: es la forma más perfecta, la que no supone ningún despilfarro de materia. Aunque, por supuesto, cada oficial tiene la posibilidad de transformar la materia de su cuerpo en lo que necesite, en lo que cada situación particular pueda exigirle. Pero en el día a día lo que mejor les resulta es la bola. La forma bola, además, facilita sus movimientos: en general una oficial no tiene por qué moverse mucho, pero moverse no le cuesta nada. Cada bola-oficial está cribada de conductos de comunicación: ojos y oídos simultáneos, para controlar el desarrollo de su universo.

El modelado no tiene peligros; todo se complica cuando hay que cargarles la información: experiencias, saberes, mecanismos de decisión, objetivos, nostalgias, modelos a emular. El proceso, queda claro, está reglamentado hasta lo último pero, por más cuidados que ponemos, nunca llegamos a controlar todos los detalles. Siempre hay alguno que se nos escapa: es enojoso y es, también, indispensable: sin esas fugas, las oficiales serían todas iguales y los nuevos universos serían, inevitablemente, remedos de los anteriores. No deben serlo; aunque, a veces, vistos ciertos resultados, sería tanto mejor que sí lo fueran.

Cada universo es una puesta en escena, muy amplificada, de lo que conseguimos con cada oficial: el universo de Dios era tan chocarrero como ella.

La vida de nuestras oficiales parece, a qué negarlo, rutinaria. Están hechas para sus labores, y viven para ellas. Saben que el trabajo de mantener en buena marcha su universo es infinito: a menos que una oficial se equivoque mucho, muy grosero, lo va a seguir haciendo para siempre. Sólo si sus errores son tremendos la ponemos en disponibilidad y se pasa el resto de los tiempos repasándolos, revolcándose una vez y otra vez en su caída. No solemos hacerlo, porque es un castigo demasiado costoso: los anales sólo recuerdan siete casos, los siete casos ejemplares.

Cada nueva oficial tiene que integrarse a la Red: el tejido de las 1.311 agentes con universo a cargo. La Red no siempre es fácil: hay envidias, engaños, alianzas, truquitos, zancadillas. La Red no supone encuentros: se trata más bien de conexiones. Nuestras oficiales sólo se reúnen en las situaciones más extraordinarias: de hecho, no hay nada que preocupe tanto a nuestro equipo como la convocatoria a un mitin general. Pero suelen conectarse para ver quién está haciendo bien qué cosa, quién mal qué, a quién vale imitar, a quién despreciar, contra qué mala praxis se puede comparar la propia para hacerla pasar por más brillante. La Corporación necesita este clima: sin él, nada mejoraría.

Es cierto: la vida de nuestras oficiales puede parecer rutinaria. Sólo la azuza la importancia del trabajo que realizan: hay pocas cosas que se comparen con la enorme satisfacción de florecer un universo –muy pocas, y es mejor no precisarlas. La satisfacción, el justo orgullo de la tarea bien hecha es su motivo principal; está también, es cierto, la sombra del Tablero. Nadie quiere estar en los puestos más bajos del Tablero: el Tablero se actualiza todo el tiempo y toma en cuenta, para sus puntuaciones, la opinión de todas las agentes. No necesitan comunicarlas: el Tablero las recibe aunque ellas no lo hagan.

Las que ocupan los últimos puestos del Tablero no tienen represalias que temer: sólo reciben el lógico desprecio. Las que ocupan los primeros, en cambio, pueden esperar mejoras importantes. Yo mismo fui, en algún momento, una de ellas.

Dios siempre había ocupado puestos mediocres del Tablero, pero en los últimos tiempos estaba perdiendo muchos puntos, y bajaba. Su universo había empezado, queda dicho, con la suficiencia banal del modelo más clásico: un conjunto de millones y millones de cuerpos y espacios celestes en ligera expansión, sin conflictos engorrosos ni logros importantes. Pero aún dentro de este marco módico hay universos que se permiten destellos de elegancia o innovación que los destacan, que los justifican; el universo de Dios era pesado, previsible, todo muy 3,14: puro gas, piedra y fuego, órbitas obvias y relaciones sin sorpresa.

Dios era, ya queda dicho, una oficial sin gracia. Pero, para su desdicha, tenía la pequeña lucidez necesaria para saberlo. Y, en algún punto, una ambición que nada en ella podía justificar.

Hacía su trabajo. Una vez que un universo está en marcha, su mecánica general no suele presentar grandes problemas: funciona sola. Entonces las oficiales se instalan en ese ritmo y pasan su tiempo recorriendo sus rincones. Las reglas mandan que empleen un día para cada cuerpo celeste: así, en los universos clásicos, pasan millones y millones de días hasta que pueden completar un giro.

Aquella mañana, cuando no podía dormir, Dios tenía por delante una jornada relativamente fácil: debía ocuparse por segunda vez del desarrollo de un guijarro lejano, uno de los satélites de una estrella menor en un sistema nebuloso marginal: el planeta tercero del sector [[^Pa\]. Nada serio, un pedrusco minúsculo, del tamaño de cualquiera de nuestras

oficiales. Pero la fuerza de la Corporación se basa en considerar que no hay tarea pequeña.

Dios estaba molesta, esa mañana. El día anterior había recibido la noticia de otro descenso en el Tablero y se desesperaba, y no daba con el modo de detener su decadencia. Si hubiera tenido la posibilidad de un buen sueño su humor se habría recuperado sin grandes consecuencias o, al menos, dormida, no habría tomado tantas medidas defectuosas. Pero no: decidió dedicarse de lleno a su trabajo.

El planeta tercero no le interesaba, era una partícula insignificante y primero pensó en despacharlo lo antes posible para pasar a ocuparse de cuestiones más serias. Después, enfurruñada, se le ocurrió que quizás su propia falta de importancia fuera una oportunidad para experimentar, para ver si podía hacer algo que le trajera por fin el reconocimiento que, con base tan dudosa, creía merecer.

DÍA DEL TERCER PEDRUSCO, HORA PRIMERA. KALAHARI

La vida no está mal, pero no alcanza. No es original ni diferente: nada de qué jactarse. Algo me falta, sin duda: algo más atractivo.

El pedrusco, al principio, no tenía ninguna gracia. Nada para contar, uno de tantos: una bola de fuego que se iría apagando sin grandes sobresaltos. Una costra rugosa, materiales más o menos sólidos, más o menos mezclados, la tristeza de un lugar sin el menor interés, vicisitudes de un trabajo menor. El pedrusco era tan pavo que se me ocurrió que valía la pena ponerle algo de vida: no fue una idea original, pero era lo menos que podía hacer para que el tiempo que le dedicaría no fuera completamente insoportable. Es cierto que suponía algún riesgo, pero en ese peladal mortecino no había nada que importara cuidar.

Poner vida en un espacio pavo es uno de los recursos más vulgares: nadie quiere usarlo demasiado porque supone cierto esfuerzo y, finalmente, no produce gran rédito, pero muchas lo hacemos alguna vez, y algunas muchas. No podemos poner vida todo el tiempo en cualquier cuerpo celeste: no sólo no sirve demasiado para el manejo de la Corporación; además, si lo hiciéramos, el orden estaría siempre amenazado. Pero vale la pena intentarlo de tanto en tanto. A veces la vida toma caminos peregrinos y te obliga a buscar una respuesta diferente: te empuja a improvisar. En este trabajo tan rutina, un rato de improvisar es una bendición que casi nunca recibimos. Y

supongo que todas mantenemos la esperanza –que nada parece sustentar– de que, alguna vez, esa improvisación provoque aquel gran resultado, la ruptura que nadie confiesa buscar pero que, sospecho, todas pretendemos: el invento que te lleve al tope del Tablero, la creación que te haga diferente. Yo, por lo menos, sé que sí querría.

Así que la primera vez que tuve que dedicarle un día al planeta tercero del sector [[^Pa\] se me ocurrió ponerle vida, y ver qué daba. Fue interesante, pero tampoco uy. Empecé con unos trocitos de materia que animé; era lo de siempre, unas moléculas de nada que después fui juntando con otras: así aparecieron las primeras proteínas. No hay nada más tedioso que un mundo lleno de proteínas: prefiero un cuerpo sin ninguna vida, bien incandescente, trozo del bermellón, a una piedra medio fría con proteínas flotando en materiales relajados, líquidos o gaseosos. Muy pronto me aburrí: por esa vía no iba a ninguna parte. Para producir una vida mejor –un poco mejor– había que poner algún oxígeno a dar vueltas; cuando lo tuve, empecé a combinar los cuerpitos que había: fue un placer cuando conseguí las primeras algas y los líquidos del pedrusco se fueron llenando de cuerpos coloreados.

La historia es larga y no tiene mucho interés: una ruda jornada de trabajo. Pero hay que reconocer que, aunque nadie pareció notarlo, aquel día yo estaba bastante inspirada. Al cabo de un rato tenía raros bichos flotando en esos líquidos, cositas transparentes gelatinas de baba: un triunfo menor. Después pude hacerlos más sólidos: huesos, escamas, dientes, unos ojos precisos. El sistema se me iba complicando, pero yo no tenía la sensación de perder el control: era bien agradable.

Entonces llené la tierra firme de plantas, y conseguí sacar a los pescados de su líquido: ya tenían qué comer ahí afuera, y se

subieron. Primero conseguí unos bichos bastante brutales: llenos de pinchos, huesos destapados, cuerpos recovecudos: pesadotes. Después me salieron unos que volaban. Me gustaría poder decir que los imaginaba y así, de pronto, me surgían: no me cabe mentir, porque la Corporación se da cuenta al instante. Lo cierto es que tuve que hacer muchas pruebas, intentos malogrados. Mi Jefe me lo reprocharía, más tarde: que por qué había tenido que inventar 400.000 tipos de coleópteros, por ejemplo, esos engendros de carapacho duro, alas y pinzas. Me dijo que un sistema con tal cantidad de especies podía desbocarse en cualquier momento, y que por favor me contuviera. Me dijo «por favor»: cuando dice «por favor» es muy mal signo. Fue enojoso, y le tuve que explicar lo obvio: que eso me permitió llegar mucho más ducha a los bichos mayores. No sé si lo entendió.

O quizás fuese que no quería entenderlo. Después se aprovechó. Se estaba terminando el día y yo ya tenía mi pedrusco lleno de cuerpos complicados: aquellos dinosaurios inútiles monstruosos, pájaros de alas negras, muchas clases de ratas y, por fin, muy modestos monitos. Incluso había adornado los arbustos con flores: casi una distracción, una idea tonta que no quise descartar. Por un momento llegué a entusiasmarme. Después me di cuenta de que no había por qué: mis criaturas no tenían mérito particular: se han hecho tantas otras sin duda superiores.

Pero bailaba, todo el tiempo, alrededor de mí una idea. Al principio no pude precisarla: se mostraba y huía, la buscaba y buscaba, estaba por atraparla y se escurría.

Volví a la misma frase: «la vida no está mal, pero no alcanza. No es original ni diferente: nada de qué jactarse. Algo me falta, sin duda: algo más». La idea estaba ahí, retozando cada vez más cerca, pero no la atrapaba. Aquel día el Jefe estaba quisquilloso. Es raro que la labor de una oficial tenga un

control tan estricto: a mí tampoco me sucede siempre, pero ese día fue tremendo. A veces son así conmigo: quisiera saber por qué, qué me sospechan. Aquel día el Jefe estaba furibundo:

–Lo de los dinosaurios es un despropósito: tanto cuerpo sin el menor sentido. Eso no es vida, es tontería. ¿Tanto cuerpo para qué, (vËf)), para qué?

Era cierto: esos bichos vivían para arrastrarse, saltar, volar, pelearse, aparearse, comerse: eran movida pura, puro impulso. Es, a veces, el problema cuando ponemos vida: no parece tener ningún sentido. No hay necesidad. Una órbita, una gravitación, el movimiento de un cuerpo celeste es otra cosa: tienen su lógica, su música. En cambio la vida casi siempre nos sale puro azar, impulso puro. Por eso, tantas veces, la eliminamos pronto.

–¿Para qué tanto cuerpo, (vËf)), para qué?

Se exasperó mi Jefe: fue entonces cuando tuve que mandar el meteorito que acabó con ellos. El fuego se cebó impresionante: buena parte del pedrusco estaba en llamas: bosques, pastos, montañas, animales en llamas; la luz estaba en llamas. Después las cenizas oscurecieron todo; el sulfuro del choque flotaba en el aire y una lluvia ácida mataba e inundaba. Las llamas, mientras tanto, relamían. Era como al principio, cuando todo estaba por hacer, y por un momento me ganó la ilusión de que podría empezar de nuevo, evitar los errores. Era mentira. Aunque al día siguiente tendría un nuevo cuerpo para trabajar, y tendría la posibilidad de corregirme: eso es, también, lo que hace tolerable esta tarea.

Las llamas relamían, la idea me bailaba. Creo que la entendí por una distracción. Me dejé llevar, pensaba en otra cosa: en dos cuerpos celestes poderosos que tendría que reubicar al día siguiente porque amenazaban con una colisión que no servía, que podía arruinar las relaciones y proporciones

de su sector, muy alejado del tercer planeta. Estaba, digo, distraída, y entonces entendí: había sido un día vulgar, no había hecho nada interesante, sólo tratar de poner vida común en un pedrusco, pero si concretaba lo que acababa de pensar todo sería distinto de repente. Poner vida era fácil: lo nuevo era acotarla. Cerrarla, definir. Condenarla: incluir en los cuerpos que había organizado la información de que esa vida se acabaría en algún momento: empezarlos con su final seguro. Los bichos, antes, claro, no duraban siempre, pero sólo acababan por una acción de afuera: los mataba una piedra, el calor, su enemigo, algún desconocido, otro se los comía, pero ninguno se terminaba por sí mismo. Era una idea.

Por un momento entendí cómo se sienten, a veces, otros. Exultaba. La idea del final de las vidas era brillante, aunque nadie pudiera entenderlo todavía. No fue difícil bajar la información y poner en marcha el mecanismo, pero yo misma no podía entenderlo del todo, todavía. El Jefe entendió menos: en vez de celebrar, de felicitarme como correspondía, siguió con su rabieta:

–Más y más tontería, (vËf)), para qué. A ver si deja de perder su tiempo.

Todo esto fue hace tanto, el primer día que me ocupé del planeta tercero del sector [[^Pa\]. Después tuve mucho trabajo, seguí rigiendo y corrigiendo mi universo, pasaron miles y miles de jornadas, tuve malos y buenos momentos, fracasos, algún éxito, bastante poca cosa, y no volví a pensar en aquella idea: era excitante, pero no podía imaginar para qué serviría. Hasta esta mañana, cuando tuve que volver a ocuparme del pedrusco.

La vida con su final era un principio ordenador. Fue lo primero que noté, esta mañana, cuando volví a ocuparme del tercero. Todo parecía en su lugar: no sé qué

quiero decir con esto, pero fue mi primera sensación: que las cosas tenían su lugar y lo ocupaban. Pese al tiempo pasado sin que lo controlara, nada se le había desbocado: las tierras se mantenían estables, los mares se resignaban a su parte, las plantas se respetaban los espacios, los animales no se mataban más de lo necesario ni se multiplicaban porque sí. Los animales, por supuesto, no lo sabían, pero era evidente que el hecho de que sus vidas tuvieran programado su final les facilitaba tanto la tarea: se habían ido organizando sistemas de reemplazo, donde cada bicho nuevo correspondía más o menos a un semejante muerto, donde sobraba mucho menos: el sistema estaba empezando a funcionar. Si siguiera, quizás yo llegaría a ser algo más que una bola de información que la Corporación produjo para administrarles un universo del montón.

Me pasé un rato mirando, recordando: había pasado tanto tiempo desde la última vez. Ahora los bichos eran y no eran los que yo había inventado. Noté que habían mejorado mucho sus colores: en algunos pájaros, en ciertos insectos estaban casi todos, incluso algunos que yo no habría podido suponer. Noté que varios se movían con una elegancia que no les conocía o no les recordaba: patas que galopaban con la presteza de unas alas, alas que limitaban su esfuerzo a lo más breve, ojos que parecían abarcar el mundo con un golpe solo, pulmones que respiraban sin ronquidos. Noté que muchos bichos usaban herramientas: una avispa que agarraba con la mandíbula un guijarro para aplanar su nido, una hormiga que transportaba miel sobre una hoja, un buitre que lanzaba una piedra para partir un huevo de avestruz, un monito que desarmaba un hormiguero con una rama bien pelada. Noté que muchos bichos usaban herramientas, pero ninguno como esos grandes simios. Eran extraños: los grandes simios andaban en dos patas, habían perdido casi todos los pelos de sus cuerpos, se les veía

la piel marrón oscuro, sudaban sin parar, rasgaban carne de un antílope con una piedra que habían aguzado, se cubrían o adornaban los cuerpos con pedazos de cuero: me atrajeron.

Atardecía sobre una llanura pajiza, amarillenta. Grandes simios estaban reunidos bajo un árbol solitario, de copa chata y ancha: eran veinte o treinta, entre hembras y crías, alrededor de un fuego. No había machos. Cuatro o cinco hembras amamantaban a su prole, dos cosían una piel con una aguja de hueso y nervio de animal, tres más afilaban piedras frotándolas contra otra piedra dura, una aplastaba granos en un mortero de madera, los cachorros corrían, tropezaban, se revolcaban y mordían, una hembrita preñada se dedicaba a alimentar las llamas. Era difícil: se quemaba cada vez, trataba de escaparse y las demás volvían a empujarla hacia la hoguera. La hembra se chamuscaba y las otras, más viejas, soltaban esos graznidos que nadie llamaba risas todavía y se golpeaban los muslos con las manos. La hembrita las miraba con odio y trataba de reírse también: los grandes simios estaban encontrando formas de contacto que yo no había supuesto.

–¡Llegan, llegan!

Gritó una de las viejas. Lo oí, primero, y lo entendí, antes de darme cuenta de lo que estaba sucediendo. Yo puedo entender cualquier lengua posible: está en mi información. Pero no se me había ocurrido que estos grandes simios tuvieran una lengua. Quizás no les había prestado la atención suficiente: a veces, para oír o ver algo hay que saber que uno puede hacerlo; quizás no habían hablado todavía.

–¡Llegan, llegan!

Gritaron otras, y el campamento se convirtió en un revoloteo de cachorros y hembras que recibían con abrazos y golpes a una docena de machos orgullosos. Venían cansados: unos días de caza les habían valido esa fatiga, algunas heridas menores y el elefante que cargaban en trozos repartidos. Los soltaron al

lado de la hoguera y se dejaron abrazar con caras satisfechas.

–¡Ay, elefante, ay ay ay!

Decía una hembra madura con dos críos en brazos, y no entendí si era un lamento por el pobre elefante o por comer otra vez esa carne inclemente. La bienvenida era feliz: todos se toqueteaban.

–Antílope escapaba, gacela se escapaba, la cebra como antílope gacela, elefante quedó. Brava batalla de elefante, comida muy muy brava.

Dijo un macho fornido, joven, de pelo arrepollado como melena de león. Tenía un par de tajos en el pecho con sangre seca alrededor, una verga importante y una barba cerrada. La hembrita de la hoguera se había abrazado a sus rodillas; hundía la cara entre sus piernas pero una vieja le dijo que se levantara y volviera al fuego. La hembrita se abrazó más fuerte y el macho joven trató de decir algo:

–Ella no camina…

–Ella sí, digo yo.

Le ladró la vieja, y la hembrita se levantó de un brinco, bamboleando la panza. Las demás hembras volvieron a reírse, el macho joven se quedó con la verga a media asta, la hembrita se quemó de nuevo. Por un momento pareció que el campamento retomaba su disgregación de antes de la llegada, pero no: las hembras y los machos se congregaron alrededor de la carne de elefante y pusieron manos a la obra. Nunca imaginé que alimentarlos implicara tanta violencia: matar a un bicho, desgarrarle la carne, destrozarlo, pelearse por sus trozos, triturar lo que quedaba con dientes y molares. Pero parecía que tantas operaciones los obligaban a hacer juntos. Mientras la cortaban con sus cuchillos de pedernal, una vieja de mamas muy largas les ofrecía sangre del animal, recogida en un cuenco de madera, y la bebían con un placer que estuve a punto de envidiarles: tan satisfechos de sí mismos.

Era ultrajante. Cada cual, tras su trago, cerraba los ojos con fuerza exagerada y gritaba unas palabras que ni siquiera yo pude entender. Algunos se caían redondos en la tierra, otros salían saltando vacilantes, otros quedaban petrificados en su sitio, varias hembras se acariciaban con dulzura: ya había caído la noche. En varios puntos hembras y machos se fornicaban raro: mirándose, de frente. Nunca había visto bichos que lo hicieran así: siempre el macho de atrás, atento, vigilante. Estos se abandonaban al fornicio como si el mundo no fuera una amenaza y arremetían uno contra la otra, la otra y uno: querían atravesarse, ir más allá, pasar al otro lado. Buscaban una verdad o ventaja o valor del otro lado y se embestían sin mengua: las caras se les desfiguraban, no pasaban, lo intentaban de nuevo, se amagaban con lenguas y alaridos. Al final, parecía, se resignaban a un fracaso que los dejaba muy mansitos: chatos, destartalados.

El grito fue brutal pero primero no les dijo nada. El grito sonó sin atenuantes en las sombras pero las hembras y los machos que pululaban alrededor de la carne de elefante no se sobresaltaron, no se dieron vuelta, no corrieron hacia el final del campamento, donde el grito crecía y se apagaba. Después vinieron más, y entonces sí: fue la corrida. Los rugidos. Un león de melena como el macho fornido estaba matando cuantos chicos podía: ya llevaba bastantes.

Los críos de los grandes simios eran especialmente frágiles, indefensos. Podría justificarme con razones: decir por ejemplo que los hice así porque para proteger chusma tan vulnerable sus padres debían organizar esfuerzos, buscar astucias todo el tiempo y que eso los hacía mejores. O que ver a sus críos tan poquita cosa les producía a los padres una simpatía que les servía en la vida. Pero lo cierto es que nunca lo había pensado:

fue así como salieron y, si lo hubiera pensado, quizás habría podido hacerlos más defensos, menos pachurraditos. Los grandes simios eran bastante inteligentes pero débiles: no sabían hacer nada muy bien, no eran especialmente fuertes ni hábiles ni valientes. Sólo se distinguían porque podían caminar en dos patas y usar las manos mientras. No es mi culpa. Sería iluso pensar que en cada detalle está mi mano: una oficial puede trazar las grandes líneas y, si acaso, intervenir de tanto en tanto para torcer apenas esas líneas. Pero no puede dibujar cada uno de sus puntos: sería imposible y, sobre todo, sería pretencioso: en la Corporación nada aborrecen tanto como las ínfulas de una oficial cualquiera.

Los machos y las hembras armaron un clamor, agarraron tizones de la hoguera, corrieron hacia ese fin del campamento retumbando con sus pies la tierra. Cuando llegaron, el león se había ido: chiquitos, lamentos de chiquitos, pedazos de chiquitos, sangre de los chiquitos yacía sobre la hierba amarillenta.

–Los chiquitos, partidos.

Dijo un macho más gordo que los otros, muy peludo, que estaba en el declive de su cuerpo.

–Este y este y este, partidos.

Dijo la vieja de las mamas largas, señalando a tres muy quietos que tenían menos piernas o brazos que lo acostumbrado. Dos más se agitaban en convulsiones en el suelo, y la sangre les escapaba con brutos borbotones. Sus madres, dos hembras parecidas, corrieron a levantarlos y abrazarlos: se enchastraban.

–Estos, casi partidos.

Dijo la vieja: los machos y las hembras se dieron media vuelta y volvieron a los alrededores de la hoguera. El resto de los chiquitos los siguió, lo cerca que podían. Caminaban despacio, sin hablarse; tres machos llevaban cada uno un chico

inmóvil, falto de alguna parte. Cuando llegaron junto al fuego los dejaron al lado y todos se sentaron en ronda alrededor. Los miraban, se miraban, miraban hacia abajo o arriba: no parecía que tuvieran una idea.

–Este y este y este, partidos.

Repitió la vieja de las mamas.

–¿De qué, partidos? ¿Para dónde, partidos?

Los chiquitos estaban en el medio y ahora todos los miraban: con espanto, con gran curiosidad, con distancia o el estremecimiento, los miraban. Es evidente que debían haber visto esta misma escena –la de un miembro de la comunidad cuando perdía la vida– muchas veces, pero no tenían una conducta prevista, una respuesta elaborada.

Fue entonces cuando supuse que sí podía hacer algo. La hembrita preñada me sirvió para decir lo que quería; la hice hablar:

–Antes, un rato antes se movían, estaban, tenían para crecer y ser machos y hembras. Ahora ya no se mueven: muertos, eso se llama. Y nunca más se mueven, otro día, nuevos días, más días: no se mueven. Se nos van deshaciendo, nuevos días. Así somos. Todos morimos, una vez o la otra, todos todos. Unos así, otros porque se acaban: todos todos.

La oían llenos de desconfianza, primero, y después la escucharon. La miraron como quien no ve lo que está viendo: con espanto, con gran curiosidad, con distancia o el estremecimiento, la miraban. La hembrita –yo, que le dictaba las palabras– les estaba enseñando la palabra muertos, la idea de estar muertos con palabras. Estaban entendiendo mi invención: saber que se acababan. Hacía poco habían entendido que eran y ahora aprendían que pronto no serían. La hembrita –mis palabras– les hacía reconocer, recordar que alguna vez estarían muertos y les contaba, por primera vez, una historia en tres tiempos: había presente que veían, pasado

que sabían, futuro que la historia les contaba.

–Chiquitos eran antes, críos. Y ahora son muertos, van a ser.

Sospeché, cuando la oí –cuando me escuché–, que en ese momento los grandes simios habían pasado a ser algo completamente diferente: no sabía cuánto.

–¿Van a ser mucho tiempo?

Estuve un rato ocupada en otras cuestiones del pedrusco: costas que no terminaban de formarse, un par de terremotos que alisaron terrenos, la mejora del lenguaje en los delfines. A veces me pierdo, me distraigo: quizás por eso me desdeñan. Hay oficiales que dicen que la distracción de la oficial es necesaria: que es la manera de encontrarse con desarrollos que nadie habría previsto, que pueden ser mejores que los ya conocidos. El Jefe, por supuesto, no está de acuerdo: él cree en el control a ultranza, el arma de los tontos. En cualquier caso, el pedrusco había girado muchas veces alrededor de su estrella cuando volví a pensar en los grandes monos: ya no había.

Los hombres eran muy parecidos, pero se manejaban tan distinto. Eran iguales, pero habían cambiado tanto. En la misma llanura amarillenta habían construido veinte o treinta chozas de ramas y vivían allí todo el tiempo que podían: allí dormían, a cubierto, con la calma del que sabe que duerme protegido. El pedrusco es curioso: como gira sin parar y la luz le viene de su estrella, hay períodos oscuros: cada noche. La noche servía para que muchos animales buscaran alimento o intentaran no serlo; los hombres, que no tenían ningún valor para la noche, se dormían. Los grandes simios sólo podían dormir salteado: siempre alerta, acechando agresiones. Los hombres, cuando armaron poblados, empezaron a dormir muchas horas por noche y pasaban mucho mejores días: se volvieron más fuertes. Además de cazar y recoger plantas salvajes, cultivaban espigas: tenían comida más segura. Eran soberbios: hacían como si todo lo que puse en el tercer

pedrusco lo hubiera puesto para ellos: si un espinazo de pescado se peinaban, si piedras hacían cuencos, si troncos sus moradas, si había un río pescaban y bebían, si cualquier animal se lo comían. Se los notaba avasallantes, y yo no terminaba de entenderlo: ¿por qué ellos? ¿Por qué, entre las formas posibles, era esta y no otra? ¿Una nariz, por qué? ¿Dos orejas, por qué? ¿La saliva, por qué? ¿Por qué esos intestinos retorcidos? Y hablaban hasta por los codos:

–Con esa hembra nadie fornica si a mí no me lo dice.

–¿Entonces se lo digo?

–¿Quiere la muerte, diga?

Me dio miedo. Quizás no había hecho lo correcto. Quizás me había equivocado muy brutal. Me pareció que los hombres, una vez concebidos, no me necesitaban para seguir su camino. Fue extraño: se me ocurrió que tenían un camino. Y creo que, de hecho, de no haber sido por mi invento funesto, nunca más habrían pensado en mí. Ahora supongo que lo habría preferido. Pero por el momento estaba incómoda: presentía algo y no sabía qué hacer. Si hubiera sabido dormir, me habría dormido.

DÍA DEL TERCER PEDRUSCO, HORA TERCERA. EGIPTO

Yo por fin tenía un cuerpo, y estaba lleno de músculos y aceites: una muchacha negra me lo frotaba con ungüentos de incienso y terebinto, como cuadra a un luchador después del lance. Estaba fatigada, feliz por mi victoria, adormilada; me dolían recovecos de ese cuerpo. Tenía un cuerpo: era, ese rato, un luchador tebano.

La idea se me había ocurrido poco antes. Mi información era tajante: no se conocían casos de oficiales que hubieran ocupado, ni por un momento, cuerpos vivos en los cuerpos celestes que crearon. Pero tampoco había ninguna circular que prohibiera la idea, y yo quería: me importaba saber en serio, por mí misma, qué pasaba en los cuerpos de los hombres. Aunque –ya lo sabía– el estúpido recurso a la experiencia no era propio de una oficial de la Corporación. Aunque –estaba claro– nosotras tenemos maneras más astutas, más sofisticadas, más distantes. Aunque –estaba segura– mi Jefe me iba a decir de todo.

Los hombres eran, ya decididamente, los dueños del pedrusco. Todavía sufrían los ataques de otros bichos: leones, serpientes, tigres, elefantes, alacranes, un toro desbocado, los mosquitos. Pero sin duda se habían apoderado: una sorpresa relativa.

–¿Dónde más, mi señor?

–¿Por qué, hay más todavía?

Si pudiera decir con propiedad que tengo sensaciones, diría

que esa primera vez fue de las más extrañas que he tenido: yo era huésped del cuerpo del tremebundo luchador egipcio Hapsí –que significaba «carne hervida» y parecía referir al estado en que quedaban sus rivales. Podía estar en su cuerpo tanto como quisiera; después, cuando lo dejase, Hapsí se despertaría como de un largo sueño y, si acaso, una noche le aplastaría la cabeza a quien fuera por ahí contando lo que hizo en ese lapso que nunca lograría recordar.

–¿Cerveza, mi señor?

–¿Y beberla, supone?

Era de lo más raro, un cuerpo: los ojos con sus párpados que se abren y se cierran, la nariz que nada puede clausurar, la boca llena de saliva, las pelotas que cuelgan bamboleando, las piernas y brazos que hay que mover y controlar, la respiración que sigue sola, tantas protuberancias y entradas y salidas. Si hubiera imaginado que visitaría alguna vez cuerpos de mis bichitos los habría pensado un poco más, los habría hecho más afines a mí: con menos recovecos, más directos. Aunque Tchepsut sabía aprovechar los recovecos. Alguien dio un par de gritos en la puerta. Tchepsut era todo lo que tenía, mi único lujo.

–Señor, mi amo: un hombre quiere hablarle.

Tchepsut, la esclava negra, había dejado de masajearme para recibir al recién llegado –y algo se me había perdido cuando sus manos se escaparon, aunque no entendí bien. Ya lo pensaría. Por el momento le dije que lo hiciera pasar, me até un paño de lino alrededor de la cintura y me puse de pie.

–Vida, salud, fuerza para Hapsí.

Supongo que quise ser Hapsí porque era, de algún modo, mi contrario. Hapsí tenía veinticinco años y era uno de los mejores luchadores del Alto Egipto: una verdadera masa de carne muy bien distribuida y trabajada, un genio de la lucha, un idiota completo.

Hapsí había empezado su vida como primogénito de un escriba próspero de Karnak, un suburbio de Tebas; el hijo debía heredar el puesto, y su padre empezó a prepararlo desde chico en las artes de la escritura; a esa altura, los hombres ya no sólo hablaban: también guardaban lo que decían en dibujos. Hapsí era impermeable: sus dedos eran torpes en el junco que debía dibujar los jeroglíficos, su memoria era flaca en el momento de distinguir el ibis que figuraba la U del búho que representaba la eme, su atención huía sin remedio. Su padre desesperaba. Sobrepasado por la incapacidad de su hijo, se lo entregó como aprendiz a un colega sacerdote. Había sacerdotes: eran los encargados de hablar con una de sus grandes novedades, que llamaban los dioses.

El sacerdote practicaba una instrucción basada en el capirotazo: lo cagaba a sopapos. Hapsí, apretando los dientes, obligado por la obediencia debida, recibía sin chistar mientras se prometía que alguna vez sería lo suficientemente fuerte como para devolverle cada coscorrón a su maestro –y ofrecerle, de paso, algunos a su padre.

Fue un ejemplo feliz de adaptación a un medio hostil. El escriba imposible crecía cada vez más ignorante y más fornido. Su padre y su maestro, testarudos, se resistían a rendirse a la evidencia y seguían administrando su medicina de látigo y jeroglíficos. El día que cumplió catorce años Hapsí se escapó. Era un mozo muy bien plantado: tardó poco en descubrir que hombres y mujeres lo deseaban por igual, y no mucho más en entender que su cuerpo le procuraría techo y alimento. Desde que empezaron a fornicar de frente, los hombres habían dedicado muchos de sus esfuerzos a complicar las técnicas y modos de encastrarse; de hecho, me sorprendió notar que casi nada les importaba más que eso. Al principio pensé que era un gesto de extrema intimidad; después descubrí que, en general, era una forma de guardar distancias: los bichitos fornicaban, se

toqueteaban, tururaban con otro bichito al que jamás le contarían que odiaban a su hermano, por ejemplo.

Se habían vuelto virtuosos. Habían llegado a firuletes que, me pareció, falsificaban las olas del mar, remolinos del viento, revueltas de la oreja y otros, desconcertantes, que no imitaban nada: no había muchas cosas, en el tercer pedrusco, que no imitaran nada, y esas fornicaciones eran unas. Durante cinco años, Hapsí fue uno de los mancebos mejor pagados de Tebas: era un maestro en las artes del coito, pero pasaba horas y horas todos los días entrenando con un profesor de lucha al que le entregaba mucho de lo que ganaba con garompa y ojete. No había vuelto a ver a su padre ni al monje de la fusta y no solía recordar su venganza pendiente, pero seguía convirtiendo su cuerpo en una máquina de pelear: ya no tenía un propósito claro, pero su vida era esa construcción.

A los veinte años estaba harto de fornicar con tantos: se apenaba, su poronga falló más de una vez, perdía la clientela. Algunas tardes no tuvo qué comer. Una noche, en una taberna, alguien lo desafió a pelear. Hapsí no tenía por qué, y se negó. En realidad, fuera de su instrucción nunca había luchado con nadie: tenía la confusa sensación de que su habilidad para el combate –ya era, entonces, una máquina perfecta– no debía ser degradada con el uso. Pero el desconocido le ofreció dos hogazas de pan si lo vencía. Hapsí precisaba la manduca, y el combate duró menos que lo que se tarda en decirlo: Hapsí no usó tres movimientos para acabar con su rival.

Aquella noche Hapsí descubrió una forma de ganarse la vida y descubrió, al mismo tiempo, un estilo: desde entonces, su forma absolutamente económica –casi parca– de combatir sería la comidilla de Tebas y el fracaso de sus imitadores. En los cinco años que siguieron, Hapsí perfeccionó su sistema hasta niveles increíbles; a veces, en ciertos combates, su victoria rayaba en lo inexplicable: su rival caía derrotado antes que él,

aparentemente, lo atacara. Era un arte, que le trajo admiración y más problemas: sus peleas eran tan perfectas que no tenían ningún atractivo. Por eso, de tanto en tanto, tenía que redondear sus ingresos con alguna actividad complementaria.

–Lo mismo para usted, Meru-ké: vida, fuerza, salud.

–Peleó usted como un flamenco en celo, Hapsí.

–Mi rival era enclenque como flamenca clueca.

El tal Meru-ké era un hombrecito flaco, con el cráneo totalmente rapado y las costillas dibujadas en el pecho, nariz torcida, gesto tortuoso, algunos dientes: yo no he visto mi cara todavía, pero si es parecida entiendo por qué me dediqué a la lucha. Meru-ké debía tener como cuarenta años: cercano de su tumba.

–¿No me va a ofrecer un jarro de cerveza?

–¡Tchepsut!

El líquido era dulzón y espeso, incómodo: me molestaba la sensación de algo extraño que me entraba en el cuerpo por la boca, lo invadía y recorría, se inmiscuía en lugares que deberían mantenerse ajenos a todo lo del mundo. La ingesta es un error caliente. Si no les hubiera dado la capacidad de alimentarse, seguramente los bichos no funcionarían, pero era repugnante: tendría que corregir para la próxima.

–Hapsí, no quiero que piense que vengo a verlo sólo cuando lo necesito. Habría venido antes, usted sabe, pero le aseguro que estuve ocupadísimo.

Meru-ké me sonreía como se le sonríe a un chico tonto: estaba incómodo en su papel de truhan, no le salía. Meru-ké trabajaba en el taller de un joyero del mercado, Horisher, maleando los metales: quizás alguna vez le robó algo, pero nada importante. En él nada parecía importante, y me pregunté para qué había creado a esa gente: a tanta de esa gente. Supuse que serían necesarios para algo: tenía que averiguar qué era ese algo.

–No quiero aprovecharme de eso, usted sabe, pero la muerte de mi pobre madre me tuvo a mal traer estas semanas. La pobrecita: era más vieja que las pirámides, usted sabe, y ya pensamos que no sabía morirse. Y no debía saber, porque tardó tanto en aprender cómo se hacía, y de mientras nos mantuvo en un puño. Si la hubiera visto, Hapsí, cómo gritaba, lloraba, cómo se peleaba, la muy aferrada. Usted sabe: no se quería ir, no le gustaba.

–Lo siento, Meru-ké, pero no estoy seguro que me importe.

–Yo estoy seguro de que no, Hapsí, aunque quizás no debería decirlo. Sobre todo porque puede importarle, si no le molesta que le cuente.

Me molestaba: por supuesto que me molestaba, pero no veía la manera de deshacerme de él. Las reglas de la hospitalidad entre estas gentes me impedían desecharlo a patadas. Y el único cuarto de mi casa era demasiado chico para soportarlo mucho tiempo: un cuadrado de siete pasos de lado, con paredes de ladrillos de barro cubiertas por un par de tapices, el suelo de tierra apisonada, las esterillas sobre el suelo con sus cuatro almohadones. Un ventanuco daba al sur y dejaba entrar muy poca luz y oleadas de calor rocoso. Por un instante odié mi cuerpo egipcio, mis ideas sin sentido, mi trabajo como oficial de la Corporación; pero enseguida agradecí ser eso y no realmente Hapsí, el luchador tebano. Aunque no supe a quién agradecía.

–Mi madre me obligó a prometerle un entierro decente. Usted sabe, Hapsí, un embalsame en serio, no como el de pobres, que se pudren antes de tres crecidas. Mi pobre madre tuvo tan poco en vida: era justo que su muerte fuera algo mejor.

–¿Y yo qué tengo que ver con todo eso?

–Usted sabe, Hapsí, que yo no tenía recursos para un entierro así. No tengo oro ni suficientes piedras. Así que tuve que pedir

prestado, usted sabe. Ahora me amenazan para que lo devuelva, y no lo tengo.

Me cargaba que el tipo me dijera todo el tiempo usted sabe. Como si yo tuviera la obligación de saber todo.

–Pero usted sabe que soy observador, pese a mi aspecto: lo que no tengo, sé dónde encontrarlo.

Meru-ké, para dar fuerza a sus palabras, puso cara de observador pese a su aspecto: me miró de tres cuartos perfil, los ojos casi cerrados, los labios juntos en gesto de besito.

–Mi patrón, el joyero Horisher, usted sabe, tiene tanto que nunca podría terminar de gastarlo. Yo sé dónde lo guarda: en su taller hay un pozo, dentro del pozo un cuenco, y no hay nada más fácil que sacarlo. Es fácil, usted sabe. El único problema es que Horisher duerme ahí, pero es un hombre viejo, duerme pesado, solo, los esclavos duermen en un cuarto del fondo.

–No siga, Meru-ké. No me siga diciendo lo que no quiero saber. ¿A mí qué me importa todo esto?

–Vamos, usted ya sabe: necesito su ayuda. Yo puedo llevarlo, ir con usted, pero necesito que me ayude. Solo no puedo, usted sabe: no puedo. Por supuesto, repartimos el oro.

Meru-ké me miró por encima de su jarro de cerveza, lo terminó, se limpió la boca con el brazo manchado de grasas diferentes. Meru-ké me miró como quien dice vamos, no se haga el tonto. Tenía razón: yo sabía que yo, Hapsí, hacía esas cosas. No todo eran peleas aceitosas. Pero estuve a punto de decirle que no con una excusa vaga. De hecho se lo dije, él insistió y yo, entonces, pensé que si quería saber de verdad cómo era todo aquello, tenía que hacer la vida de esa gente.

–¿Y cuándo dice que podríamos hacerlo, socio?

–Esta noche. No hay mejor que esta noche.

Esa noche el joyero Horisher invitaría a dos amigos a cenar, me explicó Meru-ké: seguramente comerían y beberían muy duro, y el joyero dormiría después un sueño inconmovible. Sus dos esclavos también estarían cansados por el servicio de la cena, una pizca beodos, y todo sería más que simple, me dijo: entrar, sacar el cuenco, escaparse, gozar de la victoria. Pero no parecía muy convencido cuando dijo victoria.

Por suerte faltaban unas horas. Empezaba la tarde: el calor de la siesta iba cediendo y las calles de Tebas volvían a poblarse de gentes y de gritos. El calor refluía, y aun así era espantoso. Yo no conocía el calor: sabía de su existencia, por supuesto, y sé usarlo para crear o cambiar estrellas y planetas, pero nunca lo había sentido sobre un cuerpo que pudiera llamar mío. En realidad, hasta ese día, nunca había sentido nada sobre un cuerpo que pudiera llamar mío: mi bola habitual no entra en contacto con ninguna otra. No tiene oportunidad –porque no hay razones para que las oficiales nos toquemos– y, por lo tanto, no tiene los sensores necesarios. Probablemente sea lo mejor para nosotras.

Aquella tarde, en cualquier caso, el calor atacaba. El calor sobre un cuerpo era una mezcla que, quizás, yo debería rever: una caricia, un signo de la tibieza de lo que está vivo; un mazazo, un recuerdo del poder de lo más grande, los cielos y los soles. El calor dice que el mundo está sin terminar: como si estuviera todavía en una forja al rojo, recibiendo los martillazos del herrero. El calor me resultó una afrenta.

–No sabe lo que me cobraron por embalsamarla, Hapsí. Una vaca, tejidos, dos tinajas, una fortuna digna de un sacerdote de Amón o del dueño de mil quinientas putas, usted sabe. Pero va a ver lo bien que nos quedó, pobrecita, la muy afortunada.

Meru-ké me había pedido que lo acompañara del otro lado del Nilo, a la Ciudad de los Muertos: me dijo que teníamos que

pedir la bendición y ayuda de su madre para la empresa de esta noche. Así que caminamos hacia el río por una calle ancha, llena de vendedores de pescado que gritaban y olían como merluzas moribundas. Tebas era, en esos días, la ciudad más grande de los hombres; los hombres, en el pedrusco, se habían hecho ciudades: espacios para vivir amontonados. Espacios donde podían comprar y vender mucho, donde los jefes podían ser jefes de decenas de miles. La gobernaba un tal Sesostris que, victorioso en sus guerras, se dedicó a llenarla de piedras muy labradas: monumentos. Pero la ciudad era sobre todo lugares como este: calles mugrosas y atestadas, repletas de gentes y animales, olorosas, gritonas. Nunca hubiera pensado que los grandes simios de hace sólo unas horas terminarían formando semejante amasijo.

Meru-ké caminaba sin peso, como si tuviera miedo de ofender a la tierra con sus pasos: temeroso, quien siempre fue apaleado. Cada tanto saludaba a un paseante o a un vendedor; a mí también me saludaban. Los vendedores guardaban sus pescados en cestas de mimbre y no era fácil establecer valores: un pescado largo como un brazo podía cambiarse por un par de sandalias, un collar de caracolas, cuatro cocos, una bolsa de granos de cebada. Mujeres flacas les regateaban precios, esclavos gordos pagaban lo que fuera, ladrones jovencitos les miraban con codicia las bolsas, dos soldados del faraón jugaban a los dados, gatos husmeaban los pescados sin que nadie se atreviera a ahuyentarlos y todos transpiraban a torrentes. Cuando por fin la calle se topó con el río, el mundo se hizo amplio: las aguas brillaban como escamas, el bullicio se hundía. A mis espaldas, la ciudad de los vivos era un embrollo de palacios, templetes y casas pobres de ladrillo crudo; frente a mí, del otro lado del río, la Ciudad de los Muertos parecía la encarnación del orden.

—¡Botes, botes, el río no es verdad!

Los boteros ofrecían el cruce y, en cuanto conseguían dos o tres pasajeros, zarpaban en sus chalupas de papiro trenzado. Meru-ké saludó a uno, le entregó un pan redondo y embarcamos: era extraño estar sobre una superficie que se balanceaba al ritmo de las olitas de la orilla. Íbamos, veníamos: otra vez pensé que un mundo así, tan cubierto de líquido, no estaba terminado. La travesía fue breve, y nos callamos. El río estaba populoso: muchachos que pescaban, pájaros que pescaban, botes bogando y, casi junto a nosotros, una barca más grande llena de plañideras que transportaba un muerto. Las mujeres llevaban la cara tiznada de barro y las túnicas rotas y se golpeaban con saña las cabezas. Los gritos eran desgarradores: tendría que averiguar por qué, para esta gente, que alguien se muera resulta tan terrible.

–Usted sabe, Hapsí, lo que cuesta en nuestros días embalsamar la carne según las viejas reglas. Parece mentira cómo todos se aprovechan de los muertos; saben que no hay otra salida y se aprovechan. Los muertos, pobrecitos, están tan desprotegidos en su reino, usted sabe. Las potencias del mal pueden atacarlos en cualquier momento: si nosotros no los cuidamos… Para eso estamos, también: para cuidar a nuestros muertos, como alguna vez nos cuidarán a nosotros, cuando hayamos llegado, usted sabe, los que vengan después.

Más que a mí, parecía que Meru-ké trataba de convencerse a sí mismo. No era del estilo de los que dan algo por nada, porque nunca nadie le había dado nada gratis, y precisaba fijar la recompensa: era volátil. Habíamos desembarcado, y caminábamos por calles angostas pero muy ordenadas, limpias, tranquilas. Estaban llenas de casitas: en todas vivían muertos. Meru-ké insistía en contarme los detalles del embalsamamiento de su madre que, supongo, había sido igual que todos los demás. Yo tuve que simular cierto interés, pero no lo hice bien:

–¿Y a ella también le vaciaron las vísceras, la salaron, le

pintaron la cara?

Meru-ké me miró como si yo fuera estúpido y después pensó que por supuesto que era estúpido: un luchador sin cerebro, una bola de músculos grasosos. Eso lo tranquilizó: él me había contratado por eso, para eso, y me explicó todo de nuevo, como se explican las cosas a un chico más bien lelo.

–¿Y no le parece que si los dioses hubieran querido que la carne no se pudriera no la habrían hecho así, una carne que durara para siempre?

Le pregunté, con mi mejor cara de opa.

–Si los dioses hicieran todo lo que quieren, ¿le parece que existiríamos nosotros?

–¿Cómo?

–Lo que oyó, Hapsí, no se tontee. ¿Para qué nos habrían inventado? Nos inventaron porque nos precisan para que alguien se ocupe y los adore. Si no fuera por eso, ni de ahí nos creaban. Nadie regala nada, Hapsí, usted lo sabe, y menos que menos si son dioses.

Dijo Meru-ké, y los dioses dejaron de preocuparlo: era cuestión sabida, parecía, y siguió contándome vicisitudes del resto de su madre. Visiblemente a estos fulanos les parecía fundamental conservar los cuerpos de sus muertos: los muertos precisaban su cuerpo para que su alma pudiera volver a él cuando necesitaba, me explicó, cuando se cansaba de sus paseos por el éter, cuando la atacaban el hambre, la desazón, las amenazas de otros muertos.

–Hay muertos muy malvados, también, dando vueltas por ahí. El muerto está muy bien, pero siempre en peligro.

El sol iba cayendo sobre las montañas del Oeste; detrás de esas cumbres bajitas, los cadáveres de los faraones se escondían de los ladrones. Más allá, decían, el País

de los Muertos se extendía interminable: un país de sombras y silencios, trabajos y recompensas, donde cada cual tenía una tarea que cumplir. El mundo estaba empezando a ser rojizo. La Ciudad de los Muertos empezó a impacientarme: no se acababa nunca. Eran hileras y más hileras de moradas eternas, los portales ornados y las puertas pequeñas, las pinturas finísimas, las legiones de gatos corriendo de un lado para otro: debían encontrar buena comida. La Ciudad de los Muertos estaba mucho mejor construida que la de los vivos. A Meruké le pareció lo más normal:

–Hapsí, no sea infeliz. Usted sabe que nuestros muertos viven mucho más tiempo acá que en sus casas de vivos. ¿Cómo me va a comparar la duración de la vida de un hombre con la de su muerte, so grasón?

Meru-ké tenía, a su modo, razón: seguimos caminando. Meru-ké tenía razón pero todo esto era un delirio o un error, pensé después: yo creía que había hecho un mundo para que vivieran los vivos, no los muertos. Los muertos eran lo que sobraba: material de desecho Y ahora resultaba que no, que habían decidido que tenían que guardarlos, y que duraban tanto más y que, por eso, necesitaban más cuidados y comodidades, las mejores casas: que el mundo era en gran parte para ellos y que, al final, a fuerza de proliferar, terminarían por ocuparlo todo. Empecé a preguntarme seriamente qué había inventado cuando inventé la muerte.

–¡Pare, Hapsí, deténgase! Ya llegamos, y usted pensando en vaya a saber qué marranadas.

Yo había imaginado otra cosa. Es cierto que la había puesto sobre todo para ver, porque quería experimentar con algo nuevo. Pero también supuse que serviría para que, como los vivos debían renovarse, hubiera cambios: la posibilidad de lo distinto. Y además, imaginé, los obligaría a darse cuenta de que el tiempo significaba algo.

–Pero no se preocupe, le prometo que esta noche después de nuestro asunto lo llevo a festejar al mejor prostíbulo de Tebas…

Meru-ké no podía hablar sin despedir un olor fétido: cebollas olvidadas en el agua. Todo el tiempo intentaba una sonrisa que debía considerar encantadora y era una mueca ávida. Volví a mirarlo: tenía que haber algo bueno en él, algo que me justificara haberlo hecho.

–… parece que últimamente llegaron unos negritos muy niñatos que chupan y cabriolan y le dan la emoción…

Los cuarenta años de Meru-ké no habían sido pródigos en emociones. A los quince había entrado como aprendiz en el taller de orfebrería del padre de Horisher, donde su propio padre había trabajado hasta su muerte, poco después. Primero le ordenaron las tareas más pesadas, las más desagradables, propias de un esclavo: acarrear la leña hasta el fogón donde fundían los metales, limpiar la escoria que embarraba el taller, cocinar el potaje de los otros cuatro artesanos. Después, poco a poco, el padre de Horisher le fue enseñando los rudimentos del oficio. A sus treinta años, Meru-ké estaba convencido de que era mucho más hábil que Horisher con el pequeño martillo, las pinzas y tenazas. Pero Horisher, que le llevaba ocho años y ya había heredado, era el patrón, y eso era lo que importaba.

Cada mañana, Horisher le daba una pequeña cantidad de oro o de plata, que pesaba cuidadosamente en una balanza, para que la convirtiera en anillos, prendedores, aros, broches. Cada noche, Meru-ké le entregaba el trabajo del día y Horisher, con una desconfianza que los años no aminoraban, lo pesaba para ver si la cantidad de metal no había menguado. A veces Meru-ké lo odiaba; otras, le agradecía infinito que no lo maltratara, que ningún mes dejara de entregarle la comida y la tela que le correspondían. Y que, incluso, alguna vez le diera una pequeña joya o unos restos de metal que Meru-ké podía cambiar en el

mercado. En esos momentos Meru-ké se deshacía en elogios y agradecimientos, que su patrón recibía con una sonrisa displicente.

Meru-ké no era ambicioso. Entendía que esa era su vida y estaba dispuesto a vivirla en calma y temeroso de sus dioses –así decía: «sus dioses». Por eso, cuando su madre le arregló un casamiento con Sheftú, la hija de un panadero pobre de su calle, lo aceptó como una bendición. Sheftú tenía doce años y era callada, enclenque como él, tan simple, pero sus grandes ojos de gacela sabían mirarlo como si él, Meru-ké, fuese lo más sublime: nunca le había sucedido, nunca había supuesto que le sucedería y nunca había imaginado que le diera tal placer.

Cuando Sheftú se quedó embarazada Meru-ké se asustó: su salario en especies apenas alcanzaba para mantener a su madre y a su esposa, y temió que una cuarta boca sería demasiado para él. Pero pronto se tranquilizó y, para el quinto mes, nada le parecía tan emocionante como la idea de un hijo, un sucesor: alguien que lo necesitaría a él, a Meru-ké, más que a nada en el mundo.

El parto se apareció una noche. La madre y la suegra de Sheftú se ocuparon de asistirla y Meru-ké esperó en el patio delantero de su casita de una sola habitación: desde ahí escuchaba los gritos aterrados de su pequeña esposa y se retorcía las manos de impotencia. Cuando oyó los primeros berridos de su hijo pensó que lo peor ya había pasado. Pero la cara de su madre cuando salió lo llenó de zozobra.

–¿El niño está bien?

–El niño es una niña, y es muy chiquita. Pero la pequeña Sheftú se ha ido con Osiris.

En los años siguientes, tantas veces, Meru-ké se odiaría porque su primera reacción fue la rabia de saber que su hijo era una hija. Una hija es una carga y un engorro, pensó enseguida. Recién después entendió que su mujer estaba

muerta, y se quedó petrificado. Estuvo horas así, sentado en el suelo de tierra batida, con la espalda apoyada en los ladrillos crudos. El sol lo lamía, lo desgarraba, y él no sabía moverse. Nadie lo molestó. Ya era de noche cuando entró en la casa: quería, pese a todo, conocer a su hija. Era lo único que le quedaba.

–No, hijo, no lo consiguió. Eran tan chiquitita, no supo respirar.

Meru-ké pasó varios días derrumbado en un rincón de su casa. Una mañana se levantó, se lavó, se afeitó con su cuchilla mellada y se fue a trabajar como si nada hubiera sucedido. Después de todo, pensaba, su vida volvería a ser la misma de antes, la que había llevado antes de conocer a Sheftú: su vida. Horisher lo recibió con algo parecido a una palabra de aliento y le entregó su peso de metal para la jornada. Desde ese día, los dijes de Meru-ké fueron cada vez mejores: hacía milagros con sus pequeñas herramientas. Su patrón los trocaba por pequeñas fortunas y, de tanto en tanto, en ciertas fiestas, lo invitaba a beber a una taberna cara. Meru-ké empezó a aficionarse a esas salidas y, las más de las veces, se gastaba los regalos de su patrón en putas que solían maltratarlo. Eran las mismas que se desvivían en atenciones cuando Horisher les retorcía una teta con la mano. Todo podría haber seguido así para siempre, pero la madre de Meru-ké, un día, se sintió morir y, entre gritos y lamentos, le pidió a su hijo la promesa de «un entierro decente».

–… unos negritos increíbles, usted sabe, lo excelente para un hombre de su experiencia, mi querido Hapsí.

–¿Por qué no se mete dos dedos en la garganta, bien hondo, hasta que vomite por el culo, mi estimado?

–Disculpe, por favor. Nunca pensé ofenderlo. Me dijo, como si pudiera.

La tumba de la madre de Meru-ké no era de las mejores, por supuesto: se le notaban los esfuerzos. Era un sepulcro colectivo, donde cinco inquilinos se acomodaban sin molestarse demasiado. En la entrada había dos palmeras raquíticas; después, un pequeño vestíbulo pintado con imágenes burdas, donde los familiares dejaban sus ofrendas. Las momias estaban más adentro, detrás de una puerta cerrada a cal y canto. Meru-ké había traído un bolso con panes, higos secos, una carne de animal medio podrida y un jarro de cerveza: era lo que el ka de su madre necesitaba para no pasar hambre, para no verse obligado a comer su propia mierda, beber su propia orina. Los muertos, supe, corrían peligros tremebundos.

Meru-ké dejó las vituallas sobre una mesa de ladrillo pintada, donde se desplegaban las propiedades de ultratumba de su madre. La vieja tenía sus estatuillas que la ayudarían en los trabajos que Osiris le ordenaría en el País de los Muertos: su hijo devoto la había provisto de dos cocineras, una bordadora, una modista, dos doncellas y todos los utensilios necesarios para sus labores: mucho más que lo que nunca tuvo en vida.

–Madre, es por usted. No me lo reproche: si no fuera por su hijo Meru-ké, usted y su ka estarían vagando por el reino de Osiris mientras su querido cuerpo se pudría en la fosa común. Así que tengo que hacerlo. No me lo reproche, madre: así lo han querido los dioses, y así lo hago yo, según su voluntad. Necesito su ayuda, madre. Tengo miedo, necesito su ayuda.

Meru-ké hablaba en un murmullo rápido, arrodillado contra la mesa de ladrillos. Hablaba bajo, pero no tanto como para que no lo oyera. No entendí por qué, pero era visible que quería justificarse también ante mí. Seguramente, porque yo era el único –además de su madre muerta– que sabía lo que iba a hacer: yo también estaba por hacerlo.

–Madre, el viejo canalla tiene mucho más de lo que necesita, yo trabajé años y años para él y nunca le saqué ni una viruta, pero esta vez no tengo más remedio. Si no lo hago, madre, usted perderá su tumba, su lugar en el mundo. Yo sé que no está bien –aunque le digo otra vez, madre, el viejo canalla tiene demasiado–, sé que no es bueno pero es bueno porque lo hago por usted, madre: los dioses saben entenderlo, y usted hará lo necesario para que mejor lo entiendan, madre, por favor. Usted tiene que protegerme, madre, use su influencia entre los muertos, madre, para que todo salga bien, y…

Meru-ké hablaba más y más vehemente, ya casi a los gritos. A los gritos se puso a contarle su plan para esta noche: era recóndito, inconexo. Yo no sabía qué hacer para escabullirme: odio tener que ver miserias.

–… y no me diga que no quiere, que no se va a mezclar en un crimen, porque sólo por usted lo hago, para que usted viva bien en el Reino de los Muertos. Así que mejor que me ayude con su parte del trabajo, madre, que si no…

Meru-ké, sin querer, se estaba lanzando a amenazas que después quizás lamentaría. Cuando pudo entenderlo se calló y me miró compungido:

–Yo sé que no son maneras de hablarles a los dioses, pero qué quiere, estoy nervioso, usted sabe, un tantito nervioso.

–No se preocupe, colega. Lo entiendo más de lo que se imagina.

–¿Usted me entiende? ¿Usted, Hapsí, me entiende?

Dijo, y se lanzó a una risa frenética. Supongo que quería ser burlón, despectivo, y sólo resultaba más penoso. Pero me aproveché: como yo era un estúpido, podía preguntarle cualquier cosa.

–¿Qué ventaja, colega, en robar al viejo?

–¿En vez de qué, me dice?

–En vez de trabajar, ahorrar, pedir prestado.

–Una sola ventaja: si todo va bien, no hay dolor, no hay problemas. Y si todo va mal, el dolor se concentra: es un rato terrible, pero un rato. Peor es endeudarse y tener que sufrir durante años, usted sabe: tanta pena segura.

Ya había vuelto a decirme usted sabe: debía ser que se le estaba pasando la cólera o el susto.

–¿Y los riesgos son muchos?

–La policía, usted ya sabe, mejor que yo lo sabe. Pero no mucho, casi nunca los prende.

–¿Y entonces por qué no lo hacen todos?

–Hapsí, se puede ser idiota, pero no tan idiota. Hasta el chico más tonto sabe por qué: porque cuando se muera, los dioses van a pesar su ka en la balanza de las dos verdades…

Yo puse cara de sorpresa, azorada: de pronto empecé a entender algo. Meru-ké interpretó mal mi cara, y se entusiasmó: como si yo fuera en verdad un chico empezó a repetirme toda la escena de cuando el alma del muerto sufre el interrogatorio de los dioses: Osiris, Isis, Thot, Anubis, todos estaban allí y le pedían cuentas al muerto por lo que había hecho en vida. El muerto, en un discurso muy pensado, un discurso que había ensayado cientos de veces antes de morirse, aseguraba que no había cometido ningún pecado grave. Solía ser un buen discurso, bien florido, pero nunca del todo convincente: el ka del muerto igual tenía que ser pesado en una balanza de dos platos. En una el ka, en la otra una pluma, y en el medio Anubis, con su cabeza de perro, controlando los pesos. Si el ka era más ligero que la pluma, el muerto entraba al País de los Muertos, al reino de Osiris.

–… y si el ka pesa más, si va pesado con un crimen, las bestias del subsuelo lo van a devorar en un instante. La muerte, la verdadera muerte.

–¿Y entonces, colega? ¿Usted no cree en esos… no cree en los dioses, que está dispuesto al crimen pese a todo?

–No, grasón, no es eso. Al contrario, creo bien en los dioses, usted sabe: creo que son equitativos, más justos que ninguno, y saben que esto no es un crimen, de ninguna manera. Lo hacemos por el bien, Hapsí, por la felicidad de mi madre en la muerte.

Fue como un rayo: en la sombra, en el fresco de aquel sepulcro pobre, en aquella casucha repleta de cadáveres que habían querido y no pudieron conseguir un lugar más rumboso, entendí, de un sopetón, lo que había hecho. Yo había inventado hombres, y ellos dioses para que los hubiesen inventado y dirigieran, y mi invento, por su invento, se me estaba escapando de las manos. Era un decir, las manos.

–Pero sé que si me prenden no voy a llegar a viejo.

–¿Y le gustaría ser viejo?

–Ser viejo es el horror: nos volvemos todavía más feos, débiles, casi idiotas. Vemos mal, no oímos, no recordamos nada. Nos cansamos por cualquier tontería, cualquier comida nos enferma…

–O sea que no querría llegar a viejo. ¿Por eso quiere que hagamos esto?

El papel del idiota me resultaba cada vez más útil. Aunque Meru-ké ya se estaba exasperando. La cerveza le había manchado la túnica de lino y los ojitos muy oscuros se le entrecerraban. Teníamos que gritar: la taberna estaba llena de gritones.

–¡¿Qué me dice, especie de grasón?! ¡Lo que más quiero en la vida es ser un viejo dichoso y tranquilo, honrado y próspero, si Amón me lo concede!

Otra vez sopa. Me dije otra vez sopa, y me di cuenta de que por momentos las palabras del verdadero Hapsí se me

amontonaban en la cabeza. Pero eso no era lo importante: otra vez sopa. Me importaban Meru-ké y su grito: «¡… si Amón me lo concede!». Otra vez el relámpago, la sensación de hace un rato en el sepulcro pobre: no era que lo hubiese olvidado; sólo que había decidido no volver a pensarlo. El descubrimiento era demasiado brutal, demasiado facundo, y había preferido esperar un momento en que pudiera examinarlo en calma: dentro de un rato, quizás, tras el robo, cuando volviera a mi cubículo en la Corporación, de nuevo bola. Habría preferido, pero no podía. Meru-ké le pedía otra merced al tal Amón, un grupo de borrachos se balanceaba y cantaba «que todos los dioses de este país nos den fuerza y salud», un dibujo en la pared mostraba a un dios Anubis con cabeza de perro dirigiendo un ejército de muertos. Era demasiado.

–¡… fuerza y salud! / ¡Que Horus el halcón, hijo de Osiris, nos proteja! / ¡Que su madre Isis, la divina buscadora, nos proteja! / ¡Que Amón-Ra, dios de los dioses, sol de vida, nos…!

Era algo que yo no había previsto –y nos entrenan para preverlo todo. Es verdad que yo debería haberle prestado más atención, pero lo cierto es que no lo había hecho. Y ahora, casi de repente, me encontraba con la tajante realidad: el pedrusco rebosaba de dioses.

Era tan extraño. Y fue extraña también la manera en que lo fui entendiendo. Primero, mientras asistía desde mi cubículo de la Corporación al espectáculo de los hombres haciéndose, no supe escucharlo: oía nombres de dioses, llamados, invocaciones a esos dioses, y no terminaba de procesar lo que veía. Era como si esas palabras me estuvieran vedadas: como si la comprensión de esas palabras me estuviera vedada; a mí, que debería ser capaz de comprender. Después, poco a poco, pude escucharlas: los hombres casi no hablaban de otra cosa.

Al principio me hacía gracia oírlos. No sabía de qué estaban hablando, pero eran historias, hay que reconocerlo,

entretenidas. Había de todo: árboles centenarios, espíritus del mar, una mujer vetusta, el rugido del trueno, un conejo grisáceo, gacelas voladoras, el jefe de una tribu, cualquier hembra preñada. Dioses, más y más dioses: dioses relámpago, dioses conejo, dioses madre con cachiporras tetas, dioses sol, dioses luna, dioses un guerrero temible, dioses un borrachín de nariz roja, herrero cojo, esposa descocada, dioses aquel árbol en el medio del bosque, dioses choclo, bisonte, salmón rosado, ratoncito, dioses trueno, soplo vital, la luz, su tío mamado, dioses serpiente enrevesada, la piedra movediza, aquella sombra, dioses el cielo, perro, gato, vaca. Al principio me hacía gracia: todavía me hacía gracia. Era, por el momento, un cuento que no terminaba de entender: no sabía qué eran. Y debo confesar que no me detuve a investigarlo: esa fue, reconozco, mi culpa. Hasta esa tarde, en el sepulcro pobre. Recién entonces entendí –tarde, entendí– que en el tercer pedrusco del sector [[^Pa\] no había nada más importante que esa constelación de personajes que lo regían, que determinaban y juzgaban los actos de los hombres: que les daban sentido.

Tendría que investigar qué eran. Pero, mientras tanto, algo en mí se inflamaba: nunca antes, en la inmensa cantidad de mundos que la Corporación ha producido, se había conocido nada igual.

–Hapsí, ¿qué le pasa? ¿No me va a decir que lo de esta noche lo tiene preocupado? A ver si me resulta una bola de grasa sin coraje…

Meru-ké interrumpió mis pensamientos con una frase desafortunada: hay quienes tienen el talento de no decir nunca lo que convendría. Yo lo miré sin verlo; en la taberna seguían los gritos, la cerveza, algún vómito en el rincón más alejado.

–¡Vamos, Hapsí, tómese unos tragos, que después vamos a precisar su ayuda!

Yo seguía perdido en mi descubrimiento: era belleza

cautivante. Si todo era como yo suponía, mi invento podría por fin llevarme a algo trascendental. Incluso el Jefe podría entender que un pedrusco con «dioses» era una innovación de primer orden. Mi vida en la Corporación podía llegar a cambiar de medio a medio. Mi euforia iba creciendo. La taberna había desaparecido a mi alrededor, y me veía recibiendo los mayores honores. Hasta que pensé, por un momento, cómo se comparaban esos dioses floridos, multiformes, llenos de gestas y de hazañas, con una oficial bola en su cubículo de la Corporación: yo, por supuesto, la creadora de ese pedrusco. Fue un golpe tremebundo.

–Hapsí, de verdad le digo: voy a necesitar su ayuda, todo su poderío.

–¿Qué le pasa? ¿Tiene miedo?

Meru-ké puso cara de ofensa. No le salía muy bien, ya había soportado demasiadas:

–No, miedo no tengo. ¿El miedo qué sería, por ejemplo?

–¿Cómo decirle? Sería, vamos a ver…

–Bueno, no, miedo, lo que se dice miedo, no. ¿Para qué sirve tener miedo?

–Algo podría decirle, pero no. ¿Le parece que tiene que servir para algo?

–¿A usted no le parece?

Decididamente nuestra charla era un compendio de malos entendidos elocuentes: la idea de contestar siempre con preguntas me gustó. Quizás Meru-ké no supiera qué era el miedo pero transpiraba como cuatro chivos y bebía sin parar de unas jarras de cerveza amarga, turbia, con olores de grano fermentado. A nuestro alrededor arreciaban los gritos porque una negra muy gorda bailaba sobre una piel de animal en el suelo: bailaba acostada, de espaldas a la piel, las piernas hacia arriba: zapateaba en el aire.

–A ver, digamé, Hapsí: ¿a usted no le parece?

–Ni me parece ni no me parece. O sí, me parece: quizás es cierto que todo tiene que servir para algo.

Dije, de pronto vanidoso: como si no supiera perfectamente que hay tantas cosas en mi creación que parecen superfluas. ¿Para qué sirven los reflejos de un árbol en el agua, por ejemplo? ¿Para qué la sordera de un piojo? ¿Para qué un vendaval? ¿Ciertas preguntas? Todavía tenía la esperanza de que mi perspicacia fuera la culpable: que sirvieran para algo pero yo no pudiera entenderlo por ahora. Me costaba aceptar la idea más obvia.

–¿Ah, sí, me dice, Hapsí? ¿Y la muerte, entonces, para qué gornas sirve?

Dijo Meru-ké fuera de sí, y no pudo parar:

–¿Eh, para qué? ¿Para que yo tenga que arriesgar mi gañote por la intrigante de mi madre? ¿Para que no me duela el cuchillo del descuartizador en mi cuerpo si nos agarran, ejecutan? ¿¡Para no soportar más sus preguntas imbéciles, Hapsí, garnotas?!

Se lo podría haber contestado largo rato: si había algo que le podría haber contestado era precisamente eso –o por lo menos así lo creía entonces, todavía–. Pero no era el momento ni me daban ganas y, además, otros parroquianos habían ido juntándose a nuestro alrededor: creyeron que se perdían algo. Después de todo yo era Hapsí, el luchador famoso.

–¿Imbéciles le dijo, y usted no reacciona? ¿No le parte la jarra en la cabeza?

Pronto se dieron cuenta de que no: el espectáculo se había terminado antes de empezar, y retomaron sus charlas y sus chanzas. Cuatro se quedaron cerca; eran jóvenes y parecían pasablemente prósperos: sus collares de ámbar, sus pulseras de plata.

–¿Usted no es Hapsí, el luchador?

Me preguntó uno y yo dije que sí sin mucha convicción.

Entonces otro comentó que me había visto pelear varias veces y sabía que era bueno pero que él prefería a Luij, un competidor más ágil y más inteligente, dijo. Yo no supe si debía contestarle, el tema se agotó, y los cuatro jóvenes empezaron a hablar de la escasez de granos y la crecida del Nilo. Hablaron de la crecida un rato largo: como si tuvieran alguna posibilidad de producirla. Meru-ké se había sentado a beber en un rincón, y yo seguí escuchándolos. En las paredes de la taberna había escenas mal pintadas, explicadas con palabras: un fulano que aprovechaba la ausencia del pastor para ordeñar su vaca, un cocodrilo que esperaba que una hipopótama terminara de parir para comerse al crío de un bocado, un chico que distraía a un frutero mientras otro le robaba cuatro dátiles: sólo el engaño les parecía digno de contarse. Los jóvenes comentaban una campaña militar del faraón contra los sirios:

–Bueno, con esos es fácil. A ver qué pasa si tenemos que pelear contra los hattis.

–Nada, ¿qué tiene que pasar? Que los carros del faraón los borran de la tierra, como a todos.

–Es fácil decir los carros del faraón los borran mientras tomamos la cerveza, ¿no?

–¿Y qué quiere que haga?

–No sé: hacer y hablar o no hacer y callarse la boca, un suponer.

–¡Cállese, borrachín!

–Mire quién me lo dice. Si usted bebe más que un esclavo del faraón…

–¡Ay, quién pudiera ser esclavo del faraón, por Anubis!

La discusión se desviaba y pasó de nuevo por el Nilo antes de recalar en una historia de mujeres. En un rincón de la taberna había cuatro mujeres muy pintadas y bastante vestidas: estaban para vender sus coitos, entendí, y se vestían para llamar la atención de sus clientes posibles: medio desnudas como las

demás no terminaban de ser una atracción.

–... lo mejor de lo mejor, algo que ninguno de ustedes ha conocido en toda su puerca vida, les garanto. Esa mujer se movía como si un mirlo pudiera enfurecerse: ligereza y bestial. Alas y garras, les digo que me hacía, y me puso a girar como un trompo. ¡Y un modo de ahuecar la lengua, mis señores, un modo de ahuecar la lengua para hacerla una cuna...!

El muchacho se disponía a ofrecer su relato un rato largo y los demás, por una vez, parecían dispuestos a escucharlo. Meru-ké seguía en su rincón y en sus brebajes: ya era noche cerrada, y muy pronto tendríamos que salir hacia el taller de su patrón.

–... con cada nalga me cacheteaba la garompa por turnos regulares, mis señores, por turnos regulares!

–¡Como si usted tuviera una! ¿No me va a decir que ese prodigio consiguió encontrarle a usted la garcha? ¡Lo que Isis no pudo con Osiris!

Seguían los muchachos. Ahora lo sabía: Isis era una de sus diosas, la mujer de un dios, Osiris, que otro dios, Seth, había trampeado y asesinado antes de tirar su cadáver al mar en un ataúd muy bonito. Isis, contaban, lo buscó desesperada durante años y años: al final lo encontró en las costas de Fenicia, envuelto en un tronco de árbol que le había crecido alrededor. No había sido fácil encontrar el cadáver: Isis creyó que sus tribulaciones habían terminado. Pero decididamente esos dioses eran recalcitrantes: Seth le robó el cadáver, lo descuartizó y llenó el mundo de pedazos. Isis se pasó épocas buscándolos y, dicen, consiguió encontrarlos todos: todos salvo el sexo.

–¿Quién le dijo que no pudo? Eso es lo que nos cuentan para consolarlos.

–¿Para consolarnos, dice?

Los dioses, otra vez. Por un momento, en la batahola, había

conseguido olvidarme de ellos, pero visiblemente era imposible. Aparecían y reaparecían todo el tiempo: estaban. Era extraño. Decididamente, todavía me faltaba mucho para entender a los hombres: varias veces, ese día, me pregunté si no había ido demasiado lejos, si no había querido crear algo más allá de mis posibilidades, algo que no sólo no podía controlar: algo que, muchas veces, no entendía.

–Hapsí, ya se ha hecho la hora. Tenemos que actuar, por Osiris, de una vez por todas. Que me siga, le digo.

La taberna estaba cerca del taller de Horisher, pero nuestra caminata duró un rato. Era noche cerrada: las calles estaban oscuras y desiertas. Meru-ké llevaba un pequeño candil de aceite; se tropezaba a menudo, se paraba a decirme tonterías, incluso una vez equivocó el camino: era como si hiciera todo lo posible para demorar la llegada. Yo sudaba: estaba embarcado en una empresa imbécil con un tipo que parecía a punto del desastre. Creo –después creí– que sólo el ronroneo de la cerveza en mi cuerpo –en el cuerpo de Hapsí– me hizo seguir adelante.

–Estamos llegando. Ya sabe lo que tiene que hacer, Hapsí: usted controla al viejo mientras yo busco las piedras en el cuenco, en el pozo. ¿Me entendió?

–¿Qué le parece?

–Nada. Espero que me haya entendido. Y que no se equivoque. Le estoy entregando mi destino, Hapsí, usted sabe. No me decepcione.

Lo del destino me hizo gracia: yo sabía de eso. Y noté que había retomado el usted sabe: seguramente significaba algo, pero no tenía tiempo de ponerme a pensarlo. Meru-ké ya estaba abriendo la puerta de una casa más ancha que las otras, con el frente revocado de amarillo y ventanas a cada lado de la

entrada. Sobre el marco de la puerta había un cartel que no llegué a leer.

La habitación parecía grande pero quizás era un efecto de las sombras: no había ninguna lámpara, el rayo de la luna se filtraba apenas y sólo se columbraban bultos y vacíos. El candil de Meru-ké me permitió verlo mientras se alejaba hacia la derecha; yo caminé hacia el fondo, donde debía estar durmiendo Horisher. De pronto pisé algo que se movió y pegó un chillido: una rata, un monito. Me quedé un momento quieto, casi sin respirar, pero no hubo más nada. Horisher debía dormir pesado.

Lo encontré yaciendo de costado sobre un mueble muy simple –un cuero tensado por sus cuatro puntas atadas a patas de madera basta sin tallar. Mis ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra: pude ver su respiración sobresaltada, el hilito de baba que le bajaba de los labios, la mano derecha entre las piernas, como quien se protege. Muy quedos, casi imperceptibles, escuchaba sus ruidos: sonidos de escarbar. El cuarto olía muy fuerte a sudor y aserrín: los hombres viven presos de una selva de olores.

Pasaron unos instantes. Horisher se agitaba, dormía inquieto: pagaba el precio de su cena. Todo discurría sin problemas y calculé que ya debía faltar poco. Yo debía haber sabido mejor que nadie que esas cosas no se miden en unidades de tiempo: faltaba casi nada cuando oí un estrépito brutal y empezó a faltar tanto. Fueron, en realidad, dos ruidos: primero el crujido de la arcilla que se quiebra, después el chisporroteo de piedras que se desparraman.

Horisher sacudió la cabeza y alcanzó a decir algo antes que le tapara la boca con mi mano derecha. Con la izquierda le sostuve la nuca; él agitaba el cuerpo para desprenderse pero no tenía ninguna posibilidad: era un viejo achacoso, renacuajo, y no sabía qué le estaba pasando. Oí voces en la parte de atrás de

la casa: debían venir del cuartito donde dormían los dos esclavos. Todo empezó a mezclarse.

–¡Cuidado! ¡No los deje venir! ¡Necesito un momento todavía!

Me gritó Meru-ké. Horisher seguía sacudiéndose, pero yo lo tenía bien atrapado. Trataba de apartar mi mano con sus brazos: un pajarito peleando contra el viento. Pataleaba. Mi mano le tapaba la boca y la nariz. Horisher trataba de morderme y un diente se le quebró contra mi palma: le quedaban muy pocos. Los esclavos gritaban pero no aparecían.

–¡Un momento, un momento, ya termino!

Aulló de nuevo Meru-ké. Horisher intentó su última defensa: su cuerpo se tensó, sus piernas flacas se arquearon sobre el cuero de la cama, sus dos manos se agarrotaron sobre mi antebrazo. Sus ojos estaban demasiado abiertos. Yo apretaba: no por una decisión, no con un fin: porque no sabía qué hacer, porque temía lo que pudiera pasar si lo soltaba. De pronto, Horisher largó un ronquido extraño, sordo, casi solemne, y se desmadejó. Su cuerpo quedó blando, como ido: terriblemente quieto. Yo le solté la cara y empecé a sacudirlo, pero no se movía. Seguía con los ojos tan abiertos.

Entonces apareció, desde el fondo, un muchacho muy rubio: uno de los esclavos. Por un momento los dos nos quedamos quietos, mirándonos, sin saber qué hacer. Hasta que al tipo se le escapó un susurro:

–¡Hapsí!

Dijo, y enseguida pareció arrepentirse. Yo di un paso en su dirección, pero Meru-ké volvió a gritar:

–¡Vamos, ya vamos, hay que salir de aquí!

Corrimos por calles terriblemente silenciosas. La tierra se tragaba el ruido de nuestros pasos: sólo se oían nuestras respiraciones agitadas y el tintineo de las piedras que Meru-ké llevaba en un zurrón. Paramos, por fin, bajo un árbol a la vera

del río. El cielo estaba lleno de estrellas.

–Lo maté, Meru-ké, fue sin querer, lo maté. Sin querer.

–Matarlo fue casi caridad.

Me dijo, y yo no supe qué contestarle. Nunca hubiera pensado que mi propio invento pudiera perturbarme así.

–Fue casi caridad. Era un crápula, pedazo de basura. Ni tanto se merecía, usted sabe. Ahora va al mejor lugar, se va junto a Osiris, si es que puede engañar a los dioses y disimular sus canalladas.

–¿Engañar a los dioses?

Meru-ké no me contestó; miraba las piedras en el hueco de sus manos, y era puro embeleso. Engañar a los dioses: no lo entendí del todo. Después, de nuevo, el rayo: de pronto se me ocurrió que quizás él había planeado desde el principio todo el desbarajuste, la muerte de su jefe; que había organizado el robo con el pretexto de su madre para que yo no tuviera más remedio que matarlo. No podía ser que me hubiera dejado engañar así por un imbécil.

–Quizás no: los dioses deben habernos ayudado. Después de todo, murió para que mi madre pueda tener una muerte más decente.

Pensé que la muerte explicaba o justificaba demasiadas cosas y, por un momento, oscilé entre el orgullo y el espanto. Pero enseguida volví a pensar en mí como Hapsí:

–Tiene que ayudarme, Meru-ké. El esclavo llegó a reconocerme.

–¿Y cómo lo podría ayudar yo, mi amigo?

Me dijo, sin dejar de mirar sus piedras relucientes: la luna les prestaba reflejos peregrinos. Le repetí que tenía que hacer algo, que el esclavo blancuzco me había visto, y él me dijo que hiciera lo que pudiera, que no era su problema.

–¿Eso es lo que le enseñaron sus dioses?

–¿Mis dioses, Hapsí, usted habló de mis dioses?

Me dijo, como si fuera una idea tan extraña, tan ajena al reflejo de las piedras. Era hiriente. Cerré los ojos, y se me cruzó la idea de matarlo. Ahora sería más fácil: ya sabía. Meru-ké se rio y me distrajo:

–¿No leyó lo que decía la frase sobre la puerta del taller, Hapsí, querido amigo? «A cualquiera que ataque esta casa, el cocodrilo atacará en el agua, la serpiente en la tierra, y nunca tendrá su ceremonia. Será Dios quien lo juzgue».

Me quedé más tranquilo.

EL INFORME FINAL, 2

A Dios no le gustaba recordarlo, pero esa misma noche, junto al río, dejó el cuerpo del luchador Hapsí y volvió a su condición de bola. Sabía –era evidente– a qué desgracias lo exponía; no tardó en enterarse de que unos soldados del faraón prendieron a Hapsí dos días después, mientras erraba por el desierto al sur de Tebas, sin agua, sin comida, llagado por el sol, perseguido por el recuerdo confuso de un crimen que no sabía cómo había cometido: la aparición de la patrulla fue un alivio.

Aunque se había desentendido de la historia, Dios no pudo evitar enterarse de que, pocos días más tarde, el luchador Hapsí recibió su condena: le arrancarían una oreja y lo mandarían a servir de por vida en Zel, un puesto del ejército del faraón en la frontera oeste. De por vida sonaba largo. No lo sería: los soldados de ese destacamento nunca sobrevivían más de tres años. Meru-ké, en cambio, volvió a su trabajo al día siguiente, se encontró con la sorpresa de la muerte de su patrón y, gracias a «unos bienes que alguien le prestó», pudo comprarle el taller a la viuda. Eso le costó todas las piedras: su madre bien podía esperar un poco más.

Dios no se sintió culpable: decidió que no tenía ninguna responsabilidad particular en el incidente, que Hapsí era un ladrón, que solía hacer esas cosas, y que de todas formas habría participado en aquel robo. Sí llegó, por un momento, a sentirse una idiota, pero eso no era nuevo.

Tenía razón en no afligirse: quizás fuera culpable de la

desgracia de Hapsí, pero no valía la pena que se doliera por el destino de ese montón de grasa. En nuestras operaciones estamos acostumbrados a perder cosas mucho más importantes: un planeta, un sistema solar, una galaxia pueden ser el costo de un movimiento mal ejecutado. Frente a eso, un luchador tebano es una gota en el viento de un planeta a punto de estallar.

Ese no era el problema, y habría sido mejor que Dios –que (vËf))– se diera cuenta. El verdadero problema era que no tenía sentido que una oficial de la Corporación interviniese en cuestiones tan menores. No hay nada más necio que un creador que supone que puede controlar a su criatura, seguirla, modificarla. La creación no es un proceso permanente. El creador –cada oficial– debe entender que su criatura se le escapa en cuanto la ha creado. Que puede, después, si quiere, intervenir, pero que los resultados de esa intervención no son seguros y que, en general, no vale la pena. Dios, como todos los demás, debía saberlo. Pero se estaba jugando demasiado y quizás, obnubilada lo olvidó.

Es cierto que no era un derroche importante de energía: en definitiva, los «miles de años» que puede insumir la historia de un pedrusco como aquella eran, para nosotros, apenas una jornada de trabajo, y ese día y esa noche tebanos habían ocupado un santiamén en el quehacer de Dios. Pero era una cuestión de orden: si nuestras oficiales abandonan la visión de conjunto para intervenir en asuntos tan menores, los mundos y universos podrían transformarse en salitas de juegos para bolas astutas. Y eso no le haría ningún bien a la Corporación.

Dios estaba sorprendida. Su primera incursión en un cuerpo humano le había traído muchas más complicaciones que las que podría haber imaginado: había matado a un

hombre, provocado la desgracia de otro, encumbrado a un tercero sin quererlo. Su invento, la famosa «muerte», se le revelaba mucho menos dócil que lo que había supuesto: Dios pensaba en la extrañeza de haber acogotado a un hombre con sus manos –¿con sus manos?–. De haber tenido manos, se las habría mirado largamente, como quien mira a un animal extraño. Pero había algo ligeramente hipócrita en su sorpresa: al fin y al cabo, era ella quien había matado a toda criatura hasta esa noche, y ella quien los mataría de ahí en más; ella quien los condenó cuando inventó la muerte. Aunque, por supuesto, la intervención distante del creador es limpia, aséptica, allí donde la intromisión en un cuerpo, con sus olores, ruidos, humedades, tiene la suciedad de lo inmediato: por eso, también, Dios habría tenido que renunciar a intentar más aventuras semejantes.

Pero no lo hizo. Estaba envalentonada. Es cierto que, en un primer momento, se sintió estafada: más que por los hombres, por sí misma. Durante un rato había conseguido creer en la existencia de esos dioses de los que todos le hablaban. Ahora seguramente querrá disimularlo, pero lo creyó. O, mejor dicho, no encontró en un primer momento ninguna razón para no creerlo: si en el pedrusco habían crecido algas, nubes, trilobites, dinosaurios, hombres, ¿qué impedía que aparecieran esos extraños entes que ellos llamaban «dioses»?

Ya entonces, sospecho, Dios empezaba a desequilibrarse: fue entonces cuando empezó a guardar los informes que ahora reproducimos, sobre ese día en que se ocupó del tercer pedrusco: sus viajes, las impresiones de sus viajes.

«Es curioso que yo lo haya creído. Fue una pequeña distracción: nadie mejor que yo para saber que esos supuestos dioses no podían haber creado, como decían los

hombres, los cielos y las tierras. Nadie mejor que yo para saber que todo el invento de los hombres era un despropósito, pero justamente allí estaba su mérito: por un momento, me habían convencido», anotó Dios a su regreso.

La congoja de saberse engañada se le había pasado enseguida: la reemplazó la satisfacción de pensar que sus criaturas habían inventado algo que nadie en la Corporación había previsto nunca. «Hay, por supuesto, vida en muchos otros mundos; sin embargo, a ninguno de esos organismos se le ocurrió imaginar a sus supuestos creadores. Los bichitos, sólo por semejante cosa, se han hecho acreedores a una atención muy especial».

Dios estaba intrigada; el tema de la utilidad o la necesidad de esos inventos la alborotaba sin remedio: «Fue lo que más me impresionó: los dioses les servían. Era lógico: tenían que servirles para tantas cosas, ya que tanto les pedían a cambio. Yo debería investigarlo y, para eso, tengo que conocer más y más a los hombres. Hace un momento tuve un primer dato: 'Creo que los dioses son equitativos y que saben que lo que vamos a hacer no es un crimen', me dijo Meru-ké, y que por eso sus dioses nos perdonarían. En este caso, le servían para justificar un hecho atroz; más en general, me parece, para no tener que estar decidiendo cada minuto lo que hacen: para que haya reglas que de algún modo ya lo hayan decidido. Esos dioses son, sin duda, un invento magnífico: sirven para respaldar las reglas necesarias para vivir, y también para poder romperlas».

Dios, por supuesto, cayó en la trampa antes que nadie. Imaginó futuros –y estaría tentado de decir: imaginó destinos. En ese rato que se pasó, ya de vuelta en su sitio en la Corporación, reponiéndose del golpe de su primera correría, mientras veía cómo pasaban los años y los siglos en su planeta de ese día, no paraba de fabular un universo –su universo–

lleno de hombres y mujeres que lo llenaban, a su vez, de dioses y más dioses. Suponía que así nosotros, la Corporación, nos sentiríamos tan halagados que su lugar aquí se volvería esencial. Podría haber sido. Pero no: Dios nos subestimaba.

Y, por otro lado, se equivocaba fuerte: (vËf)) creía que se estaba jugando la posibilidad de una mejora, de un ascenso de su calificación en el Tablero. En verdad, se estaba jugando mucho más que eso. Su situación era más que precaria: muy comprometida. Y todas esas sandeces que sus criaturas habían inventado no la ayudaban para nada.

DÍA DEL TERCER PEDRUSCO, HORA CUARTA. PALESTINA

Es cierto: me distraje. Volví a mi forma bola alborotada: esos instantes en Tebas me habían enseñado muchas cosas, y llegué a temer que me hubiesen cambiado. El temor se me mezclaba con vergüenza: no paraba de decirme que no valía la pena tanta atención perdida en un pedrusco menor, en unas criaturas irrisorias. Entonces me contestaba que aunque lo eran, y que mañana las olvidaría por un largo período, no era malo hundirse de verdad en la labor de cada día. Pero el argumento no me alcanzaba: era una verdadera vulgaridad administrativa, una claudicación.

Me distraje: durante un rato que no supe medir estuve mirando distintos puntos del pedrusco. En una selva intrincada unos hombres y mujeres oscuros adoraban a un león y le entregaban niños, en un valle nevado unos hombres y mujeres abrigados de grasa adoraban a un volcán y le imploraban calma, en un templo con forma de pirámide unos hombres barbudos y mujeres recitaban fórmulas para que la luna trajese lluvia a sus cosechas, en una pradera interminable unas mujeres demacradas tallaban una madera para pedirle que curara a una vieja muy carnosa: el pedrusco entero parecía copado por una fiebre extraña. Dioses, dioses, más dioses: los monitos que yo había inventado estaban dispuestos a inventarme de mil modos viciosos. Si es que era yo lo que ellos inventaban.

–¿Cuántas veces voy a tener que decirte, mujer, que nuestro Señor es uno, sólo uno?

–¿Ah, y entonces el ángel que vino a verme?

–Ahora lo llaman ver. No me hables, mujer, de ese supuesto ángel. ¡Vaya a saber quién era ese maldito, con qué birlibirloques te embaucó!

–No me embaucó, hombre de poca fe, burrico tuerto: me fornicó, me hizo lo que tú no me haces porque desprecias mi vejez y corres detrás de tus esclavas, y me empreñó para que tú tuvieras el hijo que querías. ¿O no te lo había prometido tu Señor?

–Nuestro Señor, mujer, nuestro Señor.

–No lo llamas así cuando me fornica, carnerazo.

El diálogo era airado, sin recato, y me llamó la atención: me detuve a seguirlo. Desde mi puesto podía ver lo que fuera. Un viejo y una vieja, encorvados, cubiertos de pedazos de lana, discutían junto a una tienda hecha de pieles de burro y de carnero: trozos de animales sostenidos por palos desparejos, árboles en trozos. A su alrededor había otras veinte o treinta tiendas y un centenar de ovejas y cabritos encerrados en un corral precario. Los chanchos andaban sueltos, hocicando. Las tiendas formaban círculo alrededor de un estanque con agua muy escasa, muy fangosa: no había más humedad que ese barrito. Más allá, un llano hecho de piedras y alguna zarza de hierba casi seca.

–Así lo llamo siempre, mujer, y sería bueno que tú también lo hicieras. Quiera Su gloria caer sobre nosotros, siempre sobre nosotros.

–¿Y si no quiere qué, ya no sería tu Señor?

–Entonces ya veríamos…

Dijo el viejo, y después hizo un gesto como de espantar. No

había ninguna mosca:

–Pero no me hagas decir tonterías, Sara, mujer: Él quiere, siempre quiere. Por eso lo adoramos.

Amanecía, y el frío de la noche no se había disipado todavía. Sara se arrebujaba en su mantón de lana basta.

–¡Betzonah!

Me gritó Sara: yo, ahora, era Betzonah, su vieja esclava.

–¡Betzonah! ¡Necesito algo de comer! Ve a buscarme mi leche.

Ordeñar siempre me había resultado placentero, descubrí. Había otras que lo hacían obligadas; a mí me gustaba el movimiento acompasado, mis manos retorciendo las mamas de la cabra. Yo era yo y Betzonah: mi cuerpo, el cuerpo de la esclava, me colgaba por todos los costados: carne ya bamboleante, despegada, dispuesta a desertar en poco tiempo.

–¡De prisa, Betzonah!

Betzonah había nacido libre, sesenta y tantos años antes, en un pueblo de Caldea, cerca de Ur. Su padre era un campesino pobre, dueño de cuatro cabras y un cochino, que ya tenía los suficientes hijos: cuando la nena cumplió diez años se la cambió al padre de Sara por un carnero, dos ovejas y cuatro cuchillos de hueso con adornos: los cuchillos lo tenían fascinado. Desde entonces, la nena compartió la suerte de Sara, que tenía su misma edad: cuando el padre de Sara la casó con Abraham, que también era hijo suyo, la esclava formó parte de su dote. Las dos muchachas tenían catorce años y estaban descubriendo los secretos: a todas partes iban juntas salvo por las noches, cuando una compartía la cama de pieles del señor y la otra los matorrales con pastores cambiantes; las dos eran tan bellas.

Sara era bella acogedora: las ondas suaves en la laguna de aguas verdes que mejora la imagen de lo que en ella se refleja; Betzonah, en cambio, bella despiadada: el caracol espuma de la

ola encrespada que está a punto de barrer todo a su paso. A Betzonah, el día de la boda de su ama, le explicaron que debía ser modesta, conservar su lugar: recoger su cabellera negra para no opacar la cobriza de Sara, cubrir sus tetas puntiagudas para que no apuntaran a las romas de Sara, amansar el bamboleo de sus pasos, chispas de su mirada.

Siguiendo a Abraham y Sara, Betzonah caminó hasta el desierto del Neguev, en el país de Canán: allí quisieron instalarse sus dueños, y de allí partieron para Egipto cuando la hambruna los corrió. Ya en Tebas, la belleza de Sara llamó la atención de los espías de palacio. Abraham se asustó: si Faraón la quería, lo haría matar para que no estorbara. Abraham pensó que la muerte en esa tierra extraña podría ser más cruel todavía, y le dijo a su mujer que se presentarían como hermanos: así él podría sobrevivir y recibir, incluso, quizás, ciertas prebendas. Tenía razón: el faraón llamó a Sara a su palacio, comprobó que todo lo que le habían dicho sobre la forastera no alcanzaba a hacerle justicia y decidió guardársela. Betzonah la acompañó en esas habitaciones fastuosas, llenas de ungüentos y manjares, alhajas, tejidos suaves como el aire. A veces, cuando el ama acudía al lecho de Faraón, la esclava se los probaba y se admiraba en un espejo de cobre muy pulido: sabía que era más hermosa que su hermosa dueña, pero también sabía que era sólo una esclava: si acaso, su belleza era parte de la belleza de la bella Sara.

Abraham, mientras tanto, recibía los favores del monarca –asnos, ovejas, grano– y se felicitaba por la maña y el primor de su señora. Sara pasaba noches de torrente: Faraón estaba encaprichado de una sed que nada más sus carnes apagaban. Las disfrutaba: Faraón era un amante delicioso, y Sara lo gozaba, pero nunca dejó de pensar que lo hacía por su esposo. Lo quería, con un cariño que solía sorprenderla. Deslumbrada por esa vida en la corte, ya no lo respetaba tanto, no lo

admiraba como antes, pero lo quería: a veces pasaba varios días sin verlo, estaba a punto de olvidarlo y, de pronto, se desesperaba. Entonces mandaba a Betzonah a buscarlo: él primero usaba el cuerpo de la esclava y, ya saciado, iba a palacio a ver a su mujer como un hermano. Ella lo recibía con frutas y sonrisas, charlaban, se intercambiaban noticias y miradas, hasta que el llamado de un servidor del faraón interrumpía el encuentro. Sara lo dejaba con orgullo y pesar, pero sin miedos: sabía que, con su esfuerzo, estaba comprando la gratitud eterna de su esposo.

Esa vida duró casi dos años. Faraón empezaba a cansarse de aquella carne forastera cuando uno de sus espías le contó la otra mitad de la verdad: Sara no sólo era la hermana de su hermano sino también su esposa. Abraham lo supo y se aterró: sin duda, la cólera real acabaría con él. No sabía qué hacer, desesperaba. Fue entonces cuando Betzonah salvó a sus amos.

Había un adivino de palacio que la deseaba con locura y, pese a los rechazos, insistía. Los adivinos pululaban: mis bichitos creían –siempre creyeron– que el futuro está escrito, y pagan lo que fuere para que les lean esas palabras imposibles. Lo son y yo lo sé: nadie mejor que yo para saberlo. Y ellos deberían sospecharlo: si todo hubiese sido previsto, designado, si existiera tal orden, habría habido la posibilidad de correcciones y ellos mismos, seguramente, habrían sido borrados de ese libro.

Betzonah, aquella noche, fue hasta la habitación del adivino y le bailó, lo sobó, lo provocó, le enardeció los huesos hasta que él le pidió por favor que lo saciara. Betzonah le dijo que lo haría a cambio de un servicio: el adivino debería decirle a Faraón que esa peste que diezmaba las vacas de Egipto era el

castigo por sus amores ilícitos con la cananea, una mujer casada. El adivino aceptó de inmediato y la fornicó durante horas; después, supersticioso, cumplió con su promesa.

Cuando Abraham recibió el llamado del monarca se preparó para ir hacia su muerte. Se puso sus mejores galas, se despidió de su mujer y hermana, lloró por su vejez imaginada, por los hijos que ya nunca tendría. Pero se encontró con un hombre trémulo, casi humillado, que le pidió su perdón y le prometió que, si se lo daba, lo dejaría partir con todas sus riquezas. Abraham tartamudeó que sí, que claro, y una semana más tarde dejó Tebas con su mujer y sus esclavos. Tiempo después empezaría a jactarse de que su dios, un oscuro espíritu cananeo, había enviado esas plagas sólo para salvarlo. Betzonah se reía en silencio: la satisfacción de lo hecho le bastaba, y nunca se lo contó a sus dueños. Pero desde entonces, sin decírselo, oscuro, supuso que era la verdadera ama: que sus dueños le debían sus vidas.

–¿Cómo me veo esta mañana, Betzonah?

–Espantosa, mi señora, como yo: dos trapos viejos en el agua de un charco.

–Te voy a correr a latigazos.

–¿Y eso la va a hacer más bonita, le parece, como si jovenzuela?

Las dádivas de Faraón habían transformado a Abraham en un hombre rico: todo por fornicar. Fornicar, me pareció, era un poco mugriento: yo me he quedado mirándolo, a veces, y en verdad lo creo: meter una parte de un cuerpo propio en el cuerpo de otro, revolcarse, sudar, entrometerse en un lugar por donde suelen ir los excrementos. Pero los hombres lo quieren más que nada: tendré que ver por qué, si puedo, alguna vez.

Largo tiempo Abraham y los suyos vagaron por

las tierras de Canán pastoreando sus ganados: era una vida tranquila, sólo alterada por los pequeños combates con otros grupos peregrinos o algún jefe de aldea por un oasis o un rebaño o el control de una senda. Su tribu fue creciendo: eran alrededor de cien, entre primos, sobrinos, esclavos y mujeres, y los demás beduinos los llamaban habirus; en su idioma, eso significaba los que van de un lado a otro, y estaba claro que no sabían parar. La tierra que transitaban era mínima: diez días de caminata lenta les alcanzaban para cruzarla entera.

Abraham se decía que tenía todo lo que un hombre podía desear, pero no olvidaba la mañana en que creyó que Faraón lo mataría. Empezó a quejarse cada vez más de su falta de hijos: Sara era estéril y no podía dárselos. Betzonah tuvo varios, de distintos padres, que su dueña vendió uno tras otro como esclavos. Betzonah creía que lo hacía por envidia o codicia, pero no: era, más bien, por no tener que compartirla. Tanto, que cuando Abraham se puso insoportable con su reclamo de un heredero, Sara prefirió mandarle otra esclava, Agar, para que se lo hiciera: así nació Ismael, el primer hijo del cacique. El chico fue un puñal en la espalda de Sara; Betzonah lo quería.

Fastidioso, aburrido, el viejo Abraham se fue volviendo extraño: cada vez hablaba más de sus conversaciones con su dios, al que llamaba Elohim o Yahvé o El-Saddai: decía que ese dios le había prometido que sus descendientes serían numerosos como las estrellas del cielo o las arenas del mar, y que dominarían sin rival las tierras de Canán. A cambio, le pidió que cortara los prepucios de todos los hombres de su tribu, como prueba de sumisión y de respeto: ya no sabían qué más inventar. Una tarde, Abraham volvió de un viaje y le dijo a Sara que su dios le había anunciado que ella tendría un hijo. Sara se rio y le dijo que a su edad era imposible, pero una de esas noches un extraño o un sueño la visitó en sus pieles y, pasados nueve meses, alumbró un chiquito: lo llamaron Isaac,

la carcajada. Poco después Sara obligó a Abraham a expulsar de la tribu al hijo de la esclava y a la esclava.

–Anoche, como todas las noches, te esperé en mis pieles, marido.

–Mujer, ¿sabes que el primo de Abimelek, Pikohl, el que te dije que…?

–Te esperé y no viniste, anoche, como todas.

–Mujer, no insistas con esas tonterías.

Isaac ya tenía diez años y acababa de despertarse: mugroso, desgreñado, venía hacia el fogón donde su padre y su madre se desayunaban, cojeando leve. Era un chico flaco, fibroso, moreno por el sol y la sangre; tenía los ojos bien oscuros, saltarines, y un perro muy matado que lo seguía despacio. Yo fui a su encuentro con un cuenco de leche bien caliente; el chico lo agarró, olió la leche y la tiró a un costado. Sus padres no le dijeron nada.

–Isaac, te voy a sacudir bien sacudido.

–¿Tú, Betzonah, borrica antigua, y cuántos más?

Era raro estar en un cuerpo con tan poca potencia: tan inerme. Un hormigueo me corrió por la espalda: creo que era una forma de la cólera, pero todo lo que mi cuerpo de vieja me transmitió fue un golpe de cansancio. Isaac me devolvió el cuenco casi sin mirarme: como si descontase que yo lo agarraría. Por hacer algo me puse a mirarlo; el cacharro tenía grabadas unas palabras en escritura cuneiforme: «Anat matará a todos los que no crean en su poder y su grandeza y ataquen a sus fieles súbditos».

–¿Quién es Anat, mi señora?

Sara me miró con desprecio.

–Vieja, que estás cada vez más vieja. ¿Ni eso te acuerdas ya? Es esa diosa que tienen los cananeos.

–Esa que nuestro Señor Yahvé derrota siempre. Una diosa sin ningún poder.

Dijo Abraham, casi demasiado rápido. Yo les repetí la frase escrita en la vasija.

–¿Y desde cuándo tú sabes leer esas cosas?

Me preguntó Isaac; por suerte nadie le hizo caso. Tenía razón: la vieja Betzonah no debería saber. Yo me había equivocado.

–¡Hay que romperla de inmediato!

Dijo Abraham, y la reventó contra el suelo de tierra y pedregullo:

–¡Ya está!

–¿Ya está?

Preguntó Isaac, y escupió hacia un costado.

–Este hijo mío me ha traído dolores, Betzonah, tantos dolores. No te voy a decir que antes de que él naciera Abraham me buscaba todo el tiempo, porque tú estabas aquí y no te puedo engañar, pero alguna vez cada tanto me buscaba. Y ahora, desde que nació, ni por aquellas: nada.

–Mi señora, ya se le va a pasar…

–¡No seas imbécil, Betzonah! ¡Si el chico ya va a cumplir diez años! No, yo creo que ya nunca…

Me impresionaba verla: las carnes le colgaban por todas partes, le faltaban muchos dientes, su pelo era una mezcla de tonos sin color. Yo debía ser muy parecida; había algo en mi invento, en mi programación de esta gente, que de pronto se me hizo inútilmente cruel. La muerte era una buena idea: quizá tanta preparación no fuera necesaria.

–Abraham me odia por haber engendrado a su hijo sin él. Curioso. Tan poco que se molestaba cuando era hermosa y los reyes me buscaban. Pero con el hijo es otra cosa. No para de decir que su Yahvé le ha hecho grandes promesas para el chico y sus descendientes y odia saber que, al fin y al cabo, esos

descendientes no serán suyos sino míos. Tonterías. Tendría que hacerle menos caso, y todos estaríamos más tranquilos.

–¿Menos caso a Isaac?

–A Yahvé, zopenca, él a Yahvé. Sólo mi marido puede ser tan bruto como para creer en un dios que es un macho solitario. ¿Qué se puede esperar de un dios que ni siquiera tiene una mujer?

–Abraham me dijo que no era ni hombre ni mujer.

–¿Que no? Más tonterías. Él mismo dice que cuando se lo encontró tenía barba. Dice que es guerrero, que es rey, y hasta dice que me fornicó. ¿Cómo no va a ser hombre?

Caía la tarde. Sara y yo charlábamos y tejíamos bajo una palmera escuálida. Me dio un retortijón y me alarmé, primero; después entendí y caminé hasta detrás de unos arbustos: nunca me había pasado todavía, pero sabía que los bichitos se deshacen de lo que han comido. Mi cuerpo de Betzonah trabajó solo: expulsó, con ruidos y el temblor, unos festones pardos. No me dolió, no sentí molestias; en realidad me dio cierto placer y pensé que el mecanismo de transformación de restos de los hombres me había salido bien, y que podría proponerlo en la Corporación como modelo para ciertos saberes, los que se van quedando relegados. Después volví con Sara.

Era la hora animada: todos los habitantes del campamento parecían ocuparse de algo. Mujeres molían grano para el pan de la noche, espulgaban chiquitos, lavaban trapos casi sin agua, a puro golpe y refregando; hombres afilaban sus cuchillos, pelaban una oveja que balaba aterrada, discutían la preñez de una cabra, enseñaban a tres muchachos a usar una gomera. De pronto noté un revuelo de chicos que corrían hacia la entrada del campamento: Abraham llegaba, con su pequeña comitiva. Había estado fuera todo el día; cuando se acercó lo vi muy alterado. Ni siquiera nos saludó, y su tono fue seco; parecía más viejo todavía:

–Mujer, haz que me preparen una buena alforja de comida. Mañana temprano me voy de viaje con tu hijo. Y díselo a él, también, que esté dispuesto.

–¿Adónde van?

–Eso no te concierne.

–¿Cómo que no me concierne? Es nuestro hijo.

–Mi hijo, querrás decir. Tu hijo, también.

Sara le alcanzó un pellejo de chivo lleno de agua fresca. El viejo se lo derramó sobre la frente: gotas le caían sobre los ojos arrugados, sobre la barba blanca, le chorreaban la túnica de lana. El agua pareció suavizarlo: cuando volvió a hablar, su tono fue distinto:

–Es curioso, ¿no, mujeres?

Parecía que me hablaba a mí también: yo no sabía cómo tomarlo.

–Curioso, digo: el hijo no existía. Hace tan poco tiempo no existía, yo viví casi toda mi vida sin hijo, era mi vida. Y sin embargo, ahora, no puedo pensar mi vida ni este campamento ni toda la tierra de Canán ni nada sin el hijo. Ahora es una realidad, lo más real; era lo más real. Ahora, en el último ahora, se vuelve uno que es preciso matar. Debería ser fácil: todo volvería a ser igual que antes de que existiera. Y sin embargo no. El señor Yahvé nos va cambiando el mundo, mujeres, y nosotros tenemos que adaptarnos. Eso solo nos deja. Nos queda la nostalgia.

Yo no entendí de qué estaba hablando. Sara, creo, tampoco del todo, pero la carga de amenaza estaba clara:

–¿Qué estás diciendo, marido? ¿De qué verdura estás hablando?

Su voz era un chillido. Abraham la miró con los ojos casi cerrados, ocultos tras arrugas y pesares:

–Lo que te he dicho, mujer: que está para matarlo.

Sara tuvo que insistir tanto para que Abraham se lo contara. Primero le prometió tremendas represalias, después trató de seducirlo con recuerdos, al final volvió a las amenazas; ya era de noche cuando Abraham, harto de su testarudez, entendió que su mujer no lo dejaría en paz si no se lo decía. Además, supongo, no soportaba no contárselo. Estaban en la tienda de Sara, sentados sobre vellones de ovejas oscuras; yo simulaba limpiar unos cacharros: me pareció que mi ama prefería que estuviera.

Esa tarde, dijo Abraham, volvía de cambiar unos fardos de lana por dos siclos de sal cuando, al entrar en un oasis, oyó la voz de trueno de su señor Yahvé que le gritaba desde arriba y, dijo, se asustó: siempre lo sobresaltaba oírlo pero esa tarde, dijo, su voz tenía un matiz ominoso que no le conocía. La voz, dijo, no le ofreció ningún preámbulo; ni siquiera, dijo, lo llamó por su nombre.

Yo hacía esfuerzos porque no se me notara la atención: no era necesario. Ni Abraham ni Sara me miraban: ya tenían bastante con su propia zozobra. Estas historias de dioses que se dedicaban a hablar con sus creyentes me tenían admirada: ¿quién era ese que hablaba? ¿Existía, había de verdad una voz? ¿Decía lo que Abraham creía escuchar? Mis preguntas eran una estupidez y me di cuenta, pero la duda continuaba. Y, de pronto, empezaron a molestarme estos habirus, su soberbia: ¿cómo podían creer que a mí se me ocurriría ocuparme de cosas tan menores como una pinche tribu de vagabundos del desierto? ¿Cómo podían creerme preocupada por sus destinos tan enclenques? Ese dios que Abraham imaginaba era un insulto: una figura tan menor, dedicada a cuestiones irrisorias. Era cierto: yo podría intervenir en tonterías como esa; podría, nada me lo impedía. Nada, salvo mi orgullo y la falta de necesidad: muy poco de lo que les pasara a los hombres valía la

pena de ser cambiado: no era importante, no cambiaba nada.

–Entonces, la voz del señor Yahvé me dijo que debía alistar mi único hijo, al que tanto amo, dijo, y llevarlo a la tierra de Moria y… matarlo.

–¿Y qué…? ¿Qué estás diciendo?

–Matarlo, dijo, ya lo oíste: un sacrificio.

Sara no dijo nada. Cerró los ojos, se restregó la cara con las manos, se borraba la cara con las manos: no dijo nada. Abraham la miraba voraz: necesitaba que le dijera algo. Durante un rato largo Sara no dijo nada. Cuando habló, su voz era un reflejo muy lejano:

–¿Y por qué no un cerdo o un cordero?

–¿Qué, mujer?

–Eso, ya oíste. ¿No le has ofrecido a tu señor un cerdo en el lugar del pobre Isaac?

–Mujer, Sara, no vas a comparar a mi hijo con un cerdo.

–No, yo no lo comparo. Eres tú el que lo va a sacrificar como si fuera uno.

–No, como si fuera mi hijo más querido, lo mejor que tengo, lo mejor que podría darle a nadie. Por eso es sacrificio, por eso nuestro Señor me lo demanda. Matar a un chico es acabar con no se sabe qué infinitas posibilidades. Por eso es lo que más merece Dios, que también tiene posibilidades infinitas.

Dijo Abraham sin ningún entusiasmo: apabullado por las razones que iba descubriendo.

–Es el tipo de carnicería que les gusta a Baal y esos dioses sedientos. Yo creí que el tuyo no lo hacía.

–El nuestro, mujer, el nuestro.

–¿Y por qué, señor, por qué ese sacrificio?

–No sé por qué me lo pide, pero debe estar pensando en darme a cambio algo muy importante.

Sara lo miró como quien no sabe si matar o matarse. Iba a decir algo, se calló, empezó de nuevo:

–O es el precio por salvarte de algo terrible.

–¿Más terrible que eso?

Yo ya no podía simular nada: petrificada en mi rincón, los miraba con la boca abierta. Ya sabía que existían sacrificios: los había visto antes, en casi todas partes. Pero recién ahora me tocaban de cerca: no podía entender por qué estos fulanos se habían inventado que sus dioses les exigían sacrificios. Yo hago mi trabajo porque debo, porque esa es mi función: ¿cómo se les ocurrió que podría hacer o dejar de hacer algo porque ellos achicharrasen una vaca, un perro, un niño envuelto? Como si no creyeran en mis decisiones, mis propósitos: como si supusieran que con un par de chanchos degollados me podrían convencer de cambiar mis designios. Peor: como si supusieran que todo era un negocio baratito, como si yo fuera a actuar según las mismas reglas que sus jefes, sus dueños, sus reyes de baja pacotilla. Esos fulanos me despreciaban tanto. O despreciaban, mejor dicho, a los dioses que inventaron; a mí no habían llegado. De pronto me dieron ganas de hacerles mucho daño. Después pensé que no lo merecían: que hubiera sido rebajarme. Que entonces me parecería a sus inventos. Sara, mi ama, seguía regateando:

–¿Y un cordero, dos, tres, nueve corderos?

–¿Tenemos nueve corderos?

–Tendremos, hombre, los tendremos.

–Sara, mujer, no se puede regatear con el Señor Yahvé como si fuera un mercader de dátiles de palma.

–¿Ah, no? Si ya lo has hecho tantas veces. ¿No lo hiciste cuando dijiste que quería destruir Sodoma?

–Ahora no puedo hacerlo. Él me dijo que quería a mi hijo, y mi hijo es lo que voy a darle.

–¿No será que es más fácil dar lo que no es tuyo?

Abraham la miró con cólera absoluta: siempre caía en la trampa. Mi ama estaba siendo bondadosa con él: convertía su

desazón sin objeto en odio hacia ella. Una vez más se sacrificaba para facilitarle la tarea a su señor. Hubo un silencio tenso. Después Abraham amagó levantarse y Sara no lo dejó: fue puro impulso:

–¡No lo harás! Mi señor, no lo harás. ¿Cómo podrías hacerlo? ¿Te imaginas, te has visto ya destrozando la carne de tu hijo?

Abraham la miró cansado, sin contestarle la obviedad. Sara cedía a la desesperación: su última tentativa había sido muy pobre. Ya había dejado de razonar, de calcular sus movimientos:

–¿Y para qué lo quiere? ¿Para qué?

–Mujer, ¿cómo podría saberlo?

Sara se puso de pie: entendió que no iba a obtener nada y se entregó a la cólera:

–Viejo imbécil. Si lo matas nunca serás el padre de una gran nación, ni el padre de nada. ¡Toda tu vida desperdiciada, viejo huevón, por culpa de ese dios charlatán que te maneja como a una marioneta! ¡Toda tu vida, todo!

Sara sabía que no era tan cierto: si mataba a Isaac, su marido todavía podía contar con Ismael para su descendencia. Era ella, en realidad, la que sí perdía todo. A manotazos se desprendió de la túnica de lana que la cubría, y se quedó desnuda con las piernas y los brazos muy abiertos: se mostraba. Abraham no la miró: su cuerpo era como el barro cuando se seca después de muchos pasos: salientes, hundimientos, colgajos sin concierto.

–¿O vas a querer creer, marido, que un cuerpo como este puede hacer otro niño? Este cuerpo sólo es capaz de producir su propia muerte… y con esfuerzo.

Abraham se levantó; seguía sin mirarla:

–No es algo que podamos discutir, mujer: no es algo que tú entiendas. Mañana, en cuanto alumbre, todo debe estar listo.

Los hombres caminaban delante: Abraham, apoyándose en un bastón nudoso, marcaba el ritmo lento; lo acompañaban su hijo Isaac, divertido, entusiasmado por el paseo con su padre, y dos esclavos, que llevaban la leña y el fuego para el holocausto y debían protegerlos. Abraham hubiese preferido llevar más guardias pero no podía: si dejaba desguarnecido el campamento otra tribu lo atacaría y saquearía, violaría a las mujeres, quemaría las tiendas, robaría el rebaño. Nosotras, mi ama y yo, los seguíamos de lejos, escondidas: el terreno era ondulado y nos permitía ocultarnos de sus ojos. O quizás Abraham sabía, pero no quería vernos.

Sara iba resoplando. La noche anterior no había pegado un ojo; yo, en cambio, sí. Mi cuerpo de esclava vieja había dormido, y era mi primer sueño: nunca hasta entonces había tenido la oportunidad de enfrascarme en ese estado tan humano. Nosotras las oficiales nunca hemos dormido, no conocemos lo que los hombres llaman sueño: una copia desganada de la muerte. Había dormido, y dormida me sorprendió lo que los hombres llaman sueños: una extraña historia que pasaba ante mí como pasan ante mí las historias de los hombres cuando las veo desde mi puesto en la Corporación. Sólo que en esta historia yo era esa nube que lanzaba gritos, órdenes, ruegos, maldiciones: yo negociaba con los hombres. Era del todo insoportable: me desperté varias veces y cada vez, cuando volvía a dormirme, el sueño regresaba. No pude saber por qué los hombres desean esas visitas.

Sara, en cambio, se había pasado toda la noche sentada al lado de los vellones donde dormía, sosegado, inocente, su hijo Isaac. Apenas salió el sol el chico, excitado por la perspectiva del paseo con su padre, se levantó de un salto. Estaba feliz; Sara le preparó un hatillo con una muda de ropa y lo saludó liviano, para no alarmarlo:

–Toma, hijo, y cuídate del frío.

–Mami, ¿tú crees que voy a asustarme cuando mi padre sacrifique al pobre animalito?

–No, hijito, no; tú no temas por nada. Todo será para tu bien. Confía.

La caminata se anunciaba larga. Sara y yo no sabíamos dónde estaba esa tierra de Moria, pero pasó un día entero y no llegamos a ninguna parte. Esa noche dormimos abrazadas bajo un matojo de romero; al otro día volvimos a caminar sin descanso y a la noche nuestro refugio fue una pequeña cueva en la ladera de una colina pedregosa. En toda nuestra marcha casi no vimos hombres ni animales, y tan pocas plantas. Mientras caminábamos, silenciosas, cansadas, fui entendiendo que el mundo estaba hecho de forma muy imperfecta, desigual: que podría haberle puesto más cuidado. Aunque, en realidad, no había razones: era sólo un pedrusco, basura en ningún ojo. Pero no tendría que haber permitido que se formaran espacios como este desierto: un lugar que rechazaba cualquier tipo de vida, que servía para los planetas que no tenían vida pero no para este. El desierto era una equivocación y los hombres, sin embargo, intentaban adaptarse a él, hacerlo un lugar propio: perdían tantos esfuerzos.

El tercer día el sol pareció salir con fuerza exagerada, pero no pudo con un manto de nubes que apareció enseguida. En el horizonte, una colina redondeada y bajita tenía en su cima piedras amontonadas: un santuario. Sara lo vio y palideció. Durante esos dos días casi no había hablado.

–¿Y no será que tiene razón, el viejo calzonudo? Al fin y al cabo, tantas veces la tuvo… ¿No será que está bien entregar…?

No podía terminar de decirlo. Quería creer que Abraham hacía lo correcto, pero se estaba derrumbando:

–Con todo lo que hice por ese desgraciado. Todo lo que lo quise, todo lo que le di. Y ahora quiere borrar mis últimos

rastros, matar a mi hijo, mi único hijo. Cuando él se muera dejará otras cosas: una tribu, un nombre, su cáfila de brutos a medio recortar. Yo, en cambio, nada, nada…

Al final casi no podía caminar, murmuraba, se restregaba las manos con tanta fuerza que parecía que quería desprendérselas. Entonces se le ocurrían otras cosas:

–Pobre viejo, lo que tiene que hacer. Yo sé que él está sufriendo tanto más que yo, pero tiene que hacerlo. Pobre viejo, no va a tener consuelo…

Su mente debía ser como una lluvia de meteoros: escupidas en todas direcciones. Aunque quizás todas tuvieran un sentido común: tendría que pensarlo.

–Quiere matar al chico porque tiene celos, espeluznantes celos. Sabe que no es suyo, no sabe de quién es, no lo soporta.

Las variaciones de su letanía ya me estaban cansando, y no pude contenerme:

–Hace mucho que tu hombre no te cela, mi señora.

–Calla, cacho de carne purulenta. Pero no, quizás tengas razón: los celos no son nada. Quizás de verdad el sacrificio sea el destino de nuestro pobre chico. Quizás sea el sacrificio el que termine de hacerlo grande, como nos prometieron. ¿Cómo saber? Ay, dios, ¿cómo saberlo?

Al pie de la colina baja Abraham les dijo a sus esclavos que se quedaran esperando: con una mano agarró el fuego y con la otra el cuchillo, cargó a Isaac con la leña y siguieron su ascenso.

–Papá, papá.

–¿Qué, hijo?

–Tenemos el fuego y la leña, pero nos falta el animal para nuestro sacrificio.

–No te preocupes, hijo. Yahvé nuestro Señor lo proveerá.

Nosotras rodeamos la colina y nos escondimos del otro lado, a media altura, detrás de un matorral: desde allí veíamos

perfectamente el túmulo de piedras. Desde allí vimos cómo Abraham empezó a amontonar la leña sobre el altar y cómo le dijo a su hijo que ahora lo ataría. Y vimos cómo Isaac le tendió sus dos manos, y lo ayudó con la cuerda. Las nubes pasaban cada vez más bajas.

Para ser tan breve fue muy largo: el tiempo de los hombres tiene repliegues raros. El chico se trepaba al túmulo de piedras, Abraham afilaba ceñudo su cuchillo, la llama del candil se contoneaba tonta y Sara los miraba en llanto, se retorcía la cara con las manos:

–Ayúdame, vieja amiga, por favor, ayúdame.

Vieja amiga sonaba raro en labios de mi ama. Sospeché –no podía estar segura– que nunca me había llamado así.

–¿Yo a ti, mi señora?

–Sí, por favor, por favor.

–¿Y qué podría hacer yo, señora?

–No sé, no sé, cualquier cosa, algo.

Yo, Betzonah, no tenía por qué hacer nada: al contrario, era mi oportunidad de vengarme. Sara se había tragado mi vida de un bocado, sin recato: había usado mis manos para sus trabajos, mi belleza para sus seducciones, mis hijos para venderlos como esclavos; además no había nada que yo, Betzonah, pudiera hacer. Pero yo, yo misma, sí podía intentarlo. Pensé en hacerlo: la idea de Sara destruida, convertida en un trapo viejo inservible por la muerte de su única esperanza, me produjo un extraño fastidio, algo desconocido.

–Por favor, Betzonah, ayúdame, ayúdame…

Su pedido no tenía sentido, o mejor: Sara ignoraba que sí tenía sentido. No me costaba nada detener a su esposo: nada nada. Nada de lo que allí pasara me costaba nada, me corregí,

a pesar del fastidio. Isaac esperaba con las manos atadas, la cara descompuesta; su padre afilaba el cuchillo como quien desespera; yo podía.

–Por favor, vieja amiga...

Y estuve a punto de hacerlo, pero no: preferí seguir viendo hasta dónde podía llegar un hombre ante las órdenes de su supuesto dios. La supuesta orden de este Yahvé contradecía todo lo que siempre había prometido y ponía a prueba su posibilidad de hacerse obedecer cualquier capricho: que su palabra no fuera medida por una vara humana. Era extraño: si Abraham lo había inventado, quizás quería convencerse a toda costa de que ese ente existía y que era tan superior a él y a todo el resto que no necesitaba hacerse inteligible: que podía darle órdenes incomprensibles –contradictorias– y él obedecería.

Si ese dios mandaba cualquier cosa, y sus súbditos lo obedecían, un jefe podría hacer lo mismo: un dios caprichoso era una buena base para un jefe. La idea no estaba mal, pero me molestaba: yo organicé la muerte para que los hijos murieran después que sus padres y antes que sus hijos a su vez. Era extraño que eso que Abraham llamaba dios quisiera deshacer el orden de las cosas, pensé, y enseguida me di cuenta de que había caído otra vez en la trampa: estaba pensando en eso como si eso existiera y yo, mejor que nadie, sabía que no era cierto. Pero era casi más extraño que Abraham por sí mismo, solo, quisiera deshacer ese orden de las cosas.

–¡Papá!

–Tranquilo, hijo, es por tu bien.

La mano derecha de Abraham se levantaba, armada del cuchillo. El chico lanzó un grito espeluznante. A mi lado, Sara se tambaleaba:

–Mira, ya va a matarlo, ya lo mata. No puedo creer que de verdad vaya a...

Yo tampoco terminaba de creer que la palabra de un dizque dios pudiera ser más fuerte que toda la información que había puesto en los hombres. Dudé otra vez: quizás la orden existía, la voz, Yahvé existían, esos dioses. El brazo de Abraham ya estaba totalmente extendido. Dos buitres volaban en círculos sobre la colina, bajando, bajando. Abraham estaba a punto de dibujar el tajo.

–¿Lo va a matar? ¿De verdad va a matarlo?

Pensé que no quería saberlo. Pensé que no soportaría la respuesta: la responsabilidad de la respuesta.

–¡Abraham, detente!

Abraham se sorprendió: quizás nunca había oído el vozarrón tan real, tan fuera de su propia cabeza. Para mí no era difícil hacerlo: hacer lo que los hombres creían que yo hacía. Abraham miró a su alrededor, y sólo vio las nubes. Le insistí:

–¡Detente, Abraham! Ya he visto que obedeces mis palabras.

Abraham lanzó un suspiro tremebundo y su hijo rompió en llanto: hipos, patadas, un tembleque. La vieja Sara, a mi lado, se desmoronó sobre las ramas de un arbusto. Cuando la ayudé a levantarse tenía los ojos en blanco y repetía como en un ensalmo que Yahvé era el más bueno:

–¡Es el mejor, es la bondad perfecta! ¡Es el mejor, la compasión completa!

Yo la miraba sin entender de qué me hablaba. Esa ilusión había estado a punto de matar a su hijo y yo lo había salvado. Y ella, ahora, hablaba de cosas tan ajenas como bondad y compasión. Su hijo, en cambio, miraba al cielo con espanto: Isaac sí había entendido.

EL INFORME FINAL, 3

Todavía no se le notaba: yo debería pretender que sí, que ya entonces, que ya lo había entendido todo, pero en ese momento no le noté nada. Sin embargo, es probable que el patinazo de Dios haya empezado a su regreso del desierto palestino.

Dios volvió de su excursión refunfuñando: fue entonces cuando empezamos a llamarla Dios. En los registros de la Corporación su nombre, por supuesto, siguió siendo (vËf)), pero la ocurrencia de sus criaturas era demasiado curiosa como para no despertar los sarcasmos de las demás oficiales: Dios se transformó en el hazmerreír de más de una.

–¿Así que hizo de dios, Dios? ¿Así que se tentó y habló como si fuera ese barbudo barrigudo palurdo bruto burdo que fabularon sus bichitos?

Dios no les contestaba nada: primero, porque las reglas de la Corporación vedaban cualquier debate y ella no estaba en condiciones de ignorarlas. Pero, sobre todo, porque todavía no sabía bien qué contestar: seguía perpleja.

–¿Así que le gustó ir de dios, Dios? Usted sí que tiene aficiones canfinfleras, mire vea…

Llamarla Dios era cruel: equivalía a ponerla en el mismo plano que las criaturas de sus criaturas, los inventos de sus inventados: una multitud de monitos, ancianos barbiespesos, mujeres de ocho brazos, tormentas y leones, salamandras gigantes, peñascos aguzados, para no hablar de soplos y esculturas. Al principio Dios, cuando alguna compañera la

llamaba Dios, montaba en cólera; después se fue acostumbrando, y aprendió a tomárselo con calma. Pero nunca, en ningún momento, dejó de incomodarle. Era una pena porque aquí, en la Corporación, ya nadie la llamó de otra manera.

Primero supuse que su molestia a la vuelta de Palestina tenía que ver con lo incómodo e infructuoso de ese viaje: Dios se reprochaba haberle dedicado tanto tiempo a una tribu de pastores perdidos en un desierto chiquitito. Pero eso no alcanzaba para explicar tanto fastidio.

«Yo, que conozco las leyes que mueven universos; yo, que hago bailar galaxias; yo, que sé cómo hacer vida desde nada, no consigo entender a estos fulanos», anotó aquella vez. «Sólo me alivia pensar que recién estoy empezando a conocerlos y que ya aprenderé: no es un gran consuelo, teniendo en cuenta que, al fin y al cabo, son mis criaturas. Y que ellos, a esta altura, ya inventaron sus propias criaturas y las manejan con habilidad». Si en ese momento hubiese sido juiciosa, si hubiera respetado las reglas, si no se hubiese dejado llevar por raptos que ninguna oficial de la Corporación debería permitirse, nada de lo que después pasó habría sucedido.

Pero le intrigaban varias cosas, y la sospecha de que si no terminaba de entenderlas todo su plan podía desmoronarse. Le intrigaba aquello que Sara había llamado la bondad. Le intrigaba la soberbia de esos habirus, que creían que su dios los había hecho a su imagen y semejanza: ¿tanto se gustaban como para pensar que sus formas estúpidas eran las formas de un ser superior? A ella nunca se le había ocurrido hacer nada a su propia imagen, y ahora se encontraba con que esos bichitos creaban dioses que eran iguales a ellos. Le intrigaba que todos los bichitos se contaran historias recordando los tiempos en que no tenían muerte y que se dolieran por tenerla: que todas sus historias dijeran que la muerte era el precio que tuvieron que

pagar por alcanzar conocimientos o riquezas o placeres del cuerpo o la unión de una tribu o un guiso particularmente sabroso o la velocidad o una lengua de hablar. Le intrigaba que se ocuparan tanto de sus muertes: las había hecho, al fin y al cabo, para que pudieran ocuparse del resto más en serio. Y, sobre todo, le intrigaba la cuestión de los dioses. No podía contener la curiosidad: tenía que investigar quiénes eran, cómo y para qué los inventaron, para qué los usaban, se decía Dios y, entonces, ni siquiera pensaba que hubiera en su interés nada del orden de los celos.

DÍA DEL TERCER PEDRUSCO, HORA QUINTA. VALLE DEL GANGES

Mujeres, vacas, perros, árboles desgajados, un borrico ululante, elefantes furiosos, troncos, techos, chiquitos, hombres desesperando, cadáveres de hombres, cadáveres de chicos, cadáveres de perros, de burros, de elefantes, cadáveres de vacas, el olor de cadáveres, troncos enfurecidos, más hombres, chicos, perros, manotazos, aullidos, pedacitos: todo flotaba en aguas desmadradas. Y tanto más estaba hundido en esas aguas. Las aguas avanzaban, marrones, sin esfuerzo, y tragaban en su camino lo que hubiera: las aguas, la marcha de las aguas me hablaban, otra vez, de un mundo que no había terminado. Quise mirar para otro lado, y no lo hice.

Pensé que las aguas tenían la ventaja de no tener que sopesar sus actos: ni compasión ni cálculo ni pena ni avidez. Aunque yo tampoco tenía por qué pensar en esos términos: si acaso, solamente, preguntarme si un mundo funcionaba. Debía tener cuidado: quizás lo estaba pensando en términos humanos. Si no, lo que decía no tenía sentido: siempre había hecho elementos sin conciencia, que no debían pensar sobre sus actos: un planeta, cometas, estallidos de gases, nebulosas. Eran temibles, pero yo nunca los había definido en esos términos: no tenían para quién serlo, salvo para mi orden, y mi orden estaba hecho de ese caos. Yo no debía pensar como pensaba; quizás me resonaban las palabras de Sara.

–¡Es el mejor, es la bondad perfecta! ¡Es el mejor, la compasión completa!

Las aguas arreciaban sin querer y arrastraban aldeas. Estaba confundida: quise llevar mi confusión al paroxismo de las aguas y entonces vi al barquero. El barquero era un hombre muy flaco, la piel oliva, pelos despendolados, la túnica empapada y en harapos, parado sobre su barca bamboleada por la lluvia furiosa. La barca era de teca, resistente, y tan ancha que había podido soportar, por el momento, los embates del viento sin volcarse. El barquero había logrado atarla a un árbol inmenso que resistía también: la barca atada se mantenía en su sitio, contra la correntada, y el barquero golpeaba con su remo a un cuerpo que quería treparse. El cuerpo manoteaba, trataba de agarrarse entre los golpes: el barquero le partía la cabeza. Pude escuchar, extraño, en el estrépito, el crujido del hueso cuando dejaba de ser uno. A veces la multiplicación no los mejora. Las aguas se llevaron, sin esfuerzo, otro hombre.

Era, en el valle del Ganges, la estación de las lluvias: el río se había desbordado y estaba destruyendo pueblos y multitudes. Solía pasar, supongo. La música del desastre era un encanto raro: el silbido del viento, chapoteos de las olas, gritos de los murientes, rugidos animales, girones de silencio entremezclados. Las palabras de Sara eran un golpe. No pensé más, y fui el barquero.

Ahora era Charnaka, un barquero del Ganges. Su vida no tenía aristas ni fisuras: había nacido allí mismo, en la aldea de Pataliputra, casi treinta años antes, el primer hijo de un barquero que era hijo de un barquero que era hijo de un barquero. Cuando cumplió quince sus padres lo casaron con una nena de la choza de al lado que pronto se hizo hembra: en doce años le había parido nueve hijos. Dos le nacieron muertos, tres murieron muy pronto, una al cumplir los cinco, tres vivían: dos chicas y un chiquito. El chico, por

supuesto, heredaría la barca.

Pataliputra estaba a orillas del gran río: su vida estaba hecha del río. Los días de Charnaka solían ser iguales a sí mismos. Cada mañana, Charnaka se levantaba con el sol y salía a pescar en su barca. Tenía cuatro cormoranes pescadores: pájaros entrenados laboriosamente que cazaban peces con una piedra atravesada en el garguero para que no se los tragaran; cuando agarraban uno, volvían a la barca y se lo entregaban a su amo que, a cambio, les sacaba la piedra, agradecía a Ganesha por su suerte y les daba un bocado. Eran sus momentos más felices: con sus cuatro aves negras posadas sobre sus brazos extendidos, Charnaka se sentía potente, cercano de los dioses. Dije: cercano de los dioses.

Hacia media mañana Charnaka volvía con su botín de pescados: cuatro o cinco, diez los grandes días. La pesca, ahora, escaseaba: ya no era como antes, en tiempos de los padres de sus padres. Para los hombres nunca nada era como antes; los aliviaba suponer esos tiempos mejores que siempre habían pasado: también para eso les servía la muerte.

De camino a su choza, el pescador pasaba por la casa del señor de la aldea: una construcción de dos pisos en medio de un terreno rodeado por una pared alta de ladrillos de barro donde los aldeanos sólo entraban una vez por año, para la fiesta del dios de las aguas. Allí, en la puerta, Charnaka entregaba a un esclavo la mitad de su pesca: era duro, sobre todo en la estación seca, pero el señor, a cambio, le aseguraba que podría seguir pescando en ese tramo del río, le daba su protección contra los ataques de otros señores y mantenía el pequeño templo del dios de las aguas, que también los cuidaba.

Antes de volver al río, Charnaka comía alguna fruta o una raíz; a esas horas ya no podía pescar y se instalaba en la orilla a esperar a algún viajero que necesitara cruzarlo. Charnaka era de una casta baja, pero no tan baja que los viajeros no pudieran

subirse a su barca. El sol golpeaba y el tiempo se hacía lento; Charnaka lo pasaba bajo la sombra de un sicomoro, charlando con los otros tres barqueros de la aldea, sus amigos y rivales y vecinos de siempre: hablaban del tiempo, del río, de la pesca, de la fortuna del señor y la belleza de sus mujeres, de los caprichos de algún dios menor, de las enfermedades de sus hijos y de sus mujeres, del paso de un mercader cargado de telas relucientes que nunca alcanzarían, del peso de sus karmas que nunca terminarían de pagar, de la amenaza de una invasión que nunca sucedía. Eran buenos momentos, hombres entre hombres; cuando un viajero llegaba a interrumpirlo, Charnaka se apenaba y alegraba a la vez y agradecía su protección a Shiva. Shiva, parece, estaba siempre muy atento.

Charnaka volvía a su choza cuando el sol se ponía. Su mujer, Mahatanha, ya estaba preparando el potaje de lentejas amarillas que comían cada noche; a veces le agregaba un trozo de pescado, pero en general los cambiaba por las lentejas, alguna tela, un puñado de bayas olorosas. Después, Mahatanha dormía a los tres chicos y, por fin, la noche ya llegada, Charnaka y ella se acostaban en la esterilla sobre el piso de tierra. Algunas veces, cuando Mahatanha se había untado con el polvo de aquel árbol, él le buscaba el cuerpo y la montaba en silencio. Mahatanha, casi siempre, se hacía la dormida.

Una vez, Charnaka se pasó meses engañándola: cada mañana, cuando volvía a la aldea, pasaba primero por la casa de una tía viuda, y le entregaba un pescado. Trataba de mantener el secreto: toda la aldea lo sabía, y sabían por qué lo hacía. Cuando Charnaka recibió de su tía el anillo que le había comprado con tanto pez, y se lo entregó a su mujer, ella fingió una sorpresa alborozada. Desde el día siguiente, Mahatanha llevó orgullosa en la nariz el anillo de oro con la figura del dios de las aguas. Charnaka, esa mañana, no salió a pescar y la acompañó en una caminata por las cincuenta chozas de la

aldea: todos los miraban, y él se sentía un hombre verdadero. En sus vidas anteriores, pensó, debía haber hecho cosas buenas para merecer ahora este momento.

Otra vez también creyó que iba a sentirse un hombre: fue cuando el señor de la aldea lo convocó, junto con todos sus vecinos jóvenes, para ir a pelear contra el señor de una aldea río arriba. En las veladas, sentado alrededor de los viejos del pueblo, Charnaka había escuchado historias donde héroes y dioses se enfrentaban en combates épicos, llenos de glorias y caballos y frases rimbombantes: le sorprendió descubrir que su guerra era un batifondo de un centenar de fulanos asustados que se gritaban insultos desde lejos y se tiraban piedras, alguna flecha débil, miradas asesinas y que al final, ufanos, se retiraban con varios magullados sin saber si se llevaban el triunfo o la derrota. Aunque el señor, después, los felicitó y convidó a un asado de carne y les dijo que su valiente gesta había salvado la aldea de la invasión de esos brutos sedientos de sangre. El señor agradeció a Khali, la diosa de la muerte, y le dedicó el sacrificio de esa cabra: todos se sintieron muy cerca de la diosa más ruda. Charnaka no solía comer carne: esa noche, al intentarlo, se le rompió un diente y la cara se le hinchó como un pez globo. Tiempo después se encontró en el río con un barquero de la aldea enemiga: compartieron unos higos, conversaron y Charnaka supo que ellos también habían festejado la victoria. La guerra, pensó, no era tan terrible. En realidad, nada lo era o casi todo. Yo, por un momento, le envidié esa vida, esa calma: la seguridad de que nada de lo que sucediera lo cambiaría mucho, la tranquilidad de no tener que crear nada: la facilidad de no imaginar sino lo que ya sabía. Sería bueno organizar un universo según ese modelo.

Charnaka era de una casta baja, pero no tan baja como para quedar afuera de las fiestas religiosas. La mejor era la del dios de las aguas, que tenía muchos nombres diferentes aunque, en

esos días, lo llamaban Krishna. El señor de la aldea guardaba en el pequeño templo una estatua de Krishna: era bello como una noche de verano, majestuoso como la corona de oro que el señor llevaba sólo entonces. La fiesta empezaba con una comilona de pescado, seguía con libaciones de una bebida fermentada y, cuando todos habían bebido bien, el dios les ordenaba que lo halagaran con amores: esa noche todos los habitantes de la aldea se buscaban, se tocaban, se fornicaban con los ojos bien abiertos. Nadie quería quedarse sin su parte: viejos, chicos, enfermos, hombres y mujeres, todos se revolcaban. Eran noches fastuosas; a la mañana siguiente, cuando el sol los devolvía al mundo acostumbrado, todos se miraban como si no se conocieran o se supieran demasiado: evitaban los ojos de los otros. Pero al mediodía, cuando el sol arreciaba, volvían a encontrarse junto al pequeño templo, que aparecía rodeado de fuegos, a punto del incendio: eran los fuegos de la codicia, de la intemperancia, de la soberbia y la desobediencia. Por un momento, todo se detenía. Entonces Charnaka y los demás debían pensar en los peligros, en todo lo que debían por los fallos de sus vidas pasadas, en todo lo que tendrían que pagar por los errores de esta. Hasta que los chicos de la aldea aparecían cantando y apagaban los fuegos con tinajas de agua, y todos celebraban el triunfo del dios sobre las amenazas centelleantes.

Todo era siempre así, siempre igual a sí mismo. Se sucedían los años, las secas, las crecidas, hasta ese día en que el río o el dios o el mundo se salieron de madre. Charnaka sabía que cosas semejantes podían suceder, que habían sucedido: si cae lluvia es porque los hombres somos imperfectos y necesitamos comer y la necesitamos para que crezcan nuestros alimentos, le había explicado una tarde un

viejo de la aldea.

Charnaka sabía, pero esa mañana todo había sucedido de repente: llovía, como siempre en esa estación, pero Charnaka había decidido que igual saldría a pescar. Estaba en su barca, distraído, y hasta último momento no vio llegar la tromba: cuando la vio, sólo alcanzó a remar hasta la orilla y atar la barca al viejo sicomoro; un momento después, todo era agua.

El torrente de agua era tremendo: marrón lleno de cuerpos y basuras que arrasaba sin el menor designio. Charnaka se agarró al borde de su barca, y la barca soportó el embate; la cuerda se tensó, pero aguantó el primer cimbronazo: después, todo siguió bailando. Charnaka no apartaba los ojos de las aguas: en toda una vida de barquero nunca había visto nada semejante. De pronto pensó en su aldea, en su choza: levantó la vista muy despacio, con terror, y comprobó lo que ya sabía: que el lugar donde había estado su mundo era un lago revuelto por la tromba. Allí debajo debían estar los suyos. O no, pensó: quizás estuvieran peleando por sobrevivir en la corriente. Debía desatar la barca e ir a buscarlos. Empezó a trabajar con sus dedos el nudo retorcido, húmedo; si hubiera estado seco habría podido desprenderlo enseguida: el tiempo que tardó le dio un momento para pensar de nuevo, y entonces entendió que no tenía ninguna chance: si lo intentaba, su barca y él se hundirían sin ruido en el torrente. Aun así, pensó en desatarla; después pensó que no y se quedó sentado, como ido, sacudido por la tremenda furia.

A su lado pasaban cuerpos, las basuras, los techos y los troncos, el viento huracanado. El anillo, pensó: el anillo de oro se había ido. Ahora, pensó, todo lo suyo ya era ajeno: él era otro. O no era nadie, pensó: ya no tendría un hijo que fuera barquero. Se sorprendió cuando pensó que el señor también estaría muerto. ¿El señor, un kshatriya, el amo de la aldea, muerto como todos los demás, llevado por las aguas? Cosas

muy espantosas debía haber hecho en alguna otra vida: quizás perdió batallas, quizás fue un elefante enfurecido que destruyó sembrados, una chinche. El señor muerto y él que no existía: ya no tenía nada, ni mujer ni casa ni amigos; ya nunca tendría un hijo que fuera barquero. Ni el anillo, siquiera: no era nadie. Entonces oyó los gritos del muchacho que intentaba aferrarse de su barca y lo llenó de pronto el odio por todo lo perdido: agarró el remo y empezó a golpearlo como si fuera el culpable de todo. Después vino el crujido, el breve borboteo, la sangre del muchacho tragada por el marrón del agua, el cuerpo que las aguas se llevaban. Charnaka se sentó en su barca bamboleada, azorado, transido: seguramente ese palazo le costaría vidas y vidas como moscón, hoja, gusano o piedra de un río poderoso, siempre lavada, golpeada por el agua. Ese palazo podía costarle muchas vidas pero no le importó: estaba tan cansado. De nuevo, sus dedos fueron hacia el nudo: lo desataría, se dejaría llevar, pronto sería esa larva, pagaría. Fue entonces cuando lo vi y entré en su cuerpo.

Nunca antes había estado en un ambiente tan hostil. Nunca antes había sentido así el furor del mundo inacabado: las gotas en la cara, la barca tambaleante, el viento movedizo, el equilibrio roto, el batifondo. De haber podido, habría tenido miedo. De hecho, estuve a punto de saber lo que era el miedo: quizás ese barullo en el estómago, esa manera de apretar los dientes, de achiquitar los ojos, de no saber dónde mirar primero, de pensar en tropeles tantas cosas. Un desparramo: la sensación más fuerte. Si era eso, me gustaba haber creado el miedo: la muerte era su requisito, este mundo sin terminar de hacer era su agente, que hubiera hombres para sentirlo era su condición indispensable. El miedo, quizás, justificaba todo.

Unos cientos de metros más allá, oculto por la tromba, vi un promontorio que salía de las aguas. Remé, con gran esfuerzo, hasta esa punta: tenía unos diez metros de diámetro y un gomero que había perdido muchas hojas. La correntada ya se estaba aplacando, se instalaba: al cabo de un rato, pude dejar el promontorio y volver a bogar en la barca. Me resonaban las palabras de Sara: iba a tratar de salvar gente. Yo, que podría hacer o deshacer millones con un gesto, quería pasarme horas en el esfuerzo de salvar a cuatro o cinco: con suerte, cuatro o cinco. Pero me resonaban las palabras: quería saber, estudiar cómo era esa bondad de la que hablaban.

Al principio, el único problema fue elegir: el río traía cuerpos. Muchos iban inertes, llevados por la correntada, muertos; pero muchos se agitaban y gritaban todavía, luchaban por no caer al fondo de las aguas. Primero traté de agarrar a un chico que pasaba, con apenas la nariz y los ojos fuera del agua y una mano violeta agarrotada: le aferré la muñeca, pero el chico no me había visto venir, se asustó, se soltó: siguió su viaje. Me ofuscó mi torpeza: no había sabido retenerlo. Yo era flaco: fibroso pero estaba débil, cansado antes de empezar a dar pelea. Quizás no sería capaz de hacerlo, pensé, y traté de consolarme diciéndome que qué importaba, que no podía tomarme en serio semejante tontería: no funcionó. Entonces sentí un golpe contra un costado de la barca: una vieja aterrada gritaba, pura boca. El golpe la detuvo un momento y pude aprovechar para atraparla: con las dos manos en sus brazos, resbalando, tratando de levantar su peso muerto. Al final conseguí subirla a la barca: su cara de terror era una mueca espeluznante. Escupía agua, tosía, escupía agua. Cuando empezó a transformarse en sonrisa fue peor: se miraba, miraba el agua, el cielo, a mí y sus manos con una satisfacción que me sonó a venganza: todos los otros están muertos, pensé que pensaba, todos los que creían que iban a vivir tanto y yo, la

vieja, la desdeñada vieja, los he sobrevivido: la soberbia. Por un momento me arrepentí de lo que hacía. Después pensé que no lo hacía por ella: estaba descubriendo.

Dejé a la vieja en el promontorio y volví a mi tarea. Tuve fracasos y triunfos: un chico, tres hombres, dos mujeres más. En todos vi la cara de terror, las sonrisas, la turbación completa, el desconcierto, el llanto al descubrir que sólo habían salvado sus vidas y más nada.

Ya caía la tarde cuando salí por última vez: mi agotamiento era completo. Me sorprendía ver cómo mi cuerpo podía contradecir mis decisiones. La fuerza de la corriente se extinguía: aun así, una vaca que chocó contra la barca estuvo a punto de volcarla. Todavía estaba aturdido por el golpe cuando vi llegar, atenazado a un tronco, a un hombre de cabeza rapada. El hombre iba flotando de espaldas y tenía la mirada más plácida que había visto en ese día turbulento: parecía un chico en el regazo de su madre, huevo en un nido mórbido. Estuve a punto de dejarlo pasar: me pareció casi guarango molestarlo. Pero estiré en su dirección mi brazo, y él hizo un gesto de agarrarlo; después se arrepintió, sacó su mano. Todo fue muy rápido y yo no llegué a interpretarlo: conseguí cruzarle la barca, su tronco se enredó en mi soga y, sin saber muy bien cómo, lo icé a bordo. El hombre estaba envuelto en los jirones de una túnica naranja.

–Bienvenido a la vida.

Le dije: la fatiga me ponía rimbombante. El hombre me soltó un gruñido y no hizo la sucesión de caras: una mirada entre recelo y cólera. En silencio, bogamos hasta el promontorio.

–¿Y ahora qué vamos a hacer?

Preguntó una mujer entre sollozos.

–Nada. ¿Todavía quieren hacer más? ¿Hacer, tan luego?

Le contestó el rapado, como quien suavemente desespera. En el promontorio no cabía nada ni nadie más. Éramos diez: yo, mis salvados y un muchacho que había llegado por sus propias brazadas. Los sobrevivientes se preparaban para pasar la noche; no había, fuera de ese estrecho refugio, dónde ir: alrededor era del agua. La lluvia había parado pero la humedad nos calaba los huesos, y el cansancio: un cuerpo podía volverse algo muy duro de llevar, al borde de lo insoportable. Estábamos desnudos. La ropa era un incordio, telas rasgadas, pesadas por el agua. Todo estaba pesado por el agua. Estábamos desnudos: cuerpos acurrucados, ateridos, muñecos descompuestos. Yo estaba a punto de dejarlos: había cumplido con mi designio y, sin embargo, no sentía ninguna satisfacción particular. La idea del bien, de hacer el bien, que Sara me había revelado, que me había traído hasta este maremágnum, ahora se me aparecía difusa, inconsistente. La busqué en las caras de mis salvados: eran caras embrutecidas por la fatiga y el espanto, el hambre, caras que no me ofrecían nada que pudiera servirme. Estaba a punto de irme cuando el rapado habló de nuevo:

–¿No han querido hacer ya demasiado? ¿No es por ese demasiado hacer que todo esto nos sucede, hermanos?

El rapado los reprendía, y mis salvados no le decían nada: había algo extraño en la manera en que escuchaban sus palabras. A mí ninguno me había mirado así: cuatro o cinco me conocían, el resto no, pero sabían que yo era uno de ellos. Charnaka, uno de ellos, al que miraban con la gratitud confusa del que no sabe bien qué debe. El rapado, en cambio, era otra cosa: lo escuchaban como si temieran cada una de sus palabras. O como si esperaran de esas palabras mucho más que cualquier rescate de las aguas.

–Disculpa que te hable así, pero ¿me podrías decir quién eres?

Le pregunté, tratando de mantener la calma: algo me lo hacía

muy difícil. El rapado me miró con una forma de la humildad que era casi desprecio y habló con voz apenas: me dijo que su nombre era Nikahia y que era el discípulo de un discípulo de un hombre muy sabio que se llamaba Gautama, al que sus seguidores solían llamar Buda, el Despierto.

–Que los dioses lo protejan.

Dijo una mujer.

–¿Qué dioses, mujer?

Le preguntó Nikahia. El rapado era flaco como un árbol flaco, fibroso, parecido a mí; distintos tenía la tez más clara, los ojos grandes tan abiertos, el cuello largo y los dedos muy largos.

–Nuestros dioses, el dios de las aguas, Krishna, Shiva, Vishnú, los dioses, por favor.

Dijo la mujer, y los demás salvados asintieron.

–¿Tú crees que existen esos dioses, mujer?

–¿Y si no, venerable, quién hizo todo esto?

Esto eran las aguas, sus muertes, el desastre, mis nueve salvados sin aldea ni familia ni nada nada ya. Estuve a punto de intervenir: no veía por qué tenían que acusar a los dioses que ellos mismos se habían inventado. Me parecía una injusticia.

–¿Es esa la pregunta correcta, mujer, quién lo hizo?

–Si te parece, venerable.

–¿Y no sería mejor preguntar cómo lo hicimos?

Los salvados se miraron perplejos: era notorio que no querían ofender al rapado, pero no entendían. Yo tampoco. Nos callamos.

–El mundo no tiene principio ni final, ni un creador que lo hizo: el mundo es creado y recreado en cada momento por los actos buenos y malos de los hombres. Cuando ustedes, hermanos, se enfrentan a algo así, no se pregunten por qué lo hicieron ellos. Pregúntense más bien qué hemos hecho

nosotros.

Nikahia me había llevado al borde de la cólera. No me importaba tanto su mentira –yo sabía que ese mundo sí había tenido un principio, yo lo sabía mejor que nadie. Me importaba sobre todo su crueldad: era despiadado decirles a estos desgraciados que acababan de perder todo que la culpa era suya. Quizás, finalmente, la farsa de los dioses sirviera para algo: era piadosa.

–¿O sea, dices, que no hay dioses?

Le pregunté, como preámbulo al ataque. Me parecía que el rapado estaba jugando con la ingenuidad de esa mujer y de todos los demás: cada vez me irritaba más. Y por mi irritación defendía tonterías: me indignaba porque un hombre, por fin, decía que no había dioses. Debía aprender a controlarme.

–No, no digo eso.

–¿Pero hay o no hay?

–Eso no es lo que importa.

Nueve pares de ojos se clavaron en el rapado como lanzas con óxido. De pronto me pareció que era un gran juguetón, que se mofaba de nosotros. Pero yo no era bueno para discutir sobre dioses.

–Hombre, basta de firuletes.

El rapado debe haber sentido la urgencia en mis palabras.

–Quizás hay, o no hay, a quién le importa. Te puedo decir lo que decía a veces mi maestro: que Dios no puede haber hecho el mundo por interés, porque no necesita nada, ni por bondad, porque en el mundo hay sufrimiento. O sea que Dios no existe. Pero eso no importa, son sólo opiniones.

Dijo Nikahia, y yo pensé que ahí lo había agarrado. Yo sí sabía por qué se había hecho el mundo.

–Eso es falso, Nikahia.

–¿Cómo lo sabes, eres un dios?

Me callé. Nikahia aprovechó mi silencio.

–Nada de eso importa, hombre, nada. Lo que importa es elegir el camino del Medio, el camino de la salvación. Mi maestro sabía la historia del hombre herido por la flecha envenenada: el hombre agonizaba y sus parientes mandaron a llamar a un médico para que le sacara la flecha y lo curara, pero el hombre se negó. «No dejaré que me saquen la flecha sin antes saber quién me ha herido, si es brahmán o kshatriya, cuál es su familia, si es alto, bajo o cojitranco, de qué aldea es nativo, qué flecha me lanzó ni con qué arco, qué pluma usó en la flecha, qué motivos tenía…». El hombre, claro, se murió sin remedio, como se mueren los que se niegan a seguir el camino mientras no se hayan enterado del más mínimo detalle.

Dijo Nikahia, y fue extraño: pude sentir cómo varios de los salvados respiraban, como si la historia les hubiera traído un alivio que ya no se esperaban: placer de la ignorancia. Uno de los hombres ensayó una sonrisa desdentada.

–¿Y para qué sirve, si se puede saber, tu camino del Medio?

Le pregunté, para quebrar el efecto de sus palabras.

–Para no volver a nacer en este mundo. Para romper la rueda de las reencarnaciones, para disolverse en el Nirvana, en la extinción completa.

Me dijo, como si no pudiera creer que le preguntase semejante pavada, y más miradas asintieron. Era muy duro, y lo entendí de pronto: para esta gente, la muerte no era una amenaza: la amenaza era vivir de nuevo. Su miedo me espantó: ¿qué había hecho con ellos? ¿Dónde me había equivocado, para que hicieran todo lo posible por no vivir más veces? Sus vidas debían ser tremendas, pensé, y enseguida me detuve en el completo disparate: esa tontería de la resurrección, de las vidas que nunca se acaban era todo lo contrario de mi decisión cuando les di la muerte. Temían lo que no tenían, lo que no

debían, lo que no podían temer: temían otras vidas que nunca alcanzarían. Era un peligro: si esa idea se difundía todo mi plan quedaba neutralizado. O al contrario: quizás esos hombres eran el mejor resultado de mi idea: tanto añoraban la muerte que no les alcanzaba con la que tenían, querían una más cierta, más profunda. Quizás Nikahia no precisaba dioses por su humildad tan soberbia: creía que le alcanzaba con ir muriendo en vida, privándose de más y más para llegar a esa muerte perfecta. Era un lío y tendría que pensarlo. Mi respuesta fue tibia, vacilante:

–¿Y cómo sabes todo esto de las reencarnaciones?

Nikahia se dio cuenta y fue condescendiente. Su voz seguía muy baja, pero movía las manos como si prestidigitara:

–Porque todos lo sabemos, Charnaka, por favor.

Los demás asintieron: era cierto, todos lo sabían. O suponían que lo sabían. Alguno de los salvados, incluso, empezaba a cansarse:

–En vez de hablar de todo esto, ¿no les parece que tendríamos que tratar de conseguir algún alimento?

Yo no le hice caso:

–¿Y por qué quieren dejar para siempre este mundo?

–Porque todo en este mundo es dolor, hombre, sabemos. El nacimiento es dolor, la decadencia es dolor, la muerte es dolor. Estar unido a lo que no se ama es dolor. Estar separado de lo que se ama es dolor, no poseer lo que se desea es dolor, todo apetito es dolor…

Era un ataque muy directo contra mí: mi mundo, una desgracia. Quizás por eso, pensé, inventaban dioses: porque no les gustaba lo que yo hice tenían que poner algo más. Mi mundo, me decían, no podía estar completo como estaba. Pero era curioso que esos dioses que ponían fueran los responsables de este mundo que no les gustaba, que era puro dolor. Aunque estos ni siquiera pensaban en los dioses: eran más absolutos, más brutales. La noche había caído y aparecían estrellas. La

tormenta se disipaba, caprichosa. Quizás tenían razón: mi mundo era un desastre de inconcluso.

–Y, en verdad, nada de eso importa. Son puras apariencias. El yo es una apariencia. Nuestros cuerpos son puras apariencias. Ya sabía mi maestro, y lo decía: «El cuerpo no se muestra tal como es, lleno de mocos y salivas, de sudores y grasas, de sangre y bilis, mierda, flema: disimula; tras sus carnes redondas se esconde esa verdad inmunda y maloliente».

Un hombre y una mujer se miraron mutuamente los cuerpos desnudos con vergüenza, como quien ve lo que no debería, lo que no había querido. Yo, primero, no entendí esas miradas; Nikahia no paraba:

–... así es el cuerpo, una ilusión tramposa. Y el mundo un sueño que nadie está soñando.

–¿Y qué hay detrás del sueño?

–Nada, siempre nada.

Miré a mi alrededor las caras, medio perdidas en las sombras. Quería encontrar en alguno de ellos una mirada de simpatía, un apoyo. No podía ser que este farsante los estuviera embaucando sin remedio. Una mujer lloraba por los suyos; un hombre por sí mismo:

–¿Cuándo voy a volver, adónde, cómo?

–¿Por qué quieres volver a esa farsa que llamamos el mundo? ¿No ves que es pura apariencia? Aprovecha este regalo, que te libra de todo eso.

El hombre se calmó, consideró la idea. El chiquito se despertó con un berrido. Yo lo intenté de nuevo:

–¿Y todo esto que vemos aquí? ¿Este río, el promontorio, nosotros mismos, el cielo y las estrellas?

–Tonterías.

Dijo Nikahia, majestuoso. Me pareció que se ensoberbecía, que olvidaba su papel de sabio humilde: quizás ahí tenía una oportunidad de desenmascararlo. Pero él habló antes:

–Mira hacia el cielo, los ojos bien abiertos. ¿Ves estrellas?

–Claro.

–Mira hacia abajo. ¿Ves el negro de la tierra?

–Claro.

–Ahora mantén la vista baja y cierra los ojos, bien fuerte. ¿Ves estrellas?

No dije nada pero las veía. Era un truco de feria.

–¿Qué estrellas son reales, las de arriba o las de abajo? Todo es falso: ilusión, apariencia…

No era falso: nadie mejor que yo para saberlo. Ese fulano nos mentía –les mentía, sobre todo– y yo estaba perdiendo los estribos.

–Yo te salvé. ¿Eso es falso también? Yo los salvé a todos.

–De eso mejor no hablemos.

Supuse que había dado en el clavo; lo estaba acorralando:

–¿Cómo que no hablemos? Yo te salvé, ¿eso no significa nada?

–Preferiría que no habláramos de eso.

Me dijo, con la voz más tranquila, y me dio la sospecha: ahora parecía el vencedor que no quiere aprovecharse de su triunfo. Yo no supe callarme y le insistí. Nikahia, cansino, condescendió a la respuesta que prefería guardarse:

–No me salvaste, me hundiste. A mí, a todos nosotros. Nos hundiste: nos privaste de fundirnos en la nada, de pagar nuestro karma.

El golpe estaba dado. Miré a mi alrededor: el chico dormía acuclillado, la cabeza apoyada en sus rodillas; una mujer lo cubría con su cuerpo, un hombre sollozaba. Los otros dos hombres, la otra mujer, la vieja, me miraban con odio centelleante.

–Soberbio. Creíste que podías torcer nuestro destino, gran soberbio. La maldición caiga sobre tus huesos.

Me dijo la vieja, con una cólera que no le hubiera imaginado,

y un hombre se levantó y empezó a caminar hacia mí.

–No te creas que vamos a esperar a que pagues por eso en tu siguiente vida, Charnaka, desgraciado…

Nikahia alzó la voz:

–No, hermanos, no se dejen ganar por la ira. No vale la pena. Él solo se consumirá en el orgullo de querer torcer los destinos que nos marca el karma. Ese será su castigo más terrible.

El hombre se sentó. La vieja escupió a un costado:

–Se cree que es un dios, el muy imbécil.

Dijo, como quien rasga con el peor puñal, como quien aniquila: nunca me habían lanzado insulto tan terrible. No me costaba nada conseguir que una ola barriera el promontorio. Quizás pudiera reparar mi error, si se empeñaban. Quizás fuera bueno darles lo que querían. Esa, quizás, sería la forma de hablar de todo esto.

DÍA DEL TERCER PEDRUSCO, HORA SEXTA. ÉFESO

Me adoraban: en serio me adoraban. Yo podía verlos allá abajo, arrodillados ante mí: sus cabezas cubiertas con tocados blancos, sus cuerpos embozados en ropones blancos, sus manos blancas abiertas implorando, me adoraban. Yo los miraba desde arriba, aletargado. Ellos sentían mi mirada y tiritaban.

Me pedían lo de siempre: este la lluvia para sus cosechas, aquel los favores de esa viuda desdeñosa, el otro la firmeza de la mano en el momento de acometer su crimen; quien vientos favorables para su derrota, cual la curación de un hijo desahuciado. Cada uno murmuraba en voz imperceptible, solo en medio de los suyos, aliado con ellos para pedirme mejor, solo. Y todos me prometían lo que nunca podrían darme, fortunas increíbles, devociones sin par, pero yo sabía que era parte de nuestro pacto: ellos simulaban ofrecerme, yo simulaba darles. Aunque debían entregar algo real: era mi fiesta anual y acababan de sacrificarme tres vírgenes fastuosas.

Ahora ellas bailaban para mí, alrededor de mí, revoleando sus velos: iban soltando sus velos uno a uno, descubriendo su carne firme blancuzca desangrada, contoneándose como nunca habían podido en vida, practicando las artes que no habían ensayado. Yo las miraba, sorprendido: ya no prestaba ninguna atención a mis fieles allá abajo, pidiendo de rodillas. Su murmullo era música muda. Mi atención iba toda a mis vírgenes muertas, el vuelo de sus pelos, el cabrilleo de sus pies

arqueados, el peso de sus pechos, la curva, sobre todo, que trepaba del vientre hasta el ombligo. Esa curva me tenía fascinado. La miraba, palpaba, se ondulaba: era sin dudas la obra de un artista, pensaba: si todo el resto se perdiera, si toda la creación no fuera más que eso, pensaba, nada faltaría. La lujuria era dulce, sacudida. Podía ordenarles sin palabras que hicieran lo que yo deseaba: mi mente manejaba sus cuerpos sin esfuerzo y sus cuerpos me producían un júbilo volátil. Me dejé acariciar, me perdí en sus recodos, me olvidé de mí misma, me acordaba olvidaba recordaba, me perdía.

Cuando me despertaron esos gritos y volví a ser Aristemo, odié lo que mis ojos vieron. Praxímenes, el soldado, se agitaba en el catre: se revolvía, se agarraba la pierna herida con la mano, se golpeaba. Cuando se despertara, pensé, lo atacarían dolores espantosos. Si es que se despertaba.

Todo había empezado un rato antes: yo miraba, distraída, desalentada, aquel mundito, pensando cómo seguir con mi tarea, cuando oí unas palabras balbucidas:

–Los sacerdotes presumen y mienten; en verdad, el médico es el mejor aliado de los dioses.

–¿De los dioses, Aristemo?

–Sí, los dioses. Ellos nos usan para repartir sus premios y castigos.

Le decía un hombre a un muchacho mientras caminaban por una calle empedrada de losas desparejas, bajo un sol inclemente. El hombre era viejo, tembleque, flaco tras haber sido gordo: una papada fláccida, bolsas bajo los ojos, los restos de una panza. Caminaba despacio, difícil, apoyado en un bastón nudoso; su manto estaba ajado pero sucio. El muchacho tenía una túnica corta reluciente, el pelo negro ensortijado y lo miraba con toda la devoción posible en unos ojos.

–¿Por qué podrían los dioses necesitar a un médico para eso, maestro? ¿No creemos aquello de que los dioses nos mandan las enfermedades, no es cierto?

–No, hijo, no. Ya el gran Hipócrates nos enseñó que no. Toda enfermedad tiene una causa natural y si el hombre las creía divinas era por pura inexperiencia.

–¿Y entonces, maestro, por qué sería lo de los dioses?

El muchacho lo acosaba a preguntas sin dejar de parecer respetuoso: ser buen discípulo era un arte complejo.

–Por su astucia, siempre por su astucia, Hipomeno. Los dioses nos hicieron unos cuerpos incompletos, mal terminados, tendientes al error, que todo el tiempo precisan alguna reparación, para que no podamos desdeñarlos u olvidarnos de ellos. Entonces nosotros, con su guía…

La idea me gustó: le daba un sentido –inverosímil, pero un sentido al fin– a mi descuido, a mi falta de previsión cuando fui haciendo los cuerpos de los hombres sin pensar que terminarían siendo lo que eran: cuando no me importaba. Aristemo, el médico, seguía hablando:

–… nosotros, con la guía de los dioses, le damos a cada cuerpo lo que se merece, y así nadie puede dejar de respetarlos, de temerlos. Somos, te digo, sus mejores aliados: sus instrumentos fieles.

No tardé nada en decidirlo: quería pasar un tiempo en ese viejo. La calle estaba llena de gente muy diversa: soldados griegos con los labios cuarteados por mil soles, comerciantes egipcios con labios de codicia, prostitutas de Rodas con los labios chillones, sacerdotes persas de labios perdidos bajo las barbas enruladas, leprosos ya sin labios, tantos chicos, esclavos negros o demasiado rubios. Éfeso, en el Asia Menor, era uno de los puertos más importantes del Mediterráneo en esos días; toda el área, tras las conquistas de un tal Alejandro, hervía y prosperaba.

–Maestro, ¿no es sacrílego lo que me está diciendo?

Me preguntó Hipomeno y yo le dije que no, que cómo se le ocurría semejante cosa y que ahora por favor me dejara: debía ir a atender a una parturienta.

–¿Está seguro, maestro, que la va a atender?

Yo le eché una mirada imperativa, y el muchacho se fue refunfuñando.

Aristemo había nacido en Éfeso sesenta años antes, poco después de que la conquistara ese Alejandro que conquistaba casi todo: uno de esos fulanos que los hombres recuerdan con devoción porque hizo todo lo que ellos dicen que aborrecen. Al efesio Aristemo no le importaba el gran Alejandro en lo más mínimo. O eso solía decir, en las tabernas.

Su padre se preciaba de remontar sus ancestros hasta Heráclito, un filósofo local, pero nunca pudo probarlo; habían pasado doscientos años, y el hombre era un comerciante próspero, armador de barcos que surcaban el mar Egeo traficando vinos y aceites. Su casa, muy cerca del ágora, era una construcción sólida, generosa, donde brillaban mármoles y fuentes: veinte esclavos frotaban sin parar para tenerla reluciente. El comercio lo apasionaba –solía decir que se necesitaba más audacia para concretar una operación pingüe que para capturar una muralla–, pero la sombra del supuesto antepasado lo llevó a elegir para sus dos hijos varones un destino distinto: el mayor, Aristemo, sería médico y el menor, Zenodoto, filósofo. «Expertos en el cuerpo y en el alma», solía decir, como quien hace un chiste socarrón, «pero no está claro quién en cada cual». Los dos jóvenes tuvieron la mejor educación que el oro podía comprar: Aristemo empezó su aprendizaje con un reputado médico local y lo completó con una estancia de tres años en el famoso santuario de Esculapio

en Cos, la gran escuela de medicina de la época. Los hombres, en esos días, empezaban a creer que podían saber sobre sus cuerpos.

Aristemo volvió a Éfeso justo a tiempo para ver morir a su padre: tenía treinta años, una herencia jugosa y un gran futuro por delante. Eran tiempos confusos: las conquistas de Alejandro no se habían consolidado y la guerra seguía entre persas, jonios y macedonios. El joven médico se instaló en la gran casa familiar con su madre y su hermano. Zenodoto se había casado y tenía hijos; Aristemo, pese a la insistencia de su madre y de las familias de dos o tres candidatas, se negaba a seguir ese camino. Su consultorio, en una recámara de la mansión, se convirtió en el más frecuentado de Éfeso; su fama empezaba a difundirse por toda la costa del Asia Menor. La ayudaban ciertas ideas sobre la medicina que contradecían o enmendaban la tradición de Hipócrates: allí donde el maestro suponía que la Naturaleza debía hacerse cargo de la terapia, Aristemo insistía en el uso de masajes, tónicos, cataplasmas, preparados de hierbas, dietas correctivas y ciertos soporíferos, como el vino de Samos. Con ellos Aristemo había conseguido curas que muchos consideraban milagrosas. Él se reía y les decía que la ciencia no tenía nada que ver con esas supersticiones: la ciencia, les decía.

Su vida estaba encarrilada, y nada permitía suponer complicaciones. De no haber sido por esa negativa pertinaz al matrimonio, todo habría sido exacto. Años más tarde Aristemo se lo preguntaría tanto, pero nunca supo a ciencia cierta qué inició su caída. Quizás, pensaba a veces, fue la partida de su hermano. Zenodoto se había convertido en un erudito, conocedor sin par de la tradición literaria helénica, pero su estilo tímido y reconcentrado no brillaba como el de su hermano mayor. Un día, un barco trajo un ofrecimiento: el primer Tolomeo, rey de Egipto, lo invitaba a trabajar en la gran

biblioteca que estaba formando en la nueva ciudad de Alejandría. Zenodoto partió discretamente, según su costumbre, pero las noticias que llegaron a Éfeso en los años siguientes eran cada vez más refulgentes: Zenodoto había concluido la edición final de la Teogonía de Hesíodo, Zenodoto había compuesto el estudio irrebatible sobre Homero, Zenodoto había compilado una edición definitiva de la Ilíada y la Odisea, Zenodoto había escrito el poema épico perfecto, Zenodoto había sido nombrado superintendente de la Biblioteca, Zenodoto. El hermano discreto se convertía en una gloria de la ciudad, y el hermano exitoso no pudo soportarlo: la distancia, además, le impedía cualquier respuesta.

Aristemo empezó a beber sin alharacas, a agriar su bonhomía, a tratar peor a sus pacientes, pero todo se precipitó aquella tarde en que Aristemo recibió en su consultorio al hijo menor de una de las familias más poderosas de Éfeso, parientes de Lisímaco, el nuevo mandamás macedonio. El chico tenía trece años y una bruta infección en la verga, que no paraba de supurar y enorgullecer a su dueño. El chico le dijo a Aristemo que seguramente se la había hecho con una puta del puerto aunque no podía saber con cuál porque –dijo, aunque el médico no se lo preguntó– ya se las había ensartado –ensartado, dijo– a casi todas. Aristemo no se preocupó por la llaga: conocía un emplasto de hierbas que solía acabar con ellas. Tampoco se preocupó por la presencia del chico: cierto que era bello como pocos, el pelo ala de cuervo, los ojos esmeralda, las manos pulpo tierno, pero ya había pasado esa edad en que el médico no podía resistirlos. Y, además, Aristemo nunca había faltado a los principios del maestro Hipócrates, que había jurado respetar en la escuela de Cos: «… en cualquier sitio al que mi profesión me lleve por el

beneficio del enfermo, me abstendré de seducir a machos o hembras, sean libres o esclavos…».

Cuando el chico dejó su consultorio, Aristemo lo olvidó por un par de días. Hasta que llegó a verlo el padre, acompañado por sus dos hijos mayores y seis esclavos partos: iban armados y furiosos. El chico se había aplicado el emplasto en el bajo vientre y la piel se le había quemado horrores; entre gritos de dolor, esa misma mañana le había dicho a su padre que las quemaduras debían ser un castigo de los dioses porque se había dejado violar por el médico y, lo peor, le había gustado mucho. El padre le gritaba, tan cerca del asesinato: Aristemo negaba todo, pero sus negativas sólo conseguían enfurecerlo más:

–¡Tú no tienes estirpe ni entidad para gozar de mi hijo, medicucho! ¡No te mato para no manchar mis manos con el veneno de tus venas, pero te aseguro que tu vida ha terminado, so rata envenenada!

Al día siguiente todos en el ágora hablaban de la canallada de Aristemo. Fornicar con un jovencito no era embarazoso: lo grave era hacerlo con un paciente y, sobre todo, errar tanto en el protocolo social. Aristemo pasó dos días en la plaza pública desmintiendo las acusaciones, explicando que eran el intento de venganza de un muchacho inmaduro: le decía a quien quisiera oírlo que él podía equivocar sus curaciones pero sabía muy bien cuál era su lugar, y que jamás cometería semejante afrenta al orden de la ciudad. Aristemo se desgañitaba: no soportaba que todo fuera una calumnia y, menos aún, que sus conciudadanos creyeran que no era capaz de entender las reglas de la polis. Sus palabras eran elocuentes y, en el momento, convencían a algunos de sus interlocutores pero después, en los corrillos, alguien recordaba sus aficiones infanto-juveniles y sus ofensas a los dioses y todos creían comprender: la sospecha ya estaba instalada. Sus pacientes mermaron, los hombres dejaron de saludarlo por la calle;

Aristemo decidió esperar: ya olvidarían o, mejor, se darían cuenta de su error. O quizás, incluso, alguna vez, él podría hablar con el chico y persuadirlo de que confesara la verdad de su engaño. Hasta que llegó la carta de su hermano.

Zenodoto se había enterado del episodio por algún viajero que llegó a Alejandría, y mandó un largo rollo de papiro en el que pedía comprensión para su hermano: en su escrito citaba cantidad de ejemplos –tomados de los clásicos– para mostrar cómo los héroes más venerables habían tenido comercio sexual con jovencitos y cómo, también, la acción de un crítico del orden establecido podía ser elixir de salud para una ciudad enferma. La carta era una defensa brillante, un prodigio de erudición y buena prosa que demostraba que ni siquiera el hermano creía la historia de su hermano: su efecto fue definitivo.

Aristemo ya no tenía pacientes, bebía sin medida, vagaba flaco por las tabernas y los arrabales de la ciudad de Éfeso. Su fortuna había desaparecido: su casa solariega se caía a pedazos, y se pasaba los días en el puerto, esperando la llegada de forasteros enfermos, que no lo conocieran, para tratarlos a cambio de unos jarros de vino. A veces, cuando tenía suerte, algún capitán le regalaba un marinero muerto que nadie reclamaría: Aristemo esperaba la noche para llevárselo a escondidas y, en la habitación más recóndita de su casa desastrada, lo cortaba y estudiaba hasta que la podredumbre de la carne lo obligaba a tirarlo. Se decía –y él no lo desmentíaque estaba preparando un tratado sobre el cuerpo humano y su funcionamiento que superaría a todos los conocidos y, sobre todo, a cualquier obra del odiado Zenodoto. El tratado –la idea del tratado– existía, pero no avanzaba; su mejor aporte fue atraerle la atención de Hipomeno.

Hipomeno era primo de aquel muchacho que le acarreó la perdición: para Aristemo fue una pequeña revancha que precisamente él se le acercara para pedirle el dudoso honor de ser su discípulo. El médico fue franco: le dijo que la mayor parte del tiempo no sería capaz de enseñarle nada y que, además, su compañía le causaría problemas. Hipomeno le dijo que no le importaba: que estaba convencido de que su saber era vital y que estaba dispuesto a desafiar a su familia y a la ciudad dejándose ver con él. Hipomeno, como tantos jóvenes aristócratas, se esforzaba en la busca de formas originales del escándalo. Desde entonces, un año atrás, el muchacho había cumplido con su palabra y, como parte del acuerdo tácito, solía entregarle algún dracma de plata que le permitía sobrevivir por unos días. Esa mañana, la excusa de la parturienta no era cierta: Aristemo sólo quería beber tranquilo y repasar el dibujo de un hígado graso. Hipomeno seguramente lo sabía, pero todavía simulaba creer las mentiras de su maestro. Aristemo nunca había tolerado los trabajos del parto: nada lo asqueaba más que ese magma de mocos, sangre y mugre que acompaña el nacimiento de un bebé. Los cadáveres eran tanto más calmos y ordenados.

–Señor, un hombre lo espera en el cuarto del fondo. No me gustó nada, pero insistió en quedarse.

Ese mediodía, cuando llegué a mi casa, Teodobula me abrió la puerta preocupada. Teodobula era, junto con la casa, la única posesión que me quedaba: poco a poco había ido vendiendo todos mis esclavos, pero ella estaba tan vieja que nadie quiso comprarla cuando la ofrecí en el mercado del puerto.

–No te inquietes, vieja, y llévanos dos vasos de vino.

–¿Qué vino, señor? ¿Usted dice aquel líquido rojizo que antaño almacenábamos?

Cuando Teodobula se ponía sarcástica no valía la pena

contestarle. Cuando no, tampoco: era una ventaja. Crucé el patio; las losas estaban resquebrajadas y la hierba les crecía a través: me gustó la sensación de ver el tiempo dibujado en las cosas. Pero estaba claro que me había metido en un cuerpo difícil.

–Salud, barbero. Los dioses sean contigo.

De entrada, el hombre me cayó mal: no tenía por qué empezar hablándome de dioses.

–Salud. ¿Qué es lo que quieres, para meterte así en mi casa?

–Calma, calma. ¿No has jurado socorrer a todo el que lo necesite?

–Voy a jurar tu muerte, si te empeñas, y será fácil cumplir mi juramento.

–Te necesito como médico, no como asesino. Aunque ambas actividades se parezcan, y en eso tú y yo nos parezcamos.

Su retórica no terminaba de coincidir con su aspecto: el hombre que yacía en mi catre tenía una barba desprolija, una túnica de lana andrajosa y la mirada de un loco o presa acorralada. Su pierna derecha tenía una herida a la altura del muslo: estaba sucia, supuraba, y nutría a una pequeña colonia de gusanos.

–Ese tajo no te lo has hecho hablando.

–Nada de lo que he hecho lo hice hablando, por la verga sangrante de Cibeles. Aunque más me hubiera valido, tantas veces, acogerme al silencio.

El hombre me dijo que se llamaba Praxímenes y había nacido en Troya, no muy lejos de allí, porque su abuelo, un soldado macedonio, se había casado con una troyana al final de las campañas de Alejandro contra el rey de los persas. Alejandro parecía la palabra ineludible. Después me dijo que su abuelo, en algún momento, había seguido su camino, dejando a su mujer con un bebé en los brazos; que su padre, el bebé, nunca se había movido de Troya, donde había labrado un campo

hasta su muerte y que él, desde muy chico, escuchaba arrobado las historias de ese abuelo que nunca conoció. Y que, en cuanto tuvo quince años, se enroló en el ejército de un general macedonio que acertó a pasar por su ciudad y, desde entonces, siempre fue soldado.

–La vida del soldado, barbero, es la mejor y la más fastidiosa. El soldado viaja por el mundo, conoce tierras, mujeres, mares, ilusiones que el común de los hombres, si acaso, se imagina. Pero no tengo palabras para contarte la fatiga de esas marchas interminables con las armas al hombro, ni el tedio de esas guardias cuando nadie amenaza, ni el terror de la noche cuando esperas entrar en la batalla.

Praxímenes tenía ese brillo en los ojos, tan extraño: yo no lograba saber si se burlaba de mí o de su historia. Su cara estaba llena de cicatrices y sudores: la herida, sin duda, le estaba dando fiebre.

–Durante muchos años, muchos años, peleé para quien me pagara más: así es la vida del soldado, barbero, que cree que está eligiendo todo el tiempo y, algunas tardes, se burla de los dioses. Peleé para generales macedonios, persas, egipcios, atenienses, y nunca le fallé a ninguno. Me sentía poderoso. Gané bolsas copiosas y las gasté en mujeres; total, siempre era fácil conseguir más monedas. ¡Por el sacro caballo de Alejandro, era tan fácil! Hasta aquella noche, tras una batalla cerca de Sidón, cuando por fin me di cuenta de que no era yo quien ganaba sino aquellos que me compraban la fuerza de mi brazo, mi inconsciencia. Aquella noche, barbero, había bebido mucho y empecé a pensar, como tantas otras veces, en mi abuelo.

Praxímenes no se quejaba; sin embargo, el dolor de su herida debía ser insoportable. Mientras lo

escuchaba pensé en la terapia que le aplicaría y pensé, también, qué estaba haciendo ahí, en el cuerpo de un médico de Éfeso. Se suponía que yo, ahora, era un instrumento de esos dioses que quería conocer, los inventos de mis criaturas. Eso, por lo menos, había dicho Aristemo esa mañana, pero no veía cómo. Ni tampoco por qué lo estaba haciendo: si sabía que esos dioses no eran más que un invento, ¿para qué tratar de saber cómo eran, qué hacían sus instrumentos? Praxímenes no paraba:

–Mi abuelo era de una buena familia macedonia. Cuando era chico jugaba con Tolomeo; después lo siguió a la guerra y siempre le fue útil y fiel. También fue un buen guerrero. Pero Tolomeo, que era un bruto, redomado animal, tenía esa ansia de poder. Tolomeo era un bruto y ahora tiene sus templos y su culto: se transformó en un dios. A mi abuelo, para ser un dios, le faltaron cojones.

Era una idea distinta: nunca se me había ocurrido que ser un dios fuera cuestión de huevos. Pero Praxímenes me lo seguía explicando, convencido: con sus conquistas, Alejandro, Tolomeo y varios otros habían conseguido el título de dioses y ahora los adoraban millones de personas. Praxímenes tenía las cejas muy canosas, hirsutas, prominentes.

–Porque el mundo está lleno de hombres que se hicieron dioses. Hasta mujeres hay, pero esas se convierten en diosas.

Praxímenes se sonreía, pese a sus dolores. Cada vez era más fácil ser un dios, pensé: bastaba con ser un hombre astuto y convencer a muchos otros. Quizás mis criaturas no fueran tan cretinas; quizás estaban aprendiendo: ya no aceptan inventar para beneficio de quién sabe qué fantasmas, pensé, sino en el suyo propio. Eso me daría un argumento interesante. Praxímenes sudaba demasiado. Le agarré la muñeca para palparle el pulso: estaba acelerado y débil.

–No te preocupes por mi herida, barbero. Necesito que la

cures pero no es más que eso, una herida: labios entre las piernas de Afrodita. He tenido tantas que a veces hasta creo que las necesito: un buen boquete cada tanto me permite descansar, renovarme. Aunque solían ser más heroicas que esta. Si no se lo dices a nadie, te puedo contar cómo me la hice.

–Si tú quieres…

–Yo no quiero nada, pero sé que tú sí. Sí, sí, se te nota en los ojos. No fue en magnífica batalla, ni resistiendo un ataque de los piratas del Egeo, ni en duelo singular; ya había llegado a Éfeso, pensaba pasar unos días averiguando una cuestión y se armó riña en la taberna donde estaba. Debo estar envejeciendo, porque me sorprendió una puta sin trabajo con un cuchillo de cocina.

–¿Y por qué no me buscaste antes? Has perdido unos días muy valiosos.

–Pensé que se curaría sola, como otras. Pero la muy canalla me da guerra, por Dionisio.

Yo había calentado un cuchillo en el candil y empecé a hurgarle la herida con la lámina al rojo: tenía que limpiarla. Praxímenes sudaba y rechinaba los dientes pero seguía hablando: supongo que era su manera de esquivar el dolor.

–Mi abuelo no tuvo los cojones necesarios, barbero, y se murió siendo solamente un hombre: un camino sin rumbo. Aquella noche, cuando lo entendí, entendí el sentido de mi vida: buscaría el lugar, el momento, la ocasión para volverme un dios. ¿Qué destino mejor puede querer un hombre que transformarse en dios? Alcanza con matar a suficientes hombres para dejar de ser uno de ellos. Y matar nunca fue un problema para mí.

Era cierto: por lo que había visto, matar no era un problema para nadie. Para la muerte que puse en cada cual era más fácil actuar sobre otro cuerpo que sobre el propio: le bastaba con un golpe, un tajo, un gesto brusco para conseguir en el otro lo que

en el propio le tomaría el largo esfuerzo de una enfermedad o de una vida. Quizás fuera una falla de mi sistema; quizás no.

–Siempre habrá un poblacho tan dejado, tan pobre que necesite un dios, incluso si yo soy ese dios. He viajado mucho, he conocido mucho, y lo sé bien. Pero lo primero que entendí fue que sería muy difícil convertirme en un dios si peleaba a las órdenes de otro; en ese caso, el dios siempre sería el jefe. ¡Por el coño invulnerable de Artemisa, era tan claro! Así que formé una pequeña tropa. Yo tenía algún prestigio, y pude encontrar a un centenar de soldados que aceptaron seguirme: siempre hay soldados desocupados, ansiosos de un jefe que sepa engatusarlos. Les prometí llevarlos a las mejores aventuras, a los combates más fructuosos, y juraron seguirme.

Durante diez años, me contó, Praxímenes recorrió buena parte del Asia al mando de su fuerza. A veces se la alquilaba a algún jefastro ansioso por definir una cuestión de límites, otras custodiaba caravanas, alguna vez lo contrataron para desbaratar una escuadra de bandidos. Pero nunca olvidaba su objetivo. Su primera ocasión tardó años en presentársele.

Sus correrías lo habían llevado hasta un pueblo cerca de Trebizonda, donde los montes de Armenia llegan al Ponto Euxino –que algunos llamaban el mar Negro. Era un pueblo asentado alrededor de una mina de plata; la mina era rica pero el pueblo era pobre, porque siempre había habido conquistadores que se llevaban el metal, y ni siquiera tenía un nombre: cada invasor se lo cambiaba. Los habitantes del lugar se llamaban a sí mismos kakargéntidos –los hijos de la mala plata–; alguien le había contado a Praxímenes que necesitaban el servicio de un capitán audaz para solucionar un asunto divino.

Así fue: los ancianos del pueblo lo contrataron para que los

desembarazara de un dios insoportable. Era una pequeña divinidad local, mezcla de hombre y oso pardo, cuyos sacerdotes predicaban que cualquier lugareño que se quedara con la plata sería castigado por el dios y tenían un pelotón de esbirros que garantizaba el cumplimiento de esa regla. Los pobladores, entonces, tenían que facilitar el metal a cualquier guerrero prepotente que llegara a exigirlo; el forastero, agradecido, entregaba a los sacerdotes del dios copiosas recompensas. El santuario rebosaba de ofrendas y estaba custodiado por una tropa bien armada.

–No fue difícil vencerlos: imagínate, un soldado macedonio era demasiado para ellos. Los pasamos a cuchillo en una noche, y a todos los sacerdotes al amanecer del día siguiente. ¡Hubieras visto cómo festejaban los pobres pobladores, cojones tristes de Caronte! Quemaron el templo hasta los cimientos, bebiendo y bailando; sólo me reprochaban que hubiese matado a los sacerdotes, privándolos de un placer tan esperado. Después nos ofrecieron buena parte del tesoro. Yo lo acepté, por supuesto, pero les dije que mi victoria demostraba que era capaz de derrotar a un dios y que, por lo tanto, no era menos que él. Aquellos bárbaros, primero, no entendieron. Cuando se dieron cuenta, se alarmaron. Yo podía sentirlo: estábamos en la plaza, frente a las ruinas humeantes, y pude notar el desconcierto que subía como el humo y amenazaba con volverse cólera. Por un momento tuve miedo; enseguida entendí que el temor no era propio de un dios.

Dijo Praxímenes. Era maravilloso cómo sabían, los hombres, lo que era propio o impropio de los dioses. Maravilloso o lógico: después de todo, nadie podía saberlo sino ellos. El miedo para un soldado, el hambre el campesino, la mudez el poeta: cada cual imaginaba que sus dioses no sufrían lo que ellos temían más.

Praxímenes siguió perorando, aquella tarde, ante los

habitantes del pueblo sin nombre, hasta que una mujer vieja se plantó frente a él con una daga:

–La tenía apoyada en la garganta, brillaba con el sol; me dijo que era una vieja, que a nadie le importaba, y que nadie iba a llorar su muerte, pero que igual se mataría si yo no los dejaba a solas con su sino. Que ya habían sufrido durante tantas generaciones la tiranía de un dios, que yo les había abierto el camino a la libertad y que, por ellos y por mí, no estaban dispuestos a aceptar nuevas cadenas. Que la mejor forma de agradecerme era decírmelo, gritó, y alzó la daga. La vieja los enardeció: en un momento, docenas de dagas se apoyaban sobre pechos mugrientos. Dos muchachos, más impacientes o más torpes, cayeron heridos. Yo dudaba: no es bueno ser el dios de un rebaño de muertos. Pero quizás, pensaba, me estaban probando, y sólo mi resistencia les demostraría que no podían encontrar un dios mejor. Entonces uno de los hombres que me habían contratado, un anciano encorvado, sereno, que había dejado su vida en la mina, dijo que me doblaban la plata si me iba y que además, si me iba, seguramente todos en el pueblo me recordarían como algo más que un dios.

Praxímenes soltó una carcajada, y la cara se le contrajo en una mueca de dolor. Seguía fingiendo indiferencia, pero su herida se veía peliaguda: me preocupé por él y pensé que no quería que se muriera. No tenía por qué importarme: era un desconocido. Entonces descubrí que no quería que se muriera sin haber terminado de contarme su historia: por puro egoísmo, porque quería escucharla hasta el final. Los dioses sabían usar esa apetencia: simulaban que conocían el final de la historia para que nadie los dejara de lado.

–¡Algo más que un dios, me dijo, el muy canalla! ¡Por la verga sangrante! Ahora, a la distancia, me hace gracia. Pero te confieso que en ese momento consiguió confundirme: visiones para un ciego. Además no tenía muchas alternativas: el lugar

era horrible, la idea de ser su dios me resultó de pronto cruel, la resistencia de los pobladores no la mejoraba: en esa aldea maldita, mi vida como dios corría hacia el fracaso despiadado.

A mí, en cambio, que imaginaran «algo más que un dios» me interesó. Era la primera vez que oía hablar de semejante cosa, algún ser o ente superior a los dioses. Tendría que investigarlo: o aquel kakargéntida era un embustero o, en algún sitio lejano, alguien estaba descorriendo los velos de tanta tontería. Aunque, por otro lado, la frase tenía un retintín extraño: decir algo más que un dios suponía una humillación para los dioses, la idea de que un hombre bueno y sensato podía ser más que ellos. Bruta soberbia. Lo único atractivo, me pareció entonces, de esa corte de dioses que los hombres se habían inventado era que los tornaba un poco más humildes.

–Mis hombres estaban felices. Imagínate: preferían sin dudas un botín doble a un capitán divino. ¡Felices, por Dionisio! Aproveché y les dije que me acompañaran hacia el norte. Los soldados odian el norte: saben que son tierras de brutos y de frío, pobres pero hostiles. Yo quería ir: alguien me había dicho que más allá del mar Caspio había otro mar donde las tierras eran tan desoladas que ahí sí se precisaban dioses: asado lento ante los ojos del hambreado. Mis hombres estaban jubilosos, excitados ante tanto tesoro: me siguieron.

Praxímenes ahora hablaba más bajo, con voz enronquecida: debía ser el esfuerzo de tragarse el dolor. Yo había terminado de hurgarle la herida con mi cuchillo incandescente y le estaba poniendo unos emplastos. Me dijo que la marcha al norte había empezado mal: que los primeros fríos los encontraron muy desprotegidos y que sufrieron mucho hasta que consiguieron saquear una aldea donde se procuraron pieles y mantones. Pero las planicies desiertas no se acababan nunca, y la comida se hacía escasa. Praxímenes sabía que, para llegar a dios, necesitaba hombres que lo adoraran: en esos peladales era

lógico que no hubiera dioses. Los soldados estaban desmoralizados y él se mortificaba: él, decía, el viejo capitán, que era capaz de combatir contra cualquier enemigo, no sabía cómo pelear contra la falta de ellos, el vacío tan perfecto. No quería volver atrás; suponía que en algún lugar, al final del camino, su templo lo esperaba. El invierno llegó, crudísimo, con nieves y penurias; cada vez más soldados fueron cayendo, heridos por el frío y por el hambre. No desertaban porque, en ese desierto, no habrían sabido adónde ir, pero tramaban su conjura. Primero por lo bajo; una tarde plomiza, Praxímenes descubrió que algunos de los suyos lo llamaban, con sorna virulenta, dios. Cuando me lo contó me dio un escalofrío; después lo miré con un apunte de ternura: ese deshecho y yo habíamos sufrido las mismas ironías.

–Aquella noche hacía un frío de mil pares de demonios: de verdad, no se soportaba. No sé si tú has pasado verdadero frío alguna vez: es como si el mundo se hiciera sólido, puntudo. El mundo necesita una cierta cantidad de vacío: el frío lo llena, lo vuelve impenetrable. ¡Por el sacro caballo! Cuando los oí llegar a mi tienda ya supe a qué venían: todos tratamos de hacerlo lo más fácil posible. Total, no había manera de evitarlo. Yo recordaba la frase de un viejo persa que no maté en una batalla: cuando lo tomé prisionero me dijo que la sabiduría del dios consiste en simular que desea lo que no podrá evitar. Así que les dije a mis hombres que eran los instrumentos de mi destino, que yo tenía que pasar por esa prueba para forjarme mi futuro, y que procedieran sin remordimientos. No me iban a matar, dijeron: les alcanzaba con dejarme abandonado en esa estepa helada, con víveres para un par de días. No era igual pero daba lo mismo.

Praxímenes me contó que el corazón se le encogió cuando los vio alejarse, perderse por el fondo de la estepa. Se habían llevado los pocos animales, el oro, toda fuerza; le habían

dejado su espada, su arco y pocas flechas, un par de pieles, unos panes. Quizás su camino hacia la divinidad, pensó, pasaba por la muerte en un desierto helado. Después, de pronto, supo que saldría de esa trampa, me dijo: no le quedaban dudas.

–¿Por qué, soldado, si no tenías razones?

–Porque no se puede ser dios con la mente inundada por las dudas.

Me dijo, y nos quedamos en silencio. Quizás tenía razón: después me contó que lo rescataron, al cabo de tres días, unos nómades paupérrimos que recorrían esas tierras, y que lo alimentaron con leche de sus yeguas, lo calentaron con los cuerpos de sus hembras y lo dejaron, sin pedirle nada, en una pequeña ciudad de la costa del mar, desde donde podría volver al mundo conocido. El código de esos hombres primitivos los obligaba a ayudar al necesitado, al perdido, pero Praxímenes interpretó su salvación en el sentido de su vida: nada habría podido convencerlo más de que su destino de dios estaba escrito. Aunque ahora, en mi catre, Praxímenes se iba apagando poco a poco.

–No sabes la fuerza que tenía cuando llegué a ese poblacho sobre el mar. ¡Por mí, el dios tenaz! Estaba pletórico, como pocas veces. Y todos lo notaban: las mujeres se me entregaban sin pedirme nada, los taberneros me servían su vino, el jefe de una caravana me invitó a acompañarlo hasta Bizancio. Yo ya estaba llegando, y bien que se notaba.

Praxímenes tardó muchos meses en regresar a Alejandría. No tenía nada en el mundo –ni una casa ni una mujer ni una moneda–, pero había urdido un plan y no le importaba qué dificultades pudieran presentarse. El problema de sus tentativas anteriores, me contó, fueron siempre los otros; por desgracia, los otros eran necesarios para llegar a dios. Praxímenes tiritaba; en ese cuarto cochambroso no hacía frío.

–Es curioso: no necesitas a nadie para tantas cosas tan

estúpidas, que te hacen ser uno más. No los necesitas para cagar, para comer, para matar, y en cambio para volverte superior a todos necesitas sin falta a los demás. Es casi una crueldad, un carcajeo de Apolo, ¿no lo crees, barbero?

Era cierto y curioso: los dioses, en la versión del soldado, estaban resultando unos fulanitos patéticos en busca de algún adorador: unos mendigos. Tendría que averiguar si así los veían todos. Con un paño pringado le limpié el sudor de la cara: quemaba como el viento del Oriente. Por eso, dijo Praxímenes, tenía que encontrar la manera de depender lo menos posible de los otros, y hubo una que le pareció razonable: cortaría por lo sano, fundaría su propia ciudad, una colonia en una isla, y sería su dios indiscutible; necesitaba seguidores.

–Para eso el mejor lugar, como sabes, barbero, es Alejandría. Esa ciudad es demasiado grande: trata de hacer como si el mundo no existiera, como si todo pudiera estar todo el tiempo en un mismo lugar: como si viajar fuera pura presunción. Esa ciudad es un fracaso: bulle de gente que no sabe qué hacer, que sólo necesita un jefe que les diga adónde ir, que piense por ellos. El que no pueda hacerse con un grupito de acólitos en Alejandría es un inútil absoluto, la lira de aquel manco. Así que me instalé en ese revoltijo de confusiones. La vida no fue fácil. Ya no era un muchachito, y los conchabos para un hombre de mi estilo son sacrificados.

Praxímenes debe haber pasado días muy difíciles: la gran ciudad no era piadosa con los pobres, y el soldado lo era. A veces trabajaba de guardaespaldas de un banquero fenicio o cooperaba en algún robo o mataba a una esposa traicionera. Ahora, jadeante, lacerado, aquellos días debieron parecerle bendiciones.

–Trabajo ingrato, mi estimado barbero: arar en la laguna. ¡Por el culo doliente de mi Osiris! Matar en el combate es fácil, tiene más canciones. ¿Has notado que nadie les canta a los

bandidos por hacer lo mismo que hacen los soldados? La guerra de muchos siempre se alaba más que la de uno.

Yo pensé en Zenodoto: sus libros, sus canciones. Pero ese era un problema de Aristemo. Praxímenes se pasó casi seis años en Alejandría, reclutando, hasta que pudo reunir una tropa de ciento veinte hombres y mujeres dispuestos a seguirlo en su empresa colonizadora. Había detectado una pequeña isla al sur de Creta, perdida entre las olas, que algunos llamaban Baramún y él decidió rebautizar Teopompa –la que trae a los dioses. Partieron entusiastas en una nave a punto del naufragio; los ciento veinte eran ejemplos de lo peor de la sociedad alejandrina: putas ajadas, ladrones temblorosos, peones, curtidores, dos paralíticos, sus perros, un esclavo escapado de palacio que se creía sofisticado. La isla era una colina yerma con hermosas rompientes de peñascos y espuma; pese a su pobreza, estaba habitada por tres familias que malvivían de la pesca. Praxímenes no quiso complicaciones: su primer acto de gobierno fue decretar la extinción de los antiguos pobladores, que viajaron al fondo de las aguas con piedras en el cuello. El segundo fue proclamarse dios: quiso asentarlo pronto, para que no flotaran dudas. La ceremonia fue modesta y emotiva: sus súbditos lo vitorearon con algo parecido al entusiasmo. Nadie lo cuestionó: esa chusma no tenía ninguna pretensión teológica y, si lograban comer todos los días, el resto les importaba tres velines.

Aquella noche, me contó Praxímenes, durmió como nunca había dormido: sin sueños, sin sudores. Ya era un dios: ya había conseguido lo que tanto deseaba. A la mañana siguiente lo sorprendió no notar ninguna transformación en su persona; con cierta modestia, supuso que uno no se descubre dios así de pronto, y que los cambios le

irían llegando poco a poco. Pero estaba en camino, y su felicidad se contagiaba a todo su rebaño. Los colonos construyeron sus chozas en el único valle de la isla y plantaron trigo, cebada y hortalizas. Praxímenes se sentía cada vez más cómodo en su avatar divino: gracias a su entusiasmo, a su dedicación, su reino prosperaba. Ya habían rodeado con una empalizada el terreno donde levantarían su templo: pensaban completarlo en el otoño, tras la primera cosecha, con la poca madera que quedaba. Praxímenes tenía derecho de vida o muerte sobre todos sus súbditos: no lo ejercía, porque con poseerlo le alcanzaba. Sí ejercía su derecho de pernada: todas las mujeres eran sus mujeres, aunque ninguna lo atraía ni la mitad que aquella muchacha de Gades que nunca había olvidado.

–¿Cómo explicarte, barbero, lo que era esa muchacha? Tú nunca has conocido nada igual. Fuego puro, materia desatada: el garañón galopando tras su sombra. Mira, para decirte, te lo digo: creo que si ella no hubiera muerto en esa peste, ni siquiera me habría importado ser un dios. Con ella me bastaba.

Pero la muchacha se había muerto, tantos años antes, y el soldado gozaba su condición divina: algunas tardes, sobre todo, se encerraba con las últimas ánforas de vino que habían traído desde Alejandría, e imaginaba su vida cuando, ya muerto, se regodeara en su templo de mármol. Praxímenes se entusiasmaba en su relato: por un momento hasta me hizo olvidar que su herida goteaba pus y sangre negra.

–Pero ¿sabes qué, barbero? Los dioses son celosos, y no aceptan tan fácil a uno nuevo. Hay que buscar caminos; a veces, supongo, habrá que corromper a alguno con dones y regalos para que te ayude. ¡Por Afrodita en celo! Yo, en mi isla, no tenía qué ofrecerles. Y no llovía. Ni una gota, llovía: cuando llegó el verano mi gente vio que la cosecha estaba a punto de perderse y, sin cosecha, el hambre amenazaba. Debo reconocer

que hicieron lo más lógico: vinieron a pedirme, respetuosos, casi asustados, que como dios tutelar les ofreciera la lluvia necesaria. No te puedo explicar lo que sufrí: como dios, hay que decirlo, me faltaban saberes. No tenía ni idea de cómo traer la lluvia; al fin, desesperado, elevé plegarias a todos los dioses que recordaba pero claro, ellos aprovecharon la ocasión para humillarme: las olas cuando ven que desbaratan. ¿Este quiso ser uno de nosotros, habrán dicho, y ahora viene a rogarnos? Duro con él, hermanos. Y fueron duros: el torrente que arrasa.

El abatimiento perló la cara de Praxímenes: tenía los ojos chiquitos, enrojecidos, y más y más temblores. Si seguía así no pasaría la noche. Sus dioses, parecía, eran tremendos vengadores: me pregunté otra vez para qué querrían estos hombres señores tan feroces. Hasta que volví a mirarlo, vi su cara arruinada, sus manos descarnadas y se me ocurrió que era la única forma de justificar tanto fracaso. Quizás los dioses servían para eso: engaños para justificar el desengaño.

Praxímenes me hizo un relato largo, casi gozoso, de los pormenores de esos días de ansiedad: horas y horas parado en el promontorio más alto de la isla acechando la llegada de una nube. Un atardecer vio, desde su cumbre, un gran fuego en el centro de la aldea. A la noche, cuando bajó, todos le rehuían. Una mujer que él había fornicado más que otras le contó, esa noche, que los colonos, desesperados, habían hecho un sacrificio a Osiris-Ra para pedirle lluvias: dos días después, un aguacero escandaloso se derramó sobre la isla. La cosecha, quizás, se salvaría.

–Osiris me había derrotado. Al otro día los colonos deshicieron la empalizada de mi templo y quemaron aquellas maderas en un nuevo sacrificio para el usurpador: se lo habían prometido. No puedes imaginar mi abatimiento, barbero, aunque lo intentes: te juro que no puedes. ¡Por las vergas de

todos los capados! En cuanto pude les pedí que me llevaran con el barco hasta otra isla; desde allí me volví a Alejandría.

Yo habría creído que, tras tantos fracasos, Praxímenes abandonaría su obsesión, pero no: me pregunté en qué consistía ese fuego casi sagrado que lo animaba.

–Sí, ya sé, barbero: es más difícil que lo que yo creía: escalar la ladera que baja, siempre baja. Sí, entendí que los dioses tienen deberes, responsabilidades excesivas, pero no soy hombre para abandonar por tal minucia. Así que aquí me ves, dispuesto a intentarlo de nuevo. ¿Sabes qué, barbero? He oído que al norte de Macedonia, al final de la tierra de los tracios, hay unas tribus de criadores de caballos que sólo tienen diosas: necesitan un hombre. En cuanto pueda levantarme y volver a viajar pienso ir para allá. Y tengo un plan que no puede fallar. ¡Por el tenaz, seguro que no falla!

Praxímenes podía resultar magnífico o patético: según. Al menos no perdía la esperanza: ahora estaba postrado en ese catre, respirando cada vez más difícil, con esa infección que bien podía matarlo, y seguía soñando con su vida divina. Estaba impaciente por contarme su nuevo plan, pero se dio cuenta de cómo le miraba la herida:

–No te preocupes, barbero. Muchas veces he estado peor.

–Sí, pero entonces creías que ibas a ser un dios.

–¡Por la verga sangrante, lo sigo creyendo! ¿No ves que está escrito en mi destino?

Si en algún sitio hubiese algún futuro escrito yo lo conocería. Pero no podía decírselo: ¿quién era yo, un médico arruinado y borrachín, para decir tal cosa?

–¿Y por qué quieres ser un dios, si no te molesta que te lo pregunte?

–¿Cómo me va a molestar, si es la pregunta decisiva? La respuesta es muy fácil: solía creer que lo quería para vivir mejor, para ser respetado, temido, adorado. Pero me

equivocaba: me faltaba sapiencia. Ahora sé que lo importante de ser un dios viene después, en la otra vida. Ahí sí que se ven las diferencias: cuando un mortal se transforma en inmortal, ahí está el jugo.

–Bueno, nuestras tradiciones dicen que nuestras almas sobreviven en el Hades.

–Sí, muertas de aburrimiento. Ya lo dijo el poeta: «maldita la llanura donde por siempre vagan / las almas de los hombres, / en el dolor de no poder: / ahora que saben». ¡Por los cerdos quemados de Demeter, eso no es vida!

–¿Cómo puede ser vida, soldado?

Por momentos, Praxímenes conseguía exasperarme: no sabía si era un ingenuo al borde de la tontería o un genio que equivocó la meta. Y quizás no tuviera mucho tiempo para averiguarlo: la fiebre que aumentaba, los rechuchos de frío, el negro subiendo por la pierna.

–Barbero, barbero… Siempre hay gente pequeña, gente sin ambiciones. Es una suerte: si no fuera por ellos, nosotros no tendríamos ninguna posibilidad. ¿Para qué pueden querer una vida eterna llena de aburrimiento? Eso es para los zánganos, por la verga sangrante. ¿No ves que si me convierto en un dios voy a tener una vida eterna llena de placeres y disfrutes, con ninfas que me bailen y faunos que me escancien los mejores licores y fieles que me precisen todo el tiempo?

Praxímenes, con la voz cada vez más ronca, me seguía explicando las delicias de su vida cuando llegara a dios. Me impresionaba tanta certeza junta. Ahora entendía: creía que entendía. Los hombres simulaban humillarse frente a esos dioses que habían inventado, pero en verdad todo eso era un amasijo de soberbia: la manera que habían encontrado para huir de su ignorancia y ser, en cambio, los únicos que sabían cómo funcionaban los misterios, la génesis, la muerte, las fuerzas que habían creado para que les dieran algún sentido a

sus viditas. Y estaban progresando en su arrogancia; a fuerza de saber, ahora podían hacer: hacerse dioses, ya que los habían hecho alguna vez.

–Barbero, me parece que ha llegado la hora…

–No, soldado, ¿cómo se te ocurre? Todavía te quedan…

Praxímenes soltó una risa que era casi estertor:

–No te apures, barbero, no me refería a eso. Yo voy a decidir cuándo me muero. ¿No ves que he sobrevivido a mil batallas? ¿Te parece que lo hice para venir a morir en este cuchitril por la herida de una mujer sañuda? ¿Crees que si no tuviera escrito mi destino de dios habría superado tantas pruebas? ¡Por el coño invencible, barbero, no me jodas!

El gris ya le avanzaba por el vientre: la infección lo ganaba. Praxímenes volvió a reírse y me señaló un morral de cuero tirado en un rincón. Mientras contó su historia me tuvo fascinado. Pero ahora que ya la había terminado sentí un sobresalto de impaciencia: otra vez, no sabía para qué me había metido en el cuerpo de ese medicastro. Después volví a pensarlo y había algo: si los hombres creían que los dioses manejaban sus vidas y sus muertes, el médico era realmente uno de sus instrumentos: un modo de aprehenderlos.

–Allí, barbero, creo que es el momento. Tú que sabes de pócimas y tósigos, toma esos hongos de mi bolsa, machácalos, bebámoslos, y verás lo que siempre quisiste ver, o lo que nunca.

Los hongos tenían un gusto amargo que me quebró en arcadas. Nunca antes había bebido algo tan repugnante: no sabía que una ingesta podía ser tan belicosa para el cuerpo. Nos quedamos callados: el soldado yacía en su catre boca arriba, con la cabeza apoyada en una manta y las manos cruzadas sobre el pecho; yo me había sentado en el

suelo, harto del banco sin respaldo. Lo primero que noté fue un raro hormigueo en mis pulgares; después el hormigueo fue subiendo, creciendo, arrollando mi cuerpo. Lamenté tener uno. Hubo un momento de terror: temí que, cuando llegase al cuello, no me dejaría respirar. La idea, enseguida, me hizo soltar la carcajada: la muerte no tenía nada que hacer conmigo. La carcajada sonó y siguió sonando: rebotaba en todas las paredes, no había manera de extinguirla. Al cabo de un momento se volvió insoportable: me tapé las orejas con las manos, ovillé la cabeza entre mis piernas, me abracé con denuedo pero no había manera: la carcajada persistía, me atacaba desde cualquier costado. Entonces traté de abrir los ojos para verla y no pude: mis párpados pesaban mil arrobas. La vi, sin ojos, cuando ella quiso que la viera: la carcajada tenía un centro rojo carne que se iba volviendo verde podredumbre, gris de peñasco, negro noche y, al final, se deshilaba en amarillos que brillaban feroces. Era espantoso y me llenaba de placer: mi cuerpo se sacudía de placer, vibraba, se dejaba acunar por el aire, navegaba. Entonces miré hacia abajo, y los vi. Majestuoso, los vi: allá abajo, mis fieles me adoraban, en serio me adoraban. Yo podía verlos allá abajo, arrodillados ante mí: sus cabezas cubiertas con tocados blancos, sus cuerpos embozados en ropones blancos, sus manos blancas abiertas implorando, me adoraban. Yo los miraba desde arriba, aletargado. Ellos sentían mi mirada y temblequeaban. Yo era su dios y el gozo me llenaba.

No sé cuánto tiempo pasó, pero sé que fue un placer desconocido. Cuando volví a ser Aristemo la cabeza me dolía como un mordisco persistente; poco a poco fui entendiendo quién era, dónde estaba y otra vez solté la carcajada. Entonces tuve un momento de pánico: pensé que

todo iba a empezar de nuevo, pero no. La carcajada se extinguió sin más ecos: yo me reía en silencio. El soldado me lo había dicho antes, mientras tomaba su trago de esos hongos:

–Con esto, el alma se libera de sus yugos y es capaz de ver el pasado y el futuro, el alfa y el omega. ¡Por eso sé que al final seré un dios, barbero, por la verga sangrante!

Yo también me había visto, y era un chiste: había sido, en ese viaje, un dios menor, un diosecito de provincias. La sonrisa se me fue congelando: había sido un dios menor y nunca nada me había gustado tanto. Preferí no pensarlo. Praxímenes, ahora, se agitaba en el catre: se revolvía, se agarraba la pierna herida con la mano, se golpeaba. Si se despertaba, pensé, lo atacarían dolores espantosos. Le puse la mano en la frente: ardía, quemaba. Si se despertaba, pensé, quizás podría darle una poción discreta, amable, que lo acabara sin tormentos. Fui hacia el arcón donde guardaba mis hierbajos, tres pasos más allá, y no llegué a agarrarlos. Praxímenes soltó un grito quejido risotada estertor, se arqueó en el aire, cayó en el catre inerte. Tenía los ojos demasiado abiertos.

–Quizás ya eres un dios, después de todo.

Le dije, y le cerré los ojos.

EL INFORME FINAL, 4

Exageraban: ellos y ella exageraban. El tercer pedrusco se había convertido en una fiesta de sangre pedigüeña, Dios estaba perdiendo más tiempo del necesario en esas tonterías e incluso yo empezaba a molestarme: la Corporación no puede detenerse en semejantes nimiedades. Pero debo aceptar que, por momentos, algunos de los sucesos del pedrusco me resultaron casi entretenidos y que yo también incurrí –aunque, por supuesto, por las necesidades de mi cargoen esas distracciones que critico.

El pedrusco, decía, era una fiesta de sangre pedigüeña: en cada uno de sus recovecos, bichitos ofrecían muertes a sus dioses a cambio de algún favor particular. Mayas degollaban al ganador de un partido de pelota para que llevara mensajes a sus dioses, griegos asaban cien bueyes para que los efluvios de la grasa enternecieran las narices de sus dioses, chinos enterraban junto con su emperador a miles de mujeres y guerreros para que siguieran sirviéndolo cuando se hubiera reunido con sus dioses, celtas mataban a un joven de un mazazo para que el druida leyera en su manera de caer el designio de sus dioses, congoleses castraban a sus jóvenes porque a cambio de esos miembros el éxito de las cosechas sería garantizado por sus dioses, siameses azuzaban tigres contra elefantes para que la batalla crudelísima saciara la sed de sangre de sus dioses, cartagineses arrojaban a sus hijos en un horno ardiente para satisfacer el hambre de sus dioses. El pedrusco estaba lleno de dioses: rezumaba de dioses. Los

bichitos habían perdido –si es que lo habían tenido alguna vez– todo control; se lo habían entregado a esos dioses, y tanto los temían que les ofrecían todo tipo de sangres para aplacar la cólera que ellos mismos les habían atribuido. Era, queda dicho, un espectáculo adorable.

Pero Dios no era capaz de disfrutarlo: es probable que ni siquiera entendiera su interés. Dios, pese a todo lo que ella creía de sí misma, era una oficial de perspicacia limitada: un desliz de la Corporación. Dios, en lugar de saborear el espectáculo, se preocupaba: había esperado otras cosas y esas cosas se le escapaban, dirían los bichitos, «como arena entre los dedos».

Por eso, cuando volvió de su expedición a Éfeso, no sabía qué hacer. No se comunicó con ninguna otra oficial: es probable que quisiera esquivar el escarnio de ese sobrenombre que ya todas le daban, y las posibles preguntas complicadas. Todavía le quedaban varias horas para ocuparse del tercer pedrusco; todavía le quedaban, en verdad, esperanzas. Pero estaba perpleja y, en un primer momento, simuló atender una serie de cuestiones administrativas: le sobraban tareas atrasadas, pero lo cierto era que el pedrusco la tenía cada vez más estupefacta, más obsesionada. Una oficial de la Corporación debe ser distante, ecuánime: no debe ceder a ningún tipo de obsesión. Dios lo sabía, pero no supo hacerlo.

Dios no entendía esa superpoblación de diosecitos, y empezó a tomarla como una especie de ataque personal. «Parecen tan turbados por sus dioses que se han olvidado de ellos mismos, que son mi creación», anotó entonces. «Se han olvidado de lo humano, se diría. Una respuesta terrible se me ocurre: quizás no hay nada más humano que estar obsesionado por un dios. Quizás lo humano es eso. Si es así, mi creación es

un fracaso –a menos que consiga encontrarle el sentido». Estaba colérica, igual que esos diositos; al rato se tranquilizó: al fin y al cabo era una oficial de la Corporación. Entonces, más calma, Dios trató de observar el proceso con cierta frialdad: analizarlo. Lo primero era lo obvio: sus criaturas habían producido miles y miles de dioses y ahora, con el triunfo de los grandes imperios –romano, chino, indio– ya no sólo estaban repartidos por el mundo, cada cual en su reino. Ahora en cualquier manzana de cualquier gran ciudad –Roma, Alejandría, Cartago, Pérgamo, Antioquía– docenas de dioses diferentes tenían sus altares, se disputaban los espacios: nunca había habido tantos, nunca habían sido tan enclenques. Cada día, en algún rincón, algún dios desaparecía por consunción natural: se quedaba sin nadie que supiera adorarlo. Dios se indignaba: «¿Cómo pueden creer que esos dioses existen aunque tantos hayan desaparecido, se hayan evaporado para siempre? ¿Qué dicen estos idiotas cuando ven que un dios desaparece? ¿Cómo se cuentan la muerte de un dios? ¿Qué pasa con los dioses cuando mueren?», anotó en ese rato, y se ofendía: le parecía que esa contradicción de los bichitos era una demostración de su estupidez y, por lo tanto –aunque no terminara de formularlo así– de la suya propia. Ella –ella lo sabía– era la idiota que había producido a esa manada de imbéciles: su imbecilidad la ofendía de una manera –por el momentoimprecisa, confusa.

Con mayor claridad la ofendía otro rasgo de la idiotez de sus bichitos –de sus dioses–: «¿Por qué estos hombres crearon dioses que crearon hombres tan cretinos que esos dioses tienen que decirles a esos hombres todo el tiempo qué hacer y qué no hacer, y cómo y cuándo, y reprenderlos y castigarlos por lo que hacen y no?», anotó. «¿Por qué esos hombres crearon dioses que no parecen respetar a los hombres que crearon, ni siquiera lo suficiente como para permitirles actuar por sí solos? Si es

así, si en verdad no los respetan, su creación fue un fracaso –o una crueldad», anotó, sin notar que lo mismo podría decirse de ella, de alguna manera. O sin notar que esos hombres crearon dioses que habrían creado hombres lo suficientemente tontos como para justificar la necesidad de una tutela continuada: necesidad de dioses. «¿Y cómo esos hombres, entonces, no odian a esos dioses –que inventaron?», se preguntaba, al fin.

Estaba claro que sangraba, dirían sus criaturas, por la herida. Porque la tontería de los bichitos podía verse en tantas otras cosas: en sus guerras, en su miseria, en sus fornicios, en su crueldad, en su generosidad, en sus canciones y poemas. Pero la cuestión de los dioses la hería en particular: aunque siguiera sin saberlo, sus celos aumentaban. Por el momento, Dios suponía que no era más que ira: desde su naufragio hindú había acumulado cierto rencor contra esos dioses; si ahora eran tan endebles, tan accesibles como Praxímenes pensaba, no le sería difícil –suponía– arremeter contra ellos. Si es que decidía hacerlo.

Quizás ya lo había decidido: quizás no. Los dioses –los bichitos– no eran tan idiotas como Dios, en su cólera, creía: por eso el espectáculo podía resultar encantador. Era encantador ver cómo, en ese mismo momento en que Dios definía su impugnación, los bichitos y sus dioses ya le estaban respondiendo.

El pedrusco, era cierto, se había vuelto mucho mayor que poco antes: existía algo así como un mundo, grandes espacios conectados. Para ese mundo los viejos diositos de aldea o de tribu no alcanzaban: se hacía difícil adorar a un dios que no era más poderoso que el de al lado. Así que los bichitos empezaron a inventarse dioses grandes, potentes, ambiciosos: dioses que no se conformaban con imponerse sobre los habitantes de un

valle o una isla: que pretendían el mundo. Aunque todavía quedaran, por supuesto, miles y miles de diositos vagando por los aires.

Dios tardó en darse cuenta. En ese rato un bichito afanoso instruyó a uno de los suyos para que lo traicionara y se hizo clavar contra una cruz en la pequeña Palestina, muy cerca de la piedra donde Sara y Betzonah habían detenido a Abraham y su cuchillo. Dios, en ese momento, no le prestó la menor atención. Estaba ocupada en sus tareas, y yo supuse que todavía podía salvarse: seguramente, en ese punto, ella también supuso que podía. Yo pensé, por un momento, que había entendido: que dejaría su confuso interés por los bichitos. No supe darme cuenta, entonces, todavía, de que ese interés era algo peor, más peligroso: una curiosidad creciente por sí misma, por su propia entidad. Una oficial de la Corporación no es: produce. Su ser son sus obras: el universo que construye. Dios empezaba a olvidarlo: encaprichada con el tercer pedrusco, sus dioses y bichitos, se estaba acercando cada vez más a ellos con la esperanza de descubrirse un ser. Se acercaba a una pendiente peligrosa.

«Se equivocan, siempre se equivocan. Pero es cálido, aun así, ver cómo me buscan, a través de tanto y tanto error, tanto tanteo», anotó. «¿Cuántas religiones habrá habido? Algo tan simple como yo, tan desprovista de misterio… Me llena de orgullo, de ganas de seguir. ¿Quiero que me conozcan tal como soy? ¿Existe ‘como soy’? ¿O prefiero que me sigan viendo así? ¿Ser lo que ellos ven, al menos para ellos?».

Poco más tarde, cuando Dios devolvió su atención a los sucesos del pedrusco, algo era muy distinto. La idea de un gran dios, único, excluyente, parecía llenarse de potencia. Para Dios,

sospecho, fue un golpe decisivo: por supuesto que no tenía manera de identificarse con aquellos diositos pueblerinos; ese gran dios único le daba alguna chance. Algunos de sus apuntes de entonces ya empezaban a mostrar su patín: «Al principio su descripción de mí me pareció sensata. O me gustaba. Es tonto, dicho así, pero en ciertas cosas me habría gustado ser lo que ellos describían».

El encanto le duró muy poco: enseguida, el fastidio ante esa versión barbuda y vaporosa pudo más. Enseguida, Dios entendió la amenaza de ese gran dios único con el que resultaría más fácil confundirla. «Nadie podría tomarme por un perro o por los doce truhanes del Olimpo, pero muchos podrían pensar que sí soy ese viejo tonitronante que descansa sobre un trono de nubes. Ese sí es el engaño peligroso». Para colmo, pronto empezó a descubrir el éxito de la operación palestina: los seguidores del crucificado se multiplicaban, se difundían por las tierras romanas. «Esos hebreos de Abraham son tan soberbios, tan pagados de sí mismos, que creen que su dios, sea quien sea, tiene que mandarles un enviado para 'renovar su pacto' porque así no aguantan más. Lo sorprendente es que se hayan hecho un dios que les aguante tanta impertinencia, y que puedan respetar a un dios así. No es que crean realmente en él; suponen que él necesita que crean en él: odiaría ser confundida con semejante mequetrefe», anotó Dios cuando observó qué había pasado. Su cólera aumentaba: «Tanto incordiaron todos con la gansada de los sacrificios, tan perdidos estaban en su lógica que, faltaba más, precisamente estos soberbios terminaron por pensar que su dios también podía sacrificarse, en la persona de su supuesto hijo –¿de mi supuesto hijo? ¡Balivernas! Pero la historia les venía de antiguo, de cuando Sara y yo tuvimos que frenar aquella cuchillada. Ya entonces me había molestado el embeleco: ¿por qué un dios iba a dudar de la obediencia de sus criaturas al punto de tener que pedirles

algo tremendo para confirmar esa obediencia? Y, si dudara: ¿por qué podría importarme tanto? Pero claro, si su dios les pedía que sacrificaran a sus hijos, ¿por qué no iba a sacrificar después él mismo al suyo? Si no fuera porque suena demasiado astuto, creería que se inventaron esa historia del sacrificio del hijo de Abraham para poder suponer después que el hijo de su dios también podía ser sacrificado».

Dios, entonces, andaba más cerca de la verdad que lo que nunca estuvo: si hubiera sabido quedarse en esa senda, quizás nada de todo esto habría sucedido. Pero estaba embebida de ambición y de preguntas. Todavía esperaba, de una forma cada vez más oscura, que su supuesto gran invento la ayudaría a progresar en el Tablero, a ganarse el respeto de sus colegas socarronas. Y, además, la adoración de un torturado, muerto en el peor suplicio de esclavos y traidores, le provocaba una curiosidad que no supo resistir, y volvió a las andadas.

DÍA DEL TERCER PEDRUSCO, HORA SÉPTIMA. ROMA

Yo quería, más que nunca, saber. Algo decisivo estaba sucediendo en el pedrusco: yo debía conocerlo. Los fanáticos del crucificado palestino crecían y crecían: incluso en Roma, la capital del mayor imperio de esos días, eran cada vez más.

Todo, en Roma, era cada vez más: Roma era un despropósito gigante. Era como si, de pronto, la mayor aspiración de los hombres consistiese en disimular que ocupaban un lugar que no habían hecho. La gran ciudad era una tentativa de eliminar cualquier evidencia de que el mundo estaba allí mucho antes que ellos y era obra de otro: que era mía. La ciudad cubría con ladrillos y basuras cualquier asomo de ese mundo previo. En la ciudad todo era artificial, fabricado por ellos: la ciudad, antes que nada, era una ofensa a mí. Por supuesto, la ciudad era el lugar ideal para que pulularan los incontables dioses de los hombres: sus inventos en su hábitat correspondiente, inventado también. Pero los fanáticos del crucificado pretendían convertir esa ciudad en el templo de un solo dios: la mejor forma de hacerse odiosos para muchos.

–Lúculo Cota, el emperador te necesita.

–Como siempre, estoy ansioso por servirlo.

–Lúculo, cachorrito, no me jodas. ¿Ahora me vas a actuar un perro fiel?

–Nadie actuaría ante ti, Galino: leves sombrillas vanas a la sombra del olivo centenario.

Haces de luz atravesaban la sala de palacio adornada con porcelanas chinas y una estatua de alabastro del emperador Cayo Quinto Decio. La sala brillaba como el oro falso, y el emperador de alabastro arengaba a soldados invisibles: les debía, entre otras cosas, el motín que lo había llevado al trono. Esos jefes siempre les debían demasiado a sus vasallos, y la vida les titilaba mucho. La luz entraba por dos lucarnas altas: los dos haces se cruzaban a la altura de la cabeza de un hombre erguido. Galino, el secretario privado del emperador, yacía en un diván cubierto de brocado verde, copioso de almohadones: un esclavo abisinio lo abanicaba con una pluma de avestruz blanca como el espanto. Galino se reía con esa mueca que hacía temblar al mundo:

–Lúculo, Lúculo: si yo tuviera la mitad de tu labia, qué no lograría.

Había logrado mucho, sin embargo, y seguía riéndose: Galino era un cincuentón de piel muy oscura, gordo, desbordado de grasa; sus ojos movedizos estaban decididos a verlo todo al mismo tiempo. Roma estaba llena de fulanos que deseaban su muerte. Para eso servía, también, mi invento: creaba aspiraciones.

–Hace tanto que hemos dejado de hacer grandes cosas, cachorro: vivimos de la gloria de nuestros antepasados, de los gigantes que construyeron este imperio, que edificaron los foros, los templos, los grandes teatros de la ciudad eterna.

Era gracioso que Galino dijera semejante cosa: sus antepasados no habían tenido nada que ver con eso. En los días de los primeros césares sus antepasados debían vivir desnudos en alguna choza maloliente de Timgad, en Numidia. Él mismo había vivido allí en su juventud, antes de que unos bandoleros lo raptaran, lo caparan y lo vendieran como eunuco en un mercado de Zama. Su amo, un curtidor de pieles, empezó por azotarlo hasta la extenuación: para que aprendiera desde el

principio, le dijo, las reglas de su casa. Aquella vez Galino quiso matarse: la vida, pensaba, ya no tenía nada que ofrecerle. Pero estaba encerrado y no tenía con qué: trató de romperse la cabeza contra la pared de ladrillos y sólo consiguió unos magullones que le valieron nuevos latigazos. Me insultaba, después, sin conocerme: me culpaba de lo difícil que le resulta a un hombre matarse con sus manos.

Fueron tiempos difíciles. Hasta que, alguna noche demasiado larga, decidió que si tenía que ser esclavo y eunuco sería el mejor servidor, el castrado más vacuo. Aprendió a cantar como nadie, con un falsete incomparable; aprendió a llevar la economía de una casa con mano férrea y cierta honestidad; aprendió a complacer cada deseo de su amo antes de que él pudiera precisarlo; aprendió aquellas artes amatorias que los eunucos dominan mejor que cualquier hembra.

En unos años, Galino se convirtió en un esclavo demasiado caro para ese pueblo infame: su amo tuvo que venderlo a un mercader que, tras meses de viaje, lo vendió a un patricio romano. Que no tuvo más remedio que regalarlo, años más tarde, a su emperador Filipo cuando, en una cena tremebunda, el rey se encaprichó con el esclavo.

Galino sirvió al emperador con la misma pasión con la que había servido al peletero. Pero cuando conoció a Decio, un joven general ambicioso, decidió entregarle su suerte. Tras un pacto secreto y nocturno empezó a trasmitirle toda la información que Decio necesitaba para llevar adelante sus planes; cuando el traidor, que ya era jefe del ejército del Danubio, sublevó a sus soldados y lanzó su ofensiva final contra Filipo, fue Galino quien le franqueó, una madrugada, cerca de Verona, la entrada de la alcoba imperial. Era curioso lo frágiles que resultaban, en esos días, los más poderosos: esa noche Decio decapitó a su jefe, se proclamó emperador y liberó al esclavo. Pero le sugirió que se quedara junto a él, como su

secretario: el eunuco Galino había conseguido el cargo más codiciado del Imperio.

–La raza de los forjadores se ha extinguido hace tanto, Lúculo, cachorro. Somos enanos sobre los hombros de gigantes, y los gigantes están cansados de tener que cargarnos. Tú sabes cómo es esto: todos quieren aprovecharse de esa fatiga, y los cristianos más que nadie.

–Dime, Galino: ¿tú crees que su dios es un dios verdadero?

–¿A quién le importa? Un dios menos o más, Lúculo, entre tantos… Pero son unos ateos disolventes, que rechazan a todos nuestros dioses. Si no dijeran que el suyo es el único, que todos los demás son falsos, ni nos ocuparíamos de ellos, ¿no crees, cachorrito?

Odiaba que me llamara cachorrito.

Yo acababa de ocupar el cuerpo de Lúculo Cota Maximino, funcionario de palacio a cargo de ciertas investigaciones especiales. Y Galino parecía divertirse conmigo:

–Pero no sólo se trata de esa pretensión estúpida. Estos fanáticos también se niegan a servir en el ejército, dicen que es mejor mantenerse castos y no dar nuevas vidas a Roma, anuncian que el fin del mundo está cercano. ¡Si serán imbéciles! ¿Cuántos fines del mundo no nos han anunciado ya, cachorro, desde que el mundo es mundo?

–Pero los dioses disfrutan de este mundo, noble Galino. Sin mundo, no tendrían más nada que hacer, se aburrirían.

–No me llames noble, plumífero, que se te ve la sonrisa en el ojete…

Galino tenía razón; lo despreciaba, me parecía la prueba más clara de la decadencia de Roma: un esclavo númida rigiendo los trabajos del Imperio. Una esmeralda grande como un huevo de gato le brillaba en el índice.

–El dios del crucificado tiene un truco que funciona tan bien: si le confiesas tus maldades a un sacerdote de esos, el dios te las perdona. Nada es definitivo: cualquiera puede hacer el mal y arrepentirse y conseguir otra oportunidad, y hacer el mal y arrepentirse y tener otra: una bicoca. El dios de los cristianos suspende el tiempo: elimina el pasado lavando las culpas que puedan venir de él, elimina el presente diciendo que lo importante sucede en el futuro. Así cualquiera: reclutan y reclutan. Pero el Imperio existe aquí y ahora, cachorrito: si estos fanáticos avanzan estamos en peligro. Sólo sobreviviremos si acabamos con ellos como nuestros mayores acabaron con los cartagineses, los sármatas, los britones: sin más contemplaciones.

Galino no solía hacer semejantes discursos: era casi una marca de deferencia que me hablara tanto. O quizás significaba que me tenía que pedir algo especialmente delicado. Por el momento, desde la promulgación del edicto de Decio, la persecución contra los cristianos estaba dando resultados. Por fin, pensé cuando me volví Lúculo, alguien que hacía algo serio contra esa historia palestina.

El edicto obligaba a todos los habitantes del Imperio a conseguir un certificado de sus autoridades asegurando que cumplían con los ritos y sacrificios a los dioses oficiales. Los cristianos, según sus reglas, no podían reverenciar a otros dioses; sin el certificado, un ciudadano podía ir a la cárcel, a las minas de Cerdeña o al martirio. En esos días muchos cristianos habían abandonado su religión, o por lo menos eso simulaban.

–Son batallas menos gloriosas, sin duda, cachorrito: el águila imperial no vuela con los mismos bríos, pero hay que combatirlos de todas las maneras. Por eso te he llamado.

El esclavo encargado de las bebidas y las copas nos miró sorprendido; por un momento temí que fuera uno de ellos,

hasta que recordé que todos los esclavos de Galino eran sordos: el eunuco había traicionado demasiado como para confiar en cualquier lealtad.

–Galino, ese no es mi trabajo.

Lúculo Cota Maximino había nacido treinta y cinco años antes en Arelate, al sur de la Galia narbonense. Descendía de una familia de la nobleza menor, caballeros romanos de provincias que ocupaban jefaturas locales y mantenían como nadie las viejas tradiciones. Lúculo tenía una vida escrita: crecería entre viñas y olivares que alguna vez serían suyos, administraría una ciudad o un territorio, sacrificaría a los dioses familiares, se casaría con una mujer de su clase y, con ella, tendría hijos que harían todo otra vez cuando él muriera. Para muchos esa repetición era una garantía, pero Lúculo le temía más que al hambre. Las pocas tardes en que se atrevió a protestar contra su destino, su padre, grave y distante, le dijo que el Imperio descansaba en esas vidas sin relumbre: que era sencillo ser un Julio, y mucho más difícil y meritorio ser un Cota.

El joven Lúculo no estaba convencido: los ecos de la gran ciudad lo llamaban como la miel al oso pardo. Cuando cumplió diecisiete años habló una vez más con su padre, que le negó su bendición; tres días después se embarcó en una galera que bordeaba las costas del Mediterráneo y, al cabo de un mes, desembarcó en Ostia, el puerto de Roma. La ciudad festejaba sus mil años, y se la veía rimbombante: eran mil de esos años humanos, un suspiro. Lúculo llevaba unas pocas monedas, regalo secreto de su hermana, y una carta para un tío materno que trabajaba en la administración imperial.

Su historia fue banal, como son todas: algunas, sin embargo, pueden ser bien contadas. El tío le consiguió un puesto de escribiente en palacio y, gracias a su amabilidad, su estilo severo y su moderada inteligencia, Lúculo escaló puestos en esa

burocracia. Tras unos años lo destinaron a una oficina más o menos secreta que se dedicaba a acumular información sobre generales conspiradores, comerciantes demasiado enriquecidos o senadores pederastas. Lúculo se las arreglaba para sobrevivir a los cambios de emperador y de gobierno que, en esos días, eran demasiado frecuentes: trataba de no comprometerse excesivamente con ningún jefe, ser discreto, hacerse útil y conservar ciertas informaciones que, en el peor de los casos, pudieran protegerlo. Además era capaz de cumplir cualquier orden: ante las más abyectas sabía decirse que el interés del Imperio lo requería y justificaba. Era, en definitiva, un policía perfecto.

Mientras tanto se había casado con una sobrina de la esposa de su tío, una mujer sin curvas, discreta y conveniente que no lo engañaba más de lo tolerable y le había dado tres hijos varones: dos se le parecían. Vivían al pie del Esquilino, en el segundo piso de un edificio de seis; era un buen lugar, cerca de la tierra, y Lúculo se felicitaba: lo inquietaba tener otras cuatro casas sobre su cabeza, pero no habría soportado comer y dormir en las alturas. Alguna noche, cuando se despertaba sobresaltado y le ordenaba a su esclava iliria que le trajera una jarra de vino, combatía la sensación de que su vida no era lo que había soñado con el argumento de que todo iba bien, que no podía quejarse.

Lúculo Cota era moreno, robusto y estaba empezando a perder el pelo: su cuerpo no era un tema que le importara demasiado. Lo atraían con locura los juegos en el circo y las tabernas más enchastradas de Suburra; por eso mismo trataba de evitarlos. Seguía siendo ambicioso, pero nadie podía suponerlo. A veces, esas noches, pensaba que su vida romana era muy semejante a lo que habría sido su vida gala, sólo que aquí, en Roma, su lugar era menos lucido: en busca de algún brillo había conseguido una opacidad casi completa. Si

desesperaba, se decía que su cercanía con el poder debía, en algún momento, permitirle dar el salto que todavía codiciaba: quizás esta fuera la oportunidad que estaba buscando.

–Yo te diré, Lúculo, cuál es tu trabajo. No te olvides que yo soy el que todo lo dice. Sé que lo que quiero pedirte no es exactamente tu trabajo. Y recuerda que si digo pedir es porque hablo latín como un esclavo númida.

La aclaración no parecía necesaria.

–Hace tiempo, cachorro, que sé que hay un traidor entre nosotros. No, no te adelantes… Muchas veces, cuando vamos a prender a algún cristiano, llegamos tarde: encontramos vacíos sus refugios. Al principio casi me convierto: supuse que su dios los protegía. Ahora sé que es sólo algún soplón.

Dijo Galino, de nuevo con la risotada. Ese hombre era una mala caricatura de sí mismo, y me apenó: otra vez me pregunté por qué, para qué había creado fulanos semejantes. O si los había creado. Quizás al final de esta búsqueda podría encontrar una respuesta.

–El asunto es grave, secretario.

–Muy grave. Y sospecho de Hermógenes. Tú sabes que él estuvo con los cristianos y, cuando salió el edicto, dijo que los había dejado. Pero estos criminales son todos iguales: siempre mienten y creen que nos engañan, pobrecitos.

–¿Y yo qué puedo hacer para ayudarte?

–Tú, para ayudarte, te ganarás su confianza, como puedas, y averiguarás la verdad: ese sí es tu trabajo. ¿no es cierto, cachorrito?

Esa tarde me topé con Hermógenes en un pasillo de palacio: conseguí simular un encuentro casual. Hermógenes era el encargado de los acueductos que abastecían a Roma; en su

puesto, me había dicho Galino, podría hacer desastres: envenenar a media ciudad, por ejemplo, o a la otra media:

–Son capaces de hacer cualquier cosa, si su dios se lo ordena.

Hermógenes era el fruto de varias generaciones de ciudadanos romanos pero todavía tenía en la cara y el porte las marcas del origen sirio de su tatarabuelo, un liberto del emperador Marco Aurelio. Roma era el mundo y los romanos, a esa altura, se habían vuelto una mezcolanza despiadada: el muestrario de todos mis errores. Hermógenes era flaco, fibroso, como si no quisiera perder control del más mínimo recodo de su cuerpo. Su familia había ganado mucho dinero con las construcciones públicas: calles, baños, cloacas. Si trabajaba en palacio era menos por su paga que por las ocasiones de conseguir negocios: se decía que no había reparación importante del sistema de aguas que no fuera a parar a los suyos, familiares o amigos. Pero era eficaz y conocía como nadie su materia: los encargados de la administración hacían la vista gorda y embolsaban sestercio.

–Hermógenes, qué gusto encontrarte por aquí.

–Lo mismo digo, Lúculo Cota. Ahora, si me disculpas…

Hermógenes parecía apurado; lo seguía un esclavo rubio cargado de papeles. Era un arte, en palacio, parecer apurado todo el tiempo.

–Sólo un minuto. Necesito charlar contigo a solas.

–¿Conmigo?

Sospecho que a nadie le gustaba demasiado hablar conmigo, pero insistí. Unos minutos después nos encontramos en un saloncito perdido en el ala oriental. El palacio rebosaba de lugares ignotos, desiertos: también en eso era una mala copia del pedrusco. Hermógenes, al principio, me hizo una escena de indignación virtuosa:

–¿Cómo se te ocurre, Lúculo, que yo pueda seguir siendo uno de esos? Lo fui mientras el emperador no opuso objeciones, y lo

dejé en cuanto Roma me exigió que lo hiciera.

Tras el latín pedregoso de Galino, sus tiradas eran un placer para el oído. Hermógenes estaba, lógicamente, muy a la defensiva, y no sería fácil ganarme su confianza:

–Escúchame un momento, seas lo que seas, y trata de confiar. Me estoy entregando a ti atado de pies y manos: yo, Lúculo, fisgón imperial, arriesgo mi vida al decirte esto, así que al menos escúchame un momento. Tú sabes quién soy, cómo es mi vida…

Él lo sabía y, seguramente, le parecía despreciable: yo debía adelantarme, hacerla más humillante todavía.

–Es el vacío, Hermógenes, un cuerpo y una mente sin la luz, sin rastros del espíritu. Para qué hablarte de mis noches en vela, de la desazón que me atenaza, de todo lo que tú, quizás, nunca has conocido. Hace mucho que busco una salida. Y cuando escucho historias de los cristianos, de cómo se arrojan con alegría al sacrificio, sé que debe haber algo muy poderoso que los guía. Te voy a ser sincero: tengo deseos de esa guía, envidia de ese poder supremo, voluntad de entregarme…

Para un hombre no es difícil engañar a otro hombre: no tienen ninguna forma fehaciente de saber si lo que uno le dice a otro es cierto o no. Supongo que eso los hace más interesantes.

–… pero estoy perdido: no sé cómo encontrarlos. Si tú, por alguna razón, puedes guiarme, te estaré eternamente agradecido: seré tu hermano en ese dios que me desvelas.

Hermógenes me miró callado, la alarma en sus ojitos negros. Me gustaba jugar ese juego: el filo de la hoja, el engaño que invoca una fraternidad extrema. De pronto, me pareció que era un juego muy humano: en la Corporación cualquier trama era más definida, más directa.

–Lúculo Cota, tus palabras me angustian. Seré piadoso: haré como si nada hubiera oído.

Me dijo, y se retiró sin más saludo. La carnada estaba allí, movediza, atrayente; yo sabía que funcionaría: que Hermógenes me había creído, porque quería creerme. Estaba descubriendo que, en general, puestos ante la disyuntiva, los hombres siempre elegían creer. Hermógenes no sería distinto; menos aún si todavía era cristiano. En tal caso, no tenía por qué pensar que yo no quería hacer lo que él estaba haciendo.

–Dice mi amo que te espera al caer la noche en el templete que está entre el río y el teatro de Marcelo.

Hermógenes había mordido la carnada. Era lógico: para un cristiano, no ayudarme habría significado arriesgarse a perder su salvación eterna. No podía no ayudarme. Era, en cualquier caso, un buen negocio: si yo lo había engañado terminaría en el martirio, la puerta de su cielo; si no lo había engañado y me ayudaba se acercaba a ese cielo; si le había dicho verdad y no me oía lo esperaban las llamas eternas de su infierno. Era bueno tener cuentas tan claras.

La noche era desapacible, lloviznaba: no había nadie en las calles. Hermógenes estaba envuelto en un capote oscuro y me atajó con un susurro:

–Hermano.

Después, sin más palabras, me indicó que nos subiéramos a un carro que esperaba un poco más allá: el trayecto hacia la vía Appia nos tomó menos de media hora. En esos días la ciudad quedaba desierta por las noches: todos se quejaban de la falta de seguridad, del descontrol de ladrones y asesinos.

–Trata de no saber adónde vamos.

Me dijo Hermógenes, en un susurro gritado sobre el ruido del carro, y le dije que claro. Yo, Lúculo, podría no haber ido: ya tenía la confirmación de que Hermógenes era uno de ellos. Pero yo, yo misma, tenía una oportunidad única para ver a

estos cristianos en su salsa, y descubrí que estaba ansiosa.

–Hermanos, les he traído a un hombre que está impaciente por emprender el camino. Se llama Lúculo, lo conozco hace mucho…

Habíamos entrado por una puerta lateral en el jardín de una casa en las afueras: un caserón modesto, desastrado. Al fondo del jardín, junto a un olivo, Hermógenes abrió una trampilla en el suelo, disimulada bajo un montón de hojas, que daba a una escalera. La bajamos con dificultad: era estrecha y oscura y terminaba en un pasillo de techo bajo, estrecho y oscuro. Un pasillo muy largo.

–Esto es lo que nosotros llamamos cementerio.

–¿Cementerio?

–Una palabra griega: el lugar de los sueños. Acá enterramos a los hermanos pobres, los que no tienen para pagarse una tumba decente al aire libre.

De los sueños, me dijo, hablando de la muerte. Había, cada tanto, algún candil de aceite: las paredes estaban tapizadas de lápidas y me di cuenta de que detrás de cada una debía esconderse un cadáver cristiano. Hermógenes me explicó que para los cristianos era muy importante conservar los cuerpos, mantenerlos enteros:

–Sí, para esperar el gran momento. Queremos estar todos juntos cuando venga la resurrección. Y así nos protegemos mutuamente: nosotros a ellos de saqueadores y paganos, ellos a nosotros de las tentaciones de este mundo…

Algunas lápidas hablaban con los muertos: no te olvides, en la gloria, de los tuyos; ruega por nosotros, tú que estás con los santos: en vida debía aliviarlos pensar que, ya cadáveres, aún tendrían encargos que cumplir. Otras les daban la palabra: no tardes, tú que has quedado allí, te espero; rezo por ti, mujer; estoy en paz, a la vera de Cristo.

Al final del pasillo, inesperada, se abría una cripta grande, de techos en bóveda y paredes pintadas, trémula por las llamas de media docena de antorchas. Era un mundo: como si todo lo que quedaba fuera no existiese.

–¿Estás seguro de él, hermano?

Le preguntó un muchacho muy flaco, de pocos pelos largos, vestido con una túnica tosca cochambrosa, y Hermógenes asintió con respeto. La catacumba tenía el piso de baldosas, el techo ennegrecido por el humo, las paredes rústicas pintadas con figuras de peces, angelitos, barcos, pero ninguna imagen del famoso palestino en su cruz: tendría que preguntar por qué. Quizás les diera vergüenza que su jefe hubiera pasado por tormento tan vil. En un rincón, una docena de sectarios charlaban y esperaban algo.

–Sólo el Señor conoce todos los designios. Pero he mirado en el corazón de Lúculo, y lo he visto sincero.

–Su voluntad se haga.

Le contestó el muchacho. Se llamaba Idumeo y era el diácono de esa comunidad cristiana: la cara inteligente, la mirada febril, los dedos largos piel y hueso.

–Si quieres, Lúculo, podemos conversar mientras terminan de llegar los hermanos para la santa misa.

Me dijo, con una voz casi inaudible que llenaba todo el recinto de resonancias graves: cuando él hablaba todos se callaban. Idumeo me llevó hasta un cuartito al costado de la cripta, ínfimo, muy sombrío. En el cuartito había una cama de ladrillos pegada a la pared, con un colchón de paja por encima, como en cualquier departamento pobre de Roma; tardé un momento en descubrir que también había, sentada en el suelo, contra la otra pared, una muchacha.

–Quizás conozcas a la hermana. Es Rutila, la esclava de Hermógenes.

Yo nunca la había visto. La muchacha tenía unos quince años, pelo muy corto negro, las pestañas sedosas, ojos enormes de ternero asustado. Sentada, acurrucada, rodeaba con los brazos sus rodillas como quien se protege de un recuerdo.

–¿Cómo así, la esclava?

–¿Qué te sorprende, hermano?

–No, quiero decir… ¿Aquí hace los trabajos de un esclavo?

–No, hermano. Aquí, ante Dios, todos somos iguales. Rutila, Hermógenes, tú, yo, cualquiera.

–Entonces no debería ser esclava…

–Sí, aquí en el mundo lo es y lo debe aceptar: la voluntad de Dios es ley sagrada. Pero ante Él, en su Reino, será tan libre como cualquier otra alma, alabado sea el Señor Cristo.

Estuve a punto de contestarle algo, pero no era mi papel: yo estaba allí para aprender, para tratar de entender a estos cristianos, y no para pelear por el presente y el futuro supuestos de una esclava. Pero, de todas formas, me incomodó la idea.

–¿Pero no la ves, Idumeo? ¿No crees que necesita reconfortarse ya, en este mundo?

No sé por qué lo dije; el diácono me miró un momento antes de contestarme, con su voz callada:

–Eso es lo que hacemos por ella, hermano: exactamente lo que hacemos. Lo que podríamos hacer por ti, si tú quisieras. Cuéntame, si lo deseas, qué te trae a nosotros.

Le conté una historia que ampliaba lo que le había dicho a Hermógenes: vacío, insatisfacción, repulsión por el mundo, necesidad de trascendencia; la mayoría de ellos traía relatos semejantes. Pero me interesaba sobre todo el asunto del Reino que prometían: en general, los dioses que había conocido hasta ahora eran muy vagos sobre el tema. No me extrañaba: vendían hogueras de colores.

–Sí, hermano: la llegada de Su Reino está próxima. Basta con

escuchar la palabra del apóstol Juan, su discípulo más querido, a quien reconfortó con la visión del Reino. Este mundo desaparecerá bajo las aguas y las llamas y en el Reino todo será justicia. ¿No dijo Juan que los cobardes, los infieles, los abominables, los homicidas, los fornicadores, los iracundos, los borrachos, los hechiceros, los idólatras y todos los embusteros tendrán su parte en el estanque, que arde con fuego y azufre…?

–¿También los idólatras, Idumeo? ¿Simplemente por no conocer o aceptar al nuevo dios?

–No es nuevo, hermano, Él es el alfa y el omega, está desde el principio de los tiempos: es el principio de los tiempos. Y es así: los idólatras son tan culpables como los asesinos, por retrasar la llegada de nuestra nueva vida.

–¿Y cómo será, si se puede saber?

–Se puede, hermano, claro que se puede. Lo dijo Juan: no habrá noche porque el Señor Dios alumbrará y Él estará entre nosotros los justos y enjugará las lágrimas de nuestros ojos y la muerte no existirá más ni habrá duelo ni gritos ni trabajos, porque, por fin, veremos Su rostro.

–¿Muerte? ¿Dices que no habrá muerte?

Mi sobresalto fue visible: ¿quién era ese fulano que prometía acabar con la muerte? ¿A quién se le había ocurrido semejante cosa? Idumeo intentó la sonrisa más dulce, como quien quiere tranquilizar a un gato herido:

–Por supuesto, hermano, no te turbes. Ni muerte habrá, porque Él la hizo, y Él puede acabarla.

La premisa era cierta; todo el resto, pamplinas atrevidas. Pero me parecía mejor no atraer demasiado su atención sobre ese punto, así que intenté un cambio de enfoque. Mis ojos se estaban acostumbrando a la semipenumbra del cuartito y ya veía mejor las caras del diácono y la esclava:

–Si Dios quería que los hombres vivieran así, ¿por qué no lo hizo así desde el principio?

Estuve a punto de reírme cuando le dije: Dios, si Dios quería. Pero me contuve; cada vez me salía mejor.

–No, hermano, no entiendes: Dios lo hizo, y para eso puso al hombre en el paraíso terrenal, pero el hombre lo decepcionó…

Me estaba impresionando: en cualquier momento iba a decir que ese dios se enojó porque los hombres inventaron una parva de dioses.

–… por culpa de la pérfida mujer. Adán, el primer hombre, se rindió a los encantos de su mujer, Eva, y comieron del fruto del árbol prohibido, el que nuestro Señor les había dicho que debían evitar. Por eso, hermano, como castigo a esa desobediencia, existen la muerte, los dolores, el trabajo. ¿No dice acaso Pablo que por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres?

Esto era más grave: ya ni siquiera mi mejor invento me quedaba. Otra vez hice un esfuerzo para recordar que no estaba allí para discutir; sólo para informarme. La cara del diácono era un concierto de ángulos y huesos.

–¿O sea que si Adán y Eva no hubieran hecho eso viviríamos para siempre?

–Exactamente, hermano: como viviremos cuando suenen las trompetas del Juicio Final. Si Adán no hubiera caído en el pecado…

Ahora me impresionaba más: los mortales hacían dioses para que esos dioses los convencieran de que se habían vuelto mortales por su propia culpa: un círculo perfecto. Yo no lo habría hecho mejor aunque hubiese querido.

Idumeo se quedó en silencio, viajando por ese mundo que podría haber sido. En el suelo, más acurrucada todavía, Rutila me miraba con sus ojos enormes; no sé por qué

me incomodó que me mirara.

–Disculpa, Idumeo: ¿no fue Dios quien creó a Adán y Eva?

–Sí, hermano, como a todas las cosas de este mundo y el otro.

–Entonces lo que no entiendo es por qué los creó tan débiles que cayeron en la tentación que tú me cuentas.

–Hermano, podría explicártelo, pero sería largo y farragoso. Por ahora puedes contentarte con la mansedumbre de un sabio varón de nuestra Iglesia, que dijo que, ante lo incomprensible, debemos ser humildes: «Lo creo porque es absurdo», nos enseñó.

Rutila me miró más intenso, como para ver si era capaz de aprender esa lección. Todo mi esfuerzo estaba puesto en disimular mi indignación creciente: estos también creían que la forma de aceptar mi poder incuestionable consistía en definirme como un simio caprichoso o un muchachito ciego, que actuaba por razones insondables.

–Por ahora, hermano, tienes que saber que el hombre es así: débil, propenso al mal y a los errores. El Demonio recorre la tierra en busca de hombres a quienes corromper y los hombres, por naturaleza, están dispuestos a tentarse.

La historia de Demonio me gustaba: estos cristianos creían que su dios era tan poderoso que habían tenido que inventarle otro para contrapesarlo.

–Por eso Dios debe imponerse, hacerse respetar con sus castigos, como el de Adán y Eva y de todos nosotros. Si no lo hiciera, si los hombres no fueran temerosos de Dios, arderían sin cesar en la lascivia.

Remató el diácono: seguíamos en lo mismo. Estos hombres tenían una opinión tan pobre de sí mismos que se habían dotado de un dios temible para que su temor los mejorara: me dio, por un momento, asquito, y después pena: al fin y al cabo era mi culpa.

–Pero no te preocupes, hermano, el final del tormento se aproxima. Ya no tendremos que esperar mucho: el tiempo está llegando.

Idumeo hablaba con calma, despacio, como si la inminencia del fin del mundo no lo apurara nada. Sólo sus manos se movían: dibujaban futuros en el aire. Rutila ahora lo miraba o mejor: bebía cada palabra suya con la boca entreabierta. Sin querer, tuve un dejo de envidia.

–Los signos son claros, e incluso esta persecución que ha desatado Decio confirma lo que ya sabíamos: las trompetas están a punto de sonar. Nuestros padecimientos en este mundo ya terminan.

Idumeo no me miraba: tenía los ojos clavados en algún punto de ese fin que anunciaba tan próximo. Yo seguía intentando contenerme. ¿Por qué creían estos cristianos que yo querría destruir mi mundo, mi trabajo? ¿Tan mal lo había hecho que lo único que esperaban era su fin? Y si lo hice tan mal, ¿por qué me adoraban? ¿Para qué haberlo hecho, si mi designio era acabar con él? ¿Sólo para castigarlos o salvarlos? Los hombres eran de una soberbia insoportable.

–Perdona que te pregunte, Idumeo: ¿cómo haces para vivir en este mundo tan horrible?

El diácono flaquísimo no notó ningún matiz extraño en mi pregunta: estaba demasiado imbuido de su propia misión. Yo era un neófito, un novato que podía decir tonterías, y él estaba dispuesto a tolerarlo. A Rutila, en cambio, la cuestión pareció interesarle.

–No vivo en este mundo, hermano; nada de él me interesa: no es mi mundo. Sí, no me mires así.

Dijo el diácono, reconociendo por una vez mi reacción, y me dijo que llevaba meses encerrado en esa catacumba, donde

cumplía con sus obligaciones pastorales y esperaba el momento. Sabía que si abandonaba su refugio los soldados del emperador lo prenderían, dijo, y lo echarían a los leones. Si no también, supuso.

–Yo querría salir, ver la luz y caer en las garras de esos enviados del Demonio. ¿Qué mejor para mí que lograr el martirio? Pero los hermanos aquí me necesitan todavía, y me piden que no los abandone y yo, por ellos, soporto el sacrificio de huir del sacrificio.

Había un dejo de orgullo en sus palabras tan humildes. Que enseguida se hizo más visible:

–Pero las tentaciones del mundo, hermano, no me alcanzan. Ninguna peor que la seducción de la carne, y yo, gracias a Dios, he conseguido liberarme de ella.

–Disculpa, diácono, no te entiendo.

–Sabes, supongo, que los cristianos defendemos la castidad del hombre y la mujer.

–Lo había oído. ¿Y me quieres decir que nunca piensas, ni siquiera piensas, en acostarte con una mujer?

Idumeo me miró, Rutila lo miró: fue un momento confuso. Ella desvió los ojos, como si la hubieran atrapado en falta. Él respiró hondo, como quien goza la demora del placer ya llegando:

–¿No dijo acaso el apóstol Mateo en su Evangelio que hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y eunucos que fueron hechos por los hombres, y eunucos que por sí mismos se volvieron tales por su amor del Reino de los Cielos?

Idumeo era tan jovencito. Había nacido veinticinco años antes en una villa del Aventino, el mejor barrio de Roma. Todo lo destinaba al disfrute de una vida dorada: su padre era un general de origen noble que había muerto muy joven conduciendo a sus tropas en una escaramuza contra los burgundiones en la frontera del Danubio, y su madre, pariente

de algún emperador ya muerto, lo crio con todos los esmeros. Entonces no se llamaba Idumeo sino Cayo Bibaldo Sena: el chico creció rodeado de criados, nodrizas y preceptores griegos que le enseñaron todo lo que un patricio podía necesitar: la gramática, la historia, algún derecho, algo de poesía.

Cuando vistió la toga pretexta que marcaba el paso de un joven romano a la edad adulta, Cayo Bibaldo recibió, herencia de su padre, una fortuna que no podría gastar en una vida de placeres. Lo intentó: sus bodegas chorreaban los mejores vinos de Campania y de Samos, sus queridas eran pendón de cada raza, sus monedas pagaban ébanos y ópalos tallados por artistas de Atenas y Cartago o compraban la ceguera de un juez cuando, en una noche de correrías, sus caballos atropellaban a la hija de un liberto. Cayo Bibaldo era, además, poeta: sus epigramas seguían los de Marcial y eran, como los suyos, punzantes y lascivos, pero también era capaz de versos encendidos catulinos, que rendían el corazón de cualquier dama. A sus veintidós años, imaginaba, todavía le quedaban varios más de esa vida antes de serenarse, casarse con una señora de su rango y asumir algún cargo en las altas esferas del imperio. Hasta aquella tarde en que fue al Coliseo.

Solía ir: le gustaba el espectáculo de las grandes fieras desmenuzando cuerpos sin esfuerzo. Siempre fue fácil morir por mano ajena, pero nunca tanto como en Roma esos días. Y nunca fue la muerte un espectáculo con tantos seguidores. Idumeo despreciaba a los que buscaban en esas tardes sanguinolentas la excitación barata del peligro y la herida. Él había visto cientos, miles de hombres desangrarse en la arena, y era capaz de percibir pequeñas diferencias que hacían o deshacían una estética: la mano abierta que no podrá parar el tajo, la mirada desafiante ante la dentellada que nada evitará, el desconsuelo de una mueca compuesta para nadie, el grito de triunfo en el momento de la muerte, el parpadeo de quien no

puede creer lo que está viendo. Por eso, aquella tarde, Idumeo consiguió estremecerlo.

Idumeo era un cristiano de Tracia –alguien al borde de ser nadie– que, en el momento final, cuando un elefante levantó su pata para aplastarle la cabeza, se puso de rodillas, consiguió detener por un momento interminable todo movimiento, murmuró una plegaria y, con un gesto de dulzura infinita, los ojos entornados, la sonrisa beata, se entregó a su martirio. Esa noche Cayo rechazó los abrazos de las cortesanas más rotundas y los besos del vino de Falerno; al día siguiente entró como catecúmeno en una comunidad cristiana y, desde el primer momento, se destacó por su celo: no había misión que no aceptara, riesgo que no tomase, penitencia que no cumpliera con ardor. Seis meses después, tras el bautismo que lo convertía en uno de ellos, se rebanó la verga con un cuchillo de cocina.

–¿No dijo acaso el apóstol Pablo, en una epístola, que si vivimos según la carne, moriremos; pero si con el espíritu mortificamos las obras del cuerpo, viviremos?

Dijo el diácono, y me pareció que Rutila lo miraba con una mezcla extraña de admiración y pesadumbre. En su bautismo, Cayo Bibaldo tomó el nombre del mártir tracio que lo había inspirado y no tardó en ocupar el puesto de un diácono caído: su educación, su vehemencia, su aptitud al sacrificio lo recomendaban para volverse el guía de esa pequeña comunidad de cristianos amenazados por el edicto de Decio. Idumeo no comía carne, no bebía vino sino en la comunión, tenía una sola túnica y no usaba zapatos. Tanto renunciamiento empezó a resultarme fastidioso:

–Pero cuando renazcas en el Reino tendrás tu cuerpo completo, me imagino…

–Sí, hermano, allí resucitaré, como todos, con toda mi potencia. Y no me importará nada tenerla. ¿Qué son los

placeres de la carne frente al gozo inenarrable que Su presencia desparrama? ¿No dijo Juan que el Reino no tiene menester de luna ni de sol que lo iluminen porque la gloria de Dios lo alumbra entero?

Casi prefería el renunciamiento: este muchacho se imaginaba la morada de su dios como un espectáculo de esos que hacían los chinos con luces y petardos. Si mis compañeras de la Corporación llegaban a enterarse, se pasarían eones burlándose de mí y de mis penosas criaturas.

–Yo lo odiaba, mira cómo son las cosas. Y ahora le debo todo.

Rutila me hablaba sin mirarme, los ojos clavados en el suelo. Estábamos solos: Idumeo nos había dejado porque tenía que preparar su ceremonia. Yo, me dijo él, como aspirante, no debía participar en ella pero podía, si quería, mirarla desde el cuartito del rincón: así, me dijo, vislumbraría el principio del camino.

–Yo lo odiaba porque mi corazón era una roca: no conocía el amor del Señor. Mi amo Hermógenes, entonces, también era una fuente de tinieblas, y yo lo odiaba. Estaba encaprichado con mi carne, la usaba cada vez que quería: como quería, la usaba. Yo lo odiaba, hermano, como a nada en el mundo: no creo que tú conozcas un odio semejante.

Rutila ahora me miraba: tenía los ojos tan abiertos, clavados, muy abiertos. Era raro que fuera capaz de odiar así: todo en su cara parecía serenidad, pureza, y me hablaba del odio. La imaginé llena de fuerzas extrañas, ocultas, y sin querer cerré los ojos.

–Pero ahora todo se ha convertido en amor, hermano.

Rutila no tenía historia: era la hija de una esclava de la casa de Hermógenes, una bella mujer de Gades que el constructor

había fornicado con frecuencia: quizás Rutila fuera hija del amo. Cuando cumplió ocho años empezó a trabajar en la cocina de la casa: le enseñaron a limpiar el patio, a preparar verduras y carnes para la cocina, a degollar gallinas; a partir de los once años su tarea principal consistió en calentar la cama y la carne del patrón: lo hizo sin ningún entusiasmo, aunque sabía que más énfasis la habría beneficiado.

–Ahora ya soy virgen, hermano. Cuando mi amo me fornicaba yo no podía hacer nada; desde mi bautismo, renuncié a la carne y me volví una virgen. Y todo gracias a él, el mismo que me había condenado. Doy gracias al Señor, hermano, pues nadie conoce sus caminos.

Ahora sí me miró: Rutila tenía el desamparo de un cachorro de liebre junto con la dureza de una piedra, pero me pareció que algo se le escapaba: una energía secreta, un ímpetu que todavía no conseguía domar. Algo en los movimientos de su pecho bajo la túnica de lana, con cada aspiración, algo en sus manos apretadas.

–Si no fuera por el Señor mi vida no tendría sentido. Dios es todo para mí, y nada de lo que me pida es demasiado frente a todo lo que me ha dado y me seguirá dando. Ni siquiera: si me pide, es para darme más, lo sé, Idumeo me lo dijo.

La esclava se levantó, se alisó la túnica sobre caderas anchas, caminó hacia el recinto donde la misa estaba a punto de empezar: yo la miré alejarse con un nudo desconocido en la garganta.

Ya habían cantado juntos suaves cantos, al compás de una cítara; ya habían clamado juntos sus alabanzas a su dios; ya habían vuelto a cantar y ahora escuchaban con unción al diácono Idumeo leyéndoles sus escrituras:

–... y vi cómo salía de la mar una bestia, que tenía diez

cuernos y siete cabezas, y sobre los cuernos diez diademas, y sobre las cabezas nombres de blasfemia…

Estos cristianos llevaban el cuerpo como si les pesara, como si sólo esperaran el momento de sacárselo de encima. Me molestaba: si yo hice cuerpos, ciertamente no fue para eso. Alguien estaba muy equivocado; llegué a pensar que quizás yo.

–… y era la bestia que yo vi semejante a una pantera, y sus pies eran como de oso, y su boca como la boca de un león. Diole el dragón su poder, su trono…

Leyendo, perorando, Idumeo ya no era el muchacho casi traslúcido que me había hablado poco antes: se había transfigurado. Ahora era otros: el joven patricio destinado a mandar, el seductor de mil veladas, el iluminado capaz de todo por su causa. Su voz era más el relámpago que el trueno: luces vibrantes, la claridad que te permite vislumbrar un mundo. Rutila lo escuchaba con los labios abiertos, anhelantes: me incomodó mirarla.

–… y vi en el cielo otra señal grande y maravillosa: siete ángeles que traían siete plagas, las postreras, porque con ellas se consumaba la ira de Dios. Vi como un mar de vidrio mezclado de fuego, y vi…

Por un momento me olvidé de lo que estaba haciendo, de mi voluntad de saber, de mi pesquisa, y me dejé llevar por su pasión, por sus palabras. Los asistentes estaban transidos: bebían cada imagen como el agua de un brujo. Eran alrededor de veinte, un buen muestrario de la gente de Roma: cuatro viejas enclenques con el mantón de viudas, dos viejas sin mantón, una vieja muy gorda, dos comerciantes ricos con cara de orientales, tres muchachos muy rubios, un hombre grande con cicatrices de soldado, dos matrimonios cincuentones de marido artesano y mujer sus labores, un anciano con apostura de mármol imperial, dos mujeres jóvenes de caras opacas y manos arruinadas, una mujer más joven con ropa de prostituta

cara, un britano con cuerpo de carreta, un escribiente griego delicado, Hermógenes, Rutila. Ella lloraba, se agitaba, parecía como si fornicara con el aire, y yo quise ser aire. Era tremendo.

–… y vi otro ángel que bajaba del cielo con gran poder, a cuya claridad quedó la tierra iluminada. Gritó con poderosa voz, diciendo: cayó, cayó la gran Babilonia…

Dijo Idumeo, y los demás rompieron en gritos de placer y se agarraron las manos y besaron y agradecieron tanta dicha. Entonces el encanto se me desvaneció y los vi muy pobres, muy desguarnecidos; ahora Idumeo les hablaba de una carta que acababa de llegar desde Cartago, donde el obispo Cipriano contaba que multitudes de cristianos, encabezados por sus sacerdotes, corrían a las oficinas del gobierno para retractarse y cumplir con los sacrificios oficiales.

–Muchos obispos, que hubieran debido servir de aliento y ejemplo a otros, renunciaron a su sagrado ministerio, abandonaron a su gente, se alejaron del distrito, trataron de hacer dinero, por el fraude robaron propiedades y se dedicaron a la usura, nos dice, hermanos, el venerable Cipriano.

–¿Por qué, Señor, por qué?

Gritó una viuda flaca, e Idumeo intentó contestarle:

–Si hay obispos que quieren traicionar y pactar con el Imperio, hermanos, es porque no creen en la palabra de los apóstoles, porque desconfían de que el Reino esté llegando. Sólo porque no ha llegado todavía, porque nuestro Señor en su sabio designio ha decidido que todavía falta un tiempo escaso, temen que ya no llegue. Con esa falta de fe, hermanos, nuestra Iglesia no va a merecer el favor de nuestro Señor Jesús Cristo, y el Reino en verdad nunca podrá llegar. Ese será nuestro castigo.

El argumento era perfecto: si el fin del mundo no llegaba era porque ellos no lo merecían. Su dios quedaba exculpado y seguía siendo verdadero: capaz de sostener una promesa. Todo el asunto me cabreaba: según ellos, su dios primero decidió que

era el único dios y que todos los otros debían ser destruidos. Y ahora, como si fuera poco, decidía destruir también la Tierra, mi trabajo. Ahí se acababa mi paciencia y se acababa, al mismo tiempo, su astucia: ni un dios invento ni los hombres que lo inventaban eran capaces de semejante cosa. Nunca podrían hacerlo. Me dio un leve cosquilleo de gusto pensar que habían caído en su propia trampa. Idumeo seguía:

–Hacía tanto que no nos perseguían, hermanos, que ya muchos creían que nunca más lo harían. Creían que ser cristianos era pura ganancia, sin ninguna inversión. Ahora no tienen la fuerza para enfrentarse con esta prueba que el Señor nos manda.

–Disculpa, diácono: permite una pregunta. El obispo Atanasio dice que hay que disimular, esconderse, esperar que pase la tormenta.

Dijo uno de los comerciantes gordos orientales.

–El obispo lo dice porque es un corrupto que compró su cargo a golpes de sobornos.

Dijo Hermógenes, que sabía del tema.

–Lo sabemos, ya lo sabemos. Pero igual puede tener razón, ¿no te parece, diácono?

–Hermanos: Dios no nos manda esta prueba para que simulemos. ¿El Señor nos da la oportunidad de volar hacia el Reino y la vamos a dejar pasar como judíos? ¿No nos decía el apóstol Pedro que nadie se avergüence si por ser cristiano padece? ¿No decía, hermanos míos, que debería alegrarse de participar en los padecimientos de Cristo?

–Entiendo, diácono, tu posición, y me parece verdadera. Pero ¿no crees que si todos morimos, no va a quedar nadie para dar testimonio, para mostrarles el camino a los hermanos descarriados? ¿Quién podrá desmentir los embelecos de los paganos cuando dicen que entre nosotros el padre fornica con la hija, el hijo con la madre, el hermano y la hermana? ¿Quién

cuando afirman que nos comemos la carne de los hombres?

Dijo el escribiente griego: era un argumento interesante. No me extrañaba que no ardiera de impaciencia por llegar al martirio: planchas al rojo vivo en todo el cuerpo, miembros descuartizados, crucifixiones varias, plomo hirviente en la boca, empalamiento, festines para diversas fieras, el mero fuego, degollinas. Supongo que estos hombres y mujeres no pensarían en el detalle: si no, les sería muy difícil mantenerse firmes. Las palabras del griego crearon un silencio; Rutila lo miró con odio. Idumeo fue tajante:

–¿No nos dijo el apóstol Pablo, hermanos, que todos debemos estar sometidos a las autoridades pues toda autoridad ha sido establecida por Él? ¿Y que, por eso, quien se resiste a la autoridad se resiste a la disposición de Dios, y se atrae sobre sí la condena? Si ahora esas autoridades nos persiguen, ¿no es el Señor el que lo ordena? Si el Señor precisara que nos quedásemos en esta tierra de pesares, haría lo necesario, hermanos. ¿O no creemos en su sabiduría, en su poder eterno e infinito?

–Sí, creemos.

Dijeron casi todos a coro, y Hermógenes dijo que había algo que le preocupaba:

–Nuestra comunidad no tiene mártires. ¿No será una señal de que el Señor está descontento con nosotros?

Todos miraron a Idumeo, que pensó un momento. Algunos de estos hombres sufrían la frustración de que la muerte no los atrapara: esa esperanza de la muerte terminaba por hacer la vida odiosa. Idumeo seguía callado: parecía como si prefiriera no decir lo que estaba pensando, pero al final habló:

–Hermanos, no es sensato preguntarle al viento por qué sopla, ni a nuestro Señor por qué da y por qué toma. Sus designios no tienen por qué estar a nuestro alcance, hermanos, y querer desvelarlos es incurrir en el pecado de soberbia.

Otra vez la oscuridad ante el supuesto caprichoso: me cansaba. Pero el diácono se dio cuenta de algo y fue un poco más allá:

–No hay que desmayar, hermanos. ¿No dijo acaso Ignacio de Antioquía que la sangre de los mártires es semilla de cristianos? Pero tampoco tienen que dejarse llevar por la lujuria del martirio: nuestro Señor ya dirá cuándo y quién. Debemos esperar y aceptar sus decisiones: todas sus decisiones.

La discusión siguió. Al cabo de unos minutos, Idumeo dijo que ya era hora de terminarla y pasar a la colecta:

–Hermanos, necesitamos más dinero que nunca. Ya no son sólo nuestras viudas, nuestros pobres los que precisan el sustento. Ahora el Señor nos manda las últimas pruebas antes de la llegada de su Reino. Nos hace decir el juez Lucio Senone, el que está juzgando a Marulano, que si no le damos mil sestercios lo va a enviar de por vida a las minas de plomo de Cerdeña…

Rutila pasó entre los asistentes y cada cual le daba unas monedas. Hermógenes le entregó una bolsa tintineante y todos lo miraron; dos o tres gritaron aleluya. Después Idumeo tomó el vino y los panes y cada uno fue pasando, bebió su trago y recibió su pan, que se guardaba. Y enseguida volvieron a cantar y se besaban, todos, como si celebraran algo.

–¿Sabes qué, hermano? Lo único que me gustaba en mi vida anterior, antes de ver la luz, era el teatro: cuando mi amo me llevaba al teatro. Dos o tres veces me llevó al teatro, y yo feliz. Y otras dos veces pude escaparme de su casa para ir.

Me dijo Rutila, su sonrisa entre triste y confiada, sentada sobre el camastro de Idumeo. Tras la ceremonia el diácono se había quedado en un rincón de la cripta, conversando con

Hermógenes y los dos comerciantes; sólo Rutila había vuelto al cuartito. Yo la vi llegar con una alegría extraña y le empecé a preguntar sobre su vida. Lo que me contaba no era interesante: en todo caso, mucho menos que lo que podría decirme el diácono. Pero yo sólo quería que él no llegara, que su charla durase. Era ridículo: estaba allí, podía enterarme de lo que quería, pero no quería. Me pasé una mano por los ojos, me pregunté por qué. Ella me hablaba con una mezcla de entusiasmo y desapego; yo no podía dejar de mirarla.

–¿Te das cuenta, hermano, lo engañados que podemos estar sin conocer a Dios? Ahora ya sé que eso que me gustaba son fiestas maliciosas, impuras, que nos hunden en la miseria de la carne. Así que lo dejé: me dio gusto dejarlo. Aunque a veces lo extraño, ¿sabes? El camino es difícil. Pero si no es difícil no es el verdadero.

–¿Y tú estás convencida de que este es el camino verdadero?

–Claro, claro. Todos me lo dicen. Idumeo me lo dice.

Era difícil argumentar contra esa falta de argumentos: quizás tendría que aprender a discutir con los creyentes. Intenté otra manera:

–¿Pero no te das cuenta de que si vas al martirio te vas a morir, niña querida?

–Puedes llamarme hermana, señor. Al fin y al cabo, tú también vas a emprender el mismo viaje.

–¿No te das cuenta de que si vas al martirio te vas a morir, hermana?

–Claro que me doy cuenta. No soy tonta.

–¿Y no te causa pena?

–¿Por qué, pena? Allá voy a ser libre. Allá vamos a aligerarnos de todas nuestras cargas, vamos a ser pura luz –me dijo.

–¿No dijo Idumeo que en el Reino vamos a encontrarnos con todos los placeres?

–Claro, claro.

Yo seguía distraído: la imaginaba fornicando con Hermógenes. Y con Idumeo en el Reino, aquí, en todas partes. Hasta entonces no me habían interesado esas gimnasias de los hombres. Algunas veces me había preguntado por qué les importaban tanto, qué había en ellas para llegar a obsesionarlos. E incluso llegué a pensar que era mi culpa, que nunca debería haber ligado la reproducción con unas sensaciones que los sacaban de sí, los extraviaban. Pero ahora era distinto: no podía dejar de imaginarla fornicando; su pelo corto negro alborotado, sus espaldas arqueadas, sus ojos más que abiertos, esas nalgas. Bajo su lana tosca, sus muslos se rozaban.

–Y entonces, si esos placeres… si el amor está bien en el Reino, ¿por qué no disfrutarlo ahora?

–No sé, hermano, no sé.

Por primera vez me pareció que vacilaba, e insistí:

–¿Por qué no, si el Reino es lo mejor, lo que todos queremos?

–No sé. Bueno, sí, sé: para llegar al Reino tenemos que ser puros.

La discusión no iba a ninguna parte: yo podía seguir diciendo que no tenía sentido hacer aquí lo contrario de lo que querían hacer allá pero chocaba contra la ingenuidad de la esclava, contra su convicción sin más razones. Lo peor era que empezaba a entender por qué le decía todo esto, y no me gustaba.

–Nuestro martirio es necesario, hermano. Sirve para dar testimonio: para que todos conozcan la grandeza de nuestro Señor. ¿No dicen que no hay mayor amor que el del que da la vida por los suyos?

–¿Y lo harías solamente por los otros?

Rutila, por primera vez, me miró franca: algo le tintineaba en los ojos terneros, brillitos de sudor en los pómulos altos. Se me

cruzaban ideas extrañas. Incluso pensé qué pensaría si yo le dijera que quien había creado este universo, inventado la vida, decidido la muerte, era yo. Seguro que no me creería, me acusaría de loco o de mentiroso o de blasfemo: era curioso. Pensé en el viejo soldado de Éfeso, que me había dicho que si la muchacha aquella no se hubiera muerto, él no habría necesitado ser un dios.

–No solamente, hermano, no. Cuando pueda morir en el martirio llego enseguida al Reino, ¿te imaginas? ¿Te imaginas, llegar al pie de la cruz con la cabeza alta, mostrarles cómo muere una cristiana? ¿Te imaginas, quemándome en la hoguera y antes de que mi cuerpo se chamusque ya estar con el Señor, hundirme en esas aguas? ¿Te imaginas, todos esos idólatras diciendo miren, miren qué valor tiene, y es una esclava, y los hermanos murmurando por lo bajo bienaventurada sea la hermana que ya se sienta a la diestra del Señor, y después recogiendo mis huesos chamuscados para guardarlos en una urna y adorarlos, te imaginas? ¿Te imaginas, yo, una esclava? ¿Te imaginas, después, a otros hermanos adorando mis restos, los restos de una mártir?

Estaba tan radiante. Yo ya no veía a Hermógenes: ahora era ella sola, su cuerpo retorciéndose demasiado cerca de mis ojos, olores de su cuerpo, morbidez de su cuerpo, sacudidas.

–¡Lúculo, se hace tarde!

Me gritó Hermógenes, y que era tiempo de volver. Idumeo me despidió al pie de la escalera que subía hasta el parque:

–Hermano, ya sabes donde estamos. Espero que vuelvas, que te unas a nosotros. Pero piénsalo bien: una vez que empiezas el camino, abandonarlo es pecado nefando.

Me dijo, y me abrazó. Nos subimos al carro, viajamos en silencio. Yo no podía evitar cierto rencor hacia Hermógenes: la imagen de Rutila entre las sombras. Y la preocupación por lo que haría. Al día siguiente tendría que informar a Galino los

resultados de mi gestión: sería fácil decirle que Hermógenes, efectivamente, seguía siendo uno de esos. Pero también sabía otras cosas.

–¿Y, Lúculo Cota? ¿Qué opinas de nuestro joven diácono? Es un verdadero santo, ¿no lo crees? Él te puede guiar en este viaje.

Le contesté alguna tontería que se perdió entre los ruidos del carro sobre el empedrado. Si le daba a Galino un informe completo, el próximo domingo los soldados llegarían a la catacumba y se llevarían a todos a prisión y, después, al martirio. Un rato antes, en medio de nuestra charla, le había preguntado a Rutila si creía que todos estaban tan dispuestos como ella al sacrificio.

–No sé. Una vez Hermógenes me dijo que tenía muchos amigos poderosos, que a él no le podían hacer nada.

También podía demorar mi informe un par de días, avisar a Rutila y los suyos para que se escaparan, o incluso hacer que Lúculo tuviera un accidente y nunca escribiera tal informe. Me distraje pensando si era lícito que yo interviniera, que cambiara el curso de las cosas y, si lo hacía, por qué o para quién lo haría. Después pensé que no había tal «curso de las cosas». Ciertas palabras de los hombres implicaban ideas, y algunas se me iban enredando. Estaba fastidiado.

–Porque tú realmente quieres emprender este viaje, ¿no es cierto, Lúculo?

Me dijo Hermógenes y, en la oscuridad, me pareció sentir un gesto de amenaza. Galino me esperaba. Cerré los ojos y volví a ver el cuerpo de Rutila: ya no estaba desnuda, ya no se arqueaba ni jadeaba ni olía ni gritaba. Ahora la lamían llamas y su mueca era de gozo aterradora. Pensé cómo me gustaría verla, en el momento del martirio, y pensé que a ella también le habría gustado. Aunque yo habría preferido otros arqueos, lamidas diferentes; lo sabía, y era difícil aceptarlo. Entonces

pensé que no podía privarla. Si era lo que ella quería, lo que podía darle felicidad en esta vida: aunque después se hundiera en las tinieblas. Me dolió, pero pensé que no podía privarla. Y quizás incluso el pobre Lúculo conseguiría su ascenso.

EL INFORME FINAL, 5

No escarmentaba: una y otra vez, Dios hacía todo lo posible por meterse en problemas. Que una oficial se interesara tanto por una forma de vida que había implantado en uno de sus cuerpos celestes era inusual pero admisible; que se mezclara con ellos, que adoptara sus formas y que, finalmente, terminase por experimentar sus ideas y sensaciones, estaba al borde de lo intolerable. Esa vez, debo reconocerlo, cometimos el error de no tomar las medidas que habrían correspondido para saldar la cuestión con sólo una advertencia. Si de algo debo responder es, sin duda, de esa omisión; aclararé, en mi descargo, que la situación era tan inusual que ninguna experiencia previa nos indicaba cómo actuar.

A su vuelta de Roma, Dios estaba desasosegada: nunca la había visto tan caída. Supuse que su propio agobio le acotaría el camino. Poco después el curso de una galaxia en el sector

, que amenazaba desbocarse, requirió su atención y la distrajo: creo que, durante ese rato, recuperó el placer de su verdadera tarea, y llegué a pensar que quizás se había enmendado. Después de todo, Dios era una oficial de la Corporación, una bola de todas las potencias, y supuse que no volvería a bajar a ese pedrusco. Fue si acaso, defecto de optimismo: no entendí cuán bajo había caído.

Cuando la galaxia retomó su rumbo, Dios volvió a su desasosiego. El pedrusco seguía desvelándola. Podía haber intentado diversas soluciones: conferenciar conmigo, estudiar sus archivos, pedir consejo a otras oficiales, aceptar el curso del

pedrusco o, incluso, declararlo perdido: la Corporación admite una tasa de fallos del 0,03 y –si bien nadie mejora su situación cuando declara uno– la mancha no es terrible ni indeleble. Pero Dios sufría, ya está claro, de una ambición que superaba sus mediocres talentos. Inquieta, conturbada, no se le ocurrió nada mejor que intentar una siesta.

Ya era tarde. Si al principio dormir quizás la habría salvado, ahora, tras sus escapadas al tercer pedrusco, el sueño fue una recaída. Quizás no fue deliberado, quizás Dios ni siquiera haya pensado en eso pero, en cuanto cerró los ojos que no tenía, imágenes demasiado familiares, demasiado ajenas, empezaron a desfilar por su magín dormido. Un desmedido ojo de esclava asentado sobre ocho pares de piernas y diecinueve nalgas le aleteaba con pestañas de chicos pataleando. Rutila le acariciaba la cabeza. Un cometa de colores opacos buscaba el hoyo anal de un zorrinito. Cuatrocientas esclavas con miradas terneras acarreaban una verga de mármol y trataban de convencerla con gestos y posturas de que era suya: que la usara. Rutila le acariciaba la cabeza. Un gigante de barba blanca larga hasta las rodillas la obligaba a mamarlo y Dios descubría que tras los pelos de la barba el gigante rebosaba de vergas: tenía infinitas vergas. Miles de esferas-culo rebotaban en el agua de un río y Dios las perseguía pero no conseguía atrapar una. Rutila le acariciaba la cabeza. Un viejo quería matar a un chico y estaba a punto de tajearlo con una teta puntiaguda. Una matrona la amamantaba y Dios era cada vez más beba, vertiginosamente chica: se perdía. Rutila le acariciaba la cabeza. Un hombre contrahecho se convertía en estatua de bronce y cada dedo de la estatua supuraba una lechita ámbar. Dios se tocaba y se tocaba con unos dedos redondeados y no encontraba nada donde agarrarse, nada para

tocar, nada que se ahondara o que sobresaliera. Rutila le acariciaba la cabeza. Una galaxia flaca se enredaba alrededor de otra galaxia: por gaseosas las dos se atravesaban sin tocarse y volvían y volvían a intentarlo. Mujeres de nalgas como nubes y hombres de manos formidables se trenzaban en fornicios que los iban convirtiendo en bolas: los hacían oficiales. Rutila le acariciaba la cabeza y Dios no sabía quién era esa cabeza. Se despertó y pensó en restregarse los ojos con las manos: no tenía ojos, tampoco tenía manos. Tuvo un momento de pavura.

Cuando volvió en sí, Dios entendió que había pasado un límite. No sé si se regocijó. Nunca una oficial de la Corporación había dormido: dormir, estaba claro, era un invento de los bichitos del pedrusco, y ella acababa de copiarlos. Las oficiales, es cierto, pueden tomar sus saberes de muy diversas fuentes, siempre que sean dignas. Dios patinó: su fuente no era defendible, esas criaturas tan poquita cosa, y ella siguió de frente: «Quizás el verdadero descubrimiento no era el mío, la muerte, sino el de ellos, el sueño». Después se dijo que si era de ellos era suyo: si los hombres han creado semejante cosa, pensó, un aporte que puede engrandecer nuestros archivos, yo, que los he creado, recibiré mi justa recompensa. Entonces decidió buscarse un par de cómplices: para dejar sentada su importancia debía difundir las bondades del sueño.

–Es un estado muy para nosotros: en él podemos ver lo que podríamos. Después, si acaso, hacerlo.

Le comunicó por la Red a una oficial más vieja, una de las escasas que se dignaban escucharla. (Pf)) ya tenía su universo muy armado, correcto, pero a veces le daban raptos de ansiedad: la atraían esas cosas. (Pf)) también incluyó en la comunicación a (zzi)): otra soliviantada. No hubo más. No quedaban muchas oficiales que quisieran conectarse con Dios:

cada vez menos la tomaban en serio.

–¿Hacerlo en el trabajo, quiere decir: ponerlo en universo?

Preguntó (zzi)), que tenía dificultades con un modelo de universo hiperconcentrado, toda la masa en un solo cuerpo potentísimo y muy difícil de manejar.

–Hacerlo en el trabajo, también, ponerlo en universo. Pero no sólo, compañeras. ¿Saben qué estuve aprendiendo de los hombres?

–¿Dijo: aprendiendo de los hombres? ¿Dijo eso?

Le preguntó la vieja (Pf)), que conservaba alguna dignidad.

–Dije, no desdigo. ¿Si una oficial no aprende de sus mundos, de qué aprende? ¿Han visto a esas que menosprecian lo que crían? ¿No se desprecian a sí mismas?

–Lo cierto, compañera, parece cual si cierto.

Concedió (zzi)), que parecía dispuesta a conceder bastante. El diálogo engranaba, y varias más se habían conectado para escucharlo: por chunga, sobre todo; es cierto que en la Corporación no pasa casi nunca nada. Dios no podía parar:

–Les aprendí: qué bien los apetitos.

–¿Dijo, qué nos dijo?

–Que extraordinario bien los apetitos. Explico, les explico: ¿Saben a qué les inventé apetitos?

Se jactó Dios, disimulando el hecho indisimulable de que, muy poco antes, se molestaba por la importancia del fornicio en los bichitos del tercer pedrusco.

–Porque no estén todo el tiempo del trabajo, pendientes, del poder que consiguen. Con eso se distraen, piensan en otras cosas.

–Por lo que vimos, en cómo trabajar más y tener más poder para saciar los apetitos, piensan entonces.

Le contestó, medio seca, la vieja (Pf)).

–No, no, no se confundan. Yo ahora les explico: apetitos son el mejor truco, grandiosa recompensa por estar. La Corporación

nos sería tanto mejor con apetitos. Acá, las bolas como somos, sólo para el trabajo estamos: para el poder solito. Si una oficial fuera, como aquellos los hombres, de apetecer una comida, un perro nuevo, un sudor de fornicio, un adorno del pelo…

–¿Qué dice, qué nos pasaría?

La cortó, medio impaciente, (zzi)): estaba dispuesta a conceder pero su universo se le desmadraba.

–Digo, nos sería tanto mejor la Corpo: se podría pensar en otras cosas, dedicarse a otras cosas un momento. No quedaría tanta lucha feroz, tan crudo ninguneo.

Dios, queda dicho, hablaba por puras apetencias personales, aunque disimulaba: cualquiera de nosotros es capaz de inventar casi sin darse cuenta teorías para apoyar cualquier cosa. De eso, finalmente, trabajamos: no de hacer universos, sí de armarles teorías que afirmen su belleza. Pero ese es otro debate. Dios, ahora sí, se iba pasando de la raya. Quizás por eso, más y más oficiales se estaban conectando.

–¿Y qué me dice, ponernos cuerpos como sus bichitos?

–De eso no digo nada…

Empezó a decir Dios, y una entusiasta recién llegada la cortó embravecida:

–¿Y no por qué? ¿Por qué no cuerpos que sirvan para algo? Comer, coger, tocarse, como los bichitos.

Dios se sintió, seguramente por primera vez, al borde de la gloria: una oficial decía que podría querer ser como los hombres. Después, siempre después, recordaría que no es lo mismo el borde que la cosa. En la Red se desataron las tormentas:

–¡Compañeras, comilitonas, no sean brutas!

–¡Animales, bichitos, carandines!

Lanzaban oficiales variopintas indignadas. Una trató de sintetizar la chacotada:

–¡Cuerpos, cuerpos, cuerpos! Sería una grasudez. ¿Con

muerte, vienen, dice? ¿Con esa cosa que usted les puso a esos?

–No, triludín, no dice: los cuerpos de las oficiales son sus universos, ¿no conoce?

Le contestó otra, apegada a las reglas.

–¿Y qué me dice, entonces? ¿De frotar universos?

–Ay ay ay, qué dulce el universo…

Se desbocaba todo, la chacota: Dios tuvo que intervenir para bajar el tono. Pensó que una aparente concesión podía salvar la base del asunto:

–No, no entienden. Para eso están los sueños. Cuerpos no, compañeras, no tenemos, estas bolas que somos, para usarlos: cuerpos no, pero podemos apetitos que se sacien en sueños.

La idea, en un primer momento, pareció bienvenida; la Red se llenó de hum y ahs y ajás, aprobatorios. A esa altura decidí intervenir. Quizás, es cierto, tendría que haberlo hecho antes. Aunque no mucho antes: ahora sí las posiciones eran claras.

–¡¡(vËf))!!

Le grité: la situación era tan seria que no correspondía llamarla por su sobrenombre. La Red se hizo silencio.

–(vËf)), escuche sin palabras: nadie les dice, usted, ustedes, que cambien cómo funciona la oficial. El orgullo la pierde, (vËf)): si no para, perdida se me queda. Cosa mucho menor tiene asignada: manejar su universo. Usted, ustedes: manejar universos. Si desbordan, si quieren modificar a la oficial, se arriesgan a lo espeso.

Traté de ser medido: la última concesión del jefe que conmina es no retar tan claro que el conminado se le ofenda: decir todo es decirle que no entiende nada. Las oficiales entendieron: eran oficiales. Incluso Dios, en ese momento, entendió que había llegado demasiado lejos, y decidió un recule.

«Tiempo al tiempo. Los sueños pueden servir o no: será cosa de verlo. Pero siguen siendo mi posibilidad de una contribución, de avance en el Tablero, y tengo que seguirlos. Con toda la prudencia necesaria, con todos los cuidados: explorarlo», apuntó Dios, disuelto ya el tumulto.

Había quedado reflexiva; durante un lapso largo controló sin mucho interés la evolución del tercer pedrusco: todavía le quedaba la mitad de su día dedicado a él y no sabía si eso la preocupaba o alentaba. En el pedrusco había, como siempre, guerras, mujeres que cantaban, dioses que se perdían, chicos nuevos, pueblos que se perdían, muy escasos inventos, imperios que caían, dioses nuevos: nada que la inquietara mucho; no parecía una época atractiva. Sí le llamó la atención que ya no perseguían a los cristianos: ahora, más bien, mandaban en una porción grande del pedrusco. Enfrascada en su discusión, Dios no había seguido los detalles: tendría que averiguarlos, pensó, pero no estaba en eso.

Seguía pensando en el sueño, la extraña criatura de los hombres, y preguntándose cómo lo habían logrado: le habría gustado suponer que ella misma lo había programado pero sabía que no. La duda le provocó otras dudas: «Si yo creé a los hombres, y los hombres el sueño, ¿no es posible que ellos hayan creado a esos dioses que dicen? Quizás lo hicieron: sería mi derrota», anotó, y enseguida después: «¿Por qué, derrota?».

Después pensó que eso no era posible, pero no terminó de estar segura. Debía decidir algo: el pedrusco seguía un curso imprevisible y ella se jugaba mucho en ese curso. Recordó, una vez más, al diácono y la esclava, y pensó que quizás no había entendido algo: «¿Por qué algunos de ellos quieren mantenerse castos? Sería, pretenden, para no caer en la debilidad de desear: para estar más arriba de esos barros. No es cierto: sí desean. Desean sobreponerse a sus deseos: un deseo más

orgulloso todavía», anotó Dios, y recordó una frase del soldado Praxímenes: «La astucia del dios consiste en simular que desea lo que no podrá evitar, me dijo», anotó. «Debo pensar en ese mecanismo».

Sus expediciones le servían, pensó, si acaso, para tratar de entender a esos organismos que había creado; no, por el momento, para influir en serio sobre ellos. Dios sabía que su intervención sería más eficaz si se mantenía exterior al pedrusco, si no entraba en cuerpos de bichitos, si observaba el conjunto, pero se decía que primero necesitaba saber más y que, por otra parte, esa intervención exterior la pondría en una situación casi ridícula: «¿Intervenir cómo, a la manera de esos dioses que los hombres se dieron? ¿Ajustarme obediente a sus normas y modos?». Sus argumentos podían ser razonables, pero estaban basados en premisas enfermas: el punto era que Dios, a esa altura, no podía prescindir de sus expediciones al pedrusco.

En el pedrusco, ahora, en un rincón perdido, desierto del pedrusco, Dios vio a una banda de camelleros que trataban de imponer un nuevo dios fanático: otro que, para ser, debía ser único. Le interesó, en principio: cuando era uno solo, pensó, el dios único tenía alguna chance; siendo más, todos ellos se destruirían mutuamente por su propia lógica, pensó: ningún dios que se pretende único puede sobrevivir a la constatación de que son varios. Su juicio estaba cada vez más vacilante: error y más errores. Más tarde sospecharíamos que la razón principal de su elección fue otra: aunque no podía dejar de ir al pedrusco, Dios había quedado asustada por el descontrol que le produjo su encuentro con Rutila. Pensó en bajar como mujer pero le daba miedo; cuando descubrió que los árabes que adoraban a este nuevo fanático escondían sus hembras con denuedo, decidió visitarlos como hombre.

Dios se dispuso a partir hacia el pedrusco, pero había algo que quería hacer antes. «No podría seguir adelante si no estuviera segura de que soy capaz de soñar, y controlar mis sueños. Si no, en verdad, sería menos que un hombre». Otra vez Dios cerró, con extremo cuidado, los ojos que no tenía: poco después vio o fue un guerrero tremendo de tan gordo, la cabeza de una sustancia vaporosa, el cuerpo de agua helada, las manazas de rayos, que cabalgaba el lomo de un elefante inmenso. Iba primero; detrás, llanuras de elefantes lo seguían y, más atrás, nubes de hombres en marcha. Había gritos, chirridos de metales, profundos plops, barritos de amenaza; había un olor espeso chamuscando. Los elefantes galopaban, decididos, pisoteando chasquidos y Dios no quiso saber más: victoriosa, consiguió despertarse de inmediato.

DÍA DEL TERCER PEDRUSCO, HORA OCTAVA. POITIERS

–Desde el momento luminoso en que Allah nos eligió, no sufrimos derrotas: el mundo se nos rinde.

Decía el guerrero viejo, los ojos entornados para hurtarlos del sol del mediodía, la piel oscura por tantos otros soles: arrugas, cicatrices. Y el jovencito de piel mucho más clara lo escuchaba como quien bebe de la fuente.

–No debe haber nada tan exaltante como guerrear todos juntos por la gloria de Allah, ¿no es cierto, mi señor?

–No hay nada, Muhammad ben Hafsun, nada en este ancho mundo que se acerque siquiera.

El viejo y el muchacho siguieron con su charla. Yo ya no los oía: lo miraba. El muchacho ladeaba la cabeza tan grácil, los ojos almendrados grandes verdes, la nariz aguileña, los labios entreabiertos, la frente esbelta donde corrían gotas claras. Alrededor el mundo se esfumaba: detrás, como en sordina, miles de hombres aprontaban sus armas. En el campamento de Abd al Ramán ben Abd Allah al-Gafiqí, emir de Hispania, se preparaba la batalla. Hacía veinte años que las tropas de su primer antecesor, Tarik ben Ziyad, habían entrado en esa pequeña península de Europa, y nadie pudo detenerlas: ahora el ejército musulmán estaba en las llanuras de Poitiers, en el centro del país de los francos. Desde el comienzo de la expedición, unos meses atrás, las tropas de Abd al Ramán habían recorrido y saqueado el valle del Garona, derrotado al duque de Aquitania, tomado y saqueado Burdeos, tomado y

saqueado Poitiers, robado el riquísimo tesoro de la abadía de Saint-Hilaire: nada que cualquier banda más o menos vehemente no pudiera hacer. En esos días, cualquier banda vehemente podía hacer lo que quisiera: era lo que después se llamaría un tiempo heroico. Ahora, por primera vez, un ejército cristiano considerable se interponía en su camino: lo comandaba el hombre fuerte de los francos, Carlos Martel, el mayordomo de palacio. Los francos usaban reyes que no servían ni para mayordomos, y mayordomos que servían como reyes.

–Nada como bordear la muerte por su gloria.

Yo me había quedado mirando el campamento: me atraía esa correría que, supuestamente, un dios guiaba, cuando vi al muchacho. Muhammad tenía el cuerpo gallardo, las piernas rectas, los brazos bien torneados: necesité tenerlo.

–Ya lo verás mañana en el combate, si Allah te lo permite.

Decía el viejo, y yo quise ser así de hermoso: un ejemplar perfecto de mis criaturas. Nunca había sido nada semejante: entré en su cuerpo.

–Pero los designios del Señor son insondables.

Me dijo el guerrero viejo, la barba blanca bien cortada, y yo lo miré con un atisbo de sorpresa. Era extraño estar en ese cuerpo: desde dentro, su belleza no era nada preciso; no la sentía en mi cara, no podía tocarla con mis manos, todavía.

–A veces, Muhammad, sus órdenes nos amargan el alma, pero tenemos que aceptarlas con todo regocijo porque Él se digna dárnoslas. ¿Estás seguro, Muhammad, que eres capaz de oírlas, sean lo que sean?

Muhammad ben Hafsun había nacido diecisiete años antes en la ciudad de Córdoba. Su padre, al principio, se llamaba

Ardabasto y era un noble cristiano del sur de Hispania, partidario del rey godo Akhila: su vida se dividía entre la explotación de su gran feudo en los alrededores de Córdoba, las partidas de caza con sus amigos y vasallos y las maniobras para que los suyos conservaran el trono: eso, entre aquellos hombres, parecía apetecible. Cuando llegaron las primeras noticias del desembarco musulmán en Gibraltar, su rey acababa de ser depuesto por otro noble cristiano, Roderico; Ardabasto, junto con varios de sus pares, creyó que una alianza con el invasor sería la mejor forma de castigar al nuevo rey y, quizás, recuperar el cetro para el suyo. Con esa expectativa armó cien caballeros y los llevó a pelear junto a los musulmanes: cuando entendió que los invasores querían instalarse en Hispania para siempre y estaban a punto de lograrlo, fue a ofrecerles un trato. Tarik, amablemente, le hizo entender que no necesitaba ningún pacto con él y que podía despojarlo de todo en un minuto pero que Allah, su dios, en su inmensa bondad, estaba dispuesto a aceptarlo en su seno:

–Allah, perro infiel, es el más grande, y tú ahora lo sabes.

Dijo Tarik, y creyó ver una sombra de sorna en la cara de su nuevo vasallo. Estuvo a punto de mandarlo ejecutar pero esa tarde se sentía magnánimo. A veces los jefes se complacen en guardarse una muerte: los hace sentir más poderosos que ordenarla.

–Sí, tardó en enviarnos su palabra, es cierto. Los cristianos, los hebreos ya habían recibido sus profecías, y nosotros nos sentíamos miserables: ¿Allah no nos hablaba, no quería nada con nosotros? ¿Qué es un pueblo si un Señor no lo adopta? Éramos huérfanos. Ahora sabemos que tardó porque quiso darnos lo mejor, lo más caro: la verdadera verdad de su palabra.

Pocos días después Ardabasto y toda su familia se convirtieron al islam en una ceremonia que colmó las naves de

la nueva mezquita de Córdoba; ese día empezó a llamarse Yusuf ibn Muhammad. A cambio, tendría derecho a conservar la mayor parte de sus propiedades y a esperar cierto peso en el nuevo gobierno: a mantener una vida parecida a la que había estado a punto de perder. La mudanza de dios le provocó ciertas zozobras, pero el Señor cristiano entendería, pensó, que el bienestar de su familia era más importante.

Los invasores trataban bien a los conversos: eran muy pocos, unos miles, y sólo podrían conservar el gobierno de la península si conseguían que millones de aborígenes abrazaran su causa. Los judíos, que habían sido esclavizados por los godos, fueron los más rápidos, pero la mayoría de los campesinos cristianos, ahogados por los impuestos de sus reyes, tampoco encontró razones de peso para mantener fidelidad al viejo orden.

Muhammad ben Hafsun nació cuando su familia ya llevaba dos años musulmana: sería, pensó su padre, el primero de su linaje en disfrutar plenamente de las ventajas de su nueva religión. Su educación fue de las más cuidadas; en cuanto tuvo la edad suficiente, el bajo latín que se hablaba en su casa fue reemplazado por el árabe y el chico aprendió a recitar los versos del Corán. Muhammad creció sin saber que su padre había renegado: era –se sentía– tan musulmán como cualquiera. Cuando cumplió doce años empezó su instrucción militar; a los quince era un guerrero consumado que no había conocido la batalla. Eran tiempos de relativa paz, y el muchacho chispeaba de impaciencia; por eso, cuando Abd al Ramán, el nuevo emir de Hispania, convocó a la guerra santa contra los francos, saltó sobre la oportunidad: su padre, que mantenía cierta influencia, le consiguió un puesto de escudero en la comitiva del caudillo.

–¿Estás seguro, muchacho, que eres capaz de cumplir la voluntad de Allah, sea la que sea?

–Por supuesto, señor.

Le contesté: yo también estaba muerta de impaciencia. Todo esto, de pronto, me resultaba un juego apasionante.

–Tenemos un problema muy grave. Sabes que Abd al Ramán está a punto de lanzarnos al combate: puede ser el peor de los errores.

–¿Por qué, señor, si nuestras armas nunca fueron vencidas?

–Siempre hay una primera vez y, por desgracia, bien podría ser esta. Nuestros hombres no terminan de estar listos: hay muchos voluntarios, muchos soldados nuevos, y los cristianos de Martel son numerosos y van bien pertrechados. Peor: están desesperados. A Abd al Ramán no le importa porque busca su gloria personal y, sobre todo, el tesoro de la basílica de San Martín de Tours. Pero si llegáramos a perder la batalla, Allah no lo permita, nuestra situación se volvería difícil: tú sabes que Hispania no está del todo pacificada, y una derrota daría alas a nuestros enemigos. Los infieles se nos vendrían al humo.

–Señor, con mis respetos: el emir debe saber mejor que nadie lo que debe ser hecho.

–No, muchacho, ese es el problema…

–¿Cómo no va a saber, señor, si Allah lo eligió para que condujera sus ejércitos?

–Eso, muchacho, eso: Allah no lo ha elegido.

–¿Y entonces cómo, por qué, entonces, cómo es que nos conduce?

Me gustaba simular esa turbación adolescente: ser el que nada sabe. Era, por una vez, tan descansado. Pero el juego se estaba haciendo arduo. El viejo se acarició la barba blanca, paladeó su argumento. El viejo se llamaba Ismail ben Rabah, y había llegado a Hispania con los primeros contingentes de Tarik: era un jefecito de una tribu del norte de África que había encontrado en la conquista la manera de izarse a posiciones que nunca habría esperado. Su experiencia, sus cicatrices, su

participación en las primeras gestas le daban una autoridad indiscutible:

–Muhammad ben Hafsun, eres un buen musulmán y sabes que muchas veces los designios del Señor no están al alcance de los hombres. Hay momentos, lo sabes, en que cualquier pregunta es herejía.

–Sí, mi señor, disculpe.

–Lo cierto es que, si no hacemos algo, Abd al Ramán puede llevarnos al desastre más completo.

–¿Algo, señor?

–Algo, y muy rápido. Muhammad ben Hafsun, sólo tú puedes salvar al islam: debes matarlo.

El viejo me miraba a los ojos muy intenso: pupilas negras, blanco surcado de venitas rojas. Estábamos bajo un árbol frondoso, en uno de los extremos del campamento; un poco más allá sonaban gritos, relinchos, los aceros. Más abajo había un valle muy verde con un río modesto; del otro lado, en las colinas, un ejército parecido al nuestro también se preparaba. Un poco más allá los robles iban enrojeciendo ante el otoño; los hombres, acostumbrados al sol de Andalucía, tenían frío. Los árabes decían que era el año 122 desde la huida de su jefe y profeta; enfrente, en el otro campamento, los cristianos suponían que era el 732 del palestino; el Jefe me diría que era el día del tercer pedrusco. Yo traté de pensar en cómo habría reaccionado Muhammad ante la propuesta: no tenía ni idea. Para ganar algún tiempo, seguí con las preguntas:

–¿Y cómo, mi señor, habría de hacerlo?

Mi retórica era excesiva: acentos de palacio con los que trataba de ponerme por encima del guerrero medio analfa. No servía para nada.

–Esta tarde su escudero de cámara se enfermará, tendrá unas

fiebres…

–¿Él también morirá, mi señor?

–Eso no es tu problema. El chico se enfermará, y nosotros conseguiremos que seas tú quien lo reemplace. Entonces no te será difícil darle una copa envenenada.

–¿Nosotros, señor? ¿Dijiste nosotros?

–¿Qué pensaste, muchacho, que yo solo te iba a embarcar en esta historia? Somos muchos los caídes que nos hemos unido para cumplir con los deseos del Señor y evitar nuestra ruina.

Hasta entonces pude sospechar el delirio de un viejo, pero ahora resultaba una conspiración en toda regla: era cada vez más excitante.

–¿Y puedo hablar con ellos?

–No conviene, muchacho, no conviene. Tu misión es segura, pero si la desgracia tuviera que atraparte será mejor que no conozcas a los otros: quien nada sabe, apenas dice nada.

La voz del viejo se había hecho tenebrosa: amenazante. Pero en sus ojos no sólo había amenaza, y su mano jugueteaba con el pomo plateado de su cimitarra: algo más húmedo apuntaba. Así debían mirarme muchas veces.

–Si son tantos, señor, si tienen fuerzas. ¿No sería más fácil matarlo con la espada?

–Todavía te falta aprender mucho. Semejante violencia sería muy perniciosa, frente a todo el ejército, en plena campaña.

–¿Y por qué yo, señor?

–Porque eres joven y valiente, porque amas al Dios como el que más, porque sabrías hacerlo…

El viejo hizo una pausa, y me miró de nuevo muy preciso: era notable lo que algunos hombres habían aprendido a hacer con la mirada.

–… y porque tu padre fue un infiel y tú no puedes darte el lujo de la menor duda. En una guerra, morirse es lo más fácil. Hay cosas más terribles.

La red estaba echada: me estaban cobrando el precio de mi sangre. Todavía se me ocurrió una última pregunta:

–Señor, con todos los respetos: ¿cómo saber que Allah realmente lo desea?

–También en eso habíamos pensado. ¿Te convencerías si te lo explicara el cadí Abd al Aziz?

La tienda del cadí Abd al Aziz ben Mawah estaba muy cerca de allí: visiblemente, los conjurados habían previsto casi todo. Caminamos entre más tiendas, mulas, sacas de harina, cacerolas al fuego, montones de armaduras, haces de lanzas clavadas en la tierra y, sobre todo, cantidad de soldados. Nunca había estado en una guerra; era curioso: en todo el tiempo que llevaba visitando el pedrusco, nunca me había mezclado en esos grandes momentos de los hombres.

Aquí había miles y miles de bichitos reunidos para matarse unos a otros. Nadie sabía cuántos eran: quizás treinta, quizás cincuenta mil, quizás setenta. Habían llegado de todas partes, convocados por la guerra santa: manadas de negros mauritanos hoscos, semidesnudos, tiritando; manadas de beduinos del desierto yemenita que parecían perdidos sin camellos; manadas de mercenarios de todos los puertos conocidos, tranquilos en su salsa; manadas de voluntarios que venían a cumplir –una vez en su vida– la obligación de combatir a los infieles; manadas de cristianos francos que peleaban contra los suyos para que Martel no reuniera un poder excesivo. Cada cual tenía sus razones, sus jefes, sus historias pero eran, finalmente, hombres muy lejos de sus casas, peleando por conquistar un mundo ajeno, incomprensible –por la gloria del dios que los guiaba.

Los dioses estaban progresando: este no sólo les permitía justificar gestos individuales. Esos miles y miles estaban allí gracias a ese dios que los mandaba. Algo había cambiado: en

otros combates los dioses de los soldados eran una ayuda, un arma más, y no el supuesto fin de la pelea. Aquí todos estaban dispuestos a matar por ese dios, para ese dios: mi invento prosperaba. La muerte tenía cada vez más aristas, pensé, y pensé que la ocurrencia del dios único los llevaba a eso: si el dios es uno y sólo uno todos los que no lo siguen lo socavan, son enemigos que restan a su gloria. Sus fieles tenían que imponerlo en todas partes, para que la verdad no tuviera fisuras ni manchones: entonces, pensé, la religión y la política de los hombres se hacían una también, y los unían. No me faltaba mucho para descubrir que mi idea era ingenua, por no decir cretina.

–Hijo mío, su egoísmo está a punto de perdernos. El Señor sabe que todavía no debemos dar esta batalla. Pero el emir quiere lanzarse por su propia gloria, no por la de Allah.

Me dijo el cadí Abd al Aziz, y el guerrero viejo asentía a mi lado. El cadí era un hombre de unos cuarenta años, corpulento, vestido con la camisa corta del soldado. La religión de estos hombres no usaba sacerdotes, pero el cadí era lo más parecido: un juez que tenía, entre sus deberes, el de dirigir las plegarias de los fieles.

–Allah, como sabes, nos ha creado con gotas de su esperma, nos manda el agua sin la cual no vivimos, nos alimenta y aun así, antes de la Revelación, cuando el Profeta no había hablado, los hombres se miraban a sí mismos y a sus éxitos como si fueran lo único importante.

Me decía el cadí, pausado, sentencioso. Él no sabía, no podía saber, que aquellos hombres tenían razón sin saberlo, sin saber las razones: no podía saber cuánto más los necesitaba yo a ellos que ellos a mí: cuánto de mi futuro dependía de que les fuera más o menos bien.

–El Corán nos lo dice: si los hipócritas, los enfermos de corazón y los agitadores no cesan, hemos de incitarte contra

ellos. Nos lo dice: esos malditos serán capturados y muertos sin piedad dondequiera que se dé con ellos.

El cadí no me hablaba: discurseaba. Era visible que no estaba dispuesto a discutir conmigo: sólo quería echarme encima el peso de su autoridad y de sus citas. En general, debía ser un buen método: un libro bien manejado podía justificar el blanco, el negro y cualquier gris que se cruzara.

–Tú conoces el Libro, muchacho, lo has leído. Y recuerdas cuando pregunta a los creyentes qué os pasa: ¿por qué, cuando se os dice id a la guerra por la causa de Allah, permanecéis clavados en la tierra? ¿Preferís la vida de acá a la otra? ¿Qué es el breve disfrute de la vida de acá comparado con la otra?

Todo eso ya lo había escuchado alguna vez, con ligeras variantes. La entrevista siguió así unos minutos. Cuando el cadí la dio por terminada me agarró con las dos manos la cabeza y me besó la frente: me pareció que el beso duraba demasiado. Después me dio su bendición y salimos de la tienda. El sol me deslumbró: una estrella tan nimia. El viejo Ismail se había contagiado del estilo del cadí –o había sido así desde el principio:

–Mantente a la espera: pronto te diremos cómo hacerlo.

–¿Y si no quiero?

–¿Tú crees que puedes querer o no querer? El cadí ha sido claro: Allah lo quiere.

–¿Y si no puedo?

–Podrás, muchacho, podrás. Recuerda que el Libro también dice que el éxito de toda intriga depende del Señor, porque Él sabe lo que merece cada uno.

Era notable, pensé, que este soldado viejo pudiera pensar que su dios, mañana a la noche, dedicaría su tiempo a nuestros actos.

–No es fácil esperar la batalla, ¿no, muchacho?

El soldado llegó ofreciéndome un tazón humeante: adentro había una papilla espesa de trigo y pasas de uva.

–No, no: no te avergüences. Te lo digo porque lo sé muy bien. Llevo mi vida en esto; no hace mucho terminé de entender que hay algo mucho peor que una batalla: la noche de esperarla.

La oscuridad caía y yo estaba sentado junto a un fuego: el campamento se había transformado en un bosque de fuegos, batallas contra el frío. El soldado se acuclilló a mi lado: era robusto, tosco, los ojos muy azules.

–La noche antes de la batalla piensas en todas las demás, las ves de nuevo: no sabes la cantidad de heridas y de muertes que llevo en este rato. Por eso dicen que lo mejor en estos casos es imaginar que uno ya lo ha hecho: que todo lo peor ya le ha pasado.

–¿Que ya estás muerto, piensas en tu muerte?

–¿Y cuándo no, muchacho? Nuestro Señor es sabio, el muy ladino: para que no caigamos en la soberbia de olvidarlo, decidió la duración de nuestras vidas como para que nunca estemos tan lejos del fin y del principio que no debamos tenerlos muy presentes.

Yo no lo había pensado pero él tenía razón: primero me dio orgullo, después el miedo de no estar a la altura.

–¿Te parece que Allah imaginó ese efecto?

–¿Y quién si no, muchacho, quién si no?

No quise seguir la discusión: trataba de pensar en la misión que me habían ordenado. De pronto empezó a hacerme gracia: yo, yo misma, tendría que matar a alguien, usar mi invento porque uno de esos dioses de tres al cuarto lo decía. El soldado no se arredró por mi silencio:

–Yo te conozco, aunque tú no me conozcas.

Por un momento tuve un escalofrío: ¿cómo podía ser que un campesino bruto pudiera saber quién era yo realmente? Lo extraño fue que, después del sobresalto, tuve un impulso de deleite: como si me gustase que, por fin, algún hombre supiera.

–Desde chiquito, te conozco. Yo fui vasallo de tu padre antes de la invasión y gracias a él sobreviví a todas estas carajadas. Él me convenció de hacerme musulmán: yo no quería, creía que era una traición, pensaba zarandajas. Él me dijo que había que navegar con la corriente y que tenía que hacerlo para vivir mejor: no sabía que ser musulmán es tanto más llevadero.

Yo empecé a interesarme: el soldado no lo necesitaba. A nuestro alrededor, a pasos de distancia, media docena de arqueros cantaban unos aires muy tristes: nostalgia del desierto con tambores.

–Más sencillo: los musulmanes no nos andamos con esas paparruchas de los cristianos, que si la Encarnación, que si la Trinidad. Los cristianos están llenos de dioses: todos esos santos, vírgenes, mártires que adoran. Idólatras, pejertos. Dicen que es uno solo, pero son centenares. Nuestros somos más sencillos: sobre Allah no se puede saber nada; sólo hay que obedecerlo y adorarlo.

–Ya lo sé, soldado, no me digas.

Le dije, sin ganas de más lecciones sobre dioses. Pero el soldado hizo una mueca seria y bajó el tono. La voz se le enredaba en el crujido de las llamas:

–Te vi hablando con él. Debes tener cuidado.

Yo puse cara de sorpresa.

–Vamos, hijo, no juegues ese juego. Yo le debo todo a tu padre, ya te he dicho. Ten cuidado. Esos llegaron en la primera expedición, la de Tarik, y ahora lo único que quieren es gozar tranquilos. Ya no les importa la fuerza del islam, la voluntad de Allah: te digo, nada más quieren gozar tranquilos. Y pueden

entramparte, aturullarte.

El soldado me puso una mano tibia sobre el muslo:

–Yo ya te lo dije, hijo: tú sabrás qué le haces. No son historias para una noche como esta.

Miré a mi alrededor: una noche como esta, al contrario, parecía hecha para cualquier historia. Su mano sobre mi muslo me pesaba y pensé que todos los hombres eran iguales: todos querían obtener ventajas de cada cosa que emprendían. La diferencia estaba en el tipo de ventaja. Era, hecho a lo bestia, lo mismo que muchos de la Corporación hacían. Por algo sería. A lo lejos, el cadí llamaba a la última plegaria:

–¡Allah es el más grande! ¡No traicionéis a Allah y a su Profeta! ¡No traicionéis la confianza que tienen en vosotros!

El soldado me palmeó el muslo con la mano pesada:

–¿Sabes qué? A unos minutos de marcha están las soldaderas: hay dos o tres que montan como la mejor jaca. No me digas que una hembra jovencita no nos vendría muy bien, antes de la pelea… Aunque tú, claro, debes tenerlas a montones.

La propuesta me atrajo: si iba a entrar en combate, ¿por qué no pasar por esa prueba? Me imaginaba la sorna de las oficiales si acaso se enteraban, pero no me importó: seguramente sería envidia.

–¡Muhammad ben Hafsun, por fin te encuentro!

Gritó el viejo Ismail casi sin aliento. Estaba parado junto al fuego y lo miraba con urgencia. Sin querer, los ojos del viejo fueron hacia la mano del soldado.

–Te he buscado por todas partes. Ven ya mismo.

Lo seguí: las soldaderas se disolvían en el aire. El viejo Ismail me dijo que Abd al Ramán había decidido dar la batalla al día siguiente, que todo se había precipitado. Caminábamos entre caballos, canciones y ronquidos; tuve un escalofrío. El escudero de cámara ya estaba fuera de acción, me dijo, y yo debía tomar el servicio de inmediato. No me acompañó hasta la tienda del

emir; a mitad de camino me despidió con un abrazo y un bolsillo de cuero que contenía un polvo claro.

–Te quedarás a la entrada de su tienda: el muy traidor está estudiando los movimientos para la batalla. Cuando te llame, entras y te las arreglas para ofrecerle una copa de algo con este polvo dentro. Todo muy fácil, muchacho, una pamplina. En cuanto la haya bebido, tú desaparece: el polvo te da dos horas de ventaja. ¿Está claro?

–Sí, señor, está claro.

–Piensa que si él se muere no hay batalla: piensa que es una muerte que evita tantas muertes.

Sus argumentos habían mejorado.

–¡Escudero!

La gran tienda del emir Abd al Ramán ben Abd Allah al-Gafiqí, gobernador de Hispania por cuenta del califa de Damasco para mayor gloria de Allah y de su Profeta, era una algarabía de brillos y tapices. Farolitos de aceite le daban luz, perfume: el olor del incienso era tan denso que quise cerrar la nariz para evitarlo. Por todas partes había almohadones, cofres, sillas, armas. El emir estaba solo, sentado ante una mesa de campaña repleta de pergaminos desplegados. Cuando levantó la cabeza tuvo un pequeño sobresalto:

–Tú no eres Yusuf.

La observación no me pareció gran cosa. Abd al Ramán volvió a mirarme, y mejoró el tiro:

–¡No, por cierto que no eres! ¿A qué debo este favor de Allah que me ha cambiado a ese zopenco por tan esbelto joven?

Me pareció que me burlaba. El emir había crecido en el serrallo del califa: exageraba las formas cortesanas. Abd al Ramán tenía poco menos de cincuenta años, las piernas cortas, los brazos musculosos y una rara majestad que quizás

descansaba en sus ojos muy negros, en su cuello estirado o en esa dejadez de quien tiene el poder y sabe que lo tiene. Así, creen los hombres, deben ser los dioses.

–Señor, Yusuf está enfermo y yo he tenido el honor de reemplazarlo. ¿Qué se le ofrece, por favor?

Abd al Ramán había recibido el gobierno de Hispania dos años antes: cinco emires destituidos o muertos en los seis años previos hablaban de las dificultades de ese cargo. Pero Abd al Ramán no estaba dispuesto a desperdiciarlo: era un noble sirio, amigo de un hijo del califa, que sufría de ver que había llegado tarde a todas partes. Si sólo hubiera podido nacer un siglo antes, solía lamentarse, cuando el islam estaba en sus comienzos. Ahora ya todo estaba hecho, la mitad del mundo conquistada, las dinastías establecidas; por eso, cuando llegó a su sede de Córdoba, no tardó en lanzar el llamado a una nueva guerra santa: todos los que quisieran acompañarlo marcharían con él contra los infieles francos y, bajo la guía de Allah, no pararían hasta el confín del continente. Una buena guerra era la mejor manera de desviar la atención y disciplinar a todos y, sobre todo, sería su forma de emular a los grandes. Ahora, en este valle franco, estaba por empezar su historia.

–Alcánzame una copa de vino.

–¿Vino?

–Dije vino. ¿O no dije?

Me dijo, casi irritado, y me miró de nuevo:

–Tendría que haberlo imaginado. Eres un poco joven para entender que no todas las palabras del Señor deben ser tomadas al pie de la letra. Algunas prohibiciones son buenas para la chusma: es necesario controlarla, se desboca. Nosotros somos guerreros, conductores de pueblos: tenemos mejores formas de complacer al Dios que tomar o no tomar una copa de vino.

Abd al Ramán se alzó las mangas anchas de su túnica de seda

con brocados: tenía las muñecas cargadas de pulseras. Yo fui hacia la otra punta de la tienda, donde un arcón sostenía tres jarras con sus copas de oro. Una de ellas rebosaba de un vino espeso, casi negro: cuando empecé a verterlo en una copa, el emir volvió a hablar a mis espaldas:

–Rebájalo con agua, por supuesto.

Dijo, y volvió a enfrascarse en sus papeles. Su voz tenía un matiz que me turbó, y no por miedo: no supe bien qué era. Se lo veía lejano: gerifalte volando. No me miraba; no me habría costado nada mezclar el polvo del bolsito que llevaba dentro de mi camisa, pero era muy temprano. Prefería pensarlo un poco más. O quizás sería mejor ahora: quién sabe si volvería a tener una oportunidad. Aunque seguía sin saber por qué lo haría: no, sin duda, porque un medio sacerdote de un dios de pacotilla lo dijera. Por un momento pensé en el último argumento de Ismail: para salvar a todos esos que velaban afuera. Me estaba reblandeciendo: si hubiera querido que vivieran para siempre no habría hecho la muerte. Después pensé que no tenía por qué influir en una cosa así: el curso de una batalla, de una rencilla de los hombres. Pero si hubiera sido un hombre, si fuera Muhammad, sin ir más lejos, también decidiría con mi polvo blanco. Entonces, si estaba a punto de influir igual que un hombre, ¿qué demonios era? Quizás el Jefe no estaba tan errado. Se me ocurrió que si no lo mataba, Muhammad y su familia serían destrozados, y que mejor no hacerles eso. No sabía. Palpé el bolsito dentro de mi camisa.

–Así que tú eres el arma de los palurdos esos…

No me atreví a moverme: sentía sus ojos recorriendo mi espalda, sopesándome. La turbación volvía. Era fácil olvidarme de cómo era yo, mi cuerpo, pero todos me lo recordaban todo el tiempo. Su voz estaba entre la sorna y el

desprecio:

–¿Esta era toda su conjura? ¿Un muchacho bonito que me sirva un veneno? Hay que ser más inteligente para conspirar contra mí, niño querido, deberías decírselo. Si es que puedes. ¡Date vuelta, carajo!

Le hice caso; por un momento no tuve que simular la turbación del muchachito: su grito me había confundido.

–Lo primero que debe aprender un jefe es a convivir con sus enemigos, sonreír a quienes están planeando su muerte. Pero lo último que puede aprender es a dejarse matar con la misma sonrisa. Esos canallas retrasaron nuestro avance, pusieron todo en peligro. ¿Te han contado que mandaron emisarios a los infieles francos para repartirse lo que haya sin pelear, para venderles la paz por un talego de oro? No, ya veo que no te lo han contado.

Abd al Ramán se levantó y empezó a caminar por la tienda. El suelo estaba cubierto de alfombras persas que contaban historias; en un costado, un cofre rebosaba de joyas y amuletos cristianos: había anillos, diademas, cruces de oro macizo. El emir agarró una cruz y le acarició la cabeza al palestino:

–Se humillaron, se rindieron a la cruz, los muy canallas. ¿De verdad te parece que aquí puede haber algo del hálito divino?

El emir lo seguía acariciando y me miraba; había algo en sus ojitos entornados, en la nariz picuda, que me desordenaba: los rasgos del poder, el aire de una voluntad que nada detendría. La sensación era desconocida y me asustó: quise, por un momento, estar muy lejos. El aire olía cada vez más fuerte; además del incienso de las lámparas, los movimientos del emir daban aroma de azahares. Había otro olor, también, que no reconocí.

–Así que esto era todo. Un muchacho bonito…

Me dijo, y sirvió dos copas de vino. Me alcanzó una: el cuerpo de Muhammad nunca lo había probado y me ardió en el

paladar; después trajo unas nubes.

–Así que eras tú. Seguro que te dijeron que Allah te lo mandaba… ¿Tú crees que Allah me habría traído hasta aquí para abandonarme justo ahora?

Abd al Ramán se sentó sobre una pila de almohadones. Yo amagué hacer lo mismo.

–No, no: tú quédate de pie. Lo único que faltaba.

–Señor…

–¿Qué, muchacho?

–¿Puedo hacerle una pregunta?

–¡Encima haces preguntas! ¿No te alcanzaba con querer matarme? Sí, puedes hacerme una pregunta.

El emir jugueteaba conmigo: me inquietaba y me placía que lo hiciera. La nube se alargaba.

–En verdad, ¿para qué quiere conquistar el reino de los francos?

–No quiero, no. ¿Quién sabe lo que hay más allá de estas colinas? Dicen que más allá está la Gran Tierra, llena de monstruos y gigantes: no sabemos. No quiero, pero detenerse es una muestra de debilidad que no podemos permitirnos. ¿Tú has visto a todos esos hombres allá afuera? Aunque ahora lo disimulemos, somos la última avanzada de una horda errante que ha conquistado medio mundo. Estos hombres están más cómodos en las tiendas del campamento que en las calles de las ciudades, en las carnicerías de la guerra que en los regateos de la paz. No hay más remedio que seguir adelante. La guerra pide guerra.

–Señor, ¿no dice el Corán que no hay nadie más feliz que el que sabe contentarse con lo que Allah le ha dado?

–El mundo, nos ha dado. O si no, según esa lectura, deberíamos habernos quedado en los desiertos de Medina.

–¿Entonces cómo puede un hombre contentarse con algo? Siempre puede creer que Allah le ha dado más, ¿no es así?

Ahora Abd al Ramán me miró como si mi cabeza también existiera: me subió un calor raro.

–También dice el Corán que hay que vengar a los mártires caídos en las batallas. Para eso, muchacho, se necesitan más y más batallas. La guerra pide guerra. Y tú querías matarme.

No era lo que decía: sus palabras se parecían a tantas otras. No era eso: había algo en la manera, quizás su forma de dejarlas caer como si no importaran, como si todo estuviera decidido de antemano. Y los relámpagos que cruzaban sus ojos y el pelo de sus manos. Sus hombros bajo la túnica de seda. Los hombres no sabían cuánto habían hecho cuando inventaron los vestidos.

–Señor, yo…

–Nada, no me expliques nada. Mañana, cuando triunfemos como Allah ha decidido, la cristiandad estará derrotada: esos infieles que se mueren de miedo allá enfrente son su última muralla.

En medio de la nube llegué a pensar que si el emir ganaba habría, por fin, un dios único prácticamente único, y que era una posibilidad interesante: quizás eso sí justificaba mi renuncia. De todas formas ya no era importante.

–Su última muralla. Y su jefe, Martel, su única esperanza, no es ni siquiera de verdad cristiano. Cuentan que es un idólatra, que adora a un dios del norte, que roba los tesoros de su iglesia, que ha condenado obispos. Están perdidos, bonito: ni siquiera el dios que dicen defender querría defenderlos. Su religión es tan falsa, bonito, que ni siquiera los que la defienden creen en ella: están perdidos. Allah es el más grande.

El emir se levantó; brioso, recorría la tienda. Ahora estaba cerca de mí, detrás de mí; seguía con sus palabras suaves, ideas terribles suaves, pero de pronto fue muy seco:

–Muchacho, tengo que hacer algo contigo. Te puedo decapitar ya mismo. Es una idea. O puedo esperar a que

termine la batalla y darte un escarmiento delante de los hombres. O puedo…

Una mano de Abd al Ramán ben Abd Allah al-Gafiqí, gobernador de Hispania, mi víctima y verdugo, se plantó entre mis nalgas. La otra me agarró del cuello y la quijada y me tiró hacia atrás la cara. Yo no me resistí: no sabía o no quería. El calor me subió por las piernas, la cintura: los dientes del emir me mordían una oreja, las piernas del emir me ataban una pierna, la baba del emir me hervía en la boca, los dedos del emir hurgaban en mi ojete. Yo gritaba y no intentaba desasirme. Sobre los almohadones, mi bolsito con polvo se había desparramado. El emir me tiró sobre los almohadones, me deshizo las telas: ahora estaba arrodillado sobre mí, apretando mi cuerpo contra los almohadones: el completo dominio. Completo, suponía.

–Tú, matarme, matarme…

De pronto su carne entró en mi agujero: fue un fogonazo, un estallido rojo: su carne hervía en mi agujero. El emir, su carne, iba y venía; yo le mordía una mano. Él gritaba, gritábamos, iba y venía en mi agujero, el rojo se extendía. Lo restante del cuerpo se esfumaba: la vida en el agujero. Emir iba y venía: la pujanza, su carne, sus venas, músculos, su sangre se imprimían en mi culo: su cuerpo hacía mi cuerpo, era mi cuerpo. Mis nalgas, el agujero, todo hecho para eso: todo encajaba tan perfecto.

–Tú, matarme, matarme…

Nunca nadie me había despojado así de mí; nunca había sido tan cuerpo como ahora. Empecé a ver que yo también podía influir con movimientos: le atacaba la carne con el culo, la rodeaba, rotaba, le enfebrecía la carne con el culo. Todo en él olía tanto.

–Tú, matarme, matarme…

Murmuró, y justo el alarido. Sentí caliente corriendo por mi

culo, el emir derramándose en mi culo, la caída de su cuerpo junto al mío. Estaba aturulado. Tardé un rato en salir de la nube, en empezar a pensar que era tan increíble el cuerpo que había hecho. A entender por qué los hombres podían hacer tantas gansadas por un culo.

–Tú, matarme, muchacho…

Estaba agotado, desarmado, aunque pensé que precisaba reponerme. Pero no me importaba si él decidía matarme ahora: Muhammad sabría entender, seguro.

–Señor, ¿puedo hacerte una pregunta?

Habíamos pasado unos minutos en silencio, casi sin movernos. Él había puesto mi mano en su verga y yo tenía una rara sensación de gratitud. Nunca me había sentido tan cerca de nadie, y quería hablar con él. De pronto se me ocurrió que había entendido: quizás los hombres y mujeres hacían estas cosas para poder hablar.

–Una sola, bonito. Tengo que seguir pensando mi plan para mañana.

Me dijo, y se sentó sobre los almohadones. Recién entonces me di cuenta de que su tez oscura se hacía blanca donde el sol no llegaba.

–¿Tú crees que esos hombres ahí afuera quieren que los lleves al combate, a enfrentarse otra vez a la muerte?

–Esos hombres quieren lo que yo y Allah les digamos que quieran. Para eso estamos.

Me dijo, mientras se levantaba: no esperaba ninguna respuesta de mi parte; yo para él ya no existía. Mi cuerpo no debía estar acostumbrado a estos ajetreos y me fui durmiendo suave, placentero. Justo antes de caer pensé que mi invento era increíble.

Cuando me desperté el emir ya no estaba. La noche había

pasado en un momento: sin sueños, sin mojones. Era tarde: nadie se había molestado en despertarme. Quizás Abd al Ramán me había dejado dormir para que no enfrentara a la muerte en la batalla; quizás no quiso que muriera en otras manos y se reservó mi ejecución para después. Quizás ya no quería matarme. Un sol tibio me rozó la cara y tardé en ordenar lo que me había pasado: cuando empecé a recordarlo un poco más pensé que lo mejor que podía hacer era olvidarlo. Aunque suponía que ese recuerdo me iba a perseguir por mucho tiempo y no tenía nada que hacer con él: ¿qué diablos podría hacer una oficial de la Corporación con la memoria de carne en el agujero? ¿Qué coño con una sombra tan humana? De verdad tenía que olvidarlo, pero esa era una facultad que las oficiales nunca hemos tenido: no estamos preparadas para eso.

–¡Por Allah, nos atacan!

Desde la entrada de la tienda se veía todo el valle, la batalla: las flechas de los arqueros africanos oscurecían el aire pero rebotaban contra los escudos y yelmos y armaduras de los francos; los cascos de la caballería ligera musulmana retumbaban la tierra pero sus cargas chocaban contra los caballos acorazados de los francos; los alaridos de los infantes andaluces estremecían los cuerpos pero sus lanzas no alcanzaban a deshacer las formaciones de los francos; los nuestros eran más y atacaban sin mengua, pero no penetraban las defensas cristianas. Así era el panorama desde lejos, a vista de caíd; mirando más de cerca, era otra cosa: gritos, chorros de sangre, miembros desarraigados de sus cuerpos, cuerpos desmoronándose a los tumbos, caballos destripados, el olor de la sangre, el olor de la mierda, jadeos, escalofríos, el óxido de un tajo mezclándose en un cuerpo, la mano que se agarra de una flecha en el pecho, murmullos moribundos pidiendo por sus dioses, un soldado llorando por su madre: la batalla de cerca era una repetición siniestra de mi noche anterior sin

placer para nadie.

–¡Miren, hermanos, nos desbordan!

Polvareda de jinetes salió desde detrás del campamento franco; en un momento, sin que nadie consiguiera impedirlo, rodearon el pequeño promontorio donde una bandera blanca y una sombrilla púrpura identificaban el puesto de mando de Abd al Ramán ben Abd Allah al-Gafiqí. Yo lo vi claramente, con una lentitud exasperante: los jinetes francos avanzaban, la escolta del emir se retiraba, los francos rodeaban al emir de Hispania; entonces el emir levantó el brazo derecho, blandió su cimitarra tachonada de piedras, gritó algo que no pude oír y se lanzó hacia ellos. Veinte espadas cristianas se molestaron para herirlo: el emir cayó al suelo. Tres caballeros francos lo pisotearon con los vasos de sus caballos percherones; cuando se retiraron tenían las patas gruesas embarradas de sangre, triunfadoras.

La retirada musulmana había sido caótica: no sabían cómo hacerlo, no tenían la costumbre. En cuanto los caídes vieron que su jefe había muerto, ordenaron un retroceso que se hizo desbandada. Miles de soldados desesperados corrían hacia el campamento: trataban de salvar sus pertenencias o de encontrar refugio más allá, entre los árboles del bosque. Llegaban cubiertos de sangre, costrosos, desastrados, a los gritos; tardamos en darnos cuenta de que los cristianos no los perseguían: no tendrían, sin duda, la fuerza suficiente.

Caía la noche. Allá enfrente, el campamento cristiano se había encendido en fuegos; en el medio, el valle era un estanque de cadáveres. Los cristianos habían mandado un emisario para convenir que la batalla se suspendía por la penumbra: que seguiría en la mañana. El caíd que lo recibió

aceptó la propuesta; poco después los jefes musulmanes dieron la contraorden: en cuanto la oscuridad fuera completa partiríamos sin armar barullo, dejando nuestras tiendas y toda impedimenta. Alguien me puso una mano en el hombro:

–Bueno, todavía estás vivo.

Me dijo el soldado andaluz vasallo de mi padre. Por suerte, no me preguntó qué había hecho durante la batalla.

–No sirvió para mucho no matarlo, ¿eh, muchacho?

–¿Sabes cómo murió?

–Dicen que gritaba Allah, Allah es el más grande. Ya sabes lo que dice el Libro: vosotros, los creyentes, tenéis la morada postrera junto a Allah, vosotros y más nadie: ¡desead la muerte, si sois consecuentes! Así muere un devoto verdadero.

Me pareció tan triste, tan inútil; por un momento me volvió la memoria de la noche. El soldado se acercó un poco más para hablarme en voz baja:

–¿Tú viste cómo fue? Dicen que la escolta se retiró porque los caídes le habían pedido que diera la orden de repliegue y él no quiso. ¡Los canallas!

–¿Por qué ganaron, soldado? ¿Por qué ganaron ellos?

–Quizás nuestro Señor está tratando de probarnos.

–Ellos creerán lo contrario: que su dios es más grande.

–Seguramente, muchacho. Me han dicho que algunos soldados cristianos llevaban un trozo de esponja bendecido por su papa. Dicen que no murió ninguno que llevara su esponja.

–¿Y tú crees eso?

–Yo ya ni creo ni hablo. ¿Sabes, muchacho? Ismail cayó en la batalla pero el cadí está vivo, y varios otros. ¿Cómo vas a esconderte si te buscan?

Yo lo miré: las sombras lo ocultaban, y recién entonces vi que tenía la camisa empapada de sangre. A nuestro alrededor, médicos cortaban piernas y brazos para evitar gangrenas: sus cuchillos no hacían mucho ruido.

–¿Estás herido, soldado?

–No importa, el Señor dispondrá. Pero tú, ¿cómo vas a esconderte?

–El Señor me protege: no debo tener miedo.

Me pareció que ya empezaba a usar el humor de los hombres.

DÍA DEL TERCER PEDRUSCO, HORA NOVENA. CONVENTO DEL PARÁCLETO

No entiendo para qué sigue manchándome esta sangre. Llega, sigue manchándome: mes tras mes, luna tras luna aparece y me mancha, llega desde ese lugar que tengo y que no tengo, se desliza, me mancha para nada: para decirme que donde ya no tengo nada, queda sangre. Sangre por nada, en el lugar de nada: donde tengo y no tengo. Dios, el Dios con el que todos me amenazan, me manda sangre para que no me olvide de lo que ya no tengo. ¿Será tan cruel? ¿Lo querremos tan cruel? Cuando veo la sangre pienso en ella: recuerdo lo que no sé de ella, murmuro lo que no debo decir, imagino lo que no debo preguntar, pienso en su sangre que ahora debe empezar. Recuerdo meses en que no había sangre y sí ese lugar, el lugar existía: tenía tanto ahí, existía tanto. Siento el calorcito pegajoso de la sangre, viscoso de la sangre, el olor dulce de la sangre, las manchas de la sangre, me tizno con la sangre: pienso en mi hija, cuando toco la sangre. No sé nada de ella: nunca supe. O sí: al principio supe. La vi, la tuve, la tuve antes de verla, después la vi, la tuve, pude apretarla, lavarla, despegarle la sangre. Él no la vio: seguramente nunca quiso.

Quizás no quiso, quizás sí. Él no sabe qué quiere: sabe muy bien qué debe; nadie es mejor que él para saber qué debe. ¿No dijeron sus amigos y enemigos que nadie sabe más que él sobre el cielo y la tierra, y menos sobre sí? Sabe, sobre sí mismo, ahora, lo que debe: debes amar a Dios sobre todas las cosas, sabe. Debes amar tanto a Dios que no amarás a ningún otro con

un cuerpo, sabe. Debes mantener la tentación alejada de tu cuerpo, sabe. Debes aprender a guardar el silencio de tu lengua y tu carne, sabe. Se lo voy a decir: Dios te sirve para no tener que saber nada sobre ti. Para no conocerte, si de todas formas Dios es lo único que merece ser conocido y nadie puede; para no hacerte cargo de tus actos y efectos, si de todas formas Dios los juzgará y los llevará a buen puerto; para no caer en decisiones, si de todas formas es Dios quien decide si debes o no debes. Para escaparte y Dios es tu refugio, cueva oscura. Eso le voy a decir, cuando le escriba. Diez años. ¿Cómo puede ser que hayan pasado ya diez años? ¿Diez años? ¿Quince años? ¿Quién puede contar los años, creer que los años del encierro son años, los años del silencio años, los años del destierro años, años los de la soledad, los de la lejanía, los del olvido años? ¿Cómo contar los años, tan distintos? ¿Para qué contar años?

Yo era tan chica: me creía tan sabia. Mi tío me creía tan tonta. Sólo tan chica me creí tan sabia y los demás tan tonta: chica es el momento para que todos crean de uno, porque uno no se sabe quién será todavía. Es, pero no se ve: la escultura que acecha en la cabeza del artista y es, pero nadie la ve; algunos la creen bellísima, otros monstruosa, la mayoría imposible. Como el mundo en la cabeza de Dios cuando no lo había hecho, cuando no nos castigaba todavía. Yo me creía tan sabia: él era. Era sabio, Abelardo, era tan sabio, y me llegó como quien entra en territorio conquistado: con esa apostura suya, serenidad la suya, altanería la suya, desprecio que tienen esos hombres que se creen que conocen a Dios mejor que nadie. Era sabio y me decía que era sabia, que yo podía escuchar como ninguno sus palabras, entender sus palabras, que nuestros cuerpos debían seguir ese camino que las palabras les marcaban. Y yo le creía porque quería creerle: no por engaños, no por su sapiencia, su apostura, su orgullo, suavidad, no por él le creí: porque quería creerle. Yo quería, Abelardo, no

eras tú: era yo quien quería lo que tú, tú lo que yo: había nosotros y estaba hecho de cuerpos. También cuerpos, mal que le pese a Dios: tromba de cuerpos.

Seguro que te acuerdas, aunque digas que no, aunque creas que no seguro que te acuerdas: cómo bebiste alguna vez mi sangre, cómo cantabas que mi sangre era un vino sin par, un elixir divino, la sangre que tu sangre alimentaba. Cómo decías que mi cuerpo era tu pan, vino mi sangre, comunión en esa unión perfecta: cómo me lo cantabas, con palabras y cuerpos. Seguro que te acuerdas: las noches en que no podíamos saber tuyo ni mío, en que todos los saberes eran mudos, en que los ojos miraban para adentro, en que cantábamos silencios: cuando no había terceros. Seguro que recuerdas cuando no había terceros: cuando nos desasíamos. Amor es deshacerse de cualquier tercero; aunque se llame tío, mundo, sabiduría: aunque se llame Dios.

Aparecieron: después aparecieron. Mi tío te acusó, el mundo te acusó, cualquiera te acusaba salvo yo, pero ya no querías preguntarme. Aparecieron: entonces tú quisiste que nos casáramos para quedar en orden ante Dios; yo te repetí hasta las lágrimas que quería ser tu amiga, tu amante, tu cortesana: que quería ser tu puta. Te daba mis razones: que no quería que un hombre que estaba hecho para el mundo fuera para mí sola, que un maestro de tu talla no debía atarse a los yugos del matrimonio y la familia, que sólo a ti quería y no tu fama, tu nombre, tu fortuna. Yo te daba mis razones, pero no te decía que mi razón era que no quería ver a Dios entre nuestros abrazos, corrigiendo nuestras frases de amor, bendiciendo mi sangre que bebías, sellando nuestros besos. Cómo querer que Él ocupara el lugar que sólo tenías tú, mi único dios…

Nada podía ser tan complicado: yo la

escuchaba y pensaba que nada tenía por qué serlo. Yo no los hice así, me pareció: no quise hacerlos así. Yo no creía que fueran así: por eso fue una sorpresa cuando escuché a Heloísa.

Tardé un rato, tras la batalla de Poitiers, en recuperarme de esa noche: el recuerdo me golpeaba en el magín –que no tenía–, me picaba en el cuerpo –que tampoco. Fue un rato que prefiero no recordar: la cólera del Jefe, las pullas de las otras oficiales, mi propia preocupación por el rumbo del pedrusco, por mi lugar en el Tablero y, sobre todo, por mí misma. Mis expediciones me estaban llevando al peligro de una transformación que no tenía destino, y decidí probar otra manera: todavía quería salvar la marcha del pedrusco, todavía me quedaban esperanzas, y pensé que, para entender mejor a los hombres sin arriesgarme tanto, sería bueno escucharlos pensar, oír sus razones.

Cada vez me interesaban más los hombres de los dioses únicos: eran los más cercanos a mí, los más acertados y los más erróneos. Me atraía mucho más ese dios judío o cristiano o musulmán que los cientos de dioses de África o de América o el dios que no era un dios del Asia.

En ese momento, Europa estaba borracha de su dios. La Iglesia de los cristianos definía todo: reinos, conductas, posesiones, guerras, el arte, los amores. En refectorios, monjes escribían relatos luminosos donde santos alados en corceles blancos decidían la batalla de Poitiers a favor de Jesús, donde las flechas y lanzas de los árabes se volvían en el aire contra ellos, donde trescientos cincuenta mil musulmanes caían masacrados por impíos y su emir –mi pobre emir– moría inflamado por la bola de fuego que bajaba del cielo. Incluso esa pelea de barbarie era una hazaña de su dios: su dios era la base de todas las cosas, y no se lo sacaban nunca de la boca.

Por eso quise escuchar a Heloísa: ella lo nombraba distinto, le peleaba el espacio. Heloísa era la mujer más renombrada, la

protagonista del mayor escándalo que conoció su tiempo. Habían pasado más de mil años desde la muerte del palestino y los cristianos lo llamaban siglo XI. Heloísa había nacido rica en la isla de Francia: había estudiado y, antes de cumplir los veinte años, se le suponía un saber que ninguna mujer tenía en esos días. En París, en esos días, algunos volvían a querer saber y pensar, reflexionar sobre las cosas: a buscar razones para casi todo y a encontrarlas en su dios a casi todas.

Pedro Abelardo ya tenía cuarenta años y era el sabio más sabio: sus lecciones de lógica, retórica o teología atraían a cientos de estudiantes a París y su apostura hacía llorar a las mujeres, o viceversa. Pero se mantenía casto, como decían o hacían los clérigos: hasta que conoció a Heloísa. Abelardo diría después que perdió la cabeza: no le fue difícil convencer a Fulbert, el tío de Heloísa, de que lo dejara vivir en su casa; a cambio, él instruiría a la chica. Era, diría después, «como poner a un tierno cordero en la boca del lobo famélico». Y la mordió, pero siempre respetando las costumbres de su tiempo: sus amores se mantuvieron fogosos y clandestinos por un tiempo hasta que el tío se enteró, ella quedó preñada, y fue el desastre. Era curioso que algo tan nimio provocara tanta desazón; lo cierto es que se dieron a la fuga. Abelardo llevó a Heloísa hasta Bretaña y la dejó en casa de su hermana; allí ella tuvo a su hija. Poco después Heloísa dejó a la niña con su tía y se volvió a París. Fulbert, el tío traicionado, exigió una reparación, y Abelardo ofreció casarse con su amante, a condición de que la boda fuera secreta: Heloísa no quería, su tío lo aceptó y, una vez casados, Abelardo mandó a su esposa a recluirse en un convento. La veía de vez en cuando, en secreto, y la seguía deseando: después recordaría cuando la sometió en un rincón del refectorio, bajo una estatua de la virgen María, aunque «tú te rehusabas, te resistías con todas tus fuerzas, intentabas persuadirme pero, aprovechándome de la debilidad de tu sexo,

yo forcé tu consentimiento con amenazas y con golpes». En el refectorio hacía un frío endemoniado y, desde la pared, esqueletos pintados sonreían: «Como tú eres ahora, así éramos nosotros y como somos nosotros, así serás tú», decían sus leyendas.

El tío Fulbert también esperaba para tomar venganza: la venganza era un precepto ineludible. Una noche sus esbirros sobornaron a un sirviente de Abelardo, que les franqueó la puerta. Lo encontraron dormido y, antes de que pudiera enfrentarlos, lo castraron: les faltaba, supongo, imaginación para la metáfora. A los hombres siempre les faltó: bien pensados, hasta sus dioses siempre fueron obvios. El escándalo se hizo incontenible. Los castradores fueron castrados a su vez; para más inri, les sacaron los ojos. Abelardo se retiró a un monasterio: tras el dolor quiso creer que su desdicha lo liberaba de las tentaciones de la carne y le ofrecía una forma de retomar el camino más recto. Heloísa, en su convento, lo lloraba.

La historia me había atraído: tenía tanta materia truculenta, y yo estaba cada vez más seducida por esos barrizales. No me jacto, pero era cierto. Aunque siguiera sin entender por qué armaban tanto alboroto por un par de fornicios; yo ya sabía cómo era eso: sugestivo, pero no para tanto. Por momentos me parecía que confundían los jadeos y la baba con ese «sentido de la vida» que, contra toda razón, insistían en buscar. Búsqueda tan peregrina podía emprenderse en cualquier lado: incluso en una cama.

Escuchar a Heloísa era como bañarse en una mermelada incomprensible, pero algo en sus palabras me sedujo: quise seguir oyendo. Para tranquilizarme me dije que decía cosas sobre su dios que podían serme útiles: ella, en su cólera; ella, en su desespero. Quizás, pensé, tanta complicación no era su culpa.

Yo creía. Por supuesto creía. Yo era un juguete de Dios, y quería serlo: disfrutaba de serlo. ¿Qué mejor que ser un juguete en las manos de un todopoderoso? Hasta que descubrí que prefería que las manos fueran tuyas; Abelardo, descubrí que era mejor cuando las manos eran tuyas. Dios es un nombre del misterio; la carne es cierta. No es débil, no es fuerte, no es baja ni elevada, amarga ni dulce, culpable ni gloriosa: es cierta. ¿Por qué abandonar lo único cierto que tenemos en aras de un misterio que tememos, que nos conmina y nos castiga? ¿Te acuerdas cuando tu cuerpo se metía en mi cuerpo en el refectorio del convento de Argenteuil, Abelardo, cuando no había Dios que separara nuestras carnes? ¿Cuando la Virgen nos miraba con celos, con envidia? ¿Cuando no había más Cielo que ese cielo que hacíamos jadeando? ¿Cuando sabíamos que Dios no podía nada por nosotros, nada en nosotros, nada contra nosotros? ¿Cuando no lo necesitábamos, recuerdas?

Después fue el contraataque. Dios y tú me encerraron aquí adentro: para que mi sangre llegue desde ninguna parte me encerraron, para acabar conmigo me encerraron, para librarse de mí me encerraron aquí adentro: porque tú y Dios le temían a mi cuerpo. Aquí adentro canto, como, cago, me lavo, me peino, camino, escucho, duermo, me arrodillo: hago todo lo que las reglas de Dios permiten a mi cuerpo. ¿Por qué tanto temor, Dios, Abelardo? La música me excita, ciertos sueños, un roce, la memoria me excita: ¿por eso debo estar encerrada aquí adentro? Mi amor el Dios castiga, Abelardo: por él mi encierro, porque no me arrepiento.

En cambio él se arrepiente. Ahora se arrepiente: se desdice. Abelardo se arrepiente y dice que sólo saciaba en mí sus miserables pasiones. Sus piernas retorcidas, miserables; miserables sus manos esculpiéndome formas siempre nuevas;

miserables sus ojos como mechas, como flechas sus dedos, miserables; miserable su verga, un lázaro que revivía feliz tras el entierro; miserables sus pelos, liados con los míos, miserables; ¿todo en él, miserable, cuando era tan feliz? ¿Saciaba sus pasiones miserables? Yo también saciaba en él las mías, pero no son ni eran miserables: son todo todo, lo que fue de mi vida. Pero a él le dijo Dios que no, que fuimos miserables: ¿para qué le sirvió obedecer a Dios, hacerle caso en todo? ¿Para estar como estamos? ¿O sin Él, Abelardo, no lo soportarías? A veces pienso que hablas tanto de Dios porque te crees, en tu orgullo imposible, muy parecido a Él; otras, porque tu desamparo es tan completo que nada más la idea de algo descomunal puede aplacarlo. Quizás sin Él tu carne muerta, desprendida, no tendría reparo: sería miserable. ¿Pero te habrían cortado como a un buey si Dios no hubiera impuesto reglas y condenas? En Él está la culpa, en Él está el castigo, ¿qué queda para ti, Abelardo? ¿No tienes más orgullo? Yo te lo voy a decir, para que sepas, para que te avergüences si quieres, para que te envanezcas: no fue por Él que entré a este convento, que me enterré en esta vida de cotorras, que me resigné a ver correr mi sangre desde ninguna parte. Ya sabes, Abelardo, fue por ti: no puedo esperar ninguna recompensa de Dios porque no fue su amor el que me trajo; fue el tuyo, Abelardo. Tú prefieres su amor; yo me escondo en el nuestro. Tú mueres por su amor; yo por el tuyo vivo.

Yo creía; por supuesto, creía. Era un juguete, y me gustaba serlo. Hasta que entendí que el juego que él jugaba era egoísta. Después de tu desgracia me dijiste que era justicia, que era un acto de pura clemencia y misericordia que Dios te aligerara del miembro por el cual pecabas, Abelardo. ¿Dónde estaba el resto de tu cuerpo, dónde tu espíritu, tu alma

dónde estaba cuando me hacías pecado? ¿Sólo con él pecaste, solo miembro? ¿Qué hacían mientras tanto esas miradas, manos, palabras, los pelos erizados de tus brazos, los recuerdos que íbamos dibujando? ¿Qué hacían tus dedos cuando se te encrespaban, cuando pintaban respuestas en el aire? ¿Qué tus olores, el incienso que se escondía en tu pelo, el acre de tu verga, la tinta de tus manos, el aliento de yegua en tus axilas, el fresco y leche de tu lengua? ¿Qué las esperas, Abelardo, esas esperas de encontrarnos que me enseñaron lo que era el infinito? ¿No eran pecados, ellos, no eran tampoco glorias?

Me dijiste justicia, Abelardo, que había sido justicia: que Dios te aligeró por pura compasión del pecador pedazo. Y me dijiste que era justo porque ese trozo era tan vil que por vergüenza suelen llamarlo las vergüenzas, y que nadie se atreve a llamarlo por su nombre. Yo lo llamo, en mis sueños lo llamo, en mis plegarias llamo, en mis recuerdos llamo, y lo llamo por todos los nombres: todos hablan de él, gritan sus formas. No sabes la cantidad de nombres que tienen en mi boca tus vergüenzas, la cantidad de gustos que tienen en mi boca, olores en mi boca tus vergüenzas. De nombres en mi boca: a veces las llamo mi espada y no responden. Otras mi cachorrito tuerto, la llave de mis puertas, mi árbol de la vida, la torre de mi iglesia; el confín de mi casa, el principio del mundo, mi caballero andante; lubina de mis mares, vela de mis tinieblas, la tremenda poronga, largavistas. Otras flor de mi fruto, cabeza de mi cuerpo, final de mis principios; huérfano de mi sangre, botella al mar sediento, niño perdido en el bosque del Cielo. Otras las llamo verga apocalíptica, el arbusto encendido, el rayo justiciero, el triunfo de la carne, la trinidad santísima, la pila bautismal con su bendita agua. No sabes, Abelardo, la sed aterradora que todavía les tengo.

Dijiste que Dios te aligeraba con justicia de la única porción que te hundía en el pecado: puedes llamarla como quieras, tú

también, pero esa es la porción que me enseñó el amor, la que engendró a tu hija. Si hubiéramos seguido las reglas que ahora sigues, si yo me hubiese guardado la llave de mi cuerpo, si hubieses escuchado entonces las diatribas divinas, ella no habría nacido: no sería. Mi sangre, la sangre que me mancha, que me llega pegajosa desde ese lugar que ahora tengo y no tengo, la sangre calentita que me enchastra sería memoria de la nada. Y tu hija no sería: no como ahora, que ella no existe para mí, para ti: no existiría para nadie, para ella, para el galán que quizás la desea como tú me deseabas, cuando fue así, por lo que fuera entonces. Pero ella existe: sé que un día la voy a encontrar. Un día entraré por la puerta de una casa de piedra, sólida de piedra, luminosa de piedra, y ella me esperará con el perdón en la sonrisa. Entonces la podré abrazar, apretarla por fin como esa vez, cantarle como esa vez de nuevo esa canción de cuna que una vez sola me escuchó, cuando recién me había salido. Recién había salido, todavía era mía y yo le cantaba esas damas descubrieron / un juego que está más bueno / que está más bueno que el pan / y jugaban y jugaban / más nunca se saciarán, le cantaba y ese día voy a poder cantárselo de nuevo y llevarla hasta el baño, bañarla con jabones de lavanda, refregarle la piel hasta dejarla nueva sin dejar de cantarle esas damas descubrieron / un juego que está más bueno / que está más bueno que el pan, y después secarla con una toalla entibiada al brasero, perfumarla con clavo y con jengibre, peinarla con un peine de nácar reluciente y decirle, al final, hija mía, nos espera un viaje. Entonces viajaremos, las dos, ella y yo, cantando que jugaban y jugaban / más nunca se saciarán, viajaremos cantando días ella y yo, las dos, los dos dibujos del amor de Abelardo, a verlo y llegaremos y yo le diré mira, dueño mío, esposo mío, mi alma: así era lo que amabas; aún puedes amarlo.

Decías, dueño mío, que en mí satisfacías tus miserables pasiones, que en mí sólo amabas un cuerpo: esto es lo que produce el amor de los cuerpos: cuerpos, te diré, dueño. ¿Y sabes qué, Abelardo? No es tan fácil amar a un cuerpo como a Dios, te diré: es más difícil. Aquí en el convento lo sabemos bien: aquí en el convento el tiempo está en los cuerpos, el tiempo sólo puede verse en las caras de las hermanas decayendo, arrugas que las ciernen, enfermedades que las acometen, miedo en los ojos, preguntas que no terminan de decirse. Aquí en el convento lo sabemos, aunque todo parezca hecho para el Eterno, para disimular el tiempo: el tiempo está en los cuerpos. Un cuerpo es bruto, sucio, se corrompe; jiede, tiembla, se duele con dolores, se degrada; se desborda de carne, quiere, pide, se queja, ofrece, da. Un cuerpo es fugitivo: tiene urgencias, un cuerpo, tiene enchastres de sangre. Pero un cuerpo te puede cantar una canción, y jugaban y jugaban / más nunca se saciarán / esas damas descubrieron, y un cuerpo y otro cuerpo hacen más cuerpos, hijas: como mi hija sin Dios, mi hija sin un padre, sin su madre, perdida.

Pero tú igual dices que Dios te hizo justicia. ¿De qué justicia hablas, Abelardo? Si Dios nos trató bien cuando hacíamos el mal, qué dirías tú, y muy mal cuando tratamos de hacer el bien supuesto: con tolerancia cuando, sin boda de por medio, nos fornicábamos como desconsolados, y con crueldad cuando intentamos enmendar ese pecado con santo matrimonio. ¿Qué justicia, Abelardo? Si en el nombre de Dios te desterraron, te castraron, te obligaron a quemar tú mismo tus escritos, te encerraron como a mí me encerraste, en Su nombre también. Y tú dices que es justicia divina. Sí, estoy celosa de ese amor que te ciega, ese amor fácil, cruel, ese amor sin preguntas, y no sé cuál está más desperdiciado: si el mío por ti, que insistes en negarme, o el tuyo por un dios que tan mal te responde.

¿Cómo puedes saber, tú que lo sabes todo, que es Él quien te responde o no responde? ¿Tú, que lo sabes todo, cómo sabes que Dios ha decidido, entre otras cosas, que fueras un castrado? ¿Cómo sabes que no fue un pecado de esos hombres? Tú les viste las caras cuando el cuchillo estaba por cortarte,tú escuchaste su silencio culpable, tú oliste su excitación en ese trance: ¿viste en ellos el designio divino? Tu verga era, como todo tu cuerpo, un don divino. Si Dios hubiera querido que no la tuvieras, o siquiera que no la usaras, ¿te la habría dado, maestro? ¿Qué respondes a esto, maestro de la lógica teológica? ¿No te has inventado un Dios ilógico, mi querido maestro, que te da para que no lo uses, te da para quitarte? ¿O me vas a decir que te la dio para que pudieras probarle que te sometes tanto a Él que no respondes a los llamados de esa carne que Él mismo te ha provisto? No quiero un Dios así, mi querido maestro. Yo no he tenido más Dios que tú, el amor, tus recuerdos. ¿Sabes dónde quedó tu hija ahora? ¿Sabes que fue de ella, ese pedazo vivo de tu carne hecho con ese otro pedazo que ya ha muerto y que tú consideras bien matado? ¿Ese pedazo que quieres olvidar a toda costa? Yo lo recuerdo, dueño mío, yo lo sé y lo recuerdo. Te lo podría contar con la mayor minucia, si quisieras; también si no lo quieres te lo cuento. Me pides que lo olvide, que olvide que alguna vez fuimos dos cuerpos. No te das cuenta de que sólo en mi recuerdo vive esa carne de tu carne. O quizás demasiado te das cuenta. ¿Quieres perderla una vez más, la última? ¿Quieres que deje de recordar sus venas como ríos subterráneos, su cabeza de ónix sonrosado, su piel de pétalos, su cólera potente? ¿Quieres que deje de recordar que fuiste un hombre? ¿Dejar ya por última vez de ser un hombre? ¿Eso te pide Dios, maestro?

Dices que Dios se ocupó de nosotros, nos

cuidó: dijiste que al castrarte y recluirme hizo lo mejor para la salvación de nuestras almas, y que Él sólo corrige a los que ama, que castiga a todos los que adopta, que el que escatima vara no quiere a sus pequeños. Y me preguntas qué son tus sufrimientos comparados con los del hijo del Señor, arrastrado, flagelado, insultado, golpeado, escupido, coronado de espinas, suspendido entre dos ladrones en la cima ignominiosa de la cruz y librado a la muerte más horrible, me dices, la peor. Que me dedique a velarlo, me dices, a llorarlo, a ser digna de sus sufrimientos: que mi deber es ese. Que Él murió para nosotros, me dices, dueño mío, y yo no entiendo: ¿murió para que vivamos o para que ardientemente reclamemos, anhelemos la muerte? ¿Sus sufrimientos fueron para salvarnos o para condenarnos a repetirlos sin cesar, eternos?

Yo también pedí por Dios cuando estaba pariendo y el dolor se me hizo demasiado. Es cierto, ahí le grité a Dios y no a nuestro amor: fue cierto, Dios, en esas circunstancias. ¿Para eso sirve Dios, Abelardo? Quizás para eso, sólo para eso. Cuando el mal se abatió sobre nosotros me dijiste que esperabas que una muerte pronta te arrancaría de esos tormentos crueles. Me dijiste que no sabías qué penas te estaban reservadas tras la muerte pero sí a qué penas escaparías muriendo. Yo no quiero esa muerte. Lo siento, sería más fácil para todos, pero sólo espero que la vida me siga dando de nuestro amor al menos las memorias. Tú insistes en la muerte, yo me enchastro de sangre: mi sangre en este encierro. ¿Eso te ofrece Dios, la muerte, la ignorancia, otra vez entregarte del todo a quien ya tanto te ha castigado en esta vida? Yo no lo necesito: sé, perdona mi orgullo, sé que en esta vida existe el paraíso y nada de lo que Dios me ofrece puede mejorarlo. Ustedes creen en Dios, yo prefiero mi amor. ¿Qué tiene de mejor uno que otro? Él te cautiva con la muerte. Amor también.

Pero amor nunca me ha impulsado a no creer en Dios, y Dios

parece tan preocupado por impedirme amor. ¿Por qué lo que Dios quiere para mí es tan distinto de lo que yo quería? ¿Por qué no me deja Dios morir mi vida? ¿Qué es lo que temen, tú y tus amigos, aunque no tengas amigos, Abelardo, del amor? ¿Que en él no hay libros ni verdades ni reglas ni certezas? ¿Que allí nunca nada es lo mismo que fue, que cada vez es otra, que el murmullo de los cuerpos de los amantes canta como cantaba el río de Heráclito, donde nadie nunca podía bañarse ya bañado? ¿Dios teme ahogarse en las aguas de Heráclito, Abelardo? ¿Dios se asusta del tiempo? ¿Del movimiento, de los cambios? ¿O sólo tú te asustas, tú y los amigos que no tienes? La eternidad, las piedras persistentes de las catedrales, Dios, las frases que no cambiarán nunca: ustedes viven en ellas, en esos monumentos inmutables, sólo que para vivir allí hay que matarse trozos de la carne. Dios nos mata pedazos de la carne, te arrancó tu pedazo, Abelardo, me lo arrancó de ese mismo mordisco. ¿Por qué nos muerde Dios, Abelardo, en lugar de querernos? ¿Por qué nos teme tanto, si nos debe tanto más que lo que le debemos? Temo, Abelardo, que un Dios así no está hecho para mí. Temo, a veces, que esté hecho en mi contra. Lo temo, y no me sirve.

EL INFORME FINAL, 6

No supimos prever la cólera de Dios. Sabemos que trataba de mantener la calma: su intento de no mezclarse en la historia de Heloísa, de observarla de lejos, lo mostraba. Pero hubo algo en esa historia que Dios no soportó. Más tarde algunas dirían que fue la forma en que sus criaturas se negaban a funcionar según el modo que ella había inventado; otras, que la embargó el despecho; otras, que el hecho de que su noche con Abd al Ramán estuviera tan fresca fue importante; otras, que simplemente el exceso de reveses tenía que explotar por algún lado.

Hasta entonces, la reacción de Dios frente a la proliferación de dioses había sido mezclada. Sabemos que, al principio, cuando se topó con los inventos de sus bichitos, Dios, sin decirlo, sin reconocerlo, se dejó cautivar por esos personajes maravillosos y poderosísimos que ellos habían imaginado. Dios arrastraba desde su formación un problema grave de reconocimiento: la inquietud de suponer que la Corporación y el resto de las oficiales no justipreciaban sus esfuerzos. Por eso, al principio, su orgullo pudo encandilarla: le pareció que esa imagen que los bichitos se hacían de sus dioses por fin le hacía justicia.

Durante un tiempo, suponemos, Dios tuvo sobre todo miedo de que la descubrieran: que los bichitos entendiesen que ella no era ni la sombra de aquellos especímenes espléndidos. Pero Dios no era tan tonta: era, al fin y al cabo, una oficial de la Corporación. Así que, en un punto, no tuvo más remedio que

aceptar que esos fantasmas que los bichitos producían no tenían nada que ver con ella. Al principio esa constatación no pareció alterarla: quizás los diositos no le sonaban a amenaza, o simuló la calma mientras se preguntaba cómo seguiría. De hecho, Dios llevó su investigación de su pedrusco más allá de toda lógica: hacía mucho, casi desde el inicio, que se veía que el pedrusco no medraba. Pero con el truco de la investigación prolongó su supervivencia y, con ella, la esperanza de encontrar la forma de arreglarlo. Esa es la explicación más sensata: si no sacó sus conclusiones antes, si nunca se tomó el respiro necesario para ordenar sus datos y pensar qué significaban, debió ser porque sabía que esas conclusiones sólo podían llevarnos a terminar con el experimento del tercer pedrusco.

Era cantado, pero podía tomar un tiempo: no sabíamos. Sí sabemos que, a partir del triunfo de los dioses únicos, Dios se puso más y más nerviosa. Quizás le dieron celos las leves semejanzas, quizás le molestó el denuedo con que sus bichitos entregaban la responsabilidad de todo a sus inventos, quizás la humilló comprobar que los bichitos imaginaban a esos dioses tan pendientes de ellos, quizás se fue decepcionando al ver cómo los bichitos, por sus creencias, iban estrechando cada vez más sus posibilidades –las posibilidades de Dios– de salir adelante con el tercer pedrusco.

–Ellos creen que un dios que se inventaron los lleva de la brida en los combates. Como si un dios no tuviera nada mejor en qué ocuparse.

Le dijo Dios a (Pf)), la oficial vieja con quien solía conectarse.

–¿Y entonces siempre ganan?

–No, ganan o pierden.

–¿Y cuando pierden ya no creen?

–¡Tagá! Creen, y hablan de los misterios. O de sus culpas, hablan.

La discusión no era atractiva, y nadie la seguía: no como un rato antes, cuando hablaban del sueño. La vieja (Pf)) le preguntó cómo sería sin dioses, qué ventajas le supondría al pedrusco que no hubiera. Dios se quedó pensando:

–No sé, qué le diría.

–Nada, ver qué conseguirían los bichitos.

–La verdad, me supongo.

–La verdad no es una gran ventaja.

–Sabemos, pero buscarla los mantiene en forma.

La discusión se prolongó un rato largo: las razones no mejoraban:

–Capaz podrían entender por qué suceden todo el tiempo desastres en su tonto pedrusco.

–¿Y por qué, si no es molestia?

–No le explico, le digo: que entiendan que no es porque los dioses se los mandan: que su mundo es así y que ellos se los buscan. Que se hagan cargo, digo.

–¿Y con eso?

La vieja (Pf)) no se convencía y Dios, en realidad, tampoco mucho: se la veía confusa. Al final parecía una cuestión de celos.

–Quizás entonces entienden para qué les di la muerte.

–¿Y para qué, si no ofendo?

–Para que tengan que vivir cuando están vivos. Para que sepan que son únicos; para que toquen con la mano el tiempo, me parece.

–¿Le parece, en serio me lo dice?

El día que Dios debía dedicar al tercer pedrusco ya estaba avanzado, en su último cuarto. De todas formas, suponemos,

habría pasado algo, pero sabemos que el alegato de Heloísa resultó decisivo: «Esa mujer debería ser su última víctima», anotó Dios en ese rato, casi sentimental. «Tengo que actuar contra esa patraña de dios que los hace infelices, que les sirve para disimular qué y quiénes son, que me arruina el invento. El engaño ya ha durado suficiente; si sigue así, mi situación se desmorona».

La idea no estaba mal. Lástima que, una vez más, Dios se equivocara tanto al elegir la forma de aplicarla.

DÍA DEL TERCER PEDRUSCO, HORA DÉCIMA. LIMA

–Pobrecita, si yo sé que ella nunca pudo creer de verdad…

–¿Cómo? ¿Ella, precisamente ella, Mediacara?

–Nunca. ¿A usted le parece, fray Francisco, que una que cree en serio necesita hacer todo lo que ella hizo? Hágame caso, padre: yo la conozco desde que era una cría.

Mediacara me hizo un gesto que quiso ser de complicidad y suficiencia, y se quedó en encono. Mediacara hacía honor a su nombre: la lepra le había comido la oreja derecha y enterrado ese ojo bajo unas excrecencias de bofe negruzco. Pero conservaba los labios enteros: era su gran orgullo.

–Yo puedo explicárselo, padre, mire. El mundo está lleno de manchas y repliegues: así lo hizo nuestro Señor, para que no nos envalentonemos. Al Señor le gustamos mansitos: entonces, además, cada tanto nos manda plagas para demostrarnos su amor y su respeto. Yo, sin ir más lejos, padre, míreme…

Yo lo intentaba pero no podía acostumbrarme: su cara era la pesadilla de un escuerzo. Me preguntaba si mi creación tenía que terminar así, en un disparate semejante: para qué, cómo, por qué secreta culpa.

–… yo soy un privilegiado. El Señor me respeta, me ha mandado esta prueba porque sabe que soy capaz de soportarla con la entereza necesaria. Y yo no lo decepciono, padre. En cambio la niña Rosa, pobrecita, nunca pudo entender por qué nuestro Señor no le enviaba mejores sacrificios. Se desesperaba,

sabe, la pobre niña: no se imagina la pena que me daba. Creía que Dios la despreciaba porque ella no creía lo bastante, que por eso Él no podía confiar en ella, que no podía probarla. No sabe lo que sufría la muchacha, fray Paco, era terrible.

El ojo sano se le inyectaba en sangre, y quedaba más monstruoso que el enfermo.

–Así que ella, que lo tenía todo, padre, lo fue entregando por desesperación. Para convencer al Señor de que ella sí lo merecía, le fue entregando todo. Que si tenía el pelo bonito, iba y se lo cortaba al ras. Que si su cuerpo era lozano, lo desgarraba con espinos. Que si tenía la piel suave, se la quemaba con cal viva. Pobre alma: ella misma se hacía los martirios que el Señor le negaba. Pero seguía desazonada: seguía creyendo que no creía lo suficiente para que Dios se la tomara en serio. Siempre con miedo de que la verdadera fe fuese algo más que lo que ella alcanzaba. Mire, padre, si yo le contara la historia de la pobre Rosita.

Ya me la habían contado: varios, en esos días limeños, me habían abrumado con la historia de Isabel de Flores, a quien todos llamaban Rosa o incluso Rosita. La tal Rosita había nacido en Lima, hija de un soldado medio tullido que no había conquistado nada en el Perú y una parturienta que había echado al pedrusco otros doce retoños. Era el año palestino de 1586: todo el país rugía de codicia por el oro. Decían que la pequeña había aprendido a rezar antes que a hablar y que, desde muy chica, se mostró testaruda: un día, por ejemplo, su madre le arruinó la cara al querer tratarle una urticaria con mercurio. Cuando descubrió lo que había hecho, le recriminó a su hija que no le hubiera avisado que le dolía:

–Es que no me dolía tanto como debió dolerle a Él.

Le contestó Rosita señalándole una imagen de Jesús con su corona de espinas: tenía cinco años, y ya había sorprendido a sus padres con un voto de castidad del que nadie se atrevió a

mofarse. Rosita no jugaba con muñecas: le recordaban, decía, ídolos paganos. En Perú en esos días había muchos, porque los indios seguían tratando de adorarlos.

–Ay, mijita, ¿qué voy a hacer contigo?

–Nada, mi madre. Él hará lo que quiera.

Adolescente, era muy bella –o sea, ya entendí: apetecible en un fornicio– y su madre quería casarla bien: su hogar modesto se beneficiaría con una buena alianza. Rosita se negaba y resistía: si su madre trataba de vestirla para el mercado del noviazgo, ella se hinchaba los ojos a fuerza de pimienta o se arruinaba un tobillo de un piedrazo: era una lucha. Una tarde un caballero la siguió hasta el jardín de su casa: ella lo denunció como Satán porque olía, dijo llorando, a azufre del infierno. Al final, la madre abandonó y Rosita pudo usar sin oposición sus ropones oscuros, sus silicios pinchosos, sus velos toscos, su corona de espinas. Rosita dedicaba doce horas por día a la oración, diez a los trabajos de la casa, dos al sueño y varias por semana a los desmayos místicos. Ayunaba por diez días seguidos, se confortaba con un traguito de vinagre, vomitaba si tenía que comer con su familia, dormía sobre esquirlas, clavos y guijarros, se corregía con un pequeño látigo y visitaba, en espíritu, decía, varias iglesias cada tarde. A sus diecinueve, dijo, oyó la voz de Jesucristo que le decía «Rosa de mi corazón, quiero que seas mi esposa»: Rosita realizaba el sueño de Rutila. Cuando se ordenó como terciaria de santo Domingo ya era famosa en Lima: nadie dudaba de que sería una santa.

–Nuestros pecados son infinitos, padre; sus expiaciones también deberían serlo.

A veces, decía, jugaba a las cartas con su Señor, y algunas le ganaba; otras charlaba con los mosquitos y los alimentaba con su sangre porque era impío negársela si su Señor salvó a los hombres con la suya; otras veces predecía futuros; otra evitó

con sus plegarias un terremoto que, todos temían, acabaría con Lima: ese milagro completó su fama de santita y muchos le pedían su intercesión divina. La usó varias veces: para rechazar un asalto de piratas ingleses, para curar a un paralítico, para lanzar más predicciones. A principios del año palestino de 1617 anunció que moriría muy pronto y a nadie le extrañó: su cuerpo maltratado merecía el reposo de los Cielos.

–Se dice que agoniza, fray Francisco. Que va a entregar el alma esta noche o mañana. Que ya se va a encontrar con su marido.

Me dijo Mediacara y, aunque toda la historia me irritaba, no supuse que ese detalle pudiera importarme. No era el momento: a la mañana siguiente se decidiría el destino de mi movimiento. Mediacara imaginó que sí:

–Con su muerte, fray Paco, usted y los suyos van a tener más fácil el camino.

Yo llevaba dos meses instalado en la ciudad de Lima, capital del virreinato del Perú. Esta vez me había decidido: los hombres no debían seguir adorando sus inventos. O, mejor dicho: si los hombres seguían adorando sus inventos, yo y el tercer pedrusco estábamos perdidos. El Jefe era, como siempre, altivo y pesimista: él creía que ya estábamos perdidos. Pero yo supuse que no, que todavía quedaban esperanzas, y que había llegado el momento de enseñarles dos o tres cosas a mis criaturas.

Partía de una idea que me había rondado ya desde las primeras horas y que se precisó cuando escuché a Heloísa: que todo lo que había pasado hasta entonces en la Tierra era producto de los tanteos de los hombres que, error tras error, desliz tras desacierto, me buscaban. Me conmovió: los pobres bichitos habían errado una y otra vez, tantas veces habían

arruinado sus vidas brevísimas sólo porque querían conocerme, saber de mí, penetrarme por fin.

Sus dioses eran los resultados nefastos de esa busca; tal vez, en alguna medida, sus errores eran culpa mía. Quizás si yo hubiera hecho algo por iluminarlos nada de eso habría sucedido. Y mi tardanza complicaba mi tarea: tal vez si no me hubiese dejado estar, si me hubiera revelado a ellos desde el principio, todo se habría encaminado. Ahora, en cambio, tenía que luchar contra milenios de confusión y falsedades. En mi descargo argüía que nunca había pasado nada semejante: que no había en todos los registros de la Corporación ningún antecedente, ningún archivo sobre «dioses». Al principio nada podía hacerme prever que estos fulanos necesitarían –e inventarían– semejante batallón. En cuanto la situación fuera menos urgente tendría que tratar de definir por qué: ya tendría tiempo.

Y argüía, sobre todo, que yo nunca había querido intervenir en las vidas de los hombres: yo sólo pretendía crearlos y observar su evolución para ver qué en ellos podía servirme para mi universo. Cada vez que bajé al pedrusco fue para verlos, para tratar de entenderlos, pero siempre me cuidé mucho de decidir nada, de imponerles reglas: no me servía arruinar con mi impaciencia mi experimento. Ahora tenía que hacerlo porque ellos, con sus inventos, me obligaban: habían llevado la situación a un punto sin retorno. Precisaba encontrar, sin más demoras, una solución. Así fue como decidí que ya había llegado la hora de instruir a los hombres sobre la verdadera naturaleza de su creador: revelarme, por fin, a mis criaturas. Durante mucho tiempo había temido el momento en que alguien descubriera la verdad sobre mí. Durante siglos –horas– no quise aceptar que sería muy difícil que alguien lo hiciera porque esa verdad era demasiado banal. Ahora estaba a punto de contarla: de arriesgarme, de revelarme para salvarlos

del desastre.

La idea estaba clara; los medios algo menos. Lo pensé un rato largo; parecía complicado pero, a esa altura, yo ya había visto cómo solían hacer esas cosas en el tercer pedrusco. Era cierto que yo quería acabar con las religiones; pero, a veces, el enemigo demanda que lo ataquemos con sus métodos, que le apliquemos su propia fuerza.

Primero descarté la posibilidad de usar –al menos en un primer momento– mis poderes como oficial. Por supuesto que habría podido convertirme en profeta, presagiar calamidades espantosas y llevarlas a cabo: no me costaba nada anunciarles un terremoto, por ejemplo, y moverles el piso. Pero entonces me parecería a esos dioses que ellos se inventaron, un desastre: tenía, sobre todo, que evitar la tentación de hacer lo que los hombres imaginaban que los dioses hacían. Y, además, si me lanzaba a grandes hecatombes, la mofa y el desprecio en la Corporación serían incontenibles.

También habría podido convertirme en rey de un reino poderoso o papa o gran califa, pero no: ya había visto que los grandes movimientos nunca empezaban desde arriba, que los imperios que tenían todos los medios a su disposición nunca fundaron una creencia que los sobreviviera.

Finalmente decidí que debía retomar el modelo que mejor había funcionado: como los primeros cristianos, debía asentar mi base en un lugar periférico pero intranquilo, dirigirme a un sector descontento, organizar un grupo de acólitos y delegados, predicar mis verdades. Tras una somera revisión, Lima me pareció el lugar más indicado.

En esos días, Lima era la capital de un continente en pleno cambio. Los españoles llevaban ochenta años gobernándolo, explotando sus riquezas increíbles, reorganizándolo de cabo a rabo. La aventura, la novedad, esa sensación de desamparo ante la enormidad de lo desconocido habían creado un

entusiasmo religioso que era difícil de encontrar en otras partes. Pero era un entusiasmo confuso, hecho de la mezcla de dioses andinos con negros y con el palestino: un buen caldo, supuse, para explayar mi prédica. En Lima, la iglesia católica era poderosa pero, quizás por eso, había creado gran cantidad de resentidos: los indios obligados a convertirse por la fuerza, los conquistadores empobrecidos que tuvieron que ver cómo recién llegados les sacaban las rentas de su empresa, los negros esclavos. Ellos serían mis primeros oyentes, mis seguidores iniciales: con ellos le repondría al mundo su sentido.

Tenía una tarea y, por primera vez en mucho tiempo, estaba entusiasmada. Lo primero fue decidir qué cuerpo ocuparía: necesitaba a alguien que tuviera una buena llegada entre las gentes que me interesaban, y fray Francisco Romano me pareció la mejor elección. Después, cuando me informé mejor sobre cada detalle de su historia pensé que quizás había exagerado ciertos rasgos pero, aun así, fray Francisco me siguió resultando el más apropiado.

–¿Tú crees, Mediacara?

–Sí, fray Paco: ahora que la Rosa se muere, ustedes van a tener el campo despejado.

Fray Francisco Romano ya tenía más de cincuenta años: no estaba claro cuántos más, porque nadie sabía con precisión cuándo había nacido: él solía decir que en 1560 pero no estaba del todo seguro. Sí sabía que había sido en Esquivias, un pueblo de la provincia de Toledo, España, de los amores de un hidalgo casado y maduro con una molinera joven y soltera. Los hombres seguían repudiando esas formas de la reproducción y el padre, Juan de Salazar, no quiso darle su nombre al hijo de Josefa Nuño aunque todos en la comarca supieran que era suyo. De hecho, Salazar le pagó al niño, Pedro Nuño, unos

estudios que la molinera no habría podido costearle en el colegio de los franciscanos de Toledo. Era curioso cómo los pecadores entregaban a los curas que los declaraban tales el fruto de sus juergas.

Desde muy chico, Pedro Nuño soñó con viajes decisivos. En esos días millones de españoles se afanaban por pasar a América, donde el oro y las oportunidades parecían no tener límites: creían que cambiar de lugar cambiaba todo, y es posible que tuvieran razón. Pedro, además, se desvivía por alejarse de ese terruño estrecho donde siempre sería un bastardo. Pronto supuso que el sacerdocio le facilitaría las cosas: muchos lo suponían –y en general tenían razón. Durante diez años, con esfuerzo tremendo, se sobrepuso a su natural indisciplina y soportó las reglas del seminario franciscano. Recién ordenado volvió a Esquivias: su padre, moribundo, lo había mandado a llamar por primera vez. Era de buen tono que los hombres se pusieran solemnes cuando se morían:

–Hijo, perdóname. Por Dios, perdóname.

Pedro se quedó callado. Su padre insistió, la voz desfalleciente. El hidalgo moría sin sucesores:

–Hijo, perdóname. Para mostrarme tu perdón, acepta ser mi único heredero. Quédate con las tierras, el ganado…

–No, padre, no puedo. Yo lo perdono, de todo corazón, pero no puedo aceptarlo. Ya no sabría cómo vivir con eso.

El hidalgo murió con una sonrisa amarga. Al día siguiente, el joven fraile no pudo rechazar una bolsa que el viejo le había dejado, con los doblones suficientes para pagar el viaje a América. Ahora se llamaba fray Francisco Romano y estaba dispuesto a casi todo.

–Así que usted es de esos que se creen que en América el oro crece en los árboles y los condados se hacen con dados.

Cuando llegó, tras dos meses y medio de travesía, al puerto de Santa María de los Buenos Aires, su destino se le reveló

como una aldea de mala muerte, enfangada y repleta de mosquitos: en sus sueños las Indias nunca habían sido así. Pero sus vecinos lo recibieron calurosos: desde su fundación, cinco años antes, no habían tenido un sacerdote cristiano, y creían que lo precisaban. Con su ayuda fray Francisco construyó una iglesia de cañas y adobe y la dedicó a su tocayo y patrono de su orden. El fraile era trabajador, no bebía demasiado y sus sermones tenían un virtuosismo singular: sabían hablar de los asuntos más sagrados con palabras comunes, que todos entendían, y crear con ellas una belleza rara.

Los pobladores de la aldea mugrienta estaban encantados, pero fray Francisco no les dejó mucho tiempo para el aprecio calmo: no era su estilo. Pronto empezó a opinar sobre la distribución de las parcelas: las mejores habían caído en manos del fundador, Juan de Garay, y sus amigos y parientes. El fraile reunió a los desfavorecidos y les propuso presentar un petitorio al gobierno de Lima para protestar por la injusticia; era una idea fuera de lugar y la mayoría tuvo miedo: sólo diez o doce de los trescientos pobladores lo siguieron. Para abrir las hostilidades, fray Francisco decidió extender el terreno que le tocaba a su iglesia: el ensanche interrumpió una calle del damero de la aldea. El adelantado reaccionó y mandó cuatro soldados a amenazar al sacerdote. Fray Francisco le contestó, desde su púlpito de madera ruda, en plena misa de domingo, que ya se había «pasado el tiempo en que Dios dijo que si a uno le dieran un trompón en el carrillo volviere el otro, que quien a mí me enojare, con mi zapato le sacaré el alma».

Fray Francisco era demasiado joven todavía: su provocación sólo le trajo sinsabores. El adelantado reunió a los notables de Santa María –todos los que se habían beneficiado con el reparto de parcelas– para decidir la expulsión del cura franciscano. En ese momento de penuria sólo dos de sus aliados lo acompañaron con un trago de vino y una palmada en la

espalda.

Abandonada Buenos Aires, fray Francisco Romano pasó varios años en las sierras del Tucumán, donde intentó, con fortuna variada, evangelizar indios calchaquis. Quizás los aborígenes no aprendieron mucho de él; él, sí, mucho de ellos. Fray Francisco conoció como nadie las condiciones de vida miserables de los indios, sus costumbres, sus penas, sus preocupaciones, la mentira de su conversión al cristianismo. Sobre su idioma escribió una *Relación y memoria de la lengua que practican los naturales de la región del Tucumán*; el fraile de Esquivias sabía hablar diaguita, quechua y algún otro dialecto de las sierras. Los indios lo adoraban; cuando les propuso que se organizaran para defender sus tierras y derechos, lo siguieron sin vacilaciones.

Su movimiento estaba tomando un impulso importante y tres encomenderos de la región, que quisieron detenerlo, fueron puestos en fuga por los indios. Las autoridades del cabildo de Salta se alarmaron y, en 1601, mandaron un ejército de cuarenta soldados a la caza del fraile, bajo acusaciones de que fornicaba con muchachas a las que convencía de que ese coito servía para exorcizarlas y evitar que se convirtieran en mulas o culebras. La denuncia, parece, era un invento. Sus indios lo defendieron a flechazos pero no pudieron nada contra los arcabuces españoles: hubo muertos y fray Francisco fue conducido, engrillado, a la prisión de Salta.

Allí vegetó durante un año y medio –que aprovechó para completar su libro–, hasta que el Cabildo lo puso en manos de un destacamento que lo llevó hasta Lima, donde lo entregó a la Santa Inquisición. El proceso fue breve: fray Francisco no soportó la tortura del potro y firmó la confesión de todos los pecados que quisieron atribuirle: eran terribles. El tribunal lo

despojó de su condición de sacerdote y lo sentenció a servir en el hospital de leprosos durante cinco años. La condena era dura: casi todos los que la recibían morían antes del plazo.

Pero Francisco salió incólume, y ese aparente milagro le valió cierta fama. Se instaló en un ranchito del Cercado, un arrabal de Lima, y empezó a trabajar de carpintero. Era un hombre robusto, adornado de una gran barba blanca, que mantenía una vivacidad inquietante en los ojitos verdes. Siempre estaba dispuesto a ayudar a sus vecinos, mayormente indios, mestizos y mulatos, a terminar sus casas, a conseguir comida o a redactar un petitorio: poco a poco se hizo muy popular en la barriada. Vivía solo, con el único auxilio de una chola vieja, y se había hecho fama de hombre austero. Todos lo llamaban fray Francisco o fray Paco, y lo respetaban como a nadie: pese a ser blanco y educado –un sabio, comentaban–, vivía con ellos, como ellos. Las autoridades de la ciudad se inquietaron un par de veces por sus actividades pero, finalmente, tras alguna advertencia, decidieron que no era una amenaza.

Mis dos meses allí habían sido fructuosos. Nunca había pasado tanto tiempo fuera de la Corporación: debía tener cuidado. Aunque esos dos meses fueran sólo minutos de nuestras horas, el Jefe me hizo saber que eran demasiados para dedicarlos al tercer pedrusco: tenía que obtener resultados acordes. Para eso debía cuidarme, por un lado, de todo lo que hacía insoportables las vidas de los hombres: usar y cuidar y alimentar un cuerpo todo el tiempo, ver sólo lo que hay alrededor, ignorar tantas cosas, tener miedo, perder la noción de los límites y creerse potente, desear metas pequeñas alcanzables, sufrir por tonterías. Y, por otro, debía cuidarme de lo que me resultaba cada vez más atractivo: usar y cuidar y

alimentar un cuerpo todo el tiempo, ver sólo lo que hay alrededor, ignorar tantas cosas, tener miedo, perder la noción de los límites y creerse potente, desear metas pequeñas alcanzables, sufrir por tonterías.

En esos dos meses me había ido acostumbrando a ciertas cosas: fumaba, por ejemplo. Todos fumaban, en mi barrio: se metían en la boca la punta de un rollo hecho de hojas de una planta, encendían con un tizón al rojo la otra punta, y aspiraban. El humo nos invadía la garganta: nada podría parecer más espantoso, pero me daba gusto y tos y ganas. También tomaba mate; todos, en mi barrio, lo tomaban: se metían en la boca la punta de un cañito de metal que sumergían en un zapallo seco lleno de las hojas de una planta bien picadas, le echaban agua caliente y aspiraban. El agua amarga nos invadía la garganta: era candente, pero me daba gusto y un chucho y energía.

También me había acostumbrado a trabajar con mis manos, a disfrutar de mis manos como una parte importante de mi mismo; a esperar los ratos en que los vecinos me contarían historias tontas de casamientos, enfermedades y proyectos frustrados; a desear el sueño de la noche con los dolores de mi espalda; a escuchar con placer los gritos de la calle; a mordisquear una mazorca hervida como si me importara; a mirar, entre nubes de polvo, cómo un hombre mataba a un toro y tantos lo celebraban con clamores; a vigilar la marcha de mis tripas; a corear una canción ramplona bailada por una niña sin encanto; a lavarme cada tanto los sobacos con el agua del pozo; a desgranar las horas según el paso de los vendedores delante de mi rancho: la lechera temprano a la mañana, a las nueve tamales, a las once el frutero y la mulata de las cocadas, el rengo de las humitas a las doce, a las tres anticuchos, la negra de la mazamorra a las siete, a las nueve el heladero: cada día, cuando cada uno de ellos cumplía con su turno, algo en mí se

aliviaba. Y me había acostumbrado a esa cosquilla que los bichitos llaman, según cómo les venga, apetito o amor: aprendí a reconocerla, pero me cuidé de no tener contactos físicos con otros: mi tarea se habría perjudicado.

Porque, más allá de esos pequeños hábitos, todo mi tiempo y mis esfuerzos estaban dedicados a organizar mi movimiento. Al principio Mediacara fue una ayuda perfecta. Fray Francisco lo había conocido en el hospital, y allí el enfermo se transformó en su sombra. Mediacara era utilísimo: gracias a la red de mendigos y leprosos sabía todo lo que pasaba en la ciudad, conocía a todo el mundo. Él me había ayudado a reclutar a mis primeros acólitos: empezando por Antonio de Loayza, que desde el primer momento se perfiló como un segundo invalorable.

Antonio tenía veintidós años y la cara de ángel: rebosaba de buenas intenciones. Su padre había hecho una fortuna explotando el guano que se acumulaba en las costas del sur del virreinato; Antonio no soportaba la idea de esos negros e indios famélicos, hundidos hasta las rodillas en la mierda de los cormoranes, paleándola para llenar de oro los cofres de su casa: así los describía. A sus diecinueve, cuando su padre le ordenó que se le uniera en el negocio, Antonio dejó la mansión con escudo en la puerta y se instaló en una quinta de su abuelo materno en las afueras de Lima. Desde entonces empezó a maquinar planes que nunca realizaba para recompensar a los desposeídos del Perú por las penurias que su padre y los suyos les infligían desde la conquista. No me fue difícil, cuando Mediacara lo trajo a verme, entusiasmarlo con mi plan; lo que no imaginaba era que su trabajo sería tan eficaz.

Antonio reclutó más colaboradores: algunos eran amigos suyos, jóvenes inquietos de las buenas familias; otros eran artesanos o jornaleros criollos que se sentían relegados; una fue una negra curandera que muchos respetaban o temían; dos o

tres eran curacas con influencia entre los indios. Mis hombres tenían claras dos o tres ideas simples: que la Iglesia servía para explotarlos más y que Dios no era como lo pintaban esos curas: que Dios era generoso, no quería nada de nosotros, no defendía a los blancos contra los indios y los negros ni a los reyes contra los pobres. Era mejor pintarles un dios así que decirles que no había ninguno; tampoco estaba claro que no hubiera. Por el momento con eso alcanzaría: ellos difundirían esas ideas, un primer esbozo, que servirían para llevar a sus simpatizantes a escucharme. Era todo lo que necesitaba: sabía que cuando por fin pudiera revelarles la verdad, todos la abrazarían felices.

Lima era una ciudad chica, menos de treinta mil personas, y dos meses de agitación y esfuerzos habían alcanzado para que casi todos sus habitantes supieran de mi prédica. Lo cual hacía nuestra fortaleza y nuestra debilidad al mismo tiempo. El populacho de Lima estaba interesado: yo diría impaciente por saber más. Pero la Santa Inquisición y las autoridades también empezaron a preparar una respuesta.

Estaba urgido. Contaba con la lentitud de la administración española, pero de todas formas el tiempo se acababa. El 14 de agosto reuní a Antonio, Mediacara y otros diez colaboradores –los más próximos– en el único cuarto de mi rancho de adobe. Primero les pregunté si estaban dispuestos a darlo todo por la verdad y les dije que si alguno tenía dudas todavía podía retirarse: era su última oportunidad. Por supuesto que no se movió nadie. Entonces les detallé mi plan: cada uno de ellos debía activarse para convencer a los suyos –un tinturero a sus colegas artesanos, la curandera Iara a las mujeres del mercado, un peón del Callao a carreteros y porteadores, los curacas a cuantos indios consiguieran, Antonio a sus amigos estudiantes de San Marcos, el negro Facundo a los esclavos de las huertas–

para que se reunieran en la plaza de San Juan de Dios el día 24, al rayar la mañana.

–El problema, hermanos, es que una vez que hablemos en la plaza nos habremos puesto fuera de la ley. Tenemos que saberlo, que preverlo. Por eso les propongo: después de la reunión, todos nosotros y los que quieran seguirnos nos retiraremos a las sierras. ¿Te acuerdas, Ayahuala, de esa ciudad escondida de la que me hablaste?

–Sí, fray Paco, la sé. Ahí nadie nos encuentra: está escondida. Machu Picchu, se llama.

–Pues eso: nos retiramos hasta la ciudad Machu y desde allí empezamos a organizar el movimiento. Desde allí hablamos con todos los indios de la región, les explicamos, los aunamos. Aquí en Lima mantenemos a algunos, los menos conocidos, y el recuerdo de nuestras palabras se va ampliando. Cuando tengamos una fuerza suficiente en la sierra, empezamos a bajar hacia Lima, y aquí ya nos esperan. En un tiempo corto, la verdad resplandece en su triunfo. Después irradia desde Lima, y la conoce el mundo.

Mis colaboradores se miraron alborozados: el plan, dijeron, les parecía perfecto. Los nueve días siguientes me sonaron eternos; cada mañana pulía una y otra vez la misma tabla, corregía de memoria los párrafos de mi discurso, los recitaba en voz muy baja; cada tarde Antonio venía a informarme de los progresos de nuestra conjura.

–¡Ave María Purísima: es medianoche! ¡Viva el Perú, el tiempo está sereno!

Gritó afuera el sereno. Llovía desde temprano, pero ellos tenían la instrucción de decir siempre que el cielo estaba claro. Esa noche Mediacara me contaba los rumores sobre la Rosa agonizando: era la última noche.

–Muerte tan oportuna, fray Paco: casi casi un milagro. Se ve que nuestro Señor nos va cuidando.

La mañana siguiente sería el gran momento. Yo tenía unos nervios impropios de una oficial de la Corporación. Esos días había fumado como nunca.

–Hermanos, hemos vivido equivocados. O engañados, debería decir, hermanos: engañados. Tanto tiempo hemos vivido engañados. Pero ha llegado, hermanos, el momento de sacudirnos el engaño.

La plaza de San Juan de Dios estaba llena: me escuchaban cientos de hombres y mujeres y yo les hablaba desde un estrado rústico, hecho de tablas bastas. Hacia abajo les veía las caras: indios, negros, mestizos, criollos, españoles, mezclados en la expectativa. Habían llegado con el alba, embozados, sigilosos, desde todos los barrios de la ciudad y pueblos de la sierra: cuando los vi, pensé que sería difícil detenernos.

–¿Nunca sintieron, hermanos, que Dios era injusto con ustedes? ¿Que los trataba mal, que no les daba lo que se merecían? ¿Que los curas no escuchaban sus quejas, que cuando alguien los sometía a humillaciones y penurias ellos les decían que tenían que ser pacientes, que Dios les mandaba esas pruebas para templar su espíritu? ¿Nunca pensaron que Dios siempre se ponía del lado de ellos, de los amos, de los corregidores, de los encomenderos? ¿Nunca pensaron, hermanos, que Dios se parecía demasiado a un amo, a un rico, a un virrey del Perú?

Sí, claro que lo habían pensado. Yo sabía que lo habían pensado muchas veces, y ahora se lo veía en las caras.

–¿Nunca pensaron que no tiene sentido que Dios nos haya creado para maltratarnos, para forzarnos a soportar la esclavitud, el hambre, los trabajos indignos, para condenarnos a las llamas de su supuesto infierno? ¿Nunca se preguntaron

por qué haría semejante cosa, hermanos?

Me escuchaban con fruición: se les notaba en las caras atentas, tensas por no perderse nada. El silencio era perfecto: podía oír los roces de sus ponchos, los chasquidos de sus sandalias sobre el polvo. Les habíamos prometido una revelación que cambiaría sus vidas: la estaban encontrando. En unos minutos más, esas caras se llenarían con el gozo infinito de la verdad y nunca nada sería como antes. Era el momento que tanto había esperado: estaba a punto de refundar el mundo.

–¿No será que a algunos les conviene ese Dios? ¿Cómo, si no, podrían los curas y los amos obligarnos a hacer lo que nunca quisimos, a sufrir para ellos, a morir en las minas? Pero hay algo más extraño todavía, hermanos: ellos también pagan un precio desmedido. A ellos también los obliga a sacrificios, a contrariar sus instintos, a forzarse: ellos también lo sufren, mis hermanos.

Ahora les veía la perplejidad que había tratado de provocar: era bueno enfrentarlos a una duda para darles después la solución. Al fondo, cerca de la iglesia, tres cholos cuchicheaban: llegué a oír los chistidos que les pedían silencio.

–Quizás los ricos creen que igual vale la pena lo que obtienen a cambio. Quizás los tranquiliza que exista ese Dios iracundo, esos santitos milagreros, esos engaños. O quizás los más astutos de ellos suponen que es bueno mostrarles a ustedes, a los demás, que ellos también se someten: así, ustedes tienen que pensar que son todos hermanos en esa obediencia. ¡Hermanos, las chanfainas! Ellos obedecen y se confiesan cuando fornican con sus hijas; ustedes obedecen y dejan la vida a tiras en el yugo…

Algunos gritos me interrumpieron: eran de aprobación. Me acercaba al clímax necesario:

–Tanto tiempo han sabido engañarnos que sus mentiras, de

tan repetidas, nos parecen verdades. Pero yo les voy a decir la verdad pura, hermanos: déjenme decírsela sin más aplazamiento: eso que los curas llaman Dios es un invento. ¡Hermanos, ese Dios de los curas es el invento más malvado!

Ahora sí se levantó una ola de rumores: era lo que quería. Había logrado el desconcierto, la atención completa de mi público. Algunos se persignaron, se arrodillaron, se agarraron las manos; otros miraron hacia arriba: el cielo de Lima estaba, como siempre, encapotado. Al fondo, cerca de la iglesia, dos corrillos de cholos siguieron hablando cuando los demás ya habían hecho su silencio anhelante:

–No, hermanos, es verdad. No existe un Dios malvado que nos trae terremotos, nos lanza enfermedades, nos condena a ser pobres, nos controla si comemos o no carne los viernes, puerco los sábados, chucha los domingos.

Ese toque plebeyo era mi arma secreta; hubo risitas, y todos quedaron todavía más dispuestos para lo que venía:

–¿Ustedes creen, hermanos, que un dios puede querer ponernos en el mundo para vigilar qué hacemos o no hacemos? ¿Ustedes creen que Dios nos inventó para hacernos de guardia? No, hermanos, ese dios es un invento de los curas.

Ya lo había dicho pero tenía que repetirlo: sabía que no había nada mejor para asentar una idea en un público confuso como este. Que ahora se movía más de lo previsto: los corrillos del fondo iban aumentando, caras gesticulaban, cuerpos se bamboleaban como quien busca otra salida. Un criollo viejo me lanzó una pulla:

–¡Jumala! ¿No será que seréis un canibustre ateo, frailón de baja esquina? No nos dices que dices que no hay dios, supongo…

Yo había previsto esa pregunta, y su respuesta. Pero no cierta falta de interés que despertó en la audiencia. La empecé a contestar, de todas formas:

–No, hermano, yo nunca diré eso: nadie mejor que yo para saber que existe un creador. Yo digo sólo que el verdadero Creador no es ese, no es el de los curas, el de los santitos, las limosnas, los milagritos de a real el puñado. El Creador está muy por encima de tanta tontería. A Él no le interesa el poder sobre los hombres y su mundo: no necesita controlarnos, no quiere que actuemos de una u otra manera, no premia ni castiga con llamas o con arpas, no enferma ni nos cura. Él sólo quiere que cada uno disfrute de su vida: para eso nos la dio. Él sólo quiere que todos ustedes sean felices y que nadie los mandonee en su nombre, ni les robe en su nombre, ni les diga en su nombre dónde está el bien o el mal. Y que, de tanto en tanto, alguna tarde, se acuerden de Él y le agradezcan, sin rezos, sin incienso…

El entusiasmo me llevaba en volandas: estaba en lo mejor de mi discurso, el momento en que mi audiencia deliraría de emoción y gratitud ante ese Dios comprensivo, amable, tolerante que sólo quería su gratitud modesta, y sin embargo no: se iban. Cuchicheando, excitados, grupos de cholos, negros y criollos salían de la plaza por la calle del fondo. Era increíble: la mitad de la plaza se había ido. Yo tenía que seguir, pero miré a Antonio para que me dijera qué pasaba. El me miró alarmado, sin respuestas.

–… porque su única recompensa verdadera consiste en ver cómo ustedes, hermanos, ocupan y disfrutan la tierra que les dio. Y cómo ustedes, hermanos, se liberan de una vez por todas de la esclavitud de esas religiones mentirosas, de esos vendedores de ilusiones, de esos asustadores de pobres inocentes, de esos que nos han convencido de que esta vida no vale la pena de ser vivida, de que sólo sirve esperar esa otra vida que no…

Ahora sí me callé: la plaza se había quedado sin un alma. No podía entender, no podía creer lo que estaba pasando: nunca

nadie me había humillado así, despreciado así: nunca nadie había huido así de mis palabras. Eran hombres, bichitos, criaturas, y huían de mis palabras. Eran mis criaturas: me dejaban. Frente a la tarima, Antonio de Loayza y cinco de los suyos eran todo lo que quedaba de los cientos. Una cólera desconocida estuvo a punto de tumbarme. Descontrolado, bajé de un salto, trastabillé, salí corriendo y alcancé al último grupo que dejaba la plaza. Cuando pude hablarles estaba sin aliento:

–¿Qué carajo les pasa, mineteros?

–Tranquilo, hermano, calmo.

Me contestó una negra enorme con un pañuelo rojo en la cabeza. A su lado dos morenitas pulposas quinceañeras me miraban con mezcla de pena y extrañeza.

–¿Pero cómo, tranquilo? Si me han dejado hablando solo como a un loco.

–Pero no se ponga así, don fraile, no le da para tanto… ¿Sabe qué pasa? Que es una santa de verdad, hizo tantos milagros.

–¡¿Qué?! ¿De qué coño me graznas?

–Es la Rosita, fraile, calmo: nos llegó la noticia. Que se murió la Rosita y la están velando en Santo Domingo. Vamos a tocarla. Dicen que si llegamos a tocarla después las pestes no se acercan ni lejos de nosotros.

–Antonio, hijo, ¿tú crees que merecíamos semejante crueldad, tamaña tontería? ¡Tamaña tontería! Eso me pasa por confiar en estos pejepalos.

–No, fray Paco, tremendo. ¡Esas bestias de carga!

Mis propias criaturas me habían rechazado y rechazado, sobre todo, la salvación que les había ofrecido. Pensé en dejar al momento ese cuerpo, esa ciudad, ese tiempo, pero me pudo mi curiosidad: quería ver a la muchacha que me había derrotado. Además no tenía apuro por volver: cuando llegara

sería el hazmerreír de la Corporación en pleno. Antonio seguía mascullando, como si hablara solo:

–Carajo, mil demonios. Nunca pensé que la muerte de Rosa pudiera hacernos esto. Al contrario.

Caminábamos, amargos: yo, Mediacara, Antonio y uno de sus amigos de San Marcos. Que lo miró muy sorprendido:

–No, claro que no lo habías pensado. Si no, Tonito, no lo hubiéramos hecho.

Estaba a punto de preguntarles qué cuando entendí, y no quise preguntarles cómo. Algún veneno, supuse, alguna pócima. Prefería no saberlo. Antonio me miró bien de perro apaleado y ni siquiera tuve ganas de insultarlo.

–¡Ha muerto una santa! ¡Ha muerto una santa!

Gritaban, desaforados, los bichitos. Ante nosotros, en la plaza de Santo Domingo, miles y miles de escuerzos se agolpaban, empujaban, aporreaban para entrar en la iglesia. Parecían dispuestos a matarse por ese privilegio: yo casi lo quería. Su exaltación, sus arrebatos eran la mejor prueba de mi fracaso estrepitoso. Moría por un cigarro.

–¡Que viva la santa muerta!

Gritó un jorobado caído, pisoteado por pies desnudos y botas con espuela. Más y más se caían, rodaban, reventaban: pruebas de mi fracaso. No mi fracaso de esa mañana: mi fracaso absoluto de diez horas atrás, miles de años, cuando me dio por inventarlos.

–Rosa, Rosita, apiádate de nosotros…

Murmuraba una muchacha india con un bebé en los brazos y otro colgado de su falda que se agarraba desesperado, chillando, tratando de que no se lo llevara la corriente: bichitos, pejepalos. La iglesia de Santo Domingo estaba decorada con estandartes y pendones: blanco y negro radiante, el púrpura, el dorado. El portón de madera labrada estaba cerrado a cal y canto pero los escuerzos cargaban desesperados

contra él: sus tablones no resistirían.

–¿Y por qué no la abren?

–Vaya a saber, don fraile. No va para ofender, pero parece que los curas quieren guardarse todos los milagros de Rosa para ellos.

Me contestó un español con pinta de labriego, y tuve que tragarme las ganas de escupirlo. La marea me llevaba y traía: mis compañeros ya se habían perdido. A los golpes, a los gritos, me abrí camino hacia la puerta de la iglesia. Pensé en lo fácil que me resultaría incendiarla ya mismo, deshacerla, desmoronarla con esa cáfila de zánganos adentro, cadáver incluido; después me dije que sería un alarde de rencor: la humillación completa. Una oficial de la Corporación no podía caer tan bajo, me dije; pero estaba tan bajo. Cuatro criollos retacos y forzudos me tiraron al suelo: catamoscas de barro, cachos de carne infame. Me levanté callado, justo cuando las puertas de la iglesia de Santo Domingo cedían a los ataques de los escuerzos coligados. Con un rugido fiero, el torrente se lanzó hacia la nave: derribaba los bancos a su paso, estatuas a su paso, candelabros. Los pejepalos corrían hacia el engaño como un camello ciego: balivernas de bosta, canfinfleros. Al fondo, en el altar, ante un retablo hecho del oro de los incas, entre velones que tiznaban el aire de humo negro, dentro de un ataúd de madera fragante, bajo brocados recamados de brillos, se hundía el cadáver flaco de Rosita.

–¡Es ella! ¡Es nuestra santa, nuestra salvación!

Había cholas con trenzas y diecisiete faldas, españoles con golas enmarañadas de puntillas, negros semidesnudos con el lomo dibujado de azotes, señoras criollas de su casa incapaces de romper un huevo, señores criollos escribientes con manos como arañas, un cura gordo con un sobrino que era su viva imagen, seis tullidos llenos de moretones que buscaban un paso en ese mar de piernas, cojos, mancos, pelados, un tullido con la

cabeza rota sangrando sin remedio, chicos llorando, una ciega extraviada, dos perros en su coito, arcabuceros con espadas al aire amenazando al viento, más mujeres de negro, una rata espantada, miles de ratas espantadas y por encima yo, que los miraba tratando de no ser puro odio. Bichos, penosas criaturas, cachivachines gangrenados: había de todo pero todos eran una garganta sola en el aullido, un solo par de ojos desorbitado por la codicia de salvarse.

–¡Es ella, es ella!

Los escuerzos se pararon a mirarla: un fulgor en la mirada de la muerta, en los ojos perdidos de la muerta los supo contener por un momento. Después volvió el rugido y se lanzaron: fueron la marabunta. Tenían dagas, navajas y tijeras y una urgencia enconada: pisándose, pegándose, tajeándose, cada bichito trataba de cortar un trozo del traje de la muerta, del velo de la muerta, del lienzo de la muerta, del cuerpo de la muerta tan deseado.

DÍA DEL TERCER PEDRUSCO, HORA UNDÉCIMA. PARÍS

–Padre, estoy muriéndome o me estoy muriendo, que, como dijo Besançon, ambas maneras son correctas.

–No se te ve muy afectado, hijo, jugando aún con las palabras como si fueran tus mascotas.

–Se equivoca, padre. Si le confieso que mi chascarrillo es un plagio, es que estoy con un pie en el más allá.

–¿Que dónde estás? ¿Me vas a hablar del más allá? ¿Tú, aquí, del más allá?

–Tranquilo, padre: supongamos que son maneras de decir. Por ahora supongamos que todo son maneras de decir. Pero sólo por ahora.

–¿Y qué quieres de mí, hijo? ¿Para qué me has llamado?

–¿Yo, llamado, padre? A mí me dijeron que era usted quien quería verme.

–Yo quería, hijo, como todo el mundo. Pero no hace una hora que me trajeron el recado: que tú me requerías.

–¿Será? ¿Habré sido yo? Ya no consigo saberlo muy bien en estos días. Padre, de una u otra forma necesito su auxilio.

–¿El mío? ¿El de un sacerdote de la Iglesia que has vituperado toda tu vida? ¿No eras tú el que repetía a todos los vientos que había que aplastar al infame, destruir a la Iglesia, acabar con la superstición, y que por eso querías dar tu vida?

–Es que ya no se trata de mi vida: esto es mi muerte.

–Otra vez, entonces, en tu muerte, ¿qué pretendes de mí?

–Padre, ¿le puedo decir algo muy personal?

–Mis feligreses creen que para eso estoy.

–Usted es muy joven, y seguramente nunca escuchó hablar de la señorita Lecouvreur. Hace sólo cuarenta años…

–Yo he escuchado hablar de casi todo, hijo. Pero supongamos que no.

–Si lo hubiera escuchado no me lo diría, claro: no es propio de un prelado. Incluso aquí y ahora tenemos que seguir siendo el cura y el filósofo, ¿no es cierto?

–No, no es cierto, pero ¿qué podría serlo?

–La señorita Lecouvreur era flor peculiar: le confieso, padre, que dos o tres veces sus ancas estuvieron a punto de hacerme creer que sólo un dios muy hombre podía haberlas creado y creado el mundo, alrededor, para que resaltaran. Y sus ojos, sus pechos imborrables, esa manera de moverse…

–Hijo, ¿te parece el momento?

–Todos lo son, padre, y lamento que usted deba ignorarlo, aunque entre el debe y el haber hay tanto trecho. Seguramente usted no lo ha ignorado, ni lo ignora.

–No sabes bien, hijo, no debes saberlo…

–Otra vez el debe: perdona, Señor, nuestras deudas… Así es fácil. Padre, la señorita Lecouvreur era casi divina, con perdón, y adorarla era un placer del Cielo. Para qué le voy a contar cosas que usted no debe entender: era, resumiendo, un milagro. Pero a la pobre señorita le dio por morirse. A mí, entonces, me pareció un capricho imperdonable, digno de tal coqueta: no quería creer que yo, alguna vez, tendría que hacer lo propio. Cuando se murió, la pobre Adrienne dejó, como casi todo el mundo, un cuerpo abandonado: ¡aquel cuerpito, padre, abandonado! Usted no sabe, no debe saberlo: la señorita Lecouvreur era una actriz, y las actrices no pueden reposar en el campo santo. Lo dice la santa madre Iglesia y, si lo dice, por algo lo dirá. Lo echaron a la calle como un perro, padre: ese

cuerpo perdido en un baldío, abandonado, desechado. Desde entonces, padre, la idea de mi cuerpo así…

–Sí, adelante, sigue.

–Es que… no, sí… cómo decirle…

–¿La idea de tu cuerpo abandonado te incomoda?

–¿Incomodarme, padre? Sí, me incomoda: como incomodaron a Cristo los clavos en las manos, a la virgen de Orleans las llamas del tormento, a Lisboa el terremoto que la dejó hecha un mapa. Sí, padre, me incomoda, quiero decir: me desespera, me perturba. Me espeluzna.

–Disculpa, hijo. ¿Qué te importa que tu cuerpo se pudra si tú mueres con él?

–¿Que yo muero? ¿Por qué me condena, padre, con tanta displicencia?

–Yo no, hijo, tú. Eres tú quien lo ha escrito hasta el hartazgo. Tú escribiste que «la razón me enseñó que todas las ideas del hombre y del animal les llegan por los sentidos, y confieso que no puedo dejar de reírme cuando me dicen que los hombres seguirán teniendo ideas cuando no tengan más sentidos, porque su alma los sobrevivirá…».

–Pero, padre, era tan joven. Como bien puede ver, ya no me río. Ojalá me riera como entonces.

–Y también que «la idea de la resurrección repugna a todos los seres pensantes. Es una mala política la de querer gobernar a los hombres con ficciones, ya que tarde o temprano sus ojos se abren y detestan tanto más los errores que los han alimentado cuanto más los han esclavizado esos errores».

–¿Que yo escribí tal cosa, padre?

–Sí. En un librito que se llamaba *Dios y los Hombres*, por ejemplo.

–Ese libro está firmado por el doctor Obern.

–¿No te estás confesando, hijo mío? ¿O vas a volver a las mentiras?

–¿Y si no es así, padre? ¿Y si no muero del todo con mi cuerpo? Ahora es el momento de dudar de todo: justo cuando querría tener alguna certeza. Pero la certeza que podría tener me destruye: me mata dos, tres, muchas veces. Prefiero, por una vez, las dudas: necesito esa duda.

–¿Y yo qué puedo hacer, hijo, por ti?

–Tanto, padre, tanto. Tomar mi confesión, ser testigo de mi arrepentimiento, recibirme de vuelta en el seno de la santa madre: permitir que mi cuerpo descanse en tierra consagrada.

Era espantoso: una caricatura. El viejo era una caricatura y de pronto me pareció que por fin había entendido todo. Que todo había estado delante de mis ojos todo el tiempo, y que recién ahora lo entendía. Quizás, me dije, era el precio de no tener ojos.

El viejo estaba por graduarse de esqueleto: un pergamino grisiento le recubría los huesos y algún pingo de carne se resistía a abandonarlo todavía, pero el resto ya había sucedido. Su cabeza de perico sarniento se apoyaba sobre varias almohadas no muy limpias; un gorro de lana azul le enmascaraba el cráneo y un papagayo lleno asomaba debajo de su cama. El viejo trataba de mantener su famosa sonrisa socarrona y todo lo que conseguía era una mueca que descubría la penuria de una boca sin dientes. Su aliento olía a albañal, su cuerpo a sumidero: parecía, en verdad, que la muerte ya se le había instalado. Y, sin embargo, el viejo seguía hablando con la claridad y agudeza que lo habían hecho famoso, pero sin sus palabras: sus palabras eran diferentes. Antes de serlo, el esqueleto había escrito tragedias, poemas, cuentos, panfletos, grandes libros de historia: yo había ido a ver al filósofo insigne y me encontraba con un viejito aterrado por la presencia de su muerte:

–Por favor, padre: permitir que mi cuerpo repose en tierra consagrada.

–¿Que se pudra, dirías tú, en tierra consagrada?

Y debo confesar que había ido a verlo con ciertas esperanzas. Tras el fracaso de Lima, la situación en la Corporación se me había vuelto intolerable. Ni siquiera me habían hecho reproches: el Jefe y las demás oficiales sólo se me rieron, y no consideraron necesario perder más de su tiempo en mí. La suerte del tercer pedrusco parecía sellada y, con ella, la mía tambaleaba. En realidad tendría que haberme quedado allí haciendo últimos intentos por recomponer las cosas, pero no soportaba. Voltaire había hablado y escrito sobre mí en términos que se acercaban bastante a la verdad, y pensé que una charla con él podía ayudarme: cuando vi que ese curita, el abate Gaultier, estaba a punto de entrar a ofrecerle la extremaunción, decidí ocupar su cuerpo por un rato. El curita era nada: un lechuguino de treinta bien entrenado por los jesuitas que había visto la oportunidad de hacerse un nombre devolviendo al redil a la oveja más descarriada, la bestia peligrosa: la batalla de Voltaire contra la Iglesia de los católicos había durado medio siglo y había producido cambios en sus contemporáneos que nadie, hasta entonces, había soñado: muchos se preguntaban cosas. En esos días algunos llamaban a sus años el siglo de Voltaire: le habían entregado su tiempo. Yo ya sabía que los hombres eran capaces de entregar eso y tanto más a cambio de un poco de seguridad: de poder seguir, admirar, obedecer a alguien.

–Padre, ¿me alcanzaría por caridad esa redoma?

–¿Por caridad, has dicho?

–Por lo que sea, padre, por todos los santos de sus libros.

La botellita tenía un líquido oscuro que Voltaire bebió como quien mama: sin el opio ya no podía soportar los dolores de sus tripas.

–Primero, hijo, debería hacerte una pregunta impertinente.

Me sentía una rata: el gran hombre se estaba muriendo y yo lo atormentaba con preguntas. Quizás debía ser más amable con un moribundo, pero era un moribundo que acababa de traicionar mis últimas esperanzas. Si él decía lo que decía, qué podía esperar de los demás.

–¿Cuál podría no serlo, no siendo esta misma?

–¿Tú crees en lo que has dicho durante toda tu vida?

–¿Usted qué cree?

–Creo, hijo, que es el momento de que hables en serio: que salgas de detrás de las palabras.

–Creo, padre, en lo que dije, creí toda mi vida. Pero ahora, como usted sabe, estoy muriéndome o me estoy muriendo. Esto ya no es mi vida.

Por fin había entendido todo, y ya era tarde.

–¿Así que ahora quieres creer en la inmortalidad?

–En estos últimos meses, padre, en docenas de homenajes, señores copetudos me declamaron que mi inmortalidad estaba asegurada.

–¿De qué inmortalidad me estás hablando?

–Sí, es cierto, de aquella que no sirve para nada: la de los bustos, los mármoles, el recuerdo de los hombres. Es curioso: esa sería la inmortalidad que no se puede comprar.

–¿Cómo dices?

–Nada, una tontería. Recordaba una charla con mi padre. Cuando era un jovencito mequetrefe, él me ofreció regalarme un puesto de notario. Yo era orgulloso, como todo muchacho: le dije que no quería una notoriedad de las que se pagaban, que ya sabría labrarme una que el dinero no pudiera comprar.

–Y lo hiciste.

–Sí, la tengo, pero ahora la que me importa es esa inmortalidad que sí se paga: la que ofrecen el Señor y su Iglesia.

–Y para conseguirla deberías abonar el precio de la fe.

–Sí, padre, nada menos. Siempre pareció que mi bolsa estaba exhausta; quién sabe si no fue que estaba ahorrando para este momento.

–¿Tú, ahorrando?

El esqueleto honorario Voltaire me exasperaba. Había ido a verlo en busca de un aliado de peso y me encontraba con un traidor desesperando. El olor de la pieza era más y más acre: quizás se había meado.

–Quién sabe, padre. No yo, que ya no puedo saber nada. Usted sí tiene fe, supongo.

–¿Si tengo fe? ¿Qué me preguntas, hijo? ¿Si creo que una serpiente engatusó con sus palabras a la pobre Eva, que el mar Rojo se abrió ante los judíos como un higo maduro, que las murallas de Jericó cayeron derrumbadas por trompetas, que la burra de Balam le hacía reproches cuando su dueño la azotaba?

–Sin crueldades, padre. Ya sé que yo escribí esas líneas. Le pregunto si cree realmente en la existencia de Dios nuestro Señor.

–¿Si creo en Dios, me preguntas? ¿Si creo en un gigante de barbas en su trono de nubes de algodón que incitaba a su pueblo a la batalla, que detenía la marcha del sol para que la ganaran, que se enojaba con sus criaturas al punto de inundarles el mundo para exterminarlas, que sometió a su hijo a los tormentos más infames?

Por el momento me divertía jugar, contra Voltaire, al creyente indignado.

–¡Padre, por Dios!

–Sí, también eso lo escribiste tú.

–Quizás lo dije porque creía demasiado. Ahora, tal vez, lo

entiendo: no hay nada más ofensivo para Dios que suponer que un dios es responsable de este mundo de horrores. Si yo fuera creyente trataría de convencer a todos de que nunca hubo dios. Y si fuera un dios inteligente también pretendería que no existo.

–¿Qué me dices, ahora?

–Sí, lo intentaría, para no hacerme cargo de los desastres de este mundo.

–Sofismas, más sofismas: habilidades cortesanas. Parece que es todo lo que te queda, ahora que no te queda nada. También, tantas veces, escribiste que existe un ser supremo que creó este mundo admirable y sus criaturas como el relojero fabrica su máquina y que, una vez dadas sus reglas, no quiere ni debe intervenir para modificarlas, que no espera adoración ni pleitesía, que es infinitamente bueno y que…

–Padre, todo eso lo escribí mientras estaba vivo y no sabía. Me creía tan espléndido; ahora sé que la muerte nos iguala. Me creía admirable: ahora valgo menos que el más imbécil de los poceros de mi finca. Estoy en el umbral y me avergüenzo: por un momento tan fugaz, tantos y tales cambios. Mucho, para tan poco. ¿O será que siempre nos morimos, que empezamos a morirnos cuando nacemos, que todo en la vida es un paseo hacia la muerte?

–Puedes creerlo, si te ayuda.

–Yo ya no sé si lo creo o no lo creo. Pero, ¿para qué sirve, padre, toda una vida de esfuerzos y de logros si todo debe terminarse cuando ella se termina?

–Tú deberías saberlo. Es más, tú has dicho muchas veces que cada acto era su recompensa, que no había que esperar…

–Pero eso no es lo que dice nuestra Iglesia, padre.

Dijo carraspeando el esqueleto, y se atoró. Yo no supe qué hacer: el esqueleto se sacudía y arqueaba, en lucha sin cuartel contra su pecho. Parecía que, en algún espasmo, se desplomaría

para morirse de una vez. Pero sus toses se fueron haciendo más y más leves, hasta que se volvieron un ronquido imperceptible. De nuevo temí que se acabara y volví a equivocarme: hacía cuarenta años que todos pronosticaban su muerte todo el tiempo y él no les hacía caso. Sin el menor preámbulo, el esqueleto volvió a este mundo de debates:

–Pero entonces Dios, el dios de los judíos, los cristianos, el que promete la vida eterna, la resurrección…

–No, pobre iluso: ese dios que tú siempre rechazaste no necesitaba que lo rechazaras: no existe.

–¿Eso quiere decir que yo tenía razón?

–Más que la que suponías.

–Mi razón me enaltece. Mi razón me destruye. La razón me condena: estoy perdido.

Dijo el esqueleto con una mezcla rara de terror y gozo, y recién entonces se dio cuenta de que no era yo quien debía decirle lo que le había dicho.

–Pero, padre, usted no me puede decir eso.

–Yo te lo puedo decir, mejor que nadie.

–Usted puede decir lo que se le dé la gana y bailar un minué con tacos altos, pero yo no tengo ninguna razón para creerle.

–¿No era que querías creer en la Iglesia, ahora?

–Sí, pero no en usted. ¿Cómo le voy a creer a un curita que viene a decirme que el Señor no existe?

–Quién sabe. Quizás me envía un dios astuto. ¿No acabas de decir que un dios inteligente debería pretender que no existe para no tener que hacerse cargo de los desastres de este mundo?

–¡Balivernas! ¡Necedades de foca!

–Tu acabas de decirlas.

–Por eso lo sé bien. Lo que pasa es que usted está traicionando a nuestra Iglesia.

–¿Yo, a «nuestra Iglesia»?

–Nos da igual de quién sea: tan suya como mía, en este trance. El punto no es ese. La cuestión es por qué buena razón debería yo creerle.

–Por ninguna. No me creas.

Era lo más insidioso que podría haberle dicho: el esqueleto se picó:

–Usted habla por hablar. No sé quién sea, pero si no está loco, yo lo estoy.

Voltaire trataba de provocarme con mi mismo juego de desdenes pero no lo lograba. Por el momento, al menos. La colcha de su cama proliferaba de mocos y gargajos.

–Seguramente.

–De verdad, padre: ¿quién es usted para decirme tales cosas? ¿Cómo se atreve? Usted sabe que si yo hubiese dicho algo semejante me quemaban.

Tenía razón: pensé, una vez más, en el pobre fray Francisco Romano, único mártir de mi causa.

–A mí no pueden. Y yo sé de todo esto más que nadie.

El esqueleto hizo un esfuerzo atroz para poner en mí toda su atención y yo tuve el impulso de decirle quién era. Nunca se lo había dicho a ningún bichito y no debía, pero la tentación planeaba: todo estaba perdido y quería darme el gusto.

–Por favor, padre, se lo pido: dígame por qué me dice todo esto. Es el último servicio que le ruega un moribundo.

–Yo soy el creador que tú decías: el maquinista que creó este mecanismo que ya no puede controlar. Soy como tú, en realidad, que has creado un mecanismo que ya no controlas y te mata del todo.

–¡¿Qué dices?!

–Lo que oíste, Voltaire.

El esqueleto, por un momento, se distrajo: ya no tenía la energía necesaria para mantener nuestra charla sin desfallecimientos. Durante unos segundos se quedó mirando el

techo o alguna imagen que desfilaba por el techo. El cuarto no era grande pero estaba repleto de máquinas: dos relojes de cuerda, un autómata que imitaba a un flautista, una brújula inútil, una cajita de música incrustada de nácar, un termómetro, un barómetro, un generador eléctrico de Von Kleist: Voltaire había sido un hombre de su tiempo.

–Ya no saben qué hacer para engañarme, los muy canallas…

Tendría que haberlo supuesto: no era lógico que el gran filósofo de la razón le creyera al primer fulano que se le presentara diciéndole que era el creador del cielo y de la tierra. Pero tampoco iba a rogarle que me tomara por mí mismo:

–… deben imaginar que ya estoy muerto, si me vienen con esas paparruchas. Respeto a un moribundo, padre, un poco de respeto.

–Ni padre ni tío abuelo. Yo sé de qué te hablo. Si estás dispuesto a la verdad calla y escucha, y si no morirás en el engaño. A mí me da lo mismo.

–Bueno, para que podamos hacer conversación simularé que te creo la locura que me cuentas.

Yo me quedé callado: no estaba dispuesto a discutir en esos términos. Tenía que sacarlo de sus convenciones de salón. Mi silencio se fue haciendo pesado: el esqueleto se desesperó y cambió de talante:

–¿Cómo saber que no me mientes?

–Nunca lo sabrás, y menos ahora. Vas a tener que creer, por una vez en tu vida. Pero no te molestes: tal como estás, no va a ser largo.

Sus reticencias me volvían más cruel: un hombre que siempre había buscado la luz de la razón ahora estaba frente a la verdad y no quería escucharla; mi irritación se hacía muy evidente. Voltaire se agarraba a la cobija como para no deslizarse más allá:

–Disculpa, quien quiera que seas. Por favor, dame alguna

prueba de que puedo creerte.

–¿Como Jehová a Moisés, como Jesús a sus discípulos, como cada diosecito de provincias a cualquier incrédulo? Voltaire, te creía más lúcido que eso.

–Por favor, padre, por favor.

Su voz era el gorjeo de una mosca: tan lastimera que terminó por conmoverme. No era mucho, finalmente, lo que me pedía: que lo convenciera de que yo era yo para convencerse de que había tenido razón toda su vida, que el dios de los cristianos era un invento tenebroso, que no había almas, infierno o paraíso, que de verdad su muerte era su fin. Para eso, tenía que quitarle cualquier duda sobre mí: yo no debía, pero podía hacerlo.

–¿Alguien sabe que el 24 de agosto de 1753 ordenaste al capitán Laraignée que hundiera el bergantín La Espuma en las costas del Congo, con doscientos esclavos a bordo?

–Sí, por desgracia. Es un recuerdo doloroso y... Bueno, qué tanto: eran negros, al fin y al cabo. He tratado de olvidarlo muchas veces pero sí, varios lo supieron: el propio capitán, mis tres socios en el negocio... Eso no demuestra nada, cura.

–Ya lo sé. ¿Pero alguien sabe que, pese a que les dijiste que había que hundirlo porque no se podía repararlo, la verdad era que sabías que el precio de los esclavos estaba por bajar tanto que si los llevaban hasta la Martinica perderían mucho dinero? ¿Y que dudaste un par de horas y que, cuando te decidiste a hacerlo, te dijiste que era una suerte no ser católico ni tener que confesar tu decisión a un sacerdote? ¿Que te sentías tan aliviado de no tener un dios que te estuviera vigilando?

El esqueleto enmudeció y una nube de espanto le veló los ojos como tajos.

–¿Entonces, estás dispuesto a

escuchar, por una vez en tu vida? Será la primera pero no te preocupes: también va a ser la última.

–No me burles, señor. Me duele tanto: me estoy muriendo de verdad. Tú podrías salvarme….

El gran filósofo esqueleto se humillaba. Y a mí me daba placer contribuir a su degradación: quizás fuera rencor. El papagayo olía.

–Si pudiera no lo haría, pero como no puedo me encantaría hacerlo.

–Esas son palabras.

–¿Y de qué estamos hablando?

–De lo único que derrota a las palabras: la muerte propia, la propia muerte. Yo no soy yo: soy otro, soy este moribundo, y soy demasiado inteligente, tengo demasiada imaginación como para soportarlo sin ayuda. Me pasé toda la vida eligiendo, creyendo que elegía. Era un negocio complicado: en vida, no creer en Dios suponía el orgullo de pensar que no había nadie decidiendo por encima de mí, que podía hacer lo que pudiera. En cambio ahora, en el umbral, es la desolación de saber que todo se termina. Ahora tengo una sola opción: no creer y morirme del todo, o recuperar mi fe e imaginar que voy al cielo o al infierno. ¿Tú qué harías?

–No sé yo, pero sí sé que tú no puedes hacer nada.

–Por favor, señor, tú sí puedes hacerlo. Tú eres el que todo lo puede.

–¿Yo? Tú lo has explicado: los milagros están fuera del orden divino. «Un milagro es una contravención a las leyes eternas de la naturaleza. No parece probable que Dios desordene su propia obra: el Universo está atado por cadenas que nada puede romper».

–Otra vez mis viejas palabras, señor: es injusto.

–Es lo que hay, lo que queda de ti.

El esqueleto se irguió sobre los almohadones como quien se lanza en el último esfuerzo. Los ojitos se le iluminaron e intentó armar de nuevo su famosa sonrisa en el agujero desdentado: mortal quien sigue usando aquello que ha perdido.

–¿Será todo, me dices, lo que quede de mí? ¿Nada más, nada más?

–Nada más que tu recuerdo: nada que puedas sentir o percibir, nada que seas tú mismo. Nada después, nada. La muerte es un asunto simple: es, y ya no eres. Nada más, filósofo: más nada. Ella sí, tú ya no. La muerte es una tontería.

–¿Una tontería, señor? Se ve que no estás en mi lugar. Si no fuera por la muerte, por mi muerte llegando, yo jamás te habría dicho esto que acabo de…

Intentaba decir el esqueleto cuando otro espasmo lo cortó. Voltaire tosía y se retorcía y yo por fin había entendido todo; él, a esta altura, me importaba tan poco. Pero seguía siendo sí mismo: hasta el final trataba de controlar el mundo:

–¿Te podré pedir, señor, un último favor? No lo cuentes. No dejes que nadie sepa lo que acabas de decirme.

–¿De qué hablas?

–Eso: que nadie sepa que al morir morimos. Si se supiera, ninguna religión quedaría en pie.

Era, sin duda, el punto, lo que por fin había entendido: la religión necesitaba la muerte. O, mejor dicho, la muerte era el origen y la base de toda religión. Mi invento, mi desgracia: por fin, tan tarde, había entendido. Sólo me sorprendía que fuese Voltaire quien me pedía ese silencio.

–Sí, señor, no te asombres. Si lo dijeras harías un daño horrible. La religión nos salvó de tantos males. Si no fuera por la religión, la muerte habría convertido a la vida en un viva la pepa: ante la perspectiva de un final absoluto nada importaría, y los hombres no tendrían ningún freno. Puede que el dios de los religiosos no exista, pero la religión es necesaria. Recién

ahora lo comprendo.

Dijo Voltaire: tan luego él.

–En tal caso el perjuicio lo habrás causado tú, Voltaire, con tu palabrerío. Pero yo creo que no, que la verdad puede ser dolorosa pero no dañina. Si no hubiera sido por las religiones, los hombres habrían encontrado formas mejores de regular sus actos. Formas que no vinieran del terror, de la ignorancia. Y esto, me parece, también lo has dicho tú.

–Señor, no seas iluso: ya sabes que mientras vayamos a enfrentarnos con la muerte, es imposible pensar que no tenemos dioses. Imposible soportar la muerte sin algo más allá. Quizás, tal vez, si decidieras eliminar la…

Decía Voltaire, y de nuevo el espasmo, el ataque de tos lleno de babas. Estaba muy débil; cuando se recuperó, su voz era un susurro que hablaba para sí:

–Caray. Si lo contara, nadie me lo creería.

–No lo vas a contar, no te preocupes.

El esqueleto me miró con su última mirada de odio y una gota de súplica. Yo miré hacia un punto vacío más allá de su cama:

–Está bien: yo tampoco diré ni una palabra. Al fin y al cabo, tu traición me iluminó. Te prometo que nadie sabrá de nuestra charla…

–Gracias, señor: quizás nos salve tu mentira.

Dijo el cadáver con un brillo de alivio, pero enseguida se dio cuenta de que se había equivocado; no estábamos hablando del mismo engaño, y se lo dije:

–Así será, no contaré esta escena: el mundo debe seguir creyendo que Voltaire murió pidiendo que aplasten al infame, que la luz de la razón disperse la oscuridad supersticiosa. Aunque, a esta altura, ya no sirva de nada.

EL INFORME FINAL, 7

Decía que se aburría: Dios prefirió llamar tedio a su desasosiego. Una oficial de la Corporación no debería caer en esos disimulos, pero se entiende que lo intentara: su zozobra era impropia de su condición, más cercana a los bichitos del tercer pedrusco. Dios se equivocaba para cubrir otro error suyo: así le estaba yendo.

Su charla con Voltaire moribundo, su descubrimiento, la habían alterado: no sólo porque convertían su invento, el recurso en el que había depositado todas sus esperanzas, en la fuente de su derrota, sino también por el tiempo que había tardado en comprenderlo: se sentía, sobre todo, imbécil redomada.

Voltaire le había hecho entender lo obvio, lo que tendría que haber sabido desde el principio de ese día: que la muerte, su gran hallazgo, había sido el detonante de todos sus males. Ahora, casi de repente, se encontraba con la tajante realidad: ese terror había llevado a los bichitos a entregarse a una legión de dioses y ya no había manera de sacarlos.

Dios, en ese punto, odiaba a los bichitos. Pero más se odiaba a sí. «Yo no debería despreciar a mis criaturas», anotó entonces. «Es la mejor forma de despreciarme a mí misma: no he sido capaz de hacer bien mi trabajo. Pero a veces resulta muy difícil». Lo intentaba: no era culpa de ellos, se decía; ella los había puesto entre la espada y la pared, los había obligado a buscar algún recurso para esquivar ese abismo al que los empujaba.

–Sí, fue mi desastre: se me fue de las manos.

–¿De las manos, me dice, (vËf))? ¿De las manos? Debería cuidar su lenguaje, (vËf)), ya que no lo demás.

Le dijo, en ese rato, (Pf)), la vieja oficial que, pese a todo, seguía comunicándose con ella. Dios necesitaba conversar con alguien y (Pf)) le tenía algo: cierto respeto, lástima.

–Bueno, como quien dice: de mi inteligencia. Al principio creí que con la muerte que les daba los haría más urgentes, más ávidos de vida, poderosos. Y fue que los enloquecí: de allí sus dioses, sus guerras, su codicia.

–La muerte les dio aquellos diositos y después los diositos les justificaron cualquier muerte, se me hace. Y las ganas de estar siempre en otra parte, y la idea de que es mejor su mundo cuando se les acaba. De no haber sido por ese error pequeño…

–Sí y no, (Pf)), le digo: sí y no.

–¿Cómo que sí y no? ¿Otra vez pensando cual bichito?

–No, de verdad, es sí y es no. Sin la muerte el pedrusco no hubiese funcionado, habría sido tan páramo como tantos otros mundos que inventamos.

–¿Y así, mucho mejor quedó, viene diciendo?

–No, así no queda, se lo acepto. Quizás, si lo hubiera entendido más temprano…

Si lo hubiera entendido más temprano, pensaba, habría podido reaccionar. Pensó –Voltaire había intentado decírselo, había estado a punto de decírselo– en la posibilidad de eliminar la muerte del tercer pedrusco: sabía que, a esa altura, era una ilusión impracticable. El cuerpo se armaba alrededor de esa premisa: suprimirla equivalía a rehacer todo desde el principio y ya no tenía esa posibilidad: se le hacía tarde.

En eso no se equivocaba: la paciencia de la Corporación, mi paciencia con respecto a su tercer pedrusco, estaban agotadas. Dios creyó que tenía que hacer algo. Una vez más, su primera reacción fue errada: intentó un sueño. Era, queda dicho, otro

fallo: Dios, exasperada, creyó que ese sueño podría llegar a darle alguna idea, una forma de finalmente solucionar la situación. El intento terminó de convencerme de la gravedad de su estado, lo profundo de su contaminación: estaba buscando en un recurso mágico, demasiado humano, la salida a un problema que requería soluciones razonadas.

(El sueño era un chancro que tuvimos que extirpar. Horas antes, cuando Dios produjo aquel revuelo con el tema, varias oficiales se habían dejado llevar por la tentación y habían experimentado su receta: los únicos resultados fueron cierta intranquilidad en la Corporación y el abandono –temporario, es cierto, limitado, pero no por eso menos grave– de obligaciones habituales. El sueño es la negación de la oficial: algo que no se realiza, y ellas son pura obra. Tuve que ponerme firme: en una comunicación severa a través de la Red, les hice saber a las 1.311 que su práctica estaba en contra de todas nuestras reglas y que sería castigada sin ambages).

Dios sabía que nuestra decisión sobre el tercer pedrusco no tardaría en llegar. Sabía a qué atenerse: no debía esperar contemplaciones ni alharacas; todo dentro de un orden. Pero, mientras tanto, le quedaban unas pocas horas hasta el final del día que debía dedicarle: decidió aprovecharlas. O quizás debería decir que decidió distraerse. O relamerse con venganzas menores. Conocía su parte de responsabilidad en el fracaso: en teoría la aceptaba, pero no podía dejar de pensar que los bichitos la tenían muchísimo más grande.

Era curioso: en esos días, cuando Dios volvió a prestar atención a los bichitos, la prédica del filósofo aterrado había surtido cantidad de efectos. En su pueblo multitudes exaltadas habían decapitado a un rey, cerrado las iglesias, declarado el

culto de un Ser Supremo extrañamente razonable y hecho la guerra contra todos en nombre de esos hechos. Dios tuvo un sobresalto de entusiasmo e imaginó que le quedaban esperanzas. Pero fue un momento: en cuanto quiso volver a mirar lo que pasaba, vio que la Iglesia había recuperado sus poderes, un rey los suyos, los santos sus fieles pedigüeños. Su encono progresaba.

Mientras esperaba que le comunicáramos nuestra decisión definitiva, (vËf)) firuleteó. No podía, en ese momento, fresco aún el desastre de Voltaire, volver al pedrusco, pero le resultaba fácil intentar ciertas intervenciones desde su puesto en la Corporación. Se divertía inspirando: pensaba, por ejemplo, que sería interesante inculcar a los bichitos la idea con la que había creado su pedrusco, a saber: que el único criterio sensato para medir una obra, una idea, un propósito, era su fealdad o su belleza y se le ocurrió, para sostener esa noción, inspirar a un escritor inglés, un tal De Quinqui, un librito que se llamaba *Del asesinato como una de las bellas artes*. A pesar de sus expectativas, el ensayo fue un revulsivo muy menor: enseguida, críticos y lectores lo definieron como un texto humorístico, y nadie supo leer en él lo que Dios pretendía.

Lo cual no la apartó de su entretenimiento: era lo único que podía hacer en ese rato, para engañar las ansiedades de la espera. Poco después se le ocurrió otra forma de revolver el hormiguero: inspiró a un oscuro filósofo barbudo, un tal Marxyz, otro panfleto, que llamaron *Manifiesto Comunista*. El libelo serviría, supuestamente, para soliviantar a los bichitos contra los dueños de tronos y de iglesias: para darles de alguna forma un merecido. Cuando apareció, Dios pensó que lograría algo de su propósito: en varios países, sus lectores y otros analfabetos encabezaron rebeliones feroces. Pero no les duró: rápidamente fueron reducidos a presos y cadáveres y el librito

se perdió en el olvido.

Un rato más tarde, cuando pareció que aquel panfleto recuperaba peso, Dios ya no estaba interesado en él: supuso que podría servir para inventar otros dioses menores, para que los bichitos pensaran que no podían vivir sin trascendencias disfrazadas: un merecido que Dios no había previsto. Entonces reparó en un alemán bigotudo atacado del nervio, más presuntuoso que una oficial a la cabeza del Tablero: el bigotes escribía diatribas que nadie descifraba sobre tragedias griegas y músicas pomposas. Dios le tomó simpatía y le inspiró unas pocas disgresiones que estuvieron a punto de avergonzarla: se basaban demasiado fielmente en emociones que no habría debido sentir. «El mundo me pareció el sueño y la invención de un dios… el creador de este mundo quería desviar las miradas de sí mismo y lo creó; es, para quien sufre, un gozo embriagador el de desviar las miradas de su sufrimiento, y olvidarse», escribía el bigotudo. Y, enseguida: «Pero me equivocaba: ese dios que imaginé me parecía obra y locura humanas, como todos los dioses». Después el bigotudo se ponía sublime, y anunciaba en todos los tonos que Dios había muerto: no estaba claro quién sería ese dios fallecido, y Dios se alegraba de la confusión que podría resultar. Pero no resultaba: no le hacían ningún caso. Despechado, el bigotudo llamaba a sus congéneres a consolidar su orgullo, la ridícula vanidad de los bichitos: ellos, decía, eran todo por sí mismos y no necesitaban nada más, sólo que no eran capaces de soportar la ausencia de sentido de sus vidas y del final que a sus vidas esperaba. Tenía razón; el bigotes, pensó entonces Dios, debía haber sentido algo de su influencia, porque fue enloqueciendo más y más y terminó babeando en casa de mamá, siempre impaciente, irritado ante cualquier palabra o gesto. A esa altura, a Dios tampoco le quedaba más paciencia.

Aunque todavía se le ocurrió otra salida pajarona: quizás,

supuso, podría alejar a los bichitos de la muerte mediante esas técnicas que proliferaban y que hacían que algunos se fueran deshaciendo de iglesias y esperanzas. El pedrusco se había llenado de máquinas, y los bichitos empezaron a pensar que podían dominar la materia: empezaron a despreciar la materia. Durante un rato Dios puso su atención en un tal Pastor, un francés que inventaba brebajes para mantener a los bichitos libres de los yerros que solían llamar enfermedades. Pronto se dio cuenta de que era tiempo perdido: había inventado, al principio, tantas, que no había forma de combatirlas todas. Y, además, la muerte era mucho más amplia que esos accidentes.

No era grave: Dios dramatizaba, pero en verdad no daba para tanto. Si (vËf)) no fuera una oficial de la Corporación yo habría pensado que estaba más afectada que lo correspondiente. Sus actitudes no condecían: esperamos que, una vez terminado el episodio, vuelva a la norma; si no, tendremos que iniciar procedimientos más severos.

Pero no todavía. Yo era partidario de una medida ejemplificadora: consideraba que Dios se había excedido en su conducta y merecía un castigo. Pero mi Jefe me ordenó que no: me explicó –aunque no necesitaba hacerlo– que no debíamos ser demasiado duros con quien, finalmente, no era más que una oficial de pocas luces. Si lo fuésemos, me dijo, provocaríamos malestar en las demás: así, el desdén de las otras, su propio papelón serían castigo suficiente.

Al fin y al cabo, me dijo, se trató de un episodio menor: el fracaso de un cuerpo celeste. Situaciones como esta se reproducen con una frecuencia que nos ha enseñado a no sobreestimarlas: de tanto en tanto. Es cierto que (vËf)), la oficial conocida como Dios, va a sufrir algunas consecuencias, pero serán menores. Está claro que su posición en el Tablero

bajará. Dado que ya era débil, Dios quedará en una situación difícil, que la obligará a arriesgar más aún en próximos intentos: a mí me corresponde cuidar que no se lance a despropósitos. Y sin duda su autoestima quedará resentida. Dios se jugaba bastante en el invento que terminó fallando tanto. Pero, visto que su problema siempre fue el inverso –un exceso de orgullo que nada sostenía–, puede que el resultado global sea positivo.

El caso, insisto, no era ni siquiera lo bastante grave como para que le diéramos instrucciones tajantes: la Corporación, por mi intermedio, ordenó a (vËf)) que dejara de ocuparse del planeta tercero del sector [[^Pa\]: su día, de todas formas, se estaba terminando, o sea que no le faltaba mucho para el momento en que igual habría debido hacerlo. En eso estábamos cuando me pidió permiso para acercarse a él por última vez: se lo iba a negar, pero el Jefe me dijo que se lo permitiera:

–Si no dejamos que nuestras oficiales resuelvan ciertas cuestiones por sí mismas, los universos nunca se van a convertir en una música digna de ser bailada.

Su metáfora era muy tercer pedrusco: me sorprendió pero no dije nada. Poco después le informé a Dios que podía ir. Estuvo bien: no quería que se sintiera discriminada o injustamente maltratada; no quería fomentar su natural compasión por sí misma. Era un riesgo, pero Dios me aseguró que, si se lo permitía, ella resolvería el asunto de una vez por todas.

DÍA DEL TERCER PEDRUSCO, HORA DUODÉCIMA. NUEVO MÉXICO

–Buen día…

–¿Y qué es lo que le parece tan bueno, si se puede saber?

–¿De verdad quiere saberlo?

–¿De verdad significa de verdad de verdad?

El viento levantaba nubecitas de polvo, formas que el polvo improvisaba para borrarlas enseguida: bufonadas del polvo. El viento iba caliente como un perro: lambetazos calientes pero secos. El perro, viento, polvo estaban secos: el aire estaba seco. Detrás del viento tronaban nubes bajas; entre ellas, rayos que no traían tormenta atravesaban nada: la pompa de una fuerza que no quería forzar. Una mota del polvo se me enredó en el ojo.

–Un poco de verdad.

–Un poco de verdad no es algo que yo pueda entender.

–¿Hay algo que sí, madame?

La calle era un colchón de polvo: aire y tierra reunidos. A los costados, barracones de madera sin pintar juntaban polvo en rendijas desparejas. En la calle levantaban polvo grandes carros de vidrio y fierro, las formas redondeadas: en estos últimos tiempos, en este país, los hombres habían tomado la costumbre de desplazarse encerrados en esa masa de metales. Los coches iban lentos, para no desparramar polvo de más: el suficiente. Personas caminaban, nos pasaban al lado, no miraban: iban, muchos, huraños, y bastantes llevaban uniforme. Todos iban

urgidos.

–Hay tantas cosas que no, gracias a Dios.

–¿Gracias a quién?

–A quien quiera que sea. Tantas cosas que no, y unas pocas tan bien.

Los rayos no traían tormenta. Hacía semanas que todos aquí esperaban la lluvia: la lluvia no llegaba, y no eran el tipo de gente que hace danzas a dioses chaparrones. Esperaban la lluvia: aquí, cuando llovía, las calles se convertían en arroyos de barro, motivo de otra queja. Esperaban la lluvia: el pueblo llevaba meses muy escaso de agua. Las mañanas, cada uno de sus seis mil fulanos se cepillaba los dientes con un líquido oscuro y burbujeante; las noches, pocos de sus seis mil podían bañarse para sacarse el polvo. Sólo muy pocos: los jefes vivían en una calle que llamaban Paseo de Bañaderas, porque en ella había casas y en cada casa una de ellas. Ellos sí tenían agua: en estos últimos tiempos, en este país, la limpieza se había convertido en la obsesión más apreciada. El caballero Voltaire, pensé, que en paz se pudra, no habría soportado este lugar donde todos trataban de oler a nada: salvo los jefes, no estaban consiguiéndolo. Los jefes, en sus casas, usaban mucamas de una tribu india de las inmediaciones, que había sido la dueña de estas tierras. Las mucamas eran para limpiar. No cocinaban: todos aquí comían en locales donde les preparaban comidas generales, pero necesitaban que les limpiaran las casas todo el tiempo. No soportaban, en sus casas, el polvo de las calles, el hollín de sus fuegos, una arruga en sus sábanas: agonizaban de acostarse en arrugas. Ya pasaban, gritando, siete chicos con el pelo muy corto y pantalones cortos: por la falta de agua se les estaban pegando varicela y piojos de los indios.

–¿Qué, tan bien?

–¿Qué tan bien? Perfecto, mucho más que lo que usted pudiera imaginarse.

Me dijo ella: su juego estaba en demostrar que no entender era la mejor forma de entender mucho más que lo obvio. Y yo, vaya a saber por qué, se lo seguía:

–No, le decía: ¿qué cosas, dice usted, entendería tan bien?

–Muchas más que las que usted pudiera imaginarse.

Me cansaba, también. Las nubes bajas, los rayos, poca agua: la meseta pelada donde se había asentado el pueblo estaba rodeada de bosques –viejos bosques– y la sequía y la electricidad amenazaban: en el pueblo, dos mil de los seis mil temían que alguna chispa encendiera los árboles: una catástrofe a la antigua. Muchas cosas amenazaban a la antigua y era casi curioso: justo allí, en el pueblo donde creían que armaban el futuro. Pocas cosas más antiguas que el futuro: este, más que ninguno.

–Yo, de eso, no puedo imaginarme casi nada.

–Se le nota.

–Pero usted podría contármelo, madame, mostrarme.

–¿Yo? ¿A usted?

Su juego era casi tonto, pero me producía curiosidad: ¿por qué tanto esfuerzo por ponerse al borde de la caricatura? Los soldados que pasaban junto a nosotros trataban de disimular que nos miraban; corrían, o simulaban que corrían. En este pueblo todos corrían o simulaban que. El sol del mediodía no simulaba nada: chocaba contra el polvo, se transformaba en polvo. El pueblo era reciente: lo habían levantado hacía dos años para albergar a los seis mil y había algo en su forma de estar que mostraba que había estado poco. Los barracones eran nuevos, los bosques circundantes demasiado distintos, los unos y los otros desentonaban todavía. En esa mezcla que no se mezclaba el mundo me parecía aún más raro, radicalmente ajeno: me lo habían vuelto ajeno y yo iba a enajenarlo por completo. Había lagunas sorprendentes. A la dama también le faltaba un abanico para espantar el polvo de los autos y

mirarme sobre aleteos repetidos: era un error inexplicable.

–¿Yo, a usted?

La dama parecía una versión degradada del viejo modelo: la mujer tan segura de que todos los hombres quieren conquistarla que tensa la cuerda hasta el final: si me quiere sopórteme, gáneme, merézcame; yo se lo voy a cobrar caro. Me daba igual: necesitaba usarla, y me convenía que ella se imaginara que me usaba.

La mujer se llamaba Iélena, supe entonces, y yo Otto: eso ya lo sabía. Para mi último viaje había elegido un hombre visiblemente singular; todos lo son, pero la mayoría tiende a disimularlo: temen las consecuencias de semejante condición.

Yo me llamaba Otto Morgenstern: mi nombre era, como el de tantos judíos centroeuropeos, el invento de un poeta cursi, empleado del registro civil de Varsovia que tuvo que dar un apellido a sus mayores cuando Napoleón conquistó Prusia y Polonia, 1807. Llevaba varios días siendo Otto: lo había elegido sin gran vacilación. Me atraía ser judío: al fin y al cabo, mucho de todo esto había empezado cuando a los judíos se les ocurrió que había un dios solo. De alguna forma vaga tenía claro que mi último cuerpo tenía que ser uno de ellos.

Otto Morgenstern había nacido en Berlín en 1899; su padre era un dentista que había inventado unos baños de porcelana que blanqueaban dientes arruinados por el tabaco, los años o los bichos: las técnicas de la coquetería también avanzaban en esos días en que la técnica parecía capaz de casi todo. El doctor Kassimir Morgenstern había ganado dinerales con sus baños pero nunca pudo esquivar la sensación de haber desperdiciado los talentos que su dios –imaginaba– le había dado para un uso más noble; Otto, su único hijo, tuvo que cargar, desde muy

chico, con la misión de redimir la culpa de su padre.

Otto creció entre libros, maestras y algodones. Su madre, una mujer traslúcida que siempre estaba a punto de morirse, lo llevaba a una confitería repleta de tortas y cremas cada vez que superaba algún nuevo mojón en sus estudios: división por tres cifras, raíz cuadrada, ecuaciones de segundo grado, cálculos diferenciales. Su velocidad de aprendizaje era guaranga: a los catorce años ya sabía más matemáticas que cualquiera de sus maestros del colegio y a los quince entró, rechoncho, a la facultad de Ciencias de la Universidad Von Humboldt. Otto era obeso, lechoso y jovencito: sus primeros años en la universidad fueron difíciles. Y se hicieron peores cuando estalló la Gran Guerra: su temor de ir al frente, su seguridad de que jamás podría enfrentar fusiles enemigos le provocaron noches y noches sin dormir; los hombres odian dormir, llevan siglos equiparando el sueño con la muerte, pero ese refugio es lo primero que pierden cuando se desesperan.

En 1918 Otto tenía diecinueve años: para su gran sorpresa y mayor alivio, la guerra terminó sin que lo convocaran a filas. No lo entendía y, en algún momento, llegó a deprimirlo: creyó que era una confirmación de que su cuerpo, que le había dado poca dicha hasta entonces, tampoco le servía a su país. Nunca supo que su padre había gastado una pequeña fortuna para obtener que su hijo no dilapidara su destino –el suyo– en una trinchera maloliente. En esos días las patrias aceptaban que algunos de sus hijos compraran su patriotismo en moneda sonante: Otto fue uno de ellos. Años después, no haber peleado en esa guerra le costaría tanto más caro.

En 1920 Otto se recibió de físico y matemático; en 1921 llegó al Segundo Instituto de Física de Göttingen, donde completaría su tesis doctoral bajo la dirección de Max Born. En esos años Göttingen era el caldero donde se cocinaba una ciencia nueva, orgullosa, convencida de que estaba a punto de

cambiarlo todo: los hombres se enteraban de que su mundo estaba hecho de partes mucho más chicas que las que podían ver. Habían descubierto que todo podía ser dividido y dividido, que nada era lo bastante chico como para no estar formado por algo más chico todavía: que lo que parecía uno solía ser millones. De pronto sabían que ya no sabían qué era el mundo y nada los excitaba más: tenían que desentrañarlo y estaban deslumbrados. Los hombres suelen deslumbrarse cuando descubren ciertas cosas: suponen que esas cosas empiezan a existir porque ellos decidieron que existían: los dioses, por ejemplo, o las partículas del átomo.

Aquellos científicos eran como monjes de un dios nuevo: no porque hubiesen abandonado a los anteriores –algunos sí, otros tampoco–, pero todos coincidían en su adoración por sí mismos y la potencia de sus descubrimientos, y en la convicción de que no podía haber nada más importante que sus ensayos y cavilaciones. Su orgullo era incontenible: la escena de un rey sueco entregándoles el Nobel les parecía una banalidad y todos se preguntaban quién de ellos dejaría a Newton, Lavoisier o Einstein y, sobre todo, a Dios, del tamaño de un frasquito de canela.

Al principio Otto se sintió en ese pueblito medieval como el batracio que descubre que, además del barro, existe el agua; trabajaba, discutía, comía en las tabernas donde seguían las discusiones, volvía a trabajar. No había dejado de ser gordote y torpe y no tenía ningún uso para su cuerpo lechoso: mujeres y deportes le parecían una pérdida de tiempo o un logro indescifrable. Su doctorado –sobre unas ecuaciones que permitirían contar las partículas subatómicas de ciertos elementos– avanzaba sin escollos, pero al cabo de un par de años empezó a incomodarse.

A diferencia de la mayoría de sus colegas, Otto también leía diarios y ensayos políticos, y dio en simpatizar con el Partido

Comunista alemán. Göttingen empezó a parecerle, decía, muy elitista, alejada sin remedio del mundo real. O quizás se dio cuenta de que nunca iba a ser realmente uno de ellos: que no estaba a la altura. Otto Morgenstern era excelente para poner en números y fórmulas las ideas de otros, pero no tenía –creía que no tenía– la imaginación que aquellos físicos nucleares necesitaban como el aire.

En 1927, ya doctorado, Otto aceptó una cátedra en Rostock, al norte de Alemania: era una universidad menor, donde podría vivir una vida tranquila puliendo sus ecuaciones, mejorando sus fórmulas. Era, pensaba, una forma de la resignación o de la adultez: dejarse de competir por apfelstrudel y pasteles de crema. Allí, a sus veintiocho años, tuvo sus primeras relaciones sexuales regulares: su amante era la esposa de un colega brillante y muy guapo que la engañaba –o eso, por lo menos, creía ella– con cuanta cavidad se le cruzaba. La señora quería vengarse y eligió –probablemente– al que supuso más humillante para el adonis de su marido. Fue, pensaría Otto años más tarde, la mejor etapa de su vida.

Otto Morgenstern perdió su cátedra en 1935, cuando el nazismo empezó a depurar las universidades de judíos e izquierdistas: nunca supo si lo echaron por esto o por aquello.

–Si por lo menos hubiera defendido a su país en la guerra, doctor…

Le dijo su rector, fingiendo una vergüenza que no debía sentir. Antes de dejar Alemania, Otto intentó convencer a sus padres de que hicieran lo mismo, que la situación no podría sino degradarse: ellos le dijeron que no era para tanto, que eran sólo fantasías de socialista, que ellos eran buenos ciudadanos alemanes, que siempre había sido tan exagerado, que no se

preocupara.

Durante cinco años trabajó en el laboratorio parisino del príncipe de Broglie, que había descubierto los movimientos ondulatorios de los electrones dentro del átomo. En 1938 viajó a Berlín por última vez, con un pasaporte falso: el mundo se derrumbaba a su alrededor, pero sus padres volvieron a rechazar su pedido de que huyeran con él.

–No te preocupes por nosotros, hijo. Seguiremos velando por ti, como corresponde, aún a la distancia.

Entre tantos errores, no consigo saber cuál fue el que cometí para hacer que los hombres siempre fueran capaces de tal ceguera frente a la inmediatez de sus destinos. En 1940 los alemanes estaban por invadir Francia; Otto escapó a América en uno de los últimos barcos autorizados a dejar Le Havre y consiguió trabajo en la Universidad de Nueva York –que en esos días era casi un tugurio. Ese nuevo país, los Estados Unidos, se estaba apropiando de todo.

Otto pasó tres años tratando de adaptarse a su vida neoyorquina, hecha de trabajo rutinario, cocteles aburridos, mujeres desdeñosas y noticias espeluznantes de la guerra en Europa. Pasaba muchas horas solo. Algunas noches se reunía con sus paisanos en un café del Village o un restaurante del East End, para simular –como la mayoría de la población de la ciudad– que estaban en otra parte: en realidad todas le daban más o menos igual, y se iba acostumbrando. Cuando recibió el llamado de uno de sus antiguos compañeros de Göttingen, el fastidio se le mezcló con una dosis ligera de esperanza.

–Te necesitamos. No puedo decirte demasiado todavía, pero es un proyecto que puede cambiar de verdad la cara del mundo. No como cuando nos divertíamos allá en el pueblito: esto es en serio, es la vida real.

–Yo no sé qué es la vida real.

–Basta de juegos, Otto. La vida real es que todos los días

miles de los nuestros son asesinados en Europa.

–¿Y quiénes serían los nuestros?

–Otto, beigott…

Aceptó visitarlos, más que nada por aburrimiento. Si hubiera tiempo –si yo tuviera el tiempo que este mundo ya dejó de tener– tendría que pensar en cuánto de su historia, de sus grandes movimientos, se origina en el tedio.

Otto Morgenstern viajó hacia el oeste en un tren que cruzaba llanuras parecidas a ninguna parte. Cuando llegó a Los Álamos, Nuevo México, su primera idea fue salir corriendo de aquel amontonamiento de barracones batidos por el viento seco, el polvo, el malhumor. Le dieron un bungalow hecho de dos cuartitos muy limpios; en el salón había una ventana que daba a la ventana del salón de un bungalow hecho de dos cuartitos. El segundo día Harvey Bainstone, su nuevo jefe, le explicó en qué consistiría su trabajo: tenían que cuantificar ciertas reacciones que se daban en el interior de los átomos y no había, en el mundo, muchos que supieran hacerlo. Bainstone no se lo dijo, pero era evidente que estaban intentando construir un arma que utilizara esos movimientos; Otto le contestó que de ninguna manera se prestaría a nada que sirviera para potenciar a los ejércitos americanos y trajese la muerte a más semejantes.

–Jake, la única forma de conseguir la paz es acabar con la guerra.

Le dijo Bainstone, que allí tampoco se llamaba Bainstone sino Simon Baxter. En Los Álamos todos perdían sus nombres –por una cuestión de seguridad, les habían dicho– y, cuando le pidieron que se pusiera uno, Otto pensó que Jake Rippen, aunque sonara vagamente a un asesino londinense, era un nombre tan malo como cualquier otro. Seguramente cualquier nombre fue, alguna vez, el nombre de algún asesino, pensó.

–Sí, pero para acabar con la guerra no podemos incrementar

la guerra.

–No sólo podemos: es la única manera. Todos lo pensamos. Si estamos aquí es porque el propio Einstein consiguió convencer al presidente Roosevelt de que era necesario: imagínate lo que pasaría si los nazis lo consiguieran antes que nosotros…

El argumento tenía peso, y Otto prometió sopesarlo. Dos días después recibió a través de canales que nunca le quedaron claros –un informe, le dijeron, de una red de resistencia berlinesa– la noticia de que sus padres habían sido detenidos y llevados a un campo de concentración, probablemente a Auschwitz: en esos días los bichitos habían adoptado formas muy radicales de poner en práctica mi invento; quizás, de alguna forma vaga, imaginaran que su final estaba cerca.

La novedad terminó de convencerlo: Otto empezó a trabajar al día siguiente. Ya habían pasado, desde entonces, dos años, y los progresos del proyecto Manhattan habían sido notables: su papel en ellos no era menor. Yo lo elegí no sólo por judío; también me proporcionaba otra ventaja decisiva: por alemán, por socialista, los servicios militares que controlaban la vida en Los Álamos lo seguían y espiaban todo el tiempo.

–¿Por qué tantas preguntas?

Le había preguntado Otto al oficial de inteligencia que le dio la bienvenida militar bajo forma de un interrogatorio de tres horas y media.

–Por seguridad, por supuesto.

–¿Acaso no estamos todos juntos acá por nuestras convicciones, peleando contra los nazis, por la libertad?

–Sin duda, doctor. Pero ustedes son científicos; algunos no saben bien cómo hacerlo, y nosotros tenemos que ayudarlos. Además, con su historia…

En Los Álamos todo sufría el control más estricto: cualquier carta que saliera del campo era leída y censurada, las llamadas telefónicas restringidas y escuchadas, las casas y oficinas

cribadas de micrófonos. Los jefes querían ser como imaginan a su dios: ver todo, saber todo. Otto Morgenstern era el candidato ideal para una vigilancia redoblada. Y yo necesitaba esa atención para llevar a buen término mi idea.

Quizás los hombres podrían haberlo hecho por sí mismos, sin mi participación. Pero necesitaba estar seguro de que lo conseguirían, y por eso fui.

La idea, de todas formas, se les había ocurrido a ellos: a mí sólo me dio un placer inmenso. Era el corolario lógico de todo: de mi error, de sus terribles equivocaciones. Es cierto: si yo no hubiese inventado la muerte todo habría sido muy distinto; mejor, quién sabe, o quizás no: un páramo de tedio. Pero si algo aprendí de mis fracasos en la Corporación es que nada lleva en sí el germen de una sola consecuencia. Los hombres tenían tantas formas distintas de reaccionar ante su muerte: habrían podido regocijarse ante la idea de que harían cada cosa una vez sola y no como nosotras, oficiales, resignadas a la repetición; habrían podido dedicarse desde el principio a postergarla todo lo posible; habrían podido envalentonarse y decidir que no la esperarían sino que la encontrarían cuando quisieran; habrían podido pensarla como algo indigno de ser pensado, por insignificante para cualquier vida; habrían, habrían, habrían, pero no pudieron: tuvieron que caer en el error horrible. Y, de ahí en más, todo se arruinó sin remisión. Que se inventasen diosas y diositos fue producto de un concurso de circunstancias desgraciadas que alguna vez, espero, entenderé –aunque no sé para qué: aún si el Jefe me lo permitiera, nunca volvería a intentar un proyecto semejante.

En cualquier caso, lo que estaban haciendo ahora era el corolario de ese error. Desde el principio, cagoncetes, quisieron convencerse de que la verdadera vida los esperaba detrás de la

muerte. Se llenaron de infiernos, paraísos, praderas recorridas por huríes o bisontes infinitos, hogueras sin final. Todos lo hicieron: algunos más, otros menos; nadie peor que aquellos palestinos que se inventaron el apocalipsis y decidieron que la muerte era tan buena que no tenían que soportar el martirio de esperarla, que era mejor adelantar su encuentro. Después disimularon: el cuento no era exactamente el mismo, pero la idea seguía siendo parecida: su dios les prometía que alguna vez acabaría con el mundo y que, después, todo sería placer inmarcesible. No soportaban que su mundo siguiera y, mucho menos, que siguiera sin ellos.

Pobres fulanitos. Llevaban horas y horas –siglos y siglos, dirían ellos– amenazando con ese final esplendoroso. Era muy propio de los hombres amenazar con algo que sólo mucho después, para su desgracia, podrían hacer. Durante todo ese tiempo supusieron que sus dioses de pacotilla les regalarían ese espectáculo final: la destrucción del mundo. Y ahora creían que podían inventar la manera de producirlo ellos, los muy trisquis. Quizás fue porque yo les hice decir que me había muerto: entonces supusieron que sólo ellos podían acabar con todo.

Fue un momento crucial; por suerte, la situación –mi situación– en la Corporación estaba tan confusa que nadie me prestó atención: pude ocuparme del asunto sola. Cuando me enteré del proyecto me dije que era su justo castigo y me llenó de gozo, pero también de odio: ¿por quién carajo se habían tomado esos mequetrefes para arrogarse la potestad de deshacer lo que yo había hecho? ¿Qué se creían, paramecios de oscuro? ¿Que podían cargarse lo que yo hice, mi invención? Aunque el Jefe haya determinado que era todo un fracaso, aunque yo supiese que lo era, aunque la Corporación, eventualmente, decidiera que había que suspenderlo: no eran ellos quienes podían arrogarse ese derecho.

Pero lo estaban haciendo y ese sería su castigo: que crean

que son ellos mismos los que terminan con el mundo, no yo. Será mi venganza por haberme mistificado así, por haberme equivocado tanto, por haber arruinado mi carrera. Pensaron durante siglos que yo acabaría con mi trabajo, pero ahora van a creer que son ellos los que lo hacen y se odiarán por eso, en el escaso tiempo que les queda. ¿Inventaron que yo quería destruirlos? Yo haré que ellos lo hagan. Y, de paso, el Jefe y la Corporación se quedarán tranquilos.

Aquí en Los Álamos la palabra bomba

era una de las tantas que nadie debía pronunciar. Todos hablábamos del «artefacto» y todos sabíamos qué era lo que no decíamos cuando lo decíamos. Nada le da más fuerza a una palabra que tener que callarla.

–La tormenta no para, la sequía.

–Y encima otra vez este calor.

–¿Quién puede quejarse de eso cuando estamos cambiando la historia del mundo?

Dijo Bainstone/Baxter, mi jefe, casi brusco, y yo pensé en Abraham, en Aristemo y su Alejandro Magno, en Idumeo y Rutila, en todos los que creyeron que lo estaban cambiando alguna vez. Tantos tuvieron esa sensación y estos eran los que lo harían de verdad: si yo lo permitía.

El calor, era cierto, seguía agotador, pero ya estaba cayendo la tarde y era uno de los raros momentos de descanso que nos dejaba el proyecto: el Proyecto. En Los Álamos todo se movía siempre con la lengua afuera; era como si por fin hubieran entendido mi intención: mi invento no había fallado del todo. Pero había fallado –y me dio pena, de pronto, destruirlos: había creado la primera civilización capaz de destruirse a sí misma y tenía que destruirla: era, casi, una injusticia.

La casa de Bainstone/Baxter estaba en el Paseo de las

Bañaderas y tenía, al fondo, un jardincito sin asomo de verde: una tundra bonsái. En un rincón, Bainstone/Baxter se ocupaba de un fuego encerrado en una especie de trípode de hierro, como los que usaban las sacerdotisas de Éfeso para profetizar imposibles; sobre el fuego, en una rejilla, se quemaban esos pedazos que los locales llamaban hamburguesas: carne desmigajada por la máquina. No eran desagradables, pero por un momento me distraje preguntándome para qué les di una boca, dientes, si ahora comían carne que habían deshecho antes. Después pensé que así había sido, que todo el trabajo de los hombres consistió en hacer inútiles los cuerpos que les di: suplantar sus funciones. No era que me importase demasiado.

–Es cierto: toda la vida soñé con esto, con esta sensación, esta potencia.

Dijo Stork, dibujando sus palabras como arabescos en el aire. Siempre me había sorprendido la capacidad de los hombres para decir toda la vida como si fuera largo: la de Stork, por ejemplo, debía haber durado treinta años, treinta y tres como mucho.

–¿Se dan cuenta de la fuerza que estamos embotellando? Ningún rey, ningún general tuvo nunca tanta. Y no lo hizo ni el oro ni el poder: es un verdadero triunfo de la ciencia.

Dijo, en el colmo de la soberbia tonta, Rob Stork –o como quiera que se llamase–, un americano joven y brillante, especialista en agua pesada, mientras la grasa le chorreaba por el cuello de la camisa blanca. Ahora, con la bomba, los hombres revisarían toda su historia según el modelo que les gustaba en esos días: el de los libros de detectives, donde el final por fin descubierto hacía que cada detalle del transcurso significara algo distinto de lo que había parecido en su momento.

–Y, para colmo, trabajando sobre una materia que nunca nadie ha visto, que ni siquiera nosotros sabemos cómo ver.

Éramos seis: compañeros de trabajo en un asado de camaradería: bichitos tan ufanos de sí mismos. Sin mujeres, había dicho Bainstone/Baxter. Y todos teníamos camisas blancas, mangas cortas: como quien necesita mostrar a ultranza la limpieza. Todos, en realidad, querían mostrarse a ultranza: bichitos tan creídos. Había, al fondo, un aparato que tocaba ese ritmo denominado jazz –trompetas, tambores, chanchán de militares en día franco– y habíamos bebido un par de bourbons: pese a todo, me atraía ese ambiente que se armaba cuando hombres solos conseguían olvidarse de que hay mujeres en el mundo. En la Corporación nunca llegamos a este clima, por razones obvias.

–La ciencia, sí, la ciencia. Ahora los hombres podemos corregir lo que hizo Dios, este desastre.

Dijo Erbin Kalbson, un judío austríaco que había trabajado varios años con Weizsäcker, el jefe del proyecto atómico alemán, antes de huir a los Estados Unidos. Aquí se llamaba Edwin Schmidt: no era un alarde de imaginación.

–Dirás: este mundo imposible que las malas lenguas le achacan a Dios…

Lo interrumpió Stork o como quiera.

–Lo que sea. Ahora, mis amigos, es el turno de los hombres.

Dijo Bainstone/Baxter, súbitamente serio: el bourbon tenía esos recovecos.

–Más bien parece como si quisiéramos deshacerlo… El mundo, digo.

Dije yo. Todo esto sonaba como una riña de gallos desplumados: bichitos, una justa de orgullos sin pudor.

–No, sólo vamos a tener la posibilidad, el poder de deshacerlo. Lo cual nos va a evitar que alguien lo deshaga.

–Habrá que verlo, compañeros. Pero me parece que están siendo demasiado duros con el pobre Dios. Él tiene tantas cosas de qué ocuparse…

Dijo Stork, la pechera manchada, cacho de carne entre los dedos. Los bichitos seguían siendo tan parecidos a los grandes simios: una mano que manejaba una cámara de Wilson era lo mismo que esa misma mano, al principio del día, agarrando una rama para romper un hormiguero. Y unos dedos con un cacho de carne eran dedos con un cacho de carne eran dedos con un cacho de carne: mismos dedos.

–Hace unos días encontré un poema de Moore. ¿Soportarían que lo leyera?

–¿De quién?

–Marianne Moore, esa mujer.

Nadie pudo decirle que no, y él engoló la voz:

–Se llama «El Trueno»:

> La carraspera del dios es un caso particular de la saturación de lo creado
>   hados
> que precipitan su ansiedad en los manglares u otras imágenes de la profusión.
> Su profesión de fe es una y solo una:
> no hay nada más horrendo que el vacío
> nada
> se ve más lleno que el horror.
> El dios
> en su torpeza
> carraspea para llamar la atención del público sin saber que de tal suerte
> no llama sino crea
> el público
>   la vida
> la imperfección de todo lo que existe.

Recitó Stork o como quiera, y después el silencio. Había roto algo y nadie sabía qué decir. Yo me quedé más callado todavía: alguien se había dado cuenta –ella, ellos se dieron cuenta– de

cuánto los necesitaba el verdadero dios. Por un momento me enternecí, quise creer que quizás pudiera hacer algo por ellos todavía: por un momento breve.

–El problema de Dios es que se creyó que creaba algo inmutable. Ahora los físicos se dieron cuenta de que todo lo que parecía inmóvil estaba en constante movimiento, y eso les complicó todo. Hay que leer a Kafka, amigos míos.

Dijo Long John. Sir John Mandeville –que aquí se llamaba John Strachey– era muy alto, uno de los mejores físicos teóricos del mundo: un inglés que siempre alardeaba de su desprecio por la física y su inferioridad ante la literatura clásica. Long John estaba hablando otra vez del mundo que iba a cambiar para siempre y ese fulano Kafka y la metamorfosis.

–¿Saben lo que dijo Einstein cuando la leyó?

Preguntó Kalbson/Schmidt. Nos faltaba, a esta altura, incluso la cortesía necesaria para decir que no, aunque era no.

–Que no fuéramos schmucks, que la mente humana no puede ser tan complicada como eso.

–Einstein dice muchas tonterías. También dijo que el Señor era sutil pero taimado no.

Dije yo y nadie entendió el chiste, pero ya estaban acostumbrados: nunca nadie había entendido los chistes de Otto Morgenstern ni los de Jake Rippen, y Bainstone/Baxter sirvió otra ronda de bourbon.

–Ni siquiera sutil: un pobre tipo. La creación del universo es un acto de modestia: Dios reconociendo que no se basta a sí mismo, que necesita algo más.

Insistió Long John, y Stork dobló la apuesta:

–Yo lo llamaría una humillación. El universo es Dios humillado, reconociendo su derrota.

–¿Y entonces cómo llamaría usted a sus experimentos con neutrones, mi estimado?

Le contesté, casi picado. Todos habíamos bebido un poco

mucho; la conversación se iba deshilachando.

–Si Hitler está haciendo lo mismo que nosotros, Alemania puede ganar la guerra.

Dijo, al cabo de otro silencio, Kalbson/Schmidt. Era más fácil hablar de lo que ya habíamos comentado tantas veces.

–Si Hitler está haciendo lo mismo que nosotros, Alemania nunca va a ganar nada. Digo, si le falta tanto como nos falta a nosotros. Si está tan atrasado…

Le contestó Bainstone/Baxter: a su cara de preocupación le sobraba la hinchazón de la hamburguesa en un carrillo.

–No te preocupes, Baxter. Pronto nos llegará la idea salvadora.

–¿Pero vamos a saber reconocerla? ¿Cómo vamos a saber cuál será, si se puede saber?

–Es muy fácil.

Dije yo, suficiente, y todos me miraron extrañados: no era el tipo de cosas que solía decir Otto/Jake.

–Sí, es fácil. Sólo puedes saber que una idea es realmente importante por el terror que te envuelve al entreverla.

–Eh, Rippen, ¿anda buscando algo?

Cuando salí de la casa del Paseo de las Bañaderas ya había caído la noche. Long John me había ofrecido llevarme hasta mi bungalow en su coche pero le agradecí: no sé si prefería caminar o no escucharlo. Los reglamentos aconsejaban no andar por las calles tras la caída del sol, pero se suponía que era un consejo, no una orden: la diferencia nunca estaba clara. De todas formas no era más de una milla; la noche seguía perturbada por el ruido de los truenos a lo lejos. Como si algún dios protestara por algo, amenazara, me dije, y me reí con carcajada. Fue entonces cuando escuché la voz de la mujer:

–¿Y, Rippen? ¿Ya no reconoce a sus amigas?

No la había vuelto a ver desde nuestro encuentro en la calle, tres o cuatro días antes. Iélena estaba parada en la puerta de una casita de madera igual a todas y tenía un vestido de algodón blanco leve con flores lila muy chiquitas, abotonado al frente. Abotonado era una forma de decir: sólo tres de los diez, lo indispensable. El resto se abría para mostrar el principio de dos pechos muy blancos, el total de dos piernas muy blancas: una, flexionada, se apoyaba contra la pared detrás; la otra la sostenía, y parecía más que suficiente. Iélena sabía mostrarse sólida y vacilante al mismo tiempo.

–Claro que sí, madame. ¿Cómo no hacerlo?

–Rippen, no me contestó.

–Es que no sé qué contestarle.

Iélena también sabía que su cuerpo era su mejor útil: llevaba toda su vida usándolo para conseguir lo que quería. Su problema era que casi nunca sabía qué quería. O, si lo sabía, le parecía despreciable. Ya se había pasado el momento de averiguarlo, pero siempre me intrigó esa manera en que las mujeres pensaban su cuerpo como un capital que hay que poner a producir. Siempre quise saber cómo sería ese instante supremo en que una nena se daba cuenta de que era dueña de semejante arma: una revelación en serio. Iélena balanceaba la pierna, hablaba con voz ronca:

–Dígame que no buscaba nada, que es una casualidad. O dígame que me estaba buscando.

–¿Yo, madame?

–¿Y si yo le dijera que yo sí lo buscaba a usted?

–No le creería, madame.

–Y haría muy bien. Pero a veces las casualidades son tan elocuentes…

Sobre todo esta. Esa mujer no tenía por qué estar ahí parada en ese momento. Y, más que nada, no tendría por qué haber

llamado mi atención cuando me vio pasar. En principio no tendría; yo sabía que sí. Iélena mantuvo su tono entre casual y zumbador y sugerente; ahora se enroscaba un rizo rubio en un dedo muy largo:

–... y esta puede ser de las mejores.

En el dedo le brillaba un anillo barato, en la boca un brillo parecido. No había luna.

–¿Como para qué?

Le dije, y ella ensayó un golpe de fastidio: no podía creer que yo fuera tan pánfilo. O simulara serlo.

–¿Para qué se imagina, mi querido?

Iélena Gyathory había nacido en Budapest mucho antes que lo que ahora querría. En los años veinte su ciudad sufría los efectos de la derrota austrohúngara; Iélena emigró a Alemania, sobrevivió en Berlín con trabajos de los que no quedaba memoria muy precisa y consiguió, por fin, casarse con el hijo de una gran fortuna industrial que abandonó la empresa paterna para dedicarse a la física. Su marido fue de los primeros en dejar su país cuando Hitler subió al poder; no era un teórico especialmente dotado, pero era insuperable resolviendo los problemas técnicos que muchos experimentos planteaban. El iniciador del proyecto Manhattan, J. Frank Oppenheimer, lo convocó enseguida y, aunque era uno de sus colaboradores más eficaces, las autoridades militares nunca dejaron de sospecharlo por sus vínculos con el enemigo: su padre seguía siendo uno de los mayores proveedores de acero del ejército nazi.

–Mañana es mi día libre.

Me dijo, y yo insistí en hacer como que no entendía.

–¿Libre de qué, madame?

–Libre de imbéciles. Mi marido tiene una reunión en San Francisco.

Me dijo, y se quedó esperando que yo hiciera mi parte. No

hubo caso.

–Si usted pudiera liberar su día, podríamos hacerlo nuestro.

Dijo, o «hacer lo nuestro»: daba igual. Yo no la toleraba: Iélena era insoportable por lo mismo por lo que se creía atractiva, o bien: insoportable porque se creía tan atractiva que podía mostrarse insoportable, o bien: insoportable porque se creía tan atractiva. Era, en cualquier caso, insoportable.

–Puedes pasarme a buscar al mediodía.

Dijo, u ordenó.

–Al mediodía, entonces, madame.

Yo la necesitaba para finiquitar mi movimiento.

–Tanta desolación me excita.

–¿Hay algo que no, madame?

–Si vas a ser guarango no me llames madame.

–¿Y cómo, entonces, madame?

–¿De verdad no se te ocurre nada, mon gros?

Desde lejos, desde las ventanillas del auto que corría por un camino de montaña, el campamento de Los Álamos era como un escupitajo en medio de bosques y sierras escarpadas; desde lejos, los humos de sus chimeneas dibujaban una idea del futuro. Quizás la bomba que estaban intentando fuera superflua: podrían cargarse el mundo con mucha menos fanfarria, por simple persistencia. Aunque era cierto que nada podía compararse con la belleza de un final estruendoso; en eso tenían razón quienes lo inventaron, quienes me atribuyeron, hace ya tanto, esa estúpida idea del apocalipsis.

–Así termina el mundo: no con una explosión, sino con un gemido.

Dije, casi sin querer.

–¿Qué dices del gemido?

Tras los bosques y sierras salimos a una llanura desolada, seca: un desierto de ocres y marrones, otro de esos lugares imposibles. Iélena manejaba diestra: yo miraba cómo la carne de los muslos se le aplastaba contra el cuero rojo del asiento, cómo se le formaban sierras y llanuras, cómo el blanco lechoso se le azulaba por sectores: había poros, montecitos de grasa, el rastro de algún pelo. Ella creía que la estaba admirando y hacía que su falda cayese más y más hacia los lados y tensaba la carne; yo no podía dejar de pensar en mis errores, en un mundo donde una visión tan anodina podía causar tantos efectos.

–Nada, yo nunca hablo de esas cosas.

–¿De qué cosas?

–De las que no se nombran.

–Uy, esos son los peores.

Dijo ella y me estampó una mano sobre el muslo; estuve a punto de apartarla pero era evidente que tenía que empezar a jugar su juego: si no, mi plan no avanzaría. Su mano empezó a moverse muslo arriba: arriba de mi muslo. Gruñí con resoplido; a los bichitos les gusta cuando la comunicación se vuelve primitiva, les parece que hay algo verdadero en esos ruidos.

–¿Los peores para qué?

–Para dejarte hecha un trapo.

Dijo ella, y lo hizo sonar como si fuese lo que más quería. Habíamos entrado en una carretera ancha, bien asfaltada, ya muy cerca de Santa Fe: autos y camiones nos cruzaban y esquivaban y adelantaban sin parar. Nunca había visto una danza tan estremecedora como esa procesión de bólidos lanzados por ese espacio estrecho: habría bastado con que uno modificase ligeramente su posición, su ritmo, su velocidad para que restallara la catástrofe. No hay partículas en todo el orden físico tan cerca del desastre todo el tiempo, pensé, un poco Otto, y me dio un arranque de orgullo: algo en el tercer

pedrusco debía estar bien hecho si cosas como esta funcionaban. Las autopistas deberían ser una prueba de mi existencia o, mejor: de mi utilidad –en vez de buscarlas en vaya a saber qué raros enunciados filosóficos– pensé, y me reí sin ruido. Iélena supuso que tenía que ver con ella: los bichitos pueden interpretar las risas de tantas formas diferentes.

–No te impacientes, mon gros, que estamos por llegar.

Nuestro destino era un edificio bajo construido en U alrededor de un espacio asfaltado; tenía, a la entrada, un cartel de neón con un nombre naranja. Iélena nos entró: cada coche se paraba frente a una habitación del edificio, y sus ocupantes la ocupaban; la habitación tenía, por si acaso, vista al coche. Pero no parecía que nadie fuera por la vista. La habitación era más que nada una cama gigante y un baño pequeñito; espejos, una alfombra que había sido roja, papel rayado en las paredes, lámparas debiluchas. Cuando estuvimos, Iélena lanzó un suspiro exagerado y me abrazó con aspavientos: me llevaba media cabeza y tuvo que inclinarse para meterme la lengua entre los labios: con mucha fuerza la lengua entre los labios, baboseando. La mujer me seguía pareciendo insoportable, pero tenía que hacerlo.

–Ay, mon gros, mon gros…

Cuchicheaba mientras me retenía la nuca con las manos y seguía explorando con su lengua cada recodo de mis dientes, paladar, encías, lengua misma. Todo estaba en la presión: se trataba, en principio, de ejercer fuerte presión de carne suya contra la mayor superficie posible de la mía: muslos contra los muslos, pubis y pubis, la panza contra panza, sus tetas y las mías, la lengua contra todo: una presión constante y general, frotosa, vaiviniendo.

–Ay, qué gros, mon gros, qué grosetón…

Bisbiseaba en aprietos, la lengua bamboleante bien babada y conseguía mientras tanto deshacerse del vestidito de algodón,

una túnica corta que llevaba debajo, un collar erizado, un soporte de alambre y goma que le armaba las tetas: esas tetas, de pronto, se le convirtieron en cuarto kilo de materia oscilante contenida por su piel arrugada: cada una. Y ya sólo le quedaban medias, una bombacha, ligas, portaligas, sus zapatos de taco y media docena de alhajas pacotilla cuando se lanzó a la tarea de aligerarme a mí también. Lo hacía despacio, con profusión de suspiros y sus grititos de alegría. Mi carne leche blanda quedaba ocre bajo la luz exangüe:

–Pero, mon gros, qué lindo…

Farfullaba, incrementando la presión y el movimiento: seguíamos de pie, yo intentaba responder a sus pasos de danza y ella había conseguido desnudarme: carnes que se me dispersaban sin remedio, mi cuerpo de Otto convertido en miríadas de tetas. Yo era un montón de tetas derramadas: grasa y grasa. Y ella que jadeaba e intentaba treparse sobre mí como un mono en un árbol ya talado, y yo que tambaleaba, y su lengua que retomaba la vanguardia y llenaba de baba los agujeros entre mis dientes rotos. Yo miraba los pliegues que le ondeaban la panza: formas de dibujarse el tiempo, vacíos donde la carne ya no era consistente, triunfos del esqueleto. Estuve tan tentado de escaparme, sentarme, solicitarle tregua de unos años, recordarle el hambre de los niños en Polonia, gritar para pedir socorro: no podía. Tenía que terminar con mi trabajo.

–Ven, grogros, déjame que te exprima todo eso.

Me musitó babeada y me empujó sobre la cama de espaldas a la manta rasposa y se horcajó sobre mi grasa con las piernas abiertas e intentó, con su agujero y los festoncitos de carne que rodeaban su agujero, atraparme el pedazo: no era fácil. Más que nada por sustracción de mi materia: no tenía qué atrapar. Mi pedazo estaba tan ajeno como un choro zapato: cabecita de un pollo degollado, colgajín. Entonces redoblaba sus esfuerzos,

vociferaba más, mandaba gritos y otros gritos, gemidos y explosiones y pensé que era mejor que lo lograra: era cierto que nunca había fornicado como hombre con mujer y era, también, justicia que tuviera que hacerlo justo antes de acabar con ellos.

–Eso, así, supergros. ¿Ves cómo mami sabe cuidar a su bebé?

Me dijo, tan satisfecha de sí misma, su bebé enredado con su lengua en su boca, tan babeado, perdido: desaparecido en el agujero de su boca. Lo había logrado: ella lo había logrado y su bebé, ahora, con la sutileza de una coz de borrico, entraba y salía de otros hoyos suyos con un ritmo creciente: Iélena estaba, parecía, transportada, y para no perder el viaje aceleraba y aceleraba su galopada con gemidos. Yo la imitaba: éramos un coro y tal vez esa fuera la razón de todo. Su cabeza se retorcía con crujidos del cuello, sus tetas se revoleaban revoltijas, su panza me temblequeaba delante de los ojos; su boca abierta se babeaba delante de mis ojos, colores grises de brebajes grasos, aguas usadas delante de mis ojos: los cerré y, de pronto, sin querer, sin pretenderlo, tuve la rara sensación de algo creciendo, un agujero creciéndome desde el pedazo a la cabeza, un mundo que se me abría pecho arriba, un hoyo que se me rellenaba y ahuecaba y llenaba de nada nuevamente. Entonces me agarré de alguna parte, alguna carne, y ella gritaba más y yo gritaba y hubo un momento de tornado, revueltas, craquelidos; una explosión terrible y, después, poco.

–Ay, mon gros, mon gros…

Ronroneaba su baba justo sobre mi cuello, ella ya desplomada, desmenuzado yo, los dos abiertos. Entonces ella reptó para agarrar un cigarrillo como los que yo fumaba cuando era fray Francisco: olores de otro tiempo que me llevaron de vuelta a mi tarea. Ahora, era de esperar, ella preguntaría: Iélena suponía que todo lo que habíamos hecho era condición de mi palabra, el precio que tenía que pagar para

que hablara. Y yo, suponía, lo había hecho para eso.

–Ay, ya sabía yo que uno tan sabio como tú también tenía que ser tan sabio en esta lucha.

–Pero madame…

Le dije, apartando el cigarrillo que me ponía en la boca.

–No seas modesto, Rippen, no conmigo. Hay pocas cosas que no sepas.

–¿Cómo qué, madame?

–Como todo, cualquier cosa.

Me dijo. Así podíamos pasarnos mucho rato: ella no me haría ninguna pregunta directa, yo no podía hablar directamente. Aunque la había elegido. Sería mi última ocurrencia: una Eva, igual que en sus historias, comería del árbol de la sabiduría para hundirlos en el mal: una Pandora. Para eso la había elegido. O, en realidad: ellos habían elegido a sus mujeres, desde el principio, para eso. Ahora pagarían.

–Madame, ¿estás dispuesta a hacer cualquier cosa para que parezca que estás dispuesta a hacer cualquier cosa?

Ella se relamió la lengua con más baba: creyó que le pedía un poco más a cambio de lo que podía darle. Yo entendí su confusión y me apuré a seguir:

–El problema es creer que la fornicación es el modelo para todo. Es ahí donde los hombres se equivocan.

Le dije, y hubo un silencio. Iélena estaba bien entrenada, y no quería preguntar. Además, tenía la impresión de que el chorlito había caído solo. Yo no tenía que hacérselo demasiado fácil: habría desconfiado. Sólo me incomodaba pensar que, cuando Iélena les contara nuestro encuentro, cada detalle de lo que habíamos hecho sería revisado por un coronel y un par de capitanes del Ejército de los Estados Unidos de América.

En esos días la construcción de la

bomba atómica americana estaba pasando por un mal momento: tras dos años de avances, el equipo de Frank Oppenheimer había llegado a un punto muerto. El principio había quedado claro: cuando un neutrón golpeaba el núcleo de un átomo de uranio 235 o plutonio 239 lo partía en dos; en esa división –la fisión nuclear– una gran cantidad de energía se desparramaba bajo forma de calor y rayos gamma. El segundo punto también funcionaba: bajo ciertas condiciones, los neutrones liberados seguían golpeando otros núcleos y se producía la reacción en cadena tan deseada; en tal caso, la cantidad de energía desparramada era fastuosa: una explosión devastadora. El problema estaba en producir esas condiciones; para eso tenían que conseguir lo que llamaban una «masa crítica»: que hubiera suficiente concentración de átomos de uranio o plutonio como para que los neutrones liberados no se escaparan sin pegarle a ninguno –y la reacción se detuviera. Y tenían, también, que controlar esa masa crítica hasta el momento de la detonación.

Para eso, los científicos de Los Álamos habían confiado en un método que llamaban «revólver»: si disparaban una masa subcrítica de uranio o plutonio contra otra, si las unían en extraña cópula, la suma de las dos masas subcríticas –pensaban– produciría una masa crítica que daría lugar a la explosión: una versión Romeo y Julieta de la bomba. Pero se habían encontrado con una serie de dificultades insalvables: los átomos no funcionaban según ese modelo, y estaban estancados.

–Ahí está el problema: creer en fornicar más de lo necesario.

Intentaban mantener las apariencias: en Los Álamos las equivocaciones, la ignorancia, eran secretos guardados como oro. Pero los jefes militares del proyecto veían que se les escapaba la gran oportunidad: suponían, entre otras cosas, que

algunos científicos les estaban retaceando información, y habían puesto a todos sus espías a trabajar en horario corrido.

–¿Por qué me dices eso, mon gros? ¿No te ha gustado nuestra fiesta?

Iélena Gyathory era una de las más eficaces. No lo fue, al principio, por propia voluntad: el coronel Pash la había obligado a colaborar amenazándola con destruir a su esposo, el hijo réprobo del industrial nazi. Pero el juego la empezó a cautivar y, ahora, aquellas amenazas ya no eran necesarias: por primera vez en su vida se había convencido de que alguien o algo la precisaban con desesperación.

–De verdad, dime: ¿por qué me dices eso?

Por eso yo la había elegido: para decirles cómo lograr que su famosa bomba funcionara. Si lo hubiera hecho directamente habrían sospechado de mí, un judío comunista reciclado. Así no, era distinto: los bichitos desconfían de la verdad de lo que les dan y creen en la de aquello que sustraen.

–Porque ahí está el problema. Los hombres se imaginan que todo está hecho a su imagen y semejanza: el mundo, los dioses, y ahora la maldita bomba.

–¿De qué me hablas, mon petit gros?

–Nada, de estas explosiones, de la bomba que quieren hacer, de todo eso. Se empeñan en juntar dos masas de uranio para lograr la masa crítica, la explosión, y no se dan cuenta de que imitar el fornicio es un error.

–¿Qué dices…?

Preguntó Iélena como quien mira llover sin importarle, dejada, distraída. Pero se le notaban las antenas, la adrenalina circulando.

–Nada. En realidad, se trata de llegar por la contraria, como siempre: blanco para que exista el negro, calor para que frío. Esta vez para que se disgregue hay que oprimir: no hay que agregar sino apretar. Como todo: ir hacia adentro, no hacia

afuera. Aquel momento del gemido.

El truco para que la bomba funcionara no consistía en unir dos masas subcríticas sino en comprimir súbitamente una sola, y convertirla en crítica por ese estrujamiento: acercar tanto los átomos que ningún neutrón dejara de destrozar un núcleo. Lo cual podía hacerse rodeando esa masa con explosivos que la comprimieran de repente.

–Condensar, comprimir: oprimir, como siempre.

Le dije, y no le diría más: cualquier otra palabra sería sospechosa. Pero ella ya tenía suficiente información para que quien supiese interpretar la interpretara. Mi trabajo había terminado: ahora sí los hombres podrían destruir su estúpido pedrusco, destruirse. Iélena volvió a posar su mano sobre mi pedazo y se inclinó hacia allí con media lengua afuera: quería disimular que ya había conseguido lo que necesitaba, supuse, y la aparté con la mayor delicadeza que pude aparentar.

–¿Faltará mucho?

Otra vez Iélena y yo yacíamos juntos. Pero ahora los dos estábamos boca abajo, uno al lado del otro, sin tocarnos, sobre el polvo de un caminito de montaña. El cielo se había abierto y la lluvia parado, pero la noche seguía fresca. Iélena se abrazó con un escalofrío.

–Quién sabe lo que pasa. Habían dicho a las cuatro.

–Y ya pasaron.

Desde aquella tarde en el motel de Santa Fe, meses atrás, nos habíamos encontrado cuatro o cinco veces en Los Álamos y, por supuesto, nunca volvimos a simular esos desbordes. Pero esta madrugada su marido estaba con los demás en el ensayo final, y yo no: un calculista dudoso no era necesario para el gran momento. Así que, cuando me propuso que lo viéramos juntos, acepté. Después de todo, ella había sido mi herramienta.

–¿Qué hacemos, Rippen? ¿Nos volvemos?

–No, esperemos todavía un rato más. Y recuerda seguir las instrucciones, madame. Dicen que si uno lo mira con el ojo desnudo se enceguece.

–¿Y entonces qué? ¿No lo vamos a ver?

–Vamos a verlo cuando ya haya pasado, como casi todo.

Le dije, y me reí. Iélena ni siquiera me preguntó por qué. Se me había ocurrido una idea graciosa: estaba seguro de que alguien se preguntaría, alguna vez, dónde estaba Dios durante Auschwitz, y que nunca nadie sabría que la respuesta era Los Álamos, entregando el secreto de la bomba.

–Así que les dijiste todo lo que te dije.

–¿De qué me estás hablando?

–Madame, soy gordo y feo pero no tan tonto.

Iélena resopló y se quedó callada: seguramente no tenía respuesta porque en verdad lo había hecho y la asustaba mi reacción posible. Yo no había tenido una confirmación directa pero poco a poco, por comentarios que escuché, por los cálculos que me fueron encargando, me quedó claro que habían entendido. Decidí seguir en Los Álamos, quedarme hasta la explosión de la primera bomba: quería estar seguro de que lo conseguían. Una vez que la tuvieran, el final sólo sería cuestión de tiempo. Además no tenía nada mejor que hacer: después sería el momento de volver a la Corporación, a las burlas, a la constatación de mi fracaso, a mi lugar cada vez más bajo en el Tablero, al tedio de controlar las trayectorias de enanas blancas y gigantes rojas: a esa rutina que el tercer pedrusco me había hecho olvidar por unas horas. Por un momento pensé que su desaparición me apenaría.

–Rippen, yo nunca quise usarte.

–Yo sí, madame, pero eso ahora a quién le importa.

Hacia el este, el alba aparecía grisácea; la luz era turbia pero dejaba ver, entre nosotros y el horizonte, un desierto por donde

circulaban, puntitos ínfimos, camiones y camionetas: todos iban hacia una extensión de tierra que quedaba oculta detrás de otras colinas. Allí, en un paraje que se llamaba Jornada del Muerto, estaba la bomba: allí estaba por empezar el fin de todo esto.

–Me dijeron que si no lo hacía iban a encarcelar a mi marido.

–¿Y les creíste?

–Yo le debo todo a él, todo.

–¿Que tú qué…?

–Bueno, que yo no soy nadie sin mi marido, aquí, tú sabes. Me toleran porque soy su mujer…

–¿O porque les sirves por lo menos tanto como él, mon petit rat?

Iélena se calló un momento; me pareció que los ojos se le iluminaban:

–Puede ser. Quizás un día ya no lo necesite, ¿no?

Pasamos unos minutos en silencio: el gris se estaba disolviendo en rosa.

–Quince minutos más. Si no pasa nada nos vamos: la Trinidad tronará algún otro día.

La prueba se llamaba Trinidad: decían que le habían puesto ese nombre porque estaban preparando tres bombas al mismo tiempo, pero la explicación me sonaba modesta: estos hombres siempre habían visto a sus dioses como tres y ahora estaban a punto de lograr lo que siempre habían esperado de esos dioses. Y creían que lo habían hecho ellos mismos.

–¿Sabes qué, Rippen? Tengo miedo de que salga mal y miedo de que salga bien.

–Eso les pasa a muchos, madame. Incluso a algunos de los que podrían influir para lo uno o lo otro. A mí, sin ir más lejos.

Iélena se rio, la muy imbécil. A nuestro alrededor la naturaleza se despertaba: mosquitos que me zumbaban al oído, golpes de viento con rocío, el picor de mi panza harta de

soportar el peso de mi cuerpo. Entonces sonó el trueno.

–¡Cuidado!

El trueno fue tremendo: más que sonido fue un temblor, un fragor oído sin oídos, con todo el cuerpo y el mundo derredor, un sacudón que partió el aire. El trueno me recordaba algo y tardé un segundo en entender que era como el estrépito que se oía en la Corporación cuando una compañera lanzaba un universo: lo contrario.

–¡Cuidado, Rippen, hagamos algo!

Ahora era la luz: un porrazo de luz había llenado todo, un brillo sin fisuras. Por un momento cada mosquito fue un resplandor, cada hierba una brasa, las nubes leños inflamados; por un momento pude ver todo al mismo tiempo, como un dios. Y entonces la corona: allá lejos, sobre el desierto, detrás de la colina, una bola de fuego subía y subía negra, púrpura, dorada, violácea, gris, azul: colores que trepaban para acabar el mundo. Era bellísimo: tanto mejor que mis expectativas. Iélena me apretó un brazo con sus uñas pintadas:

–¿Y ahora qué hacemos?

–Nada.

La bola de fuego estaba deshaciendo sus colores: se hacía una nube inmensa, mayor que cualquier nube, un gran mojón que marcaba en el cielo el punto de llegada: inmóvil, de pronto muy inmóvil, silencioso, la majestad de lo que se convierte en monumento: muerto. El tiempo se acababa. Podían ser unos meses, unos años o décadas –por decirlo en términos humanos–: en pocas horas nuestras los bichitos habrían pagado su estupidez y su soberbia; yo, que los había inventado, acababa de entregarles el medio de desaparecer.

–¡Rippen, hagamos algo, algo!

Iélena parecía fuera de sí; le agarré la mano para tranquilizarla y le dije lo que no debía: fue un rapto de presunción, de tontería. Humano, casi humano:

–Se ve que sirvió el dato que te di, toda esa historia sobre la condensación y la opresión.

–No sirvió para nada: a mí, por lo menos, para nada. ¿Para qué me iba a servir?

–¿Cómo para nada? Para que tu jefe pudiera pretender que había descubierto la forma de detonar la bomba atómica.

Iélena me miró con el desprecio más perfecto: fue bueno ver que, pese a todo, algo era inmejorable en el pedrusco. Algo se salvaría en mi memoria.

–No sirvió para nada. Cuando se lo fui a contar me enteré de que Bartleby ya lo había dicho antes.

–¿Bartleby? ¡¿Ese?! ¡¿Ese hombrecito rengo?!

Buenos Aires, 10/10/00
Día del Perdón

La reacreación de la creación tiene como resultado esta novela hilarante, una historia cuyos episodios son hilvanados por una hembra extraordinaria: Dios.



Un dios femenino y caprichoso, funcionaria de una corporación dedicada a administrar universos, crea la Tierra, inventa al hombre y le ofrece la muerte como estímulo vital. Pero algo falla. Para entender esa falla, para descubrir el mundo que ha creado, Ella tendrá que encarnarse en diferentes personajes a lo largo de la historia: un luchador tebano en Egipto, una esclava de Abraham en Palestina, un espía en Roma, el confesor de Voltaire y varios más hasta llegar a ser Otto Morgenstern, científico judío-alemán que participó en la construcción de la bomba atómica.

El resultado de esta recreación de la Creación es una narración hilarante, una historia en episodios enlazados por una hembra divina y extraordinaria. Un día en la vida de Dios es una novela

pop, una microfísica del poder en clave irónica, un texto cosmogónico, capaz de arrancar una larga y sorprendente carcajada. Polifónica, lúdica y política, la novela pone en jaque la narrativa histórica tradicional y exhibe con gran sentido del humor el origen del lenguaje y del mundo

Su triple herencia (la teología, la historia y la ciencia ficción), su ambigüedad sexual y su ruptura con las grandes narrativas totalizadoras hacen de Un día en la vida de Dios un texto insólito: una nueva forma de pensar el romance de los hombres con sus dioses.

La crítica ha dicho…

«Caparrós es una manera de ver y entender el mundo.»
Carles Geli, *Babelia*

«Caparrós es un escritor superdotado, seductor, con un talento natural para mantener el equilibro narrativo.»
Nadal Suau, *El Cultural*

Martín Caparrós (Buenos Aires, 1957) se licenció en historia en París, vivió en Madrid, Nueva York y Barcelona, hizo -y sigue haciendo- periodismo en gráfica, radio y televisión, dirigió revistas de libros y revistas de cocina, tradujo a Voltaire, a Shakespeare y a Quevedo, recibió la beca Guggenheim, los premios Planeta y Herralde de novela, Tiziano Terzani y Caballero Bonald de ensayo, Rey de España y Moors Cabot de periodismo. Ha publicado más de treinta libros en más de treinta países. Los últimos (libros, no países) son las novelas *Sinfín* y *Todo por la patria,* los ensayos de *Ahorita*, las fotos de *Postales*.



Edición en formato digital: marzo de 2021

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: Raúl Lázaro

ISBN: 978-84-397-3847-3

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice